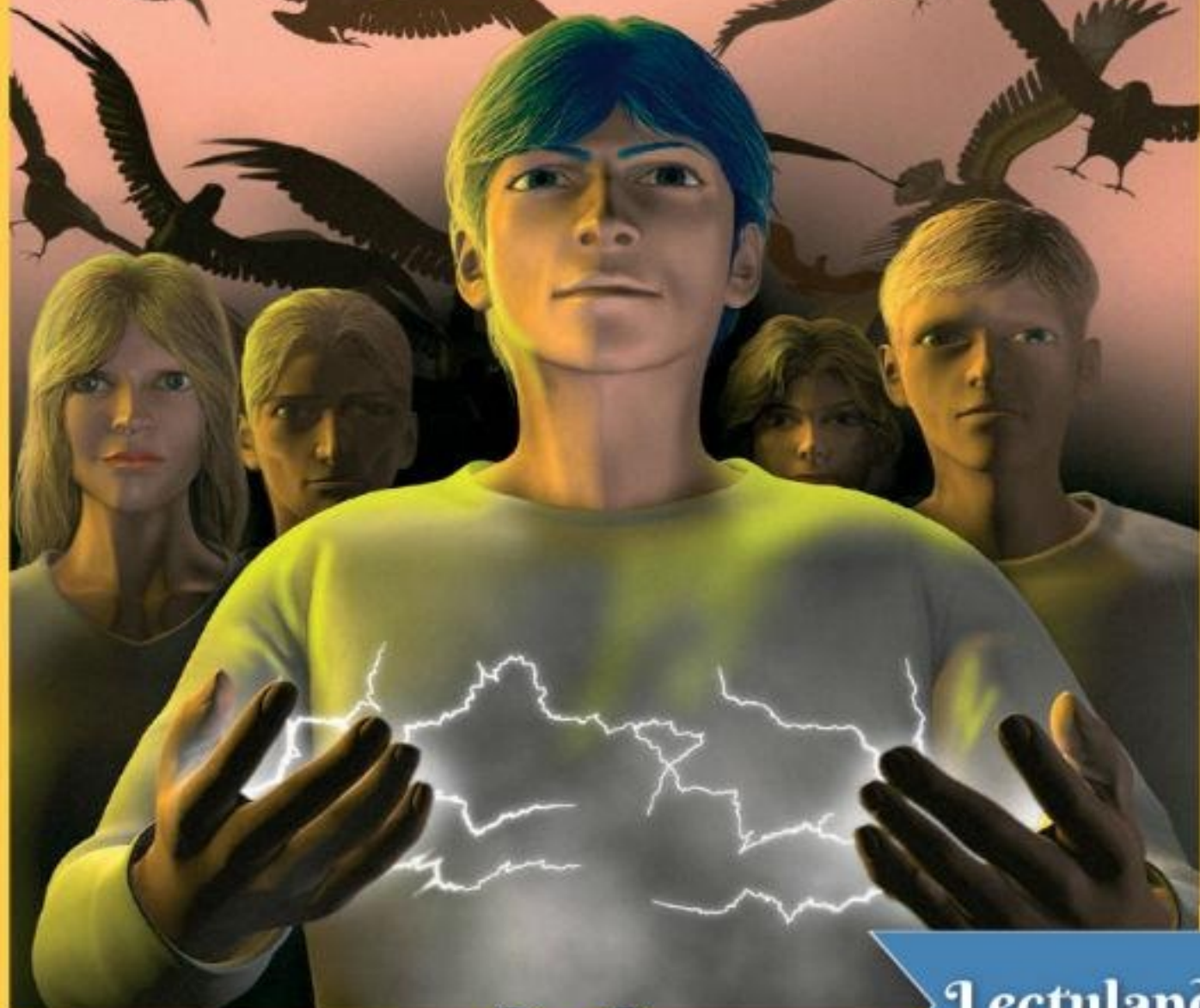


Marianne Curley

La llave



Lectulandia

Cuando por fin los nueve nombres de la Profecía han sido revelados, la Orden del Caos lanza una devastadora ofensiva contra los Elegidos. La malvada Lathemia desea el poder absoluto, y nuestros héroes solo tienen una salida viajar al siniestro Inframundo en busca de la llave perdida que abre el cofre de las armas con que derrotar al ejército de Narduke. Y aunque la sospecha de que entre ellos hay un traidor debilita al grupo en los momentos decisivos, los Elegidos emprenden con valor la batalla final contra las terribles e implacables fuerzas del mal, cuyo verdadero poder nadie conoce.

Lectulandia

Marianne Curley

La llave

Los guardianes del tiempo - 03

ePub r1.0

Titivillus 20.05.2018

Título original: *The Key*
Marianne Curley, 2005
Traducción: Damián Alou

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para mi hermana Therese, con amor y admiración

Antes de que el mundo pueda ser libre,
será testigo del asesinato de la inocencia
en los bosques que hay sobre la antigua ciudad de Verdemar,
donde se revelarán nueve identidades.

Un rey llegará a gobernar,
pero no antes de que un líder de corazón puro se despierte
y un guerrero sin edad con alma antigua
lo guíe con gracia y providencia.

Más cuidado, los nueve verán llegar y partir a un traidor, lo que dará pie a
una guerra larga y atroz, y los Elegidos se unirán con fuerza aunque la
desconfianza causará discordia.

Un bufón los protegerá, un escéptico abrigará dudas,
y un joven y valiente guerrero perderá su corazón y morirá.

Sin embargo, nadie resultará victorioso hasta que un
guerrero perdido regrese y el intrépido retorne de un viaje guiado por la luz
y la
fuerza.

Pero, atención, dos últimos guerreros provocarán dolor
así como satisfacción. De la desconfianza uno saldrá bien librado; el otro,
imbuido de maldad. El uno resultará vencedor, y el otro vencido al
encontrar la
muerte.

Prólogo

Han acordado encontrarse en un monasterio abandonado que se alza en lo alto de un acantilado de Atos. Lathenia, conocida como la Diosa del Caos desde que comenzara su lucha por el poder, es la primera en llegar. La acompañan su leal soldado Marduke y el fiel mago Keziah. Las reglas son sencillas: nada de armas y solo dos aliados por bando. El encuentro, promovido por Lorian, ha sido concertado para hablar de paz, para que hermano y hermana lleguen a un acuerdo que impida que la batalla final mencionada en las profecías destruya la vida en la Tierra como se la conoce.

Es una noche oscura y sopla una fuerte ventisca. Lorian aparece al pie de las escaleras que conducen al monasterio, seguido por dos miembros del Tribunal —*lord* Penbarin y *lady* Arabella— y una tercera figura.

Envueltos en gruesas capas de abrigo, el Inmortal y sus acompañantes suben lentamente los doscientos setenta y dos resbaladizos peldaños de roca helada, uno tras otro.

Lord Penbarin camina deprisa pero con precaución para ponerse a la altura de Lorian.

—No puedo apartar de mi mente la sospecha, mi señor, de que este encuentro no es solo lo que vuestra hermana y vos nos habéis hecho creer —dice, y sus ojos se dirigen de manera significativa al tercer miembro de la comitiva.

Lorian se vuelve de repente, y sus tres acompañantes se detienen y levantan la mirada.

—Y vos, *lord* Penbarin, os mostráis demasiado cínico, como siempre.

Este esboza una leve sonrisa, pues sabe que Lorian dice la verdad.

Entrecerrando los ojos por el viento, que lanza con renovada fuerza nieve a su cara, Lorian dirige la mirada más allá de *lord* Penbarin, hacia el tercer miembro de su séquito, con un gesto de asentimiento y una sonrisa irónica.

—¿Será muy largo este encuentro, *milord*? —pregunta *lady* Arabella.

Lorian vuelve la mirada hacia la dama. Aunque el rostro de la mujer permanece oculto bajo la sombra de su honda capucha, el Inmortal no puede apartar los ojos de ella. *Lady* Arabella alza la cabeza, y Lorian se reprocha por millonésima vez en mil años haber logrado mantener la fuerza de voluntad para seguir careciendo de género. Se está hartando de la tarea; ha hecho muchos sacrificios para poder gobernar sin prejuicios ni parcialidad.

Por fin llegan ante la puerta del monasterio. Hecha con madera de ciprés, siglos de abandono la han reducido a unas pocas tablas oscuras y medio podridas. Chirría al abrirse. Numerosos criados, contratados especialmente para la ocasión, reciben al respetado grupo. Una vez dentro, un aire cálido los envuelve. Solo Lorian, a quien no afectan ni el frío ni el calor, parece indiferente al cambio.

A su izquierda, una escalera de losas de piedra que traza una amplia curva les

hace levantar los ojos hasta el nivel superior, donde está Lathenia, mirándolos. Lorian asiente con la cabeza. Sus mentes se encuentran y colisionan, y sigue una especie de feroz saludo. Lathenia desciende, arrastrando su vestido blanco por los escalones. La faja púrpura que le ciñe la cintura resalta su estrecho talle, mientras sus largos dedos se deslizan elegantes por el pasamanos.

Marduke y Keziah la siguen a una distancia prudencial. Su Señora es el centro, el motivo del encuentro. Después de todo, ellos no son más que sus humildes servidores, como ella suele recordarles a menudo.

—Hermano —dice, deteniéndose ante Lorian—. ¿O tal vez, ya que no eres ni hombre ni mujer, debería llamarte de otra manera? —Lanza una fugaz mirada a *lady* Arabella, pero el movimiento es tan rápido que nadie lo advierte.

Lorian lo desestima con un breve gesto de la mano.

—Como es obvio que te cuesta comprender el concepto de imparcialidad a causa de tu género —responde—, puedes referirte a mí en masculino, puesto que, para su propia comodidad, he permitido a los otros que lo hagan.

—Qué lástima —dice Lathenia con una risita—. Me habría encantado llamarte *Ello*.

Lorian la mira con fijeza. Lathenia es la primera en apartar la mirada, que se posa primero en *lord* Penbarin y luego, fugazmente, en *lady* Arabella. Aunque es imposible no ver que su hermano ha traído consigo a una tercera persona, ignora la presencia de ese huésped no invitado... por ahora.

—Ha pasado mucho tiempo, *milord*, *milady*.

—Es una lástima que tengamos que vernos —ironiza *lord* Penbarin.

Lathenia encoge los hombros, indicio de que el insulto le ha llegado. Su cara sigue siendo una estoica máscara de indiferencia. Mira de manera significativa al tercer partidario de su hermano. Como si hubiera recibido una orden, la figura encapuchada da un paso al frente. Lo primero que observa Lathenia son sus ojos azules y penetrantes. En el extremo de su espina dorsal se inicia un temblor que se transmite a cada vértebra mientras percibe con claridad que el hombre que hay delante de ella es alguien importante. Un miembro del Tribunal, sin duda. Pero no lo reconoce. Clava una fría mirada en su hermano, esforzándose por ocultar su sorpresa e interés, aunque sin conseguirlo.

—¡Acordamos solo dos aliados! ¿Quién es este... intruso?

Lorian mantiene bien oculta su satisfacción ante la reacción de su hermana. Es exactamente lo que esperaba. Hace una seña a la figura encapuchada para que se adelante.

—Te presento al que fue el rey Ricardo II de Inglaterra. —Lorian espera a que su hermana lo asimile y luego añade—: Ahora es el nuevo rey Ricardo... de Verdemar.

Lathenia retrocede un paso.

—¿Verdemar tiene rey? —dice sorprendida.

Lorian no responde. No le hace falta. Todos los presentes comprenden que, ahora

que Verdemar tiene rey, el Tribunal está completo y el poder de la Guardia será más fuerte que nunca.

—*Milady*... —El rey Ricardo hace una profunda reverencia ante la abatida diosa—. Sentía una gran curiosidad por conoceros. Espero que con el tiempo reforcemos este conocimiento.

Se sostienen la mirada unos segundos interminables mientras Lathenia intenta ordenar sus pensamientos. La presencia del rey la ha afectado a muchos niveles. Lorian se siente pletórico, mientras Marduke, consciente del repentino interés de su Señora por ese desconocido, suelta un bufido por la nariz, similar al hocico de un cerdo. Físicamente deformado por su anterior experiencia en el Reino Medio, Marduke ya no goza del favor de Lathenia.

El sonido de desagrado de Marduke es suficiente para sobresaltar los sentidos de Lathenia. Aunque le cuesta disimular sus emociones, suspira aparentando desinterés.

—Ya lo veremos, *milord*. —Y, levantando el mentón, se dirige con aire ofendido hacia la puerta, dejando tras de sí una atmósfera tensa.

Los criados acompañan a los miembros del Tribunal a una gran sala de muros de piedra e iluminada con cientos de velas. En el centro hay una mesa de cristal con siete taburetes traídos del palacio de Lathenia para la ocasión.

Lorian observa los siete taburetes, pero no dice nada. ¡No podían saber lo del rey Ricardo, eso está claro! Pero nada de lo que hace su hermana debería sorprenderle.

Los siete se sientan en torno a la mesa, Lathenia y Lorian cara a cara. El silencio se prolonga unos momentos y Ricardo, como nuevo miembro del Tribunal, se pregunta si se están comunicando sin que él lo sepa, algo que le consta que es perfectamente posible. Preferiría que no lo hicieran. Sería una arrogancia por su parte. Después de todo, ¿qué otra cosa hacen allí los demás sino ser testigos de esa reunión? Lorian lo mira con ceño. Al instante, el rey lamenta esos pensamientos tan francos. Pero Lorian distiende la mirada y le dirige un gesto de asentimiento casi imperceptible.

—Tenéis toda la razón, *milord*.

El rey emite un suave gruñido como respuesta, prometiendo que a partir de ahora procurará refrenar sus pensamientos. Aún le queda mucho por aprender.

—Estaba pensando —dice Lorian mirándolo aún— en qué dirían mis padres si vivieran.

—¡Bah! —Lathenia hace un gesto despectivo con la mano—. Y yo estaba pensando en cómo es que mi hermano se ha vuelto tan melancólico últimamente. Un signo de debilidad que encuentro divertido.

—Recuerda, Lathenia, que solo un Inmortal puede matar a otro Inmortal.

Sus ojos plateados emiten un oscuro destello mientras tamborilea la mesa con sus largos dedos. Luego dice:

—¿Me estás amenazando, hermano?

A Lorian parece divertirlo su tono dramático. Sus padres se amaron y lucharon de

una manera tan intensa que acabaron matándose mutuamente en un momento de ardiente pasión.

—¿Crees que la muerte de nuestros padres me resulta divertida?

Lathenia no responde enseguida, y algo en su silencio pone en alerta a Lorian.

—¿Sabes algo que yo ignore de la muerte de nuestros padres?

—No. Tú también estabas presente.

—Sí. Los vi a cada uno con un cuchillo clavado en la garganta del otro. Pero yo llegué cuando ya habían muerto, y tú ya estabas allí.

—Había llegado un segundo antes que tú.

—En un segundo de tiempo inmortal pueden pasar muchas cosas —replica él con tono acusador.

Lathenia se pone a la defensiva y decide cambiar de tema.

—Te estoy escuchando, cuando soy yo quien debería hacer las preguntas, preguntas acerca de nuestro hermano. Eres más artero de lo que haces creer a tus partidarios. —Su mirada pasa de un miembro del Tribunal al otro—. La verdad es que no lo conocéis. No es el honorable Lorian en quien confiáis. ¡Asesinó a su propio hermano! —Vuelve la vista hacia Lorian—. Dartemis no suponía para ti ninguna amenaza. ¡Yo era la amenaza! ¿Por qué entonces destruiste a un niño inocente?

Lorian recuerda que Dartemis jamás fue un «niño inocente», sino el menor y más poderoso de los tres hermanos, a quien tuvo que enviar al otro mundo por la propia seguridad del chico. Un mundo en el que hoy sigue muy vivo. Un mundo en el que ni siquiera su codiciosa hermana es capaz de advertir que hay vida. Y allí es donde permanecerá, donde seguirá fortaleciendo sus poderes: un señor, un mago y mucho más.

Lorian recuerda el día en que vio a su hermano practicando la magia: una magia muy poderosa e inusual. Entonces supo que Lathenia, con los talentos de Dartemis a su alcance, acabaría siendo demasiado poderosa.

Pero en este momento hay una cuestión más acuciante: la pacífica resolución del conflicto.

Permitiendo que este último pensamiento penetre en las mentes de todos los presentes, la atención de estos vuelve a centrarse rápidamente. Lathenia se muestra desdeñosa con esa idea.

—¿Qué te pasa? Estás más melancólico de lo que creía. Si no te conociera, diría que te has permitido enamorarte.

Esas palabras encolerizan a Lorian.

—¡No soy tan estúpido como para dejar que la sola idea del amor interfiera en mi discernimiento!

Hay un silencio, y Lathenia se da cuenta de que debe reprimirse para no volver los ojos hacia *lady* Arabella.

La sala se llena de emociones. *Lady* Arabella baja la vista y examina las venas azul clarísimo que surcan la pálida piel de sus manos, mientras *lord* Penbarin mira

desde el otro lado de la mesa como si viera a todas esas personas por primera vez.

Es la voz ronca y gutural de Marduke la que disipa el cargado ambiente.

—Esta reunión es una pérdida de tiempo. Aquí no va a resolverse nada. Nada se resuelve nunca sin guerra. Así es como funciona el universo.

Lorian pregunta:

—¿Dice la verdad Marduke, hermana? ¿No hay esperanza de que reine la paz entre nosotros?

Lathenia clava la mirada en su hermano.

—Solo puede haber paz si hay justicia, y tú gobiernas por ausencia de otros candidatos.

—¿Debo recordarte que, de nosotros tres, yo nací primero?

—¡Eso es lo que tú dices! —Contraataca Lathenia—. ¡Pero debería haber sido yo!

Con los ojos encendidos de ira y el cuerpo rígido de rabia, Lathenia salta de su taburete.

—Marduke tiene razón. Este encuentro es absurdo. Solo la fuerza me dará la justicia. ¡El control de todos los reinos debería ser mío, y lo conseguiré!

—Hermana —replica Lorian con tranquilidad—, ninguno de nosotros controla los reinos. Los humanos se gobiernan a sí mismos. Poseen libre albedrío y eligen su propio destino. Y mientras sigan siendo mortales, nosotros solo somos sus custodios.

—Eso cambiará.

Lorian tensa los hombros y se pone en pie. En torno a la sala, todos los ojos pasan de un dios colérico al otro.

—No puedes cambiar lo que no puede ser de otra manera —dice Lorian entre dientes—. Marduke habla de cómo funciona el universo, pero yo hablo de cómo funciona la vida.

—Mi ambición es comunicar los reinos —explica Lathenia—. Y lo conseguiré.

—Pero eso sería desastroso. —Lorian está horrorizado—. Los humanos se... transformarían. Toda su existencia correría el riesgo de verse dominada por los seres que no tienen alma. Lo inconcebible se haría realidad, y con el tiempo se difuminaría la línea entre la mortalidad y la muerte.

El silencio de Lathenia revela a Lorian la profunda determinación de su hermana. Y por primera vez en su larga vida, aletea en su interior un asomo de auténtico miedo, que rápidamente se transforma en cólera. Con una voz suave, susurrada, que hace que a *lord* Penbarin se le erice el vello de la nuca, Lorian dice:

—No puedes hacer eso.

—No me sermonees, hermano. —Lathenia levanta una mano y con uno de sus largos dedos señala la estrecha abertura del techo—. Esto es lo que pienso de tu talante conciliador.

El techo comienza a rajarse, y grandes fragmentos de piedra y ladrillo salen volando hacia el cielo. Con otro gesto de la mano, el techo desaparece completamente arrastrado por la furiosa ventisca.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Lorian con un destello de preocupación en sus ojos violeta.

Lathenia no responde. Levanta la cara hacia arriba, hacia la ventisca. Entre el retumbar de rayos y truenos, las espesas nubes comienzan a girar y dispersarse. En pocos segundos acaba la tormenta, dejando paso a un cielo en el que titilan millones de estrellas.

Pero Lathenia no ha terminado, y Lorian lo sabe. Los ojos de este siguen anclados en el brillante cielo nocturno. Una explosión de luz, seguida de un siseo, se transforma rápidamente en un silbido desgarrador. Los mortales se tiran al suelo un segundo antes de que un fragmento de roca desprendida estalle sobre sus cabezas.

Lady Arabella suelta un chillido y se precipita debajo de la mesa, junto al rey Ricardo.

Lorian no se mueve, pero el poder que emana es tangible. Levanta la vista, concentrándola en una estrella azul que brilla intensamente en el cielo lejano.

—Oh, oh —comenta *lord Penbarin*—. Quedaos en el suelo y no os entrometáis. Esto podría ponerse interesante...

Antes de que acabe, una luz cegadora se lanza hacia ellos, acompañada de un gemido agudo que casi ensordece a los miembros del Tribunal. La estrella se hace añicos en el cielo, rociando la sala de luz, calor y escombros candentes.

Los criados salen precipitadamente del monasterio, tapándose los oídos y gimoteando por el derrumbarse de los cielos. Como hormigas, huyen lejos del acantilado todo lo deprisa que pueden.

Al cabo de unos minutos, la tierra se ve rociada con la más brillante lluvia de meteoros que haya presenciado nunca el ser humano. Uno explota tan cerca que todo el acantilado se estremece, y un muro del monasterio se desmorona. Lorian mira a su hermana, disgustado.

—¿Es que no respetas más vida que la tuya?

Lathenia se encoge de hombros.

Otro meteoro cruza velozmente el cielo hasta estrellarse en un lugar lejano.

—¡Ese ha caído en Angel Falls! —Lorian mira furioso a su hermana.

—¿De verdad? ¿Es que te da miedo perder unos cuantos soldaditos?

—¿Acaso no piensas en tus propios soldados que viven allí?

—Puedo arriesgar unos cuantos por ver morir a tu élite.

Lorian se la queda mirando un momento en silencio, disgustado.

—Estás yendo demasiado lejos.

—Debes saber una cosa, hermano mío: siempre iré más lejos que tú.

Lorian calla, y todos los que se habían escondido debajo de la mesa asoman la cabeza para ver qué planea hacer. Sin moverse, cierra los ojos. *Lady Arabella* mira hacia el otro lado de la mesa, donde está *lord Penbarin*. Nunca ha visto a su señor tan concentrado, ni tan furioso. *Lord Penbarin* se encoge levemente de hombros, y ve cómo su Amo y Señor comienza a ponerse incandescente de dentro hacia fuera, entre

leves temblores.

Lathenia vuelve los ojos hacia su anciano y leal Mago. Ni siquiera Keziah, que ha vivido muchísimos años, ha visto nunca nada parecido. Niega con la cabeza.

—No sé, alteza.

—Hermano —dice Lathenia—. ¿Qué pretendes?

Finalmente, la luz que emerge del cuerpo de Lorian comienza a apagarse, disminuyen sus temblores y se calma. Es obvio que, sea lo que sea lo que estaba haciendo, se ha acabado. Algunos miran al cielo, pero *lord* Penbarin no aparta la mirada de su señor. Poco a poco, Lorian vuelve en sí. Abre los ojos y encuentra los de *lord* Penbarin. Con la mente le enseña lo que ha hecho, y *lord* Penbarin se queda casi sin aliento. Por un instante se pregunta qué precio habrá tenido que pagar su señor, pero ahora ya está hecho: ya solo queda atenerse a las consecuencias.

Lady Arabella mira a *lord* Penbarin pidiendo una respuesta. Este, temiendo que la Diosa lo oiga, le envía tan solo el hilo de un pensamiento: «Los Elegidos».

Rochelle

Cuando llegamos los tres a la verja de la fortaleza de Neriah, una abertura inestable se forma en la barrera protectora, cerrándose detrás de nosotros con ese ruido familiar de succión. El corazón me palpita ante la perspectiva del peligro. Solo he visto ese jardín de noche. Entonces me puso los pelos de punta, y ahora es aún más espeluznante, lleno de sombras que parpadean.

Un repentino chasquido procedente de lo alto atrae mi mirada hacia la cúpula, y entonces comprendo la razón de ese crepúsculo extraño y sobrecogedor.

—Mira eso.

—¿Qué demonios...? —Ethan también contempla la escena que hay allá arriba.

La barrera protectora está cubierta de cientos de pájaros como los que nos atacaron en el bosque. Recubren toda la cúpula, haciéndola visible. Taladran la barrera con sus picos agudos, la golpean con el cuerpo y la arañan con las garras.

—Casi han entrado —dice Isabel.

Se oye otro chasquido, y otro aún más lejos. La intensidad de los graznidos me pone piel de gallina.

—¿Cuánto aguantará la barrera?

Isabel comienza a moverse.

—Arkarian cree que no mucho. Tenemos que entrar en la casa, pues en cuanto la barrera se desmorone Marduke tendrá acceso.

¿Marduke? ¿Y los pájaros? ¡Diablos!

Los estremecedores crujidos se intensifican y se prolongan hasta convertirse en un ruido incesante. Es como si miles de cáscaras de huevo fueran aplastadas a la vez.

—¡Vamos, rápido! —chilla Ethan.

Echamos a correr a toda prisa hacia la casa de Neriah. Pero hay un buen trecho. Los pájaros, primero unos pocos y luego a docenas, comienzan a cruzar la brecha cada vez más amplia. Al final la barrera cede por completo y se hace añicos, que comienzan a llovernos encima.

—¡La barrera es de cristal! —grita Ethan, y entonces se le ocurre una idea—. Dame tu chaqueta, Rochelle.

No estoy segura de qué pretende, pero de todos modos se la doy y él la coloca sobre nuestras cabezas para protegernos de los fragmentos de cristal. Sin embargo, no es suficiente para protegernos de los pájaros, que no dejan de llegar, peleándose entre ellos por picotearnos.

Arkarian y Dillon aparecen a nuestro lado y comienzan a apartar los pájaros golpeándolos con las manos desnudas. Los perros de Neriah, en su aspecto de guepardos, vienen saltando por el camino que lleva a la casa. Componen una imagen imponente, de elegancia combinada con un poder increíble. A cada salto que dan, dejan un pájaro tendido en el suelo.

Llegamos a la puerta principal, donde Neriah y su madre rechazan a los pájaros

que intentan entrar con nosotros. Finalmente las puertas se cierran y los guepardos vuelven a transformarse en perros. Pero fuera prosiguen los graznidos. Los pájaros rozan con sus cuerpos y sus alas las paredes, las ventanas y el tejado. El ruido es ensordecedor. *Aysher* y *Silos* arañan la puerta, pero *Neriah* les ordena que se aparten y que se sienten tranquilos a su lado.

Arkarian mira alrededor y ve a uno de los vigilantes de la casa.

—¿Hay noticias de Jimmy?

—Ya casi ha acabado.

En ese momento, toda la casa, incluidas paredes, ventanas y tejado, comienza a vibrar y a brillar tenuemente. Los pájaros chillan y se alejan, como si se hubieran quemado, pero enseguida vuelven y comienzan a aullar con una ferocidad tan desgarradora que debemos taparnos los oídos. Al final abandonan la casa y se posan en las ramas de los árboles del jardín.

Jimmy entra presuroso en el salón y se dirige a una ventana. Aunque están todas cubiertas con tablas, a través de una rendija ve que los pájaros se han posado. Se vuelve hacia nosotros con una sonrisa.

—Funciona.

Arkarian le palmea la espalda.

—De momento estamos a salvo. —Se vuelve hacia Ethan y hacia mí—. Me alegra ver que habéis llegado ilesos. ¿Algún problema con el sabueso de Lathenia?

Ethan niega con la cabeza y señala la ventana.

—El único problema han sido esos pájaros.

—¿Alguno de vosotros está herido?

Ethan me mira de soslayo, pero no dice nada. Me esfuerzo por no seguir captando sus pensamientos. No quiero saber lo que hay en su cabeza. Puede que no sepa ocultar sus pensamientos continuamente, pero seguro que sabe cuándo se los leo. Solo conseguiría que me odiara más. Y ahora que de nuevo tengo control sobre mis poderes de *Vidente*, puedo permanecer fuera de su cabeza para siempre. Arkarian aún espera una respuesta.

—Estamos bien.

—Estupendo, ahora tenemos que actuar deprisa para poner a salvo a *Neriah* y *Aneliese*.

—¿Cuál es el plan? —pregunta Ethan.

—Llevaremos a *Neriah* a la Ciudadela —explica Arkarian y se vuelve hacia ella—. Allí estarás a salvo hasta que encontremos un lugar seguro para ti. Pero... —Hace una pausa y mira a la madre de *Neriah*—. A ti no puedo llevarte, *Aneliese*. Solo aquellos que poseen los poderes de la Guardia pueden soportar la presión de una zona intemporal.

Aneliese le dice a su hija:

—Debes ir, *Neriah*.

Ella se vuelve hacia su madre con una expresión afligida en los ojos.

—¡No voy a dejarte! Y además, quiero quedarme. Quiero ayudar.

—Tu entrenamiento acaba de empezar —le recuerda Arkarian—. Tus poderes aún son limitados.

—Estoy preparada, Arkarian. Y puedo ayudar de otras maneras. ¡No voy a permitir que Marduke le haga daño a mi madre!

Arkarian dice sin levantar la voz:

—No dudo de tu capacidad, Neriah. Pero a veces hay que confiar en los demás. En la Guardia lo hacemos continuamente. Y ahora te pido que lo hagas tú. Confías en mí, ¿verdad?

—¡Naturalmente! Sé que harías cuanto estuviera en tu mano para protegernos, pero si la situación se vuelve desesperada...

Se muerde el labio inferior, como si intentara impedir que las demás palabras le salieran de la boca. Intento leer sus pensamientos, sin éxito, pero es evidente que tiene algún plan.

—Marduke te haría daño, Neriah. —Arkarian procura que lo comprenda.

—No lo creo.

—¿Qué te hace estar tan segura?

—¡Soy su hija, y me quiere!

Todo el mundo calla ante este estallido emocional. Aneliese la agarra del brazo, sabiendo, como el resto, que Neriah nos oculta cosas de su vida.

—Nos dijiste que no habías visto a Marduke desde su lucha con Shaun —dice Arkarian.

Aunque parece reacia a explicarse, por fin admite:

—A veces habla conmigo.

Los ojos de Aneliese se ensanchan, y niega con la cabeza. Antes de que nadie le pregunte, Neriah añade rápidamente:

—Pero solo en sueños.

—Neriah, yo conozco a Marduke —intento explicarle—. Sé cómo actúa.

—¡Sí, y yo también! —me interrumpe Dillon—. Es un loco que no se detiene ante nada para satisfacer su apetito de venganza. —Sus palabras solo parecen confirmar los temores de Neriah.

—¡Exacto! Quiere vengarse de mamá. ¡La matará!

—Mira, Neriah... —comienzo a explicarle, pero Dillon vuelve a interrumpirme.

Esta vez Arkarian le pone una mano en el pecho para hacerle callar.

—Continúa, Rochelle.

—Trabajé muy estrechamente con Marduke. Sabe ser convincente. Muchas veces sucumbí a sus poderes de persuasión. Me convenció de que pertenecía a la Orden debido a mis antepasados, dijo que era mi destino, que mi alma pertenecía a la Diosa. Cuando lo miraba veía a mi padre sonriéndome, como siempre deseé. Y cuando Marduke me elogiaba, era como si lo hiciera mi propio padre.

Exceptuando el esporádico graznido de algún pájaro en el exterior, percibo que

reina un completo silencio, y que todos me miran. Detesto abrirme a ellos de esta manera, pero Neriah ha planeado algo peligroso y debo detenerla.

—Cuando Marduke se mete en tus sueños intenta manipular tus emociones, al igual que hizo conmigo. Es el siervo de la Diosa, el capitán de sus tropas, y, hasta ese aciago viaje al Reino Medio, también su amante. Marduke no vacilará en hacer cuanto ella le ordene. Créeme, su lealtad hacia Lathenia será más importante que su amor por ti.

Dillon emite un sonido de burla.

—¡Amor! Esa criatura no sabe lo que significa esa palabra.

Pero Dillon no conoce a Marduke tan bien como yo. Sus lealtades y sus pasiones son profundas. Se entrega por completo a todo lo que hace, sea la servidumbre o el amor. Y espera que le paguen con la misma moneda. Cuando pierde algo, lo siente profundamente, y a lo largo de su vida ha perdido muchas cosas.

—Yo creo que conoce el amor demasiado bien.

Algo en mi manera de pronunciar esas palabras crea una repentina tensión. Nadie parece saber dónde mirar.

Pero nuestros pensamientos se ven repentinamente interrumpidos por una fuerte explosión que sacude la casa y estremece las paredes. Jimmy le lanza una bolsa a Arkarian. Este la abre y saca unas máscaras negras. Nos da una a cada uno.

—Poneos esto para proteger vuestras identidades.

Cubren nuestra cabeza por completo, menos la boca y los ojos.

—Ethan y Rochelle, llevaos a Neriah y Aneliese a los túneles —dice Arkarian—. Aneliese os guiará al que conduce a mis salas. —Se vuelve hacia los demás—. Vosotros, venid conmigo. Tenemos que entretener a Marduke para que Neriah y Aneliese puedan llegar a un lugar seguro.

Con Aneliese y los perros delante de nosotros, bajamos corriendo un estrecho tramo de escaleras, pasamos una puerta y seguimos bajando más escaleras hasta que llegamos a un lugar a oscuras. Aneliese busca a tientas una antorcha en un anaquel que hay a su derecha. Al fondo distinguimos una puerta atrancada con una barra de hierro. Aneliese elige una de las llaves que lleva colgadas de una cadena al cuello y abre la cerradura. Ethan levanta la barra y la puerta se abre con un chirrido.

El túnel es de arenisca y ladrillo. *Aysher* y *Silos* van por delante, dando saltitos pero siempre a la vista. Sobre nuestras cabezas oímos tronar. Debe de ser Marduke. Al parecer, la batalla ya ha empezado. A cada segundo se oye más fuerte. Espero que puedan contenerlo lo bastante para que logremos llevar a Neriah y Aneliese a un lugar seguro. Y espero que este túnel no sea muy largo. Me quedará muy descansada cuando salgamos al aire puro y podamos quitarnos estas máscaras.

Corremos detrás de los perros hasta un punto donde el túnel se divide en tres.

Nos detenemos y recuperamos el resuello.

—¿Adónde llevan? —pregunta Ethan.

—El de la izquierda conduce a la entrada norte del bosque —explica Aneliese.

—Pero eso... —empiezo.

—Está muy lejos. —Ethan remata la frase—. ¿Y el del medio?

Aneliese niega con la cabeza.

—Acaba en un punto justo debajo del lago.

Frunzo el entrecejo. ¿Qué sentido tiene un túnel que acaba debajo de un lago? Aneliese ve mi perplejidad y me explica:

—Enlaza con la entrada de la ciudad subterránea. Pero este túnel no nos sirve de nada. Sellaron la entrada hace muchos años.

—¿Y este otro? —Ethan señala el de la derecha.

—Es el que hemos de seguir. Conduce a las salas de Aricarían. —Las llaves tintinean en sus manos—. Una de estas nos franqueará el paso.

Mientras escudriñamos el tercer túnel, una explosión sacude las paredes. La polvareda que levanta nos hace toser. Nos miramos, nerviosos. ¿Qué está pasando ahí arriba? Deberíamos estar bastante lejos de la casa como para no oír el fragor de la batalla. De pronto siento una repentina náusea. Marduke es un enemigo formidable. Estar cara a cara con él es algo que me horroriza más que ninguna otra cosa en el mundo. Pero ahora entiendo por qué Arkarian nos ha enviado aquí abajo a Ethan y a mí. Nuestras vidas son las más amenazadas. La mía por haber sido la espía personal de Marduke y haberlo traicionado. Y la de Ethan por ponerle en la garganta, hace poco más de un año, el cuchillo que alteró su aspecto.

—Vamonos —dice Ethan.

Pero cuando nos ponemos en marcha se oye otra explosión, esta muy cerca. La onda expansiva nos catapulta hacia atrás. Los túneles se llenan de arenilla y escombros, hasta el punto de que casi no podemos ver ni respirar, sobre todo con el polvo que se adhiere a las máscaras. *Aysher* y *Silos* se nos encaraman y nos levantan tirando de nuestras ropas.

A medida que el polvo se va asentando, una cosa queda clara: no podremos utilizar el túnel que conduce a las salas de Arkarian. Ya no existe. Está completamente bloqueado por una montaña de ladrillos destrozados y tierra.

—Estupendo —exclamo, intentando quitarme el insistente polvo de la cara y encontrar aire que respirar—. Y ahora ¿qué?

Aneliese parece indecisa y abre desmesuradamente sus ojos castaños.

—No lo sé. Pero no podemos volver a la casa.

—Sigamos el túnel que lleva al bosque —sugiero—. Al menos saldremos de esta trampa mortal. Ya encontraremos una manera de llegar a las salas de Arkarian.

Los demás me siguen sin discutir. Al cabo de un rato, oímos unos fuertes golpes detrás de nosotros. Apoyamos la espalda contra la pared y permanecemos en silencio mientras los golpes suenan cada vez más cerca. De pronto Dillon pasa corriendo. Nos ve y se detiene.

—¡Ah, estáis aquí! —Localiza a Neriah, va directo hacia ella con una expresión embelesada en los ojos, y le toca el brazo—. Estaba preocupado por ti.

La amabilidad de Dillon pilla a Neriah por sorpresa. Es evidente que no se ha dado cuenta de que está cada vez más colado por ella. Aparta el brazo suavemente.

—¿Qué le ha ocurrido a nuestra casa? —pregunta Aneliese—. ¿Todos están bien allá arriba?

Dillon ni la oye; solo tiene ojos —y el resto de los sentidos— para Neriah.

—¿Dillon? —le digo para que vuelva a la tierra—. ¿Qué está pasando?

—Marduke y sus soldados están destruyendo la casa, cuarto por cuarto, buscando a Aneliese.

Neriah aprieta el brazo de su madre.

—¡No parará hasta encontrarte!

—Nos aseguraremos de que no se te acerque —dice Ethan.

Dillon añade:

—Arkarian quiere que lleguéis a sus salas lo antes posible.

—El túnel ha desaparecido —le explica Ethan.

—Y este túnel, ¿dónde lleva?

—Al bosque —digo.

—¿Lo has elegido tú?

Asiento.

Dillon arruga la frente, pero al final está de acuerdo.

—Vamos, pues.

Un veloz aleteo comienza a oírse a lo lejos, seguido de chillidos y graznidos. Los cinco nos miramos con preocupación. El aleteo y los chillidos son cada vez más fuertes, y Ethan vuelve a meternos prisa.

—¡Salgamos de aquí!

Echamos a correr todo lo deprisa que podemos, pero el aleteo y los brutales chillidos se van acercando a cada paso. Vuelvo la mirada y veo a varios pájaros de Marduke ganando terreno rápidamente.

Ethan me empuja hacia delante.

—¡No mires atrás!

Corremos y corremos, y conseguimos mantenernos a distancia de los pájaros. Al final llegamos a un callejón sin salida. Tres pájaros nos alcanzan y comienzan a atacarnos con sus feroces picos y garras. Los perros se transforman en guepardos y nos ayudan a rechazarlos, pero los pájaros son persistentes.

Aneliese exclama:

—¡Aquí está! —Abre una trampilla que hay en el techo. Por fin algo nos sale bien—. Esta es la salida. —Extiende un brazo para encajar una de las llaves en la cerradura, pero le tiemblan las manos y se le caen.

Los pájaros vuelven a acercarse, y en medio del caos las llaves acaban pisoteadas. Él está lleno de polvo y ladrillos, y las llaves desaparecen. De pronto todo son manos que las buscan, lo que dificulta aún más la tarea.

—¡Quietos! —grito—. ¡Yo las encontraré!

Paso las manos por el suelo. Me he dejado los guantes en el bolsillo de la chaqueta, que se ha quedado en la casa, y enseguida mi mente comienza a explorar a través de capas de rica tierra negra, arenisca y granito. Enfoco más hacia arriba y «veo» ladrillos de doscientos años de antigüedad cubiertos de una fina capa de tierra pisoteada.

—Aquí están. —Levanto la cadena con las llaves. Aneliese busca mi mano entre la confusión, pero yo la aparto antes de que la toque y se quemé—. Yo lo haré —le digo, y empiezo a probar todas las llaves en la cerradura.

Al final se abre la trampilla y la luz de la superficie nos ciega momentáneamente. Los pájaros son los primeros en salir volando. Los seguimos rápidamente.

—¡Oh, no! —murmura Ethan al ver la figura que nos recibe.

Es Marduke, que espera impaciente. Con petulancia. Lo acompañan media docena de soldados, también enmascarados, todos vestidos de negro y enseñando solo los ojos. Han formado un círculo alrededor de la salida, armados con cuchillos, espadas, objetos puntiagudos y diversas armas de artes marciales.

—Tenemos problemas —murmuro.

—Graves problemas —replica Ethan.

—Buen trabajo, Roh —susurra sarcásticamente Dillon.

—¡No pronuncies su nombre! —le advierte Ethan. Se saca un cuchillo de la bota y se lo ofrece a Dillon—. ¿Lo necesitas?

Dillon niega con la cabeza y del bolsillo de la chaqueta saca una cadena y un cuchillo.

—Bueno, mira lo que tenemos aquí —dice Marduke con su voz ronca y sarcástica—. Menudo grupito. —Desvía la mirada hacia Aneliese, y los ojos se le ponen rojos como el fuego.

Ella le devuelve la mirada, y por un momento desprotege sus pensamientos y puedo oírlos. Recuerda el aspecto que tenía Marduke la última vez que lo vio, y piensa en lo mucho que ha cambiado. Sigue faltándole media cara, tiene la cuenca de un ojo vacía y unas cicatrices irregulares le circundan la boca desfigurada. Pero lo que le da ese aspecto de animal es la mata de pelo que le invade el entrecejo.

Marduke dirige la mirada hacia Neriah y, mientras la observa, su pecho se expande y sus relucientes ojos encarnados se hinchan. No hay máscara que pueda ocultarle la identidad de su hija.

Neriah saca una daga de su cinturón, y Aneliese hace lo mismo. Yo también lo haría, pues siempre llevo un cuchillo en la bota, pero últimamente mis manos son más eficaces que cualquier arma.

Marduke observa las corrientes eléctricas que me parpadean en las manos y arquea una ceja mientras me mira a los ojos.

—Sabía que en ti había más poder. Cuántas cosas podríamos hacer con esas manos los dos juntos... tú y yo.

Ese solo pensamiento me da náuseas, y rápidamente toma forma en mi interior

una respuesta sarcástica. Pero Ethan es más rápido en reaccionar:

—Tendrías que matarme primero.

Me vuelvo hacia él, pero ya no me mira.

—Eso me encantaría —contesta Marduke, tocándose la espada que lleva al cinturón—. Pero como hoy no he venido por el traidor, declinaré tu tentadora oferta.

Neriah dice con una voz asombrosamente tranquila:

—Hicimos un pacto. Me diste tu palabra.

Aysheer y *Silos* gruñen, mostrando sus dientes de guepardo.

Dillon sujeta a Neriah del brazo.

—¿De qué estás hablando?

Neriah da un tirón y se zafa de él.

—Déjame. Sé lo que hago.

—No cometas el error de creerte las honorables promesas de Marduke —le advierto.

Marduke suelta una carcajada.

—Fuiste tú quien me engañó. ¿Dónde está tu lealtad? ¿Alguien de aquí lo sabe?

Procuro no hacerle caso.

—No sueltes a Neriah —le susurro a Dillon—. Cree que puede confiar en él porque es su padre, pero se equivoca.

Dillon asiente y aferra el brazo de la muchacha. Esta se aparta y él intenta sujetarla de nuevo. Ella nos mira con gesto exasperado.

—No lo entendéis —dice—. Si cumplo con lo que hemos acordado, evitaré que corra vuestra sangre y la de mi madre.

Ethan susurra:

—Hagamos nuestro trabajo. Para eso hemos venido. Para protegeros a las dos de este demente.

Marduke se encoge de hombros con expresión divertida.

—¿Piensas proteger a Neriah de la misma manera que a tu hermana?

Si hubiera tenido el poder de proyectar objetos, le habría quitado el cuchillo de la mano a Ethan y lo habría arrojado a la garganta de Marduke. Pero conozco a este malvado, sé lo que intenta hacer.

—¿Y qué me dices de cómo protegiste a Isabel? —añade—. Que yo recuerde, se dio un paseíto por el Reino Medio debido a tu... protección.

—No lo escuches. Está intentando hacerte perder la concentración.

Ethan me mira y asiente casi imperceptiblemente. Lo ha entendido, pero es evidente que las palabras de Marduke han dado en el blanco.

Marduke también se da cuenta, y ríe. Con un levísimo movimiento de la cabeza hace una seña a sus soldados, que avanzan para atacar, y comienza la lucha.

Dillon y Ethan intentan no perder de vista a Neriah y Aneliese, pero no les resulta fácil, teniendo en cuenta la que se les avecina. Dillon es fuerte: sus patadas son poderosas y su técnica con la cadena, perfecta. Hace volar a dos soldados, pero

enseguida llegan otros.

Ethan hiere en el hombro a uno de los soldados de Marduke, pero luego cae al suelo cuando otro le ataca por detrás con un bastón. Mientras tanto, utiliza su poder de animar objetos para rechazar una serie de estrellas que le lanzan y devolvérselas a sus enemigos. Otro hombre de Marduke se acerca a mí con una reluciente daga. Aunque me siento un poco reacia a revelar el poder de mis manos, no tengo elección. Lo dejo acercarse, y rasgo su ropa desde el hombro hasta el pecho con mi cuchillo. Concentro toda mi energía en mis manos desnudas y lo embisto. En mis manos centellean colores brillantes. El soldado chilla y cae al suelo gimoteando.

Marduke se da cuenta.

—Habéis llegado lejos. Pero aquí vuestras aptitudes no sirven de nada.

Me esfuerzo por no hacerle caso, y espero que nadie más lo escuche. No podría soportar que pensarán que Marduke ha logrado tentarme.

Mientras luchamos, *Aysher* y *Silos* ganan rápidamente terreno. Tras comprobar que Neriah resiste contra el soldado al que se enfrenta, lanzan un vigoroso ataque. Un soldado consigue zafarse de *Aysher* y, muerto de miedo, huye hacia el bosque. Los guepardos se centran en Marduke. Está claro que su objetivo es derribarlo. Son los únicos que pueden hacerlo. Enseñan los dientes y se abalanzan sobre él, pero Marduke levanta las manos y un rayo de luz verde sale de sus dedos en dirección a los animales. Neriah chilla, y Dillon tiene que sujetarla cuando los guepardos son lanzados por los aires y se estrellan contra el suelo.

Seguimos luchando, y cuando Marduke ve que *Aysher* y *Silos* vuelven en sí, su risa se convierte en irritación.

—¡Estamos ganando! —susurra Neriah—. Después de todo, las cosas van a salir bien.

No quiero desilusionarla, pero, conociendo a Marduke, la pelea no acabará hasta que el último soldado haya muerto y él haya utilizado todos los trucos que conoce.

Mis temores pronto se hacen realidad, y Marduke muestra su irritación ante la ineptitud de sus hombres. Levanta las manos, y esta vez el rayo verde que brota de sus dedos desprende una energía chisporroteante que nos rodea instantáneamente, encerrándonos en una prisión tipo cúpula.

Los soldados de Marduke que aún pueden luchar se levantan y se colocan junto a él, con aspecto aliviado y un tanto arrogante, mientras Marduke mantiene la cúpula pulsátil de energía con las manos extendidas.

Ethan y Dillon intentan escapar, pero cuando tocan la luz se ven despedidos hacia atrás con la fuerza de una descarga eléctrica.

—¿Alguna idea? —murmura Dillon.

—Sin duda retirará el campo eléctrico para sacar a Neriah y Aneliese. Esa será nuestra oportunidad. —Todos asienten, y Dillon, Ethan y yo formamos un triángulo alrededor de Neriah y Aneliese. *Aysher* y *Silos*, que aún mantienen su forma de guepardo, se nos unen.

Marduke inclina la cabeza hacia uno de sus soldados y le ordena:

—Cuando retire el campo energético, saca a la mujer. Es hora de que Aneliese pague por haberme robado a mi hija.

Neriah lo oye y chilla:

—¡No! ¡Me lo prometiste! ¡Llévame a mí!

Marduke, con la vista fija en Aneliese, hace una señal y el soldado se acerca a la barrera energética. Neriah, desesperada, se da cuenta, y el miedo la hace pensar solo con el corazón.

De pronto comprendo lo que está ocurriendo. Marduke está utilizando sus artes manipuladoras. Este el plan al que ha estado mucho tiempo dándole vueltas, hablando con Neriah en sueños, manteniendo una buena relación con ella, y lo peor es que Neriah ha comenzado a confiar en él. Pero Marduke en realidad no quiere a Aneliese. Su plan es quedarse con su hija. Y esta está cayendo en la trampa.

Neriah se abre paso desde detrás de nosotros, empujándonos y dirigiéndose hacia la luz verde que vibra y centellea alrededor de nosotros.

—¡No, Neriah! —Me lanzo hacia ella y la sujeto por los brazos, pero en cuanto mis manos tocan su piel suelta un chillido. La he quemado, e instintivamente la suelto y cae al suelo.

Decidida a llegar hasta Marduke, gatea hasta la abertura de la cúpula y, justo antes de llegar, se vuelve y dice:

—No vengáis por mí.

Aneliese corre tras ella, pero la abertura de la cúpula se cierra, y su energía verde brilla con más intensidad que antes. Ethan la agarra, apartándola justo a tiempo. *Aysher* y *Silos* gruñen con ferocidad. La furia brilla en sus ojos al ver que su ama está al otro lado, con el enemigo. Ethan intenta calmarlos, pero los animales sueltan dentelladas a derecha e izquierda, advirtiéndonos que nos mantengamos alejados. A continuación saltan. El corazón se me desboca al pensar en lo que les ocurrirá cuando la energía pulsátil los alcance.

—¡No! —grito, con la intención de ir tras ellos, pero la advertencia de Arkarian de que podría matar un animal con mis manos me ronda por la cabeza.

Los guepardos siguen avanzando a través del campo de energía verde y reluciente, emitiendo gemidos desesperados a medida que la electricidad les recorre el cuerpo. Justo cuando parece que van a conseguir llegar al otro lado, sus cuerpos comienzan a desintegrarse, hasta que no queda más que el aire verde y brillante.

De repente, el círculo de energía desaparece con un chisporroteo. Salimos a trompicones, buscando, pero lo único que vemos son las siluetas de Neriah, Marduke y sus soldados a medida que sus cuerpos desaparecen.

Rochelle

Ahora la escuela es diferente. Hay guardias de seguridad en la puerta principal, ya no llevamos uniforme y el patio está lleno de basura. Es como si nadie se preocupara. Ni por el patio ni por las aulas, ni siquiera por sí mismos. Lo sé porque oigo sus pensamientos. Antes de que aprendiera a controlarlos, los oía todos. Casi me volví loca. Un día estaba tan cansada que ya no podía más. Nos habían reunido en el auditorio de la escuela. Yo estaba en una de las filas del medio y tuve que salir corriendo. No dejé de correr hasta que sin darme cuenta llegué a mitad de camino del bosque próximo. Necesitaba gritar y decirles a todos que se callaran de una maldita vez. Incluso ahora, las cosas que oigo me dejan a veces de piedra. La gente es capaz de pensar cosas horribles, incluso de sus mejores amigos.

Cuando el autobús se detiene ante la entrada de la escuela, me quedo mirando por la ventanilla hasta que los demás niños han bajado. La música me machaca los oídos y no me percató de que el autobús ya está vacío. El chófer me observa fijamente por el retrovisor. Cuando nuestras miradas se encuentran, enarca una ceja. Tiene prisa. Probablemente ha acabado su ruta y se muere de ganas de ir al *pub*. Ya sé que son solo las ocho y media de la mañana, pero ahora la vida es diferente. No hay tantas reglas.

—Bueno, pequeña, ¿vas a bajar?

Me quito los auriculares y recojo mi *discman*. Mientras lo guardo dentro de la mochila dejo que los pensamientos del conductor entren en mi mente. «Hum, ¿no es esa la hija de los Thallimar? Su padre está en la cárcel por asesinato. Mejor no meterse con ella... De todos modos, seguro que tiene un buen...».

—Tu vida es una mierda —interrumpo sus pensamientos y bajo del autobús.

Los demás ya han entrado en la escuela. Ethan, Matt e Isabel. Desde que regresaron del Inframundo forman un grupo muy unido. Es como si lo que experimentaron allí hubiera creado un vínculo especial entre ellos. Y ahora que ya no salgo con Matt y mi amigo Dillon ha desaparecido, no tengo a nadie con quien estar. Incluso esa chica nueva, Neriah, está casi siempre con ellos.

En la entrada, uno de los guardias de seguridad me pide que abra la mochila y que vacíe los bolsillos de los tejanos. Mientras lo hago, Matt mira hacia donde yo estoy y me acometen unas turbulentas emociones. ¿Seguiré enfadado por lo que le hice? Él me amaba, mientras que yo solo fingía amarlo como parte de los planes de venganza de Marduke. Si pudiera decirle que lo siento mil veces, y si supiera que eso iba a servir para algo, lo haría.

Ethan advierte hacia dónde mira Matt y me ve. Por un momento nuestras miradas se cruzan, y me invade un sentimiento que me hace perder la concentración, algo que suele ocurrirme cuando estoy cerca de él. Sus pensamientos entran impetuosos en mi mente. Está recordando el momento en que nos conocimos, antes de que yo comenzara a salir con Matt. Experimentamos una asombrosa conexión, pero tuve que

cortarla. Al menos, ahora que formo parte de la Guardia, no tengo que hacer cosas como esa. Pero me resulta difícil ganarme la confianza del grupo. Sé lo que piensan: ¿cómo se puede confiar en una traidora? Solo Arkarian me cree. No he conocido a nadie tan amable ni comprensivo como él. Isabel tiene mucha suerte.

Por un segundo, pienso en acercarme y sentarme a su lado. Pero ¿cómo van a aprender a confiar en mí si solo conocen lo peor de mi persona? Me digo que es sencillo: solo tengo que acercarme.

Sin embargo, algo me detiene. ¿He visto alivio en sus ojos? Quizá debería escuchar sus pensamientos. ¡No! Eso es una intrusión, y no lo haré... al menos a propósito. Pero, claro, no puedo fingir que no los conozco de nada. Antes Matt y yo salíamos juntos. De modo que, ¿por qué debo pensármelo antes de acercarme? Lo único que necesito es valor. Paseo la vista alrededor. Nadie está mirando, ni siquiera Isabel, que tiene la cabeza inclinada sobre un cuaderno y le señala algo a Ethan. Doy un paso hacia ellos. Muy bien, no ha sido muy difícil. Doy otro.

Y otro. Compórtate con naturalidad, me digo cuando estoy suficientemente cerca para oírles hablar entre ellos.

—Hola. —Isabel levanta la vista y me saluda.

—Hola —contesto.

Matt advierte mi presencia y aparta los ojos.

Trago saliva cuando las palabras se me secan en la garganta.

Ethan se levanta, se acerca a mí y me lleva aparte. El corazón me da un pequeño y extraño brinco, como si intentara llegar hasta la garganta con pasos torpes.

—¿Sabes? —dice—, quizá no sea buena idea que te acerques.

—¿Qué?

—Si nos ven a todos juntos podrían sospechar.

—¿Qué? Ah, claro. No, no iba a sentarme aquí. Estaba... estaba buscando a Dillon.

Ethan se queda quieto. Una extraña reacción. De manera instintiva, abro mi mente a sus pensamientos. Se da cuenta de lo que estoy haciendo y aprieta los ojos, que adquieren una expresión dura y fría. ¡Lo que faltaba! Debería abofetearme a mí misma. ¿Cómo va alguien a confiar en mí si cree que voy a leerle la mente cada vez que necesito información?

—Lo siento, Ethan, no era mi intención...

—¿Leerme el pensamiento... o hacerlo de manera tan descarada?

—Eso no es justo.

—¿Ah, no? —Menea la cabeza y aparta la mirada.

Intento explicarme.

—Ya sabes que a veces es difícil desconectar los poderes.

Lentamente vuelve la cara hacia mí.

—Mira, no sé cuándo volverá Dillon. Se ha pasado a la Guardia, como tú. Ahora mismo se encuentra en la terapia de readaptación, y he oído que está realizando

progresos. Así que pronto tendrás a alguien a quien hincarle las garras.

¿De qué está hablando? ¡Como si Dillon me interesara! No tiene ni idea. De todos modos, la noticia de Ethan es interesante. Sospechaba que Dillon era un miembro de la Orden, pero, durante todo el tiempo que serví a Marduke, mantuvimos nuestras mutuas identidades en secreto.

Aparece el señor Carter y dice algo, pero sus palabras se pierden flotando en el aire.

Ethan tampoco las oye.

—¿Ha dicho algo, señor?

El señor Carter esboza una sonrisita de suficiencia dirigida a mí. Antes, Ethan creía que el señor Carter lo odiaba a él, pero no tiene ni idea de lo que supone que los pensamientos de odio del señor Carter te lleguen directamente al cerebro. Este ni siquiera intenta mostrarse amistoso, y no parece importarle que todos se enteren. Por lo que a él se refiere, yo trabajaba para el enemigo, lo que significa que no soy ni seré de fiar. Nunca.

—¿Qué os he dicho esta misma mañana? ¿Acaso no me habéis escuchado?

Me lo quedo mirando sin comprender, y continúa:

—Usted no, señorita Thallimar. Usted no estaba aquí, ¿verdad? —Neriah se acerca y se sienta al lado de Isabel. Cuando el señor Carter la ve, los ojos prácticamente se le derriten—. Lo repetiré para que lo oigan los que acaban de llegar. Por pura... discreción, que no se note que vosotros cinco formáis un grupo. Si desveláis vuestra identidad, pondréis las cosas demasiado fáciles a los del «otro lado». —Hace una pausa y clava sus ojos en mí—. Os eliminarán uno por uno. —Sin dejar de mirarme, dice, recalcando las palabras—: ¿Ha quedado claro?

—Perfectamente —replico. Me ajusto la mochila y empiezo a alejarme, más satisfecha con sus palabras de lo que él puede imaginar. El comentario anterior de Ethan no ha sido un insulto, sino la misma advertencia que el señor Carter acaba de hacernos.

Pero apenas me he alejado unos pasos cuando una especie de siseo hace que todos levantemos los ojos al cielo. Suena el timbre para entrar en clase, pero nadie le presta atención, pues el siseo se convierte en un silbido agudo y sobrecogedor. Ethan me agarra del brazo y me empuja:

—¡A cubierto!

De la nada, una llameante bola de fuego aparece ante nuestros ojos, girando enloquecida y cayendo a toda velocidad. Todo el mundo —me refiero a todas las personas que hay en el patio— se pone a gritar y correr en todas direcciones. La bola de fuego —o el meteorito, o lo que demonios sea— explota de repente y una multitud de fragmentos como de roca ardiente se desparraman sobre el tejado de la escuela. Algunos chocan contra el suelo, formando agujeros, mientras que otros ruedan, dejando a su paso un rastro de fuego.

Ethan se arroja sobre mí un segundo antes de que un cascote en llamas impacte a

mi lado. El calor que despide me escalda la mano y me chamusca el pelo. Antes de darme cuenta de lo que pasa, se me incendia la melena. Ethan intenta apagarla con las manos. Le agarro de las muñecas para impedirlo, pero es fuerte, y no para hasta haber apagado el fuego del todo. Nos incorporamos y le miro las manos, pero las aparta. Tiene graves quemaduras, y el olor a carne quemada que desprende se mezcla con el de mis cabellos chamuscados.

—¿Estáis todos bien? —Isabel y Matt llegan corriendo.

—Ethan se ha quemado las manos —digo.

Isabel se acerca a él y se las examina. ¡Va a curárselas allí mismo, delante de todo el mundo! Como siempre, en Isabel prevalece el corazón sobre la cabeza. Algunos lo llaman valor. Eso la meterá en líos.

—No lo hagas de manera tan descarada —le digo.

—¿Prefieres que lo deje sufriendo? —replica. Me mira la mata de pelo chamuscada—. Es obvio que lo ha hecho por ti.

Ojalá no me diera cuenta de que Ethan está observándome. No me atrevo a preguntarme qué piensa. A veces mi mente se activa automáticamente y no puedo evitar oír lo que piensan los otros. Pero en este momento no quiero saberlo. Probablemente cree que soy fría y cruel, que me hace feliz verlo sufrir.

A los pocos segundos de que Isabel lo haya tocado, la piel roja y llena de ampollas de Ethan comienza a curarse y alisarse. Sacude un poco las manos y le da las gracias, lo que me recuerda que yo aún no se las he dado por apagarme el fuego del pelo, ni por apartarme de la trayectoria de ese resto cósmico ardiente.

Y lo más extraño es que noto como si, por un momento, él pudiera leerme los pensamientos. Cuando levanto los ojos y dejo de estudiarme los dedos de los pies, dice:

—Escucha, lo único que ha pasado es que eras la persona que estaba más cerca de mí en ese momento. Lo habría hecho igualmente por Carter de haber estado él en tu lugar.

Abatida, miro alrededor. El patio de la escuela es un desastre. Por todas partes se ven pequeños incendios, pero lo más asombroso es que solo un aula parece haber sido dañada, en el Bloque D. La gente aún no ha parado de gritar. Los dos guardas de seguridad y media docena de profesores corren de un lado a otro comprobando que nadie haya sufrido heridas de gravedad. Se oyen sirenas a lo lejos. Alguien de secretaría debe de haber llamado a los bomberos.

—Mira eso —dice Isabel con tono de asombro.

Todo el cielo, de una punta a otra del horizonte, está iluminado por el fuego de estrellas que caen. Es una lluvia de meteoritos, cegadora incluso al brillante sol de la mañana. Una imagen sencillamente increíble. Todo el mundo se queda mirando, hipnotizado.

De pronto un meteorito baja a toda velocidad hacia donde estamos, y de nuevo corremos para ponernos a cubierto. Explota en el aire, lo bastante alto como para

desintegrarse antes de tocar el suelo, pero produce un cegador destello justo encima de nosotros.

Los profesores han comenzado a organizar a los alumnos para que se vayan a casa. Algunos hacen cola en la secretaría para llamar a sus padres. Otros sacan el móvil. Ahora se oye nítidamente la sirena de un coche de bomberos. ¡Entonces me doy cuenta de que una parte del Bloque D está reducida a escombros!

Sobre nuestras cabezas surge otro destello y otro silbido, y todo el mundo se pone a gritar. A continuación se oye una serie de explosiones de gas. El señor Carter corre hacia nosotros.

—Id a la montaña y contadle a Arkarian lo que ha pasado. A lo mejor él tiene algunas respuestas.

—Yo me quedaré —dice Isabel—, por si alguien está herido de gravedad.

—¡No! —chilla Carter—. No debes descubrir tus poderes, Isabel. Es demasiado arriesgado. Va contra las reglas. No debería tener que recordártelo. Además, están a punto de llegar las ambulancias y los bomberos.

—Señor Carter, no puedo darle la espalda a una persona herida si está en mis manos ayudarla. El Tribunal lo comprenderá. Le prometo que procuraré no desvelar mi identidad.

Carter mira a Matt, y luego a Ethan.

—Sacad a Isabel de aquí, aunque sea a rastras, aunque chille y tengáis que atarle las manos a la espalda.

En los rostros de Ethan y Matt asoma una fugaz expresión irónica.

—¿Y qué me dice de Neriah? —pregunta Matt—. ¿Qué sabe ella? ¿Debemos llevárnosla con nosotros?

Carter frunce el entrecejo.

—Tiene que irse a casa, antes de que yo llame a sus guardias para que vengán a llevársela...

—Yo me encargaré de ella —le propongo—. Me aseguraré de que llegue a casa sana y salva.

Carter se queda mirándome durante un interminable segundo. Ni siquiera intento leer sus pensamientos. Proyecta su hostilidad para que todos la vean.

—Muy bien —consiente a regañadientes.

Una vez decidido eso, nos ponemos en marcha, pero otro silbido hace que volvamos a dirigir nuestra atención al cielo.

—¡Mirad! —exclama Matt. Un meteorito surca el cielo a velocidad de vértigo, dejando tras de sí un rastro de fuego—. ¡Se dirige hacia nosotros!

Carter nos grita al oído.

—¡Salid de aquí! ¡A correr todos!

El meteorito solo tarda unos segundos en bajar miles de metros. Lo vemos explotar increíblemente cerca de nosotros, y se hace añicos justo sobre nuestras cabezas. Fragmentos ardientes de roca salen lanzados como balas de cañón,

tumbando árboles y cercas a su paso. Varios coches del aparcamiento son arrasados. Escudriño con la mirada buscando un lugar seguro, cuando oigo a alguien cerca que grita de dolor. Me doy la vuelta y veo al señor Carter medio enterrado en el suelo, con las piernas aplastadas por un trozo de roca amorfa y humeante.

Corro a ayudarlo. La roca no está en llamas, pero el calor que irradia me impide acercarme. Matt y Ethan también lo intentan, con el mismo resultado. Ninguno sabe qué hacer. Carter lo está pasando muy mal.

Ethan y Matt se quitan las chaquetas, y, cubriéndose las manos con ellas, intentan apartar la piedra con manos y pies. Pero es demasiado pesada, y el calor, insoportable. ¿Cómo puede aguantarlo el señor Carter?

—¡Necesitamos una grúa! —grita Ethan.

No puedo evitar pensar que para cuando llegue la grúa será demasiado tarde.

Isabel y Neriah se acercan, con los ojos desorbitados.

—Iré a buscar a los bomberos —dice Neriah—. Ellos sabrán qué hacer.

A pesar de que está muy malherido, el señor Carter hace señas a Ethan y Matt de que se alejen. Se está muriendo, y seguramente lo sabe.

—¡No podemos abandonarlo! —grita Isabel. Se arrodilla junto a su cabeza para intentar curarlo, pero ¿cómo va a hacerlo, si la roca aún sigue aplastándole las piernas? Intercambia una mirada con Ethan—. ¡Quitadle esto de encima! ¡Rápido!

Carter la agarra del brazo y se esfuerza por susurrar:

—¡Olvídalo, Isabel! —dice, ahogando un gemido—. Olvida lo que estás viendo. Quiero que te vayas. ¡Aléjate de aquí! —Vuelve la cabeza hacia Matt y Ethan y les implora con la mirada—. ¡Lléváosla de una vez!

Neriah regresa con dos bomberos, que rápidamente evalúan la situación. Uno corre hacia el camión a buscar algo, mientras el otro habla por una radio que lleva colgada al cuello, pidiendo ayuda urgente y maquinaria para levantar la roca. Luego ordena a todo el mundo que retroceda, incluida la profesora Burgess, que parece muy angustiada.

—Te pondrás bien, Marcus —le dice.

Isabel no se mueve. El bombero insiste, y Ethan y Matt se la llevan a rastras. Dos paramédicos se encargan del señor Carter, aunque la expresión silenciosa de ambos transmite que no hay nada que hacer.

Finalmente llega la grúa. Los bomberos la instalan a toda prisa, pero la roca es demasiado pesada y no se mueve.

Isabel intenta volver con el señor Carter, el cual, a pesar de estar debilitado por la pérdida de sangre, el golpe y las graves quemaduras, le dirige una severa mirada de advertencia. Ethan vuelve a llevársela y Matt la insta a seguir andando.

—¡Aún está vivo! En cuanto levanten esa roca podré curarlo —susurra entre dientes—. Tengo que estar bastante cerca de él para poder tocarlo.

Y por si el día no había sido ya lo bastante alucinante, de repente una enorme mancha de luz dorada resplandece en el cielo y comienza a derramarse sobre

nosotros. Nos quedamos boquiabiertos, pero no tenemos tiempo de movernos. Al cabo de unos segundos me penetra, me calienta y me produce un cosquilleo mientras recorre cada célula de mi cuerpo. Me zarandea. Incapaz de hablar, me pregunto qué diantres está ocurriendo.

—¿Qué demonios es eso? —grita la señora Burgess cuando ve la luz que nos rodea.

Las sacudidas duran varios segundos, hasta que de pronto la luz desaparece y me echo al suelo a cuatro patas. Sin aliento, intento recuperar el equilibrio y me doy cuenta de que estoy flotando en el aire.

Cuando empiezo a levantarme, me percató de que tengo hierba debajo de los dedos. Mi habilidad especial son las manos. Mi sentido del tacto es analítico. Soy capaz de adivinar la estructura de cosas como sustancias químicas, piedras, metales y tierras. Pero en este momento mis manos perciben mucho más. Percibo, de algún modo puedo «ver», la estructura de la Tierra a una profundidad de varios kilómetros. Es como si mi mente tuviera un enfoque automático que recorriera las distintas capas de la tierra como el *zoom* de una videocámara.

Y entonces oigo las voces. ¡Parecen cientos! Paseo la mirada por el patio de la escuela, pero solo veo una veintena de personas. Me esfuerzo en vano por gritarles. Una chica profiere un chillido en su interior. Tiene una pierna quemada y siente tanto dolor que cree que va a morir. Me tapo los oídos con las manos, pero las voces no desaparecen. Incluso oigo los pensamientos de los bomberos que aún intentan apagar el fuego del aula, al otro extremo de la escuela.

Me siento sobre los talones y me pregunto qué me está pasando. Es como si mis poderes se hubieran amplificado. ¿Cómo puedo controlar esto? Intento concentrarme, frenar mis pensamientos lo suficiente para sofocar las voces.

Entonces veo a Isabel. Ella también está experimentando un extraño proceso. El resplandor de su cuerpo está a punto de disiparse. Los equipos de salvamento y la señora Burgess, que no han sido tocados por la luz, nos miran como si tuviéramos tres cabezas.

—¿Os encontráis todos bien? El aire os ha succionado a los cinco —dice un bombero. Niega con la cabeza—. Este día se está convirtiendo en un infierno.

Ethan asiente para tranquilizarlos, aunque a él también se le ve aturdido. Pero la que ofrece un aspecto más extraño es Isabel; tiene la mirada ausente. Intento separar sus pensamientos de los que bombardean mi cerebro. Solo lo consigo por un instante, pues ahora en su cabeza hay demasiado poder. Me llega un curioso zumbido, como una corriente eléctrica, y me aparto.

De repente se alza la roca que aplasta las piernas del señor Carter y, cuando el equipo médico se le acerca para colocarlo en una camilla, comprendo lo que está pasando. Las exclamaciones del equipo médico son los primeros signos. Ahora están diciendo que la tierra que había debajo de las piernas del señor Carter debe de haberse hundido con el impacto, creando una especie de efecto almohadón. Otro

médico afirma que es un milagro que no esté muerto, ni siquiera paralítico. Pero Carter no está ni muerto ni paralítico, ni siquiera quemado, aun cuando sus pantalones son unos harapos de ceniza. Simplemente está un poco afectado. Si no fuera por temor a llamar la atención, estoy seguro de que se pondría en pie y echaría a andar, pero sabe que eso no es conveniente. Isabel lo ha curado. No sé qué efecto ha producido la luz dorada en mí, pero desde luego lo ha producido en ella y, a juzgar por su aspecto, también en Ethan. Y tampoco a Neriah se la ve normal, está como ausente.

La señora Burgess corre hacia Carter. Antes de que llegue a su lado, este mira a Isabel con una expresión de sobrecogimiento y gratitud.

Isabel le sonrío con los ojos vidriosos.

—Se pondrá bien —dice con un leve movimiento de los labios.

Isabel ha curado al señor Carter sin siquiera ponerle la mano encima. ¡Lo ha curado a distancia! A poca distancia, pero, aun así, a distancia.

Ethan se acerca, toma mis manos entre las suyas y las gira suavemente. Bajo la vista y me quedo boquiabierta.

—¿Te duelen? —me pregunta.

No puedo dejar de mirar las vetas de vivos colores que, cual corrientes eléctricas, las recorren.

—Siento un cosquilleo. ¿Qué les ha pasado? ¿Crees que quedarán así para siempre?

Se encoge de hombros.

—Una cosa es segura: llamarán la atención.

Tiene razón. Las aparto y las escondo en los bolsillos de mi chaqueta.

—¿Qué nos está pasando?

—No tengo ni idea.

—¿Tú también has sentido un cambio en ti?

Ethan dice en voz baja:

—Esos hombres no tenían la menor esperanza de levantar esa roca, a pesar de todo el equipo que han traído. No sé de qué material está hecha, pero es más pesada que cualquier roca o mineral que haya en la Tierra.

—¿La has levantado tú?

Asiente con la cabeza.

—Cuando esa luz cayó sobre nosotros, tuve la sensación de que... No sé, sentí que una especie de poder surgía dentro de mí. Me sentí más fuerte. De modo que intenté utilizar mi habilidad para animar los objetos, y funcionó.

—Por suerte para el señor Carter.

Matt nos oye y se queda boquiabierto.

—¿Has notado algún cambio en ti? —le pregunta Ethan, esperanzado. Todo el mundo sabe que Matt se muere de ganas de tener poderes. Según la Profecía, se supone que es él quien debe guiar a los Elegidos a la Batalla Final contra Lathenia y

su Orden del Caos. «Un rey llegará a gobernar, pero no antes de que un líder de corazón puro se despierte». Sin embargo, por ahora no puede liderarse ni a sí mismo. Y sus dudas están destruyendo su confianza.

Los ojos de Matt parpadean hacia el cielo, donde la lluvia de meteoritos ha amainado hasta no ser más que un goteo de estrellas fugaces a lo lejos. A continuación sacude los hombros y dice:

—Nada, como era de esperar.

Matt

La Profecía es errónea. Yo no soy quien liderará a los Elegidos. En primer lugar dudo que alguna vez lleguen a elegirme. El Tribunal, o quienquiera que decida estas cosas, se equivoca.

Ahora nos encaminamos hacia las salas de Arkarian, quien debería tener algunas respuestas, al menos a lo que ha sucedido en la escuela. Ethan dice que Arkarian lo sabe todo. Pero este cree que soy uno de ellos. De modo que la teoría de Ethan no puede ser cierta.

El señor Carter va rumbo al hospital, pero no le encontrarán nada, y él hará todo lo posible para evitar que le presten una atención innecesaria. Es mejor que procure pasar desapercibido enseguida, pues ya hay bastante confusión con esa misteriosa lluvia de meteoritos.

Rochelle está cuidando de Neriah. Si no fuera por lo importante que es en estos momentos ver a Arkarian, yo mismo me habría ofrecido voluntario. Hay algo en esa chica nueva que despierta en mí un curioso instinto protector, muy distinto al que siento hacia mi hermana Isabel. Es como si Neriah estuviera hecha de algo suave, hermoso... y extrañamente real. Pero por qué siento eso, y cómo ha llegado a ocurrir, es algo que ignoro. No estoy buscando una relación, y en fin, Neriah es la hija de Marduke. Y él es todo lo contrario de un ser bueno.

Junto a mí, Ethan e Isabel permanecen callados, y me pongo a pensar en Neriah. Me pregunto qué pasaría si fuésemos novios. Pero ¿a quién intento engañar? Eso nunca sucederá. Ninguna chica volverá a tener libre acceso a mi corazón.

Llegamos a la entrada secreta de las salas de Arkarian, que se encuentra a mitad de la montaña. Un trozo de pared de roca del tamaño de una puerta pequeña se abre ante nosotros. Ha detectado nuestra presencia. Ethan e Isabel se apresuran a entrar, pero, ahora que estoy aquí, ya no tengo tanta prisa. A lo mejor las respuestas a mis preguntas no son las que quiero oír. Si ha habido un error, y no soy realmente un Elegido, ¿quiero que me lo confirmen? Ya hace más de un año que formo parte de la Guardia. He visto cosas, algunas más extrañas que la vida misma, sobre todo cuando estuve en el Inframundo. Y puesto que todavía no me han permitido emprender ninguna misión de verdad, la idea de que a lo mejor no ocurra nunca me llena de temor.

Respiro hondo y cruzo la abertura. Al instante la pared de roca recobra su forma habitual a mi espalda, y de nuevo me inunda esa incómoda sensación. La misma que experimento siempre que estoy en este lugar. No sé muy bien por qué. No se trata de claustrofobia ni de nada parecido. Quizá es porque todo ese asunto del otro mundo se hace repentinamente real y tengo que afrontarlo. La tecnología que Arkarian utiliza para visualizar el pasado no es más que un ejemplo.

Isabel regresa por el pasillo iluminado con velas, buscándome.

—¿Te encuentras bien? Me he dado la vuelta y no estabas. ¿Lo de esta mañana no

te habrá afectado demasiado, verdad?

—Pues la verdad es que sí —replico sinceramente, aunque con una leve sonrisa.
Me tira de la manga.

—Vamos.

Tiene prisa. Prisa por ver a Arkarian, claro, que nos está esperando en su sala octogonal, rodeado de silenciosos aparatos de alta tecnología. La esfera holográfica tridimensional ilumina la habitación desde el centro y emite un zumbido que recuerda el latido de un corazón.

Arkarian está hablando con Ethan, pero no deja de mirar hacia el pasillo. Parece preocupado. Cuando ve a Isabel, una amplia sonrisa inunda toda su cara, y sus ojos de color violeta se dulcifican y arrugan en las comisuras.

Isabel corre a abrazarlo con tal ímpetu que ambos salen despedidos hacia atrás trastabillando, hasta quedar ocultos tras una pantalla de cine, circunstancia que aprovechan para disfrutar de un momento de intimidad. Pero se les ve igualmente. El pelo de Arkarian, de un azul intenso, es como un telón que oculta la cara de Isabel. Se besan y, bueno, siguen besándose. Ethan me lanza una mirada, sonrío y niega con la cabeza. No puedo evitar soltar un gruñido y apartar los ojos. La relación de mi hermana con Arkarian me incomoda, pues en poco tiempo se ha vuelto demasiado intensa para mi gusto. Todo el mundo sabe que son almas gemelas, pero les queda toda la vida para estar juntos. ¿A qué viene entonces tanta prisa?

Finalmente se separan, y se comportan como si estuvieran avergonzados. Pero al poco la seriedad de los sucesos de la mañana nos trae de nuevo a la realidad.

Arkarian me saluda estrechándome el antebrazo. Sin embargo, al percibir la tensión que siento, me suelta lentamente. Tras una prolongada mirada, nos indica con un gesto que nos sentemos en unos taburetes de madera.

—¿Qué ha pasado ahí fuera? —Ethan es el primero en preguntar.

—Ha habido una reunión de los Inmortales —explica Arkarian—. Y no ha ido muy bien. Aunque mis informes son incompletos, parece ser que ambos han perdido los nervios.

Ethan hace un ruidito de burla.

—¿Y qué han hecho? ¿Jugar al *ping-pong* con el universo?

Arkarian esboza una sonrisa forzada.

—Algo así.

—¿Y qué me dices de Angel Falls? —pregunta Isabel—. En la escuela nos ha caído una buena. ¿Lo has visto? Al señor Carter han tenido que llevárselo al hospital.

—Sí, pero gracias a vosotros dos. —Arkarian señala también a Ethan con una fugaz mirada—, Marcus se salvará. Según mis informes, los daños han alcanzado las costas este y oeste de Australia del Sur. Pero tienes razón en lo de la escuela, Isabel: los impactos más fuertes han tenido lugar en Angel Falls.

No hace falta ser un genio para saber lo que eso significa.

—¡Lathenia ha intentado matarnos! ¡Casi ha eliminado al señor Carter!

Isabel frunce el entrecejo.

—¿Y qué me decís de los suyos que viven ahí?

Ethan tiene la respuesta.

—Estaba dispuesta a sacrificar las vidas de sus propios soldados para acabar con algunos de nosotros.

—Estoy seguro de que a Lathenia le encantaría veros a todos eliminados — explica Arkarian—. Pero es un adversario muy inteligente. Perdió los nervios, como les suele pasar de vez en cuando a los hermanos...

Mi mente se pone a divagar ante esa afirmación. Es algo que puedo entender. Isabel y yo a veces nos peleamos, sobre todo cuando intento sobreprotegerla, o «asfixiarla», como le gusta decir a ella. Pero últimamente ha estado muy callada. No quiere líos. Hay algo en su mente de lo que no está dispuesta a hablar, o le da miedo, aunque me resulta difícil imaginar que Isabel pueda estar asustada. Lo único que sé es que algo le ocurrió cuando estábamos en el Inframundo, y que desde entonces no ha sido la misma conmigo.

Arkarian me mira intensamente. Ha oído lo que he estado pensando y parece preocupado. Se percata de que Isabel nos mira y procura tranquilizarse, fingir que no ha pasado nada. Vuelve la atención a Ethan.

—Lathenia ha trabajado muy duro en sus planes para conseguir su objetivo final. No es tan estúpida como para permitir que se lo estropee un arrebato de mal humor. Lo que pasó en Atos fue algo excepcional.

—Algo más ha ocurrido durante la lluvia cósmica —dice en voz baja Isabel.

Arkarian le agarra la mano.

—Sí, lo sé.

—¿A ti también te ha sucedido? —pregunta Isabel.

—A todos nosotros. Los nueve Elegidos hemos visto aumentados nuestros poderes.

—¡Lo sabía! —exclama Ethan, que comienza a entusiasmarse.

No puedo evitar burlarme de esa idea. Yo no me siento distinto, lo que no hace más que confirmar mis dudas. Una nada «aumentada» sigue siendo una nada.

Arkarian se vuelve hacia mí.

—Tengo noticias para ti.

Me preparo para que me echen, o para reconocer que he acertado desde el principio y que el Tribunal ha cometido un error.

Niega con la cabeza y esboza una sonrisa.

—¡Hombre de poca fe! Escúchame. Ya no eres el Aprendiz de Ethan.

Miro a los demás, que parecen tan confusos como yo.

—Pero... ¿cómo conseguiré mis poderes sin un mentor?

—Oh, tendrás uno.

—¿Vas a ser tú, Arkarian? —pregunta Isabel.

—No. Y no puedo decirte nada más del nuevo Entrenador de Matt. Hay otra cosa

que él tiene que saber primero.

Ethan le interrumpe.

—He fracasado —dice—. No he sido capaz de entrenar a Matt y ahora el Tribunal está decepcionado conmigo. Nunca tendré otro Aprendiz.

—¡No, Ethan! —replica Arkarian—. Eres un buen Entrenador. Mira lo que lograste con Isabel en las pocas semanas que estuviste con ella.

—Sí, pero ella ya estaba preparada.

—Hay más cosas que aprender aparte de las artes físicas.

—Pero eso es todo lo que he podido hacer con Matt. Y ahora el Tribunal me despide para dárselo a otro.

—El nuevo Entrenador de Matt le enseñará cosas que tú no podrías enseñarle jamás. —Arkarian levanta una mano—. Cosas que nadie puede enseñarle. Nadie que sea de este mundo.

La explicación de Arkarian no mitiga mi confusión, aunque Ethan e Isabel parecen más dispuestos a aceptarla.

Arkarian se vuelve hacia mí.

—Hay otras cosas que tienes que aprender, aparte de controlar tus poderes. Es tu destino, Matt. Y tu nuevo Entrenador es un Maestro, un maestro por encima de todos los demás. Ha esperado esta oportunidad toda la vida.

—¿Ha esperado toda la vida la oportunidad de entrenarme a mí?

—Eso me han dicho. Volveremos a hablar de esto cuando se acerque el momento de su entrenamiento y me den más información.

—Pero Arkarian...

Me interrumpe:

—Basta por ahora. Aunque en esta sala estamos seguros, no podemos olvidar que entre nosotros hay un traidor. No os puedo decir más. —Se vuelve hacia Ethan—. En cuanto a ti, Ethan, tendrás un nuevo Aprendiz.

Isabel sacude la cabeza como si ya lo supiera.

—Es Neriah, ¿verdad?

—¿En serio? —Ethan no puede borrar una sonrisa de la cara.

—Sí, pero Neriah está clasificada como de alto riesgo. Marduke amenaza su vida. Está bajo la protección de la Guardia. De modo que nunca podréis entrenaros solos. Se os asignará un ayudante. Alguien que estará siempre vigilando.

—¿Quieres que lo haga yo? —pregunta Isabel.

—Voy a asignaros a Rochelle.

—¡A Rochelle! —El entusiasmo de Ethan cae en picado—. Pero, Arkarian, ¿te parece prudente?

Arkarian nos estudia uno por uno. Ninguno de nosotros le aguanta la mirada más de un breve segundo.

—¿Todavía no habéis aprendido a confiar en Rochelle? Es una Elegida, al igual que el resto de vosotros. Eso significa que los que están por encima de vosotros

confían en ella. ¿Dónde está vuestra fe?

Así expresado, parece sensato bajar la guardia por lo que se refiere a Rochelle. Pero no solo desconfío de ella porque antaño fuera espía de Marduke, sino por todo lo que hizo por él.

—Rochelle será tu ayudante, Ethan —confirma Arkarian—. Su habilidad como Vidente de la Verdad, ahora aumentada, significa que puede captar los pensamientos de los demás aunque no estén al alcance de su oído. Incluso puede oír los pensamientos de gente que esté detrás de una barrera, como una pared de ladrillos o un cristal grueso.

Ethan asiente y no dice nada, pero está claro que no le alegra trabajar con Rochelle. De todos modos, más le vale no involucrarse emocionalmente.

—Hay una última cosa que quiero comunicaros —dice Arkarian, concitando nuestra atención—. Debemos emprender una misión singular.

—¡Sí! —exclama Ethan.

—¿Adónde vamos? —pregunta Isabel, y añade esperanzada—: ¿Tú también vendrás?

Arkarian tarda un poco en responder.

—Sí, yo también iré, Isabel, pero esta misión no es lo que tú piensas.

Isabel ha captado el tono serio de Arkarian y muestra signos de preocupación. Conozco a mi hermana: no puede ocultarme sus emociones, y menos en este momento, que le asoman a la cara mientras dirige la mirada hacia Arkarian con ansiosas arrugas de preocupación en torno a los ojos.

Este le explica:

—Tenemos que volver al Inframundo.

—¡De ninguna manera! —grita Isabel—. ¿Por qué iban a enviarnos otra vez allí?

Arkarian le toca el brazo y dice:

—No, no te envían a ti, Isabel. —Desvía los ojos hacia Ethan—. Ni a ti. —Gira la cabeza hacia mí, y esta vez sus ojos no dicen que no—. Es a ti a quien envían, Matt. A ti, a mí y a Rochelle.

—¡Qué! —exclama Ethan.

Isabel se pone en pie de un salto y se queda mirando a Arkarian con los brazos en jarras.

—¡Si tú y Matt vais, entonces yo también iré!

Arkarian alarga un brazo para tocarla mientras intenta explicarse. Dejo de escuchar cuando él le dice algo en relación al tacto de Rochelle, y de que ahora puede visualizar los distintos componentes o capas que tiene bajo las manos, y que a él lo necesitan para abrir la brecha entre los mundos.

Solo puedo pensar en que el Tribunal me eligió a mí. ¡A mí!

—Pero no tengo poderes.

Todo el mundo se queda callado y Arkarian dice:

—Sin tu presencia, Matt, nuestra misión sería absurda. Incluso sin poderes, eres

el único que puede tocar la llave del cofre de las armas sin morir por ello. Ya lo hiciste una vez, cuando escapamos del templo antes de que Lathenia y Marduke lo destruyeran. Tú pensaste que era un dial que abría el pasadizo secreto entre nuestros mundos. Y en cierto modo lo era, pero su propósito era mucho más valioso. De modo que ahora tenemos que volver al templo y encontrar la llave entre las ruinas. Y debemos darnos prisa. Debemos encontrar esa llave antes de que lo haga Lathenia. Ya se han detectado movimientos en la brecha. Por eso hemos de ir enseguida.

Isabel sigue de pie, con los brazos en jarras y una expresión tensa. Ya la he visto furiosa otras veces, pero ahora parece a punto de explotar.

—¡Espera un momento!

Arkarian levanta la mirada y por un segundo me identifico con ella. Una leve sonrisa aparece en mi cara, y finjo toser para ocultarla con la mano. Cuando a mi hermana se le mete algo entre ceja y ceja, que Dios ayude a quien se entrometa.

Arkarian se levanta, alarga el brazo y le toca la cara con la mano abierta. La deja ahí como si intentara transmitirle una oleada de calma y tranquilidad.

—Podremos pasar sin ti. Confía en mí como yo confío en ti.

Isabel inhala profundamente y relaja la cabeza contra el pecho. Arkarian la rodea con los brazos y permanecen así unos momentos. Luego Arkarian mira a Ethan por encima de la cabeza de Isabel.

—Cuando me vaya, quiero que Isabel y tú controléis la esfera.

Ethan se incorpora en su taburete, con los ojos muy abiertos.

—¿Qué hemos de vigilar y qué períodos de tiempo?

—Hay dos portales que levantan sospechas, pero hasta ahora ninguno se ha abierto. Cuando eso ocurra, tendremos que actuar deprisa. No podemos permitir que se cierre el portal sin introducir un equipo.

Isabel vuelve la cabeza para escrutar la cara de Arkarian.

—¿Qué pretende esta vez la Diosa?

—Por lo que he podido averiguar, Lathenia tiene la mirada puesta en los exploradores.

Ethan casi se levanta de un salto.

—¿De verdad? ¿En quiénes?

Arkarian hace una pausa antes de contestar:

—Cook. O Colón.

Rochelle

No puedo creer que me envíen al Inframundo. Arkarian me ha elegido por mi poder, pero no me importa. Al contrario, me alegro. Será otra oportunidad para demostrarle mi lealtad a la Guardia.

Matt y él también vienen. No es una misión cualquiera. No nos dirigimos hacia el pasado, sino hacia otro mundo. Lo que significa que utilizaremos nuestros cuerpos, sin disfraces.

Nos reunimos en una de las salas de Arkarian que están más próximas a la pared interior de la montaña. Matt ya está allí, con las manos hundidas en los bolsillos de los pantalones. Me ve y fija sus ojos en mí un momento antes de alejarse. Sus pensamientos penetran en mi cabeza con tal fuerza que, por más que intento detenerlos, siguen traspasándome. ¡Aún está enfadado! Ojalá nunca me hubieran concedido ser Vidente de la Verdad. Desde que mis poderes aumentaron, he perdido el control de lo que quiero oír y lo que quiero apartar de mi mente. Sacudo la cabeza para librarme de sus pensamientos.

—¡Ya está bien!

Matt me mira ceñudo.

—¿Qué te pasa?

Me recojo el pelo detrás de las orejas. Siempre he tenido esa costumbre, pero ahora no me llega. Se me chamuscó tanto que he tenido que cortármelo. Ahora lo llevo escalado alrededor de la cara.

—¡No me pasa nada! —le espeto de pura frustración. Estupendo. ¡Haré muchos amigos si voy por ahí gritándole a todo el mundo!—. Estoy bien. ¿Entendido?

Intento distraerme mirando alrededor. Pero en esta habitación no hay gran cosa que ver, tan solo un par de taburetes y un viejo escritorio de madera.

—Me pregunto dónde está Arkarian.

Matt se encoge de hombros y se mece hacia atrás sobre los talones, con las manos aún en los bolsillos.

—Debe de estar dándoles las últimas instrucciones a Ethan e Isabel.

Aun cuando es evidente que Matt preferiría encontrarse en cualquier otro lugar del mundo que a solas conmigo en esta habitación, sus pensamientos también me permiten saber que está entusiasmado, como un niño en una tienda de juguetes y con dinero en el bolsillo. Con mucho dinero en el bolsillo.

Arkarian aparece de repente ante nosotros, y Matt da un respingo hacia atrás, pues todavía no está acostumbrado a la capacidad de Arkarian de materializarse a su antojo. Ethan también puede hacerlo. Ojalá yo también pudiera, pero aún debo ganarme las alas, igual que hicieron ellos. Marduke no quiso dármelas. Eso habría disminuido su poder sobre mí.

Sin pérdida de tiempo, Arkarian nos transporta a una habitación de la Ciudadela que nunca he visto. Es enorme; en ella cabrían perfectamente mil personas. Levanto

la mirada y no puedo apartar los ojos del techo. Hay ocho paneles multicolores, de cristal, o eso creo, tallado con miríadas de complejos dibujos. Instintivamente levanto las manos. Quiero tocarlo, sentir su textura, ver su profundidad. Pero los paneles están demasiado altos, y el punto central desaparece en el olvido.

Arkarian me sonrío.

—Asombroso, ¿verdad? —Asiento, y él añade—: Este techo es idéntico al del templo que estamos a punto de visitar en el Inframundo. Aunque ahora allí no haya nada más que polvo y escombros. Es una suerte que vengas con nosotros, Rochelle. Tus manos valdrán su peso en oro.

Lo que ha dicho es muy amable, y me siento más animada por primera vez en meses. Arkarian baja la vista y observa mis manos, aún surcadas por corrientes eléctricas. Vuelve una con la palma hacia arriba.

—¿Sientes la energía?

—Siento un cosquilleo. ¿Cuándo parará?

—¿El cosquilleo?

—Sí, y las cargas eléctricas, o lo que sean.

Se queda callado un momento, simplemente mirándome con esos ojos que todo lo saben, como si estuviera preguntándose si soy capaz de enfrentarme a una mala noticia. Aunque mis poderes han aumentado, sigo sin poder oír sus pensamientos. Y tampoco se me ocurriría intentarlo. Es un experto a la hora de protegerlos de los Videntes de la Verdad. Nunca he oído ninguno, a no ser que él lo haya querido.

Pero no tiene que decirlo, ni pensar nada en voz alta: está en sus ojos.

—Esto no va a desaparecer, ¿verdad? Es eso. Mis manos se quedarán así para siempre.

—Sería buena idea que llevaras guantes. Haré que te confeccionen unos que imiten la piel, así nadie sospechará nada.

Niego con la cabeza. Increíble. Cuando estaba con Marduke tuve que llevar una máscara para ocultar mis ojos, mi rasgo más fácilmente identificable. Ahora les toca el turno a las manos.

—Hay algo que deberías saber.

Las palabras de Arkarian me provocan un escalofrío.

—¿Qué es?

Matt se acerca lo bastante para escuchar, pero no dice nada.

—En tus manos hay más poder de lo que crees.

—¿Más que el poder de visualizar lo que toco?

—Ten cuidado con tus manos, Rochelle, hasta que aprendas sus poderes y cómo controlarlos. Con esas manos podrías hacerle daño a un animal.

Aparto mis manos de las suyas.

—¿Hacerle daño a un animal?

—O a un niño.

—¿Qué estás diciendo, Arkarian? ¡Yo no quiero hacerle daño a ningún animal, ni

a ningún niño!

Un tenue susurro a mi espalda hace que me vuelva. De pronto tengo los nervios a flor de piel.

—Te aseguro, querida, que no le harás daño a nadie. —Es *lady* Arabella, envuelta en una capa dorada y con un aspecto muy regio, a pesar de su piel delicada y sus pestañas blancas.

Conocí a esta mujer en una habitación segura de la Ciudadela. Fue ella, quien, ayudada por Arkarian, me ayudó en mi transición a la Guardia.

Me sonrío, y sus ojos incrustados de hielo parecen más suaves.

—No te preocupes, Rochelle. Te enseñaré a controlar tu nuevo poder a fin de que tus manos sean completamente seguras. —Sus palabras me alivian. Le doy las gracias y desvío los ojos hacia Arkarian. Levanta las cejas—. Por desgracia, todavía estamos remediando las consecuencias de aquel desastroso encuentro.

—¿Cómo está mi padre? —pregunta Arkarian.

—Cansado. Me ha pedido que te diga que tengas cuidado y que no lames la atención. Últimamente ha habido movimientos sospechosos en las fronteras de los reinos. —Del interior de su capa saca lo que parecen tres pequeños cristales, que entrega a Arkarian—. Toma, te darán luz.

Arkarian coge los cristales y se los mete en el bolsillo del pantalón, mientras *lady* Arabella dirige sus ojos a Matt, lo saluda con una sonrisa e inclina la cabeza. ¡Inclina la cabeza! ¿Qué está pasando aquí? Se está comportando como una colegiala efusiva.

Finalmente recobra la compostura y comienza a explicarnos que debemos permanecer dentro de la estructura interior del octágono. Busco con la mirada, pero no lo veo hasta que Arkarian señala el suelo, donde aparece una figura octogonal formada por una serie de azulejos con dibujos.

—Vuestra salida de este mundo será suave, pero nadie sabe cómo será vuestra aparición en las ruinas del templo. —De la nada, *lady* Arabella saca tres gruesas capas—. Ponéoslas y mantenedlas apretadas al cuerpo. Amortiguarán vuestra caída e impedirán que os hagáis daño. Recordad que en este viaje no tenéis a Isabel para que os cure, e incluso con su recién adquirido poder de sanar sin necesidad de tocar está muy limitada por la distancia y las barreras. Y naturalmente, no puede curar a menos que sepa cuál es la herida.

Tras darle unas cuantas instrucciones a Arkarian acerca de cómo ha de hacernos volver, *lady* Arabella nos guía a los tres hasta el centro del octágono. Cuando cree que estamos en la posición adecuada, retrocede. Casi al instante, un zumbido hace que dirijamos nuestra atención hacia el techo. Los paneles comienzan a moverse lentamente, lo que es digno de verse, pues son enormes. A medida que la velocidad aumenta, los colores y los dibujos se entrelazan hasta convertirse en una mancha de color. Me cuesta mirarlo y levanto una mano para proteger los ojos. De pronto, el centro del techo se abre y la estancia se llena de una luz tan brillante que es como si penetrara el sol.

Rodeado por esa luz, mi cuerpo se levanta y comienza a girar, dejándome desorientada. La luz cambia, pierde su brillo y la oscuridad nos acomete. Arkarian da voces para hacerme saber que no está lejos. Pero no lo veo, ni tampoco a Matt. Ahora sopla un fuerte viento que tira de mis extremidades en direcciones distintas. Se va haciendo más fuerte, hasta que llega un momento en que me supera y me pregunto cómo sobreviviré a la experiencia. Pero de repente el viento se para y comienzo a caer. Recuerdo la advertencia de *lady* Arabella. Me aprieto la capa contra el cuerpo lo más fuerte que puedo.

Y es una suerte haberlo hecho, pues momentos después caigo al suelo. El impacto me deja aturdida. Por un momento creo que me he quedado inconsciente, pero es solo que está oscuro, una oscuridad que lo abarca todo. De repente no puedo pensar en otra cosa. Pongo una mano delante de mí, pero no alcanzo a ver ni el contorno de mis dedos. ¿Es lo mismo que les ocurrió a Matt, Ethan e Isabel cuando llegaron aquí? ¿Cómo se las apañaron?

—¿Te encuentras bien? —Es Arkarian.

Me pongo en pie apoyándome en su brazo.

—Creo que no me he roto nada.

—Bien —dice. Me recorre el brazo con la mano y deposita sobre mi palma un cristal pequeño y frío. Es uno de los que le dio *lady* Arabella.

—¿Cómo funciona?

—Así. —De pronto, el cristal que sostiene resplandece con una luz suave que le rodea la cara y poco a poco va cobrando intensidad.

—¿Cómo lo has hecho?

Sonríe.

—Simplemente lo he pedido.

—¿De veras? —Miro el cristal que tengo en la mano, y de manera inconsciente me lo acerco a la boca—. ¡Enciéndete!

Se ilumina al instante. Pero la luz que emana es tan intensa que casi nos ciega y se irradia hacia la oscuridad que hay sobre nosotros. Hemos aterrizado dentro del templo. Las paredes están medio derruidas y no hay techo.

—Apágala, deprisa —susurra Arkarian, protegiéndose los ojos con una mano—. No debemos alertar a nadie ni a nada de nuestra presencia.

Vuelvo a levantarlo, le pido que se apague y la luz se atenúa.

—Deberíamos haber utilizado uno de estos cuando te buscábamos, Arkarian —dice Matt, acercándose desde el lugar en que ha aterrizado.

Arkarian le entrega el último cristal, el cual, nada más tocar la palma de la mano de Matt, comienza a brillar suavemente.

—Estupendo.

—Desde luego. —No puedo evitar que mi voz rebose alivio al recordar la sensación de total oscuridad de momentos antes—. ¡Odio la oscuridad! —murmuro nerviosa. De pronto me acuerdo de cuando mi padre le pegaba a mi madre y yo me

escondía en el pequeño armario que había junto a la puerta principal, cubriéndome con el abrigo de mi madre. Me quedaba allí hasta que cesaban los gritos, deseando ser invisible.

Arkarian me dirige una mirada comprensiva. Ha oído mis pensamientos, pero, por suerte, no hace ningún comentario al respecto.

—Deberíamos darnos prisa —dice—. *Lady Arabella* no ha dicho cuánto tiempo mantendrán la luz estos cristales.

Los tres comenzamos a buscar en el suelo, dividiendo sistemáticamente en sectores lo que queda del templo. Arkarian me asigna la sección central, advirtiéndome de que no toque la llave con las manos desnudas. Al parecer debo utilizar mi capacidad para «ver» lo que hay debajo de mis dedos. Arkarian saca un rastrillo y lo pasa por los escombros. Yo he de procurar rozar tan solo la superficie. De todos modos, es todo lo que necesito para «ver» debajo.

Me pongo a cuatro patas y comienzo la búsqueda. Al instante, las diversas capas de los fragmentos calcinados de madera, roca, cristal y otros elementos aparecen con claridad en mi mente. Al cabo de un rato las manos se me quedan entumecidas de frío. De vez en cuando las meto debajo de la capa para hacerlas entrar en calor.

Al cabo de otra hora de búsqueda infructuosa, me siento sobre los talones y se me ocurre una idea inquietante: ¿y si esa «llave» se hubiera desintegrado con el resto del templo? Agarro un puñado de polvo, casi arena, y dejo que se me escurra entre los dedos.

—La llave está hecha del material más duro del universo —explica Arkarian—. Es indestructible. No hay manera de reducirla a polvo.

Seguimos mirando, y una vez hemos registrado nuestras respectivas secciones, nos las intercambiamos, hasta que cada centímetro cuadrado es registrado tres veces. Cuando he acabado me incorporo y salgo. Arkarian levanta la vista, pero no dice nada, tan solo me envía el pensamiento de que hay un lago cerca y de que no toque el agua, pues no es lo que parece. Asiento para hacerle saber que lo he entendido y él regresa a su labor de rastrillar los escombros.

Cuando me acerco al lago, me siento en una roca y me pregunto por las consecuencias de este viaje. La llave no está en ninguna parte, al menos no en ese templo demolido, eso es seguro. Lathenia debe de haber llegado antes que nosotros. Su mago, Keziah, probablemente utilizó uno de sus trucos para localizarla sin tener que doblar ni una de sus ancianas rodillas.

De repente oigo una voz en mi cabeza. No me muevo hasta comprender que es la de Matt. Miro alrededor pero no lo veo. Su cristal de luz está apagado, pero el mío sigue brillando suavemente, por lo que debería poder verme. Es evidente que se siente cómodo en la oscuridad. A lo mejor incluso le gusta. Hay gente que es así, a la que no le molestan las pesadillas ni estar sola, y no teme a la oscuridad.

Me llegan sus pensamientos, y con un sobresalto me doy cuenta de que piensa en mí. Se ha fijado en mi nuevo corte de pelo. Cree que me favorece, que le proporciona

cierta calidez a mi expresión. Se fija en que los mechones oscuros brillan con los rayos de luz que proyecta mi cristal y que mis manos están una sobre otra, delicadas como pétalos. Respiro hondo, con fuerza, a medida que sus pensamientos pasan a ser recuerdos compartidos. Recuerda el roce de mi mano en su cara y que nos pasábamos horas echados el uno junto al otro sin hablar. Y que en aquellos momentos de silencio sentía que su alma era una con la mía.

Intento apartar el resto de sus pensamientos, pero son tan rebosantes de pasión que no puedo hacerlo. Y ahora está de pie a mi lado.

—Rochelle...

Las manos han comenzado a temblarme. Las entrelazo y me vuelvo lentamente hacia él. Me ve y da un paso hacia atrás. Sus pensamientos se convierten de pronto en un torbellino.

—¿Por qué lloras? —me pregunta.

Se me hace difícil encontrar las palabras, pero sé que debo intentarlo.

—Lloro porque te he hecho daño, y sigo haciéndotelo por el solo hecho de estar cerca de ti.

Emite un sonido de burla.

—¡No pienses ni por un momento que deseo volver contigo!

—Ya lo sé. Solo quiero que sepas que lo siento. Nunca te amé como tú te merecías.

Mira por encima de mi cabeza y exhala profundamente.

—Lo que hiciste fue cruel... Fingir que me amabas.

Agarro el cristal con tanta fuerza que la mano comienza a dolerme.

—Necesitas tiempo para superarlo.

Balancea una mano en el aire en un gesto de rechazo.

—¿Tiempo? ¿Has dicho «tiempo»? Sí, eso es lo que necesito, desde luego. El tiempo lo cura todo. ¿No es así?

Su tono es tan cínico que me cuesta escucharlo.

—Matt, por favor, no me hagas esto...

—Hacer ¿el qué, Rochelle? ¿Entregarte mi corazón? No te preocupes, no te avergonzaré con eso.

—¡No hables así!

—Fui un idiota. Me tomaste el pelo.

—Nos tomaron el pelo a los dos.

—Pero tú sabías que era una mentira desde el primer momento. Me dejaste concebir esperanzas cuando te dije que te amaba... —Suelta una horrible carcajada sarcástica y sacude la cabeza—. Dices que necesito tiempo. Bueno, deja que te diga lo que necesito. Necesito retroceder en el tiempo.

—¿Qué?

—Es lo que estamos haciendo ahora, ¿no?

—No te entiendo.

—¡Quiero que Arkarian me haga retroceder en el tiempo para poder escoger no haberte conocido!

Se da media vuelta para irse y yo corro tras él, pero Arkarian aparece de repente. Sus ojos están llenos de compasión, y me doy cuenta de que lo ha oído todo. Pone una mano en el brazo de Matt para detenerlo.

—Tranquilo, Matt. Cálmate.

Matt se calma en silencio, y doy gracias por el tacto apaciguador de Arkarian.

Una vez se ha asegurado de que Matt está bien, Arkarian se vuelve hacia los dos.

—La llave ha desaparecido. No tiene objeto seguir buscando. Apaga tu luz, Rochelle. Debemos salir de aquí. He detectado un movimiento al otro lado del lago.

Sus palabras son como gotas de agua helada que se deslizan por mi espina dorsal. Sin pérdida de tiempo, regresamos a las ruinas del templo. Mientras subimos, un resplandor rojizo surge a lo lejos. Nos ponemos en cuclillas, y Arkarian nos lleva hasta un grupo de rocas para ver mejor.

—¿Qué es eso? ¿Alguien puede distinguirlo? —pregunto.

Arkarian se lleva un dedo a los labios, y en ese momento penetran en mi cerebro los pensamientos de otra persona. Me he quedado helada. El recuerdo del dominio que Marduke ejercía sobre mí es aún demasiado vivo.

Matt estira el cuello para atisbar por encima de la roca. Por un momento se queda completamente callado, pero se le ponen los ojos como platos.

—¿Qué están haciendo ahí abajo?

Estiro el cuello para ver qué es lo que ha dejado a Matt en ese estado de *shock*. Pero ni siquiera la intensidad de su expresión es una advertencia suficiente. Al otro lado del lago, arden cientos de antorchas alrededor de una vasta zona que debe de abarcar varios kilómetros. Dentro del espacio que delimitan las antorchas, hay miles de extrañas criaturas con extremidades humanas, cabezas como de cerdo y unas alas de aspecto muy raro. Pero no es el aspecto de esas criaturas lo que hace que los pelos de la nuca se me queden de pronto electrificados. Es la manera en que están en posición de firmes, alineadas en perfecta formación.

Por fin consigo hablar en un susurro:

—¿Qué son?

—Se les llama *carrizos* —dice Matt—. Están a las órdenes de tu antiguo Amo. Igual que lo estabas tú.

Procuro no hacer caso de su vulgar sarcasmo.

—¿Qué hacen, Arkarian?

Arkarian tarda un momento en apartar sus ojos de esos extraños seres, y por fin se vuelve hacia mí.

—Se preparan para la guerra.

Matt

En cuanto volvemos a la Ciudadela, Arkarian nos ordena no decirle a nadie lo que hemos visto.

—No hasta que haya informado al Tribunal. Habrá que tomar decisiones. Habrá que hacer planes. Nuevos planes para esta nueva situación.

—¿Está incluida Isabel en ese «nadie»?

Arkarian vacila, y por un momento me pregunto si tiene por costumbre ocultarle cosas a mi hermana. ¿Hasta qué punto ejerce control sobre ella, ahora que los dos mantienen una relación tan íntima? Y en estos momentos en que Lathenia lucha por conseguir sus fines, ¿se verá su criterio afectado por esta nueva relación que mantienen? Mataría a Arkarian si, por anteponer sus deberes hacia la Guardia, le hiciera daño a Isabel.

Sus ojos se vuelven hacia los míos, y es como si un fuego me atravesara la carne, la sangre y el espíritu.

—Quiero que sepas una cosa, Matt: me atravesaría el corazón con un cuchillo antes que hacerle daño a Isabel.

Asiento. Es lo único que soy capaz de hacer. La lengua es como pegamento en mi boca.

—Pero no esperes que solo le proponga actividades «sin riesgo» —añade.

Estas palabras rompen la tensión y me río.

—Tampoco ella lo aceptaría.

—Ni yo sería capaz de insultarla de ese modo. La Guardia es su vida. Está en su sangre. Y sus poderes son vitales para la causa. Pero tendrás que confiar en mí, porque a veces las cosas no son lo que parecen. Llevamos una extraña doble vida. Pero una cosa es segura: todos los Elegidos sabrán lo que hemos visto antes de mañana al mediodía. Todos tendrán que estar preparados, sobre todo aquellos que hemos visto las criaturas en carne y hueso, pues podremos identificarlas en cuanto empiecen a aparecer en nuestro mundo.

—¿Son muy peligrosos, Arkarian? —pregunta Rochelle.

—Su mera presencia en nuestro mundo supondría una gran amenaza.

—¿A qué te refieres?

—Desbaratarían el equilibrio entre el bien y el mal.

—¿Y qué podría pasar?

—Lo mismo que sucedió en el Inframundo. Oleadas de oscuridad barrerían nuestras tierras, y el mundo sería cada vez más sombrío. Con el tiempo, primero la luna, y luego el sol, serían totalmente arrasados. No brotaría ninguna cosecha. No habría corrientes en los mares ni en los ríos, y reinaría la confusión. Al final, todo lo que es natural moriría, y el mal vencería.

Resulta difícil creer que alguien pueda desear semejante cosa.

—¿Por qué Lathenia desea todo esto?

—Ella es la Diosa del Caos. Frío y oscuridad, miedo, codicia. Todo lo malvado la hace más fuerte, le da satisfacción.

Permanecemos callados un momento, asimilando las inquietantes palabras de Arkarian, y Rochelle pregunta:

—¿Cuándo crees que atacarán?

Arkarian inhala hondo.

—Por el aspecto de esas tropas, yo diría que muy pronto.

En silencio, Arkarian nos traslada de vuelta a la montaña y nos conduce a su sala principal. Cuando aparecemos, ni Isabel ni Ethan pueden ocultar su alivio.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Arkarian.

Ethan señala la esfera.

—Se ha abierto un portal.

Arkarian se queda mirando la esfera y ajusta su aumento varias veces para estudiar el pasado.

—Es Plymouth, veinticuatro de agosto de mil setecientos sesenta y ocho. — Levanta la vista—. La noche antes de que el capitán Cook zarpara en el *Endeavour* en busca del gran continente del sur.

—¿Está el capitán Cook entre esa chusma? —pregunto sin poder evitarlo.

—Sí —confirma Arkarian—. Una tripulación de noventa y cuatro personas se prepara para la aventura de su vida. Un viaje que durará poco menos de tres años.

—¿De dónde viene el peligro, Arkarian? —pregunta Isabel.

Él se la queda mirando, y, como ocurre siempre que sus miradas se encuentran, la de Arkarian se ablanda.

—Necesito más tiempo para estudiarlo, pero, por el aspecto de este estrecho portal, creo que no permanecerá abierto mucho tiempo. Eso significa que la Orden planea una misión rápida y decisiva. Intuyo que enviarán a dos hombres: uno para distraernos, mientras el otro intenta asesinar a Cook.

—¿A qué estamos esperando? —pregunta Isabel.

Arkarian se aparta de la esfera y nos mira uno por uno.

—Mandaría a Jimmy, pero esta noche necesitamos sus habilidades para otra misión.

—Arkarian —dice Isabel en un tono pensado para llamar su atención—. Iré yo.

Sin contestarle directamente, Arkarian mira a Ethan y luego a mí.

—Irán Ethan y Matt.

Me recorre una oleada de excitación y alivio. El alivio se debe a que Isabel no va. Contrariamente a Arkarian, a mí no me importa insultarla. La excitación se debe a la perspectiva de realizar mi primera misión en el pasado. ¡Y todavía no tengo mis poderes! De pronto, esa oleada de excitación me revuelve el estómago cuando aparecen los nervios.

Junto a mí, Isabel se revuelve inquieta; a continuación tira del brazo de Arkarian y se lo lleva aparte.

—¿Qué estás haciendo?

—Tan solo mi trabajo, Isabel. Lo que me han enseñado a hacer. Evaluar la situación y tomar decisiones basadas en esas evaluaciones.

—¿Y por qué envías a Matt?

—¡Eh! —exclamo.

Me lanza una mirada furibunda.

—Cállate, Matt. Solo necesito saber por qué.

Es obvio que ambos aún se están adaptando a su nueva situación. Trabajar y estar juntos tiene que tensar por fuerza cualquier relación. Lanzo una mirada fugaz a Rochelle. Bueno, al menos no tengo que preocuparme por ella.

—Isabel —dice Arkarian en tono paciente mientras señala la esfera—. Ahí abajo hay noventa y cuatro hombres.

Comienza a comprenderlo.

—Oh.

—Cualquier mujer que enviara allí llamaría mucho la atención. Mira todos esos hombres. —Inclina la cabeza hacia la esfera—. No hace falta que te diga que eso pondría en peligro la misión.

Ethan no puede reprimirse, y estalla en una carcajada.

Isabel le suelta un golpe en el brazo y Ethan se lo frota.

—No pensé que todo serían hombres —murmura—. No quería que me sobreprotegieras, eso es todo. —Me lanza una mirada—. Ya tengo bastante con la protección de mi hermano, muchísimas gracias.

Arkarian acoge a Isabel en sus brazos, y la abraza mientras le pide a Rochelle que vaya a informar al señor Carter, a Jimmy y al padre de Ethan, Shaun, de que habrá una reunión a primera hora de la mañana, cuando todo el mundo haya regresado de su misión.

—Y no utilicéis el teléfono. Es muy fácil oír sus señales.

Rochelle se va y Arkarian se vuelve hacia Ethan y hacia mí.

—Vosotros dos será mejor que os vayáis a casa y descanséis un poco. Me reuniré con vosotros en la Ciudadela antes de que saltéis, y os daré las últimas instrucciones. Y recuerda, Matt, que serás transportado mientras duermas, así que relájate y vete a la cama como siempre. Cuando llegues a la Ciudadela, tu alma y tus ojos quedarán alojados en cuerpos que se parecerán al tuyo hasta que se te den identidades secretas. ¿Lo entiendes?

Asiento.

—Ethan me ha explicado los detalles del transporte en nuestras sesiones de entrenamiento. Solo que la habitación en la que hemos estado hoy parecía distinta a como Ethan me la había descrito.

—Eso es porque hoy habéis estado en una parte de la Ciudadela diferente. La Ciudadela se divide en dos sectores. El transporte tiene lugar en el laberinto, donde las habitaciones y las escaleras cambian constantemente para adaptarse a las

necesidades de los viajeros y mantener sus identidades intactas. La zona en la que hemos estado hoy sirve para muchos otros propósitos, pero sobre todo alberga las dependencias donde se vive y se trabaja. El laberinto no funcionaría sin la maquinaria y la coordinación que procede de la otra mitad. ¿Algo más?

Así, de pronto, no se me ocurre nada.

—Bueno, ahora vete. Fuera ya es casi de noche. Tu madre se estará preguntándose qué te retiene hasta tan tarde.

Ethan me tira del brazo y hago ademán de marcharme, pero me doy cuenta de que Isabel sigue abrazada a Arkarian.

—¿Vienes? —le pregunto.

Levanta la cabeza, mira a Arkarian a los ojos y este dice:

—Enseguida irá.

Ethan me da otro codazo. Le sigo a paso más lento, lanzándole a mi hermana una prolongada mirada al salir. Ojalá pudiera acostumbrarme a verlos juntos.

Fuera, la noche es gélida, y encojo más los hombros dentro de mi chaqueta.

Ethan dice:

—No puedes dejar de preocuparte, ¿verdad?

—¿Eh?

—Por Isabel.

—Le prometí a nuestro padre que cuidaría de ella, y es lo que procuro hacer.

—Isabel es mi mejor amiga. Confía en mí, no me alejaría de ella si pensara que corre algún peligro. —Me da un golpecito en el hombro—. Y ahora, vamos. Debes concentrarte en la misión de esta noche. No querrás meter la pata, ¿verdad?

—¡Claro que no!

Ethan comienza a hablarme de la Ciudadela. Son cosas que ya me ha explicado, pero, debido a la pregunta que le he hecho antes a Arkarian, quizá piensa que debe repetírmelas.

—Ahí es donde aprendemos el idioma, los distintos acentos y otros detalles que necesitamos saber para no llamar la atención...

Mientras bajamos la montaña, voy escuchando atentamente sus explicaciones. No hemos ido muy lejos, cuando una voz nos llama desde detrás.

—¡Eh, esperadme!

Es Isabel. No puedo evitar sonreír cuando la veo. Lee mi expresión de intenso alivio.

—Idiota. ¿Cuándo te vas a enterar de que ya no necesito que cuiden de mí? Solo queríamos estar solos unos minutos. ¡No hay nada malo en eso!

Incapaz de ocultar las dudas de mi voz, me trago las palabras y simplemente murmuro:

—Hum.

Tras unas instrucciones más, Ethan nos deja delante de la puerta de nuestra casa. Solo pienso en darme una ducha rápida y meterme en la cama. Pero mamá nos espera

al otro lado de la puerta.

—¿Dónde habéis estado?

Su voz es tensa, de preocupación. No es de extrañar, después de lo ocurrido esta mañana en la escuela. Antes la llamé para ver si estaba bien y para hacerle saber que ni a mí ni a Isabel nos había pasado nada; y luego, como no iba a haber clase durante el resto del día, le dije que nos íbamos al parque nacional a dar un paseo.

—¿Seguro que los dos estáis bien? ¿Por qué insistís en iros así como así? Menos mal que Jimmy me dijo que os había visto y me aseguró que estabais sanos y salvos. Ya sabéis que no me gusta que vayáis a pasear por el parque. Es peligroso. ¿Queréis volver a perderos?

Naturalmente, estaba preocupada.

—Lo siento, mamá. No queríamos alarmarte. Se nos olvidó... que aquella vez nos perdimos. No hemos ido muy lejos. Te lo prometo.

Oigo a Jimmy cantar en la cocina. Él también es miembro de la Guardia, y uno de los Elegidos. Y es el novio de mamá. A menudo me pregunto si sus sentimientos hacia ella son sinceros, o si solo está en nuestra casa fingiendo que mi madre le gusta para poder vigilarnos a Isabel y a mí. Es una idea incómoda, y no del todo descabellada. Al fin y al cabo, Rochelle fingió amarme como parte de su trabajo.

Jimmy aparece luciendo un delantal con el que se seca las manos.

—Le dije a vuestra madre que todos estabais bien. —Nos mira a Isabel y a mí y sonrío—. Tenéis tiempo para daros una ducha, si queréis. Pero no tardéis demasiado, la cena estará enseguida.

—Yo no quiero...

No acabo la frase, pues Isabel me da una patada en la espinilla.

—Gracias, Jimmy. Me muero de hambre. Y Matt me estaba diciendo precisamente que la caminata de esta tarde le ha abierto el apetito.

Le da a mamá un abrazo para tranquilizarla y corre escaleras arriba. Capto su mensaje. Ethan fue claro en este punto. Tengo que actuar con normalidad para que mamá no se preocupe de que pueda estar enfermo o haber pillado algo y quiera entrar en mi cuarto por la noche para ver si estoy bien. Aunque mi cuerpo estará durmiendo, si ella intenta despertarme tendré todo el aspecto de hallarme en coma, y eso le daría un susto de muerte. Y al parecer es aún peor para la persona que viaja en el tiempo. Se ponen enfermos e incluso mueren.

Me ducho y bajo a cenar. Hay pollo rebozado, acompañado de patatas fritas, y crema agria. Uno de mis platos favoritos. Pero esta noche me sabe a cartón. Me trago cada bocado con una sonrisa para que mamá vea que me encuentro bien. Jimmy parece divertido, pero es la clase de persona capaz de reírse de la incomodidad de los demás. Isabel no estaría en absoluto de acuerdo en ello, pero es que mi hermana no está de acuerdo conmigo en nada.

Como si su intención fuera torturarme, después de cenar Jimmy sugiere que él y yo freguemos los platos.

—Así las chicas tendrán la noche libre, ¿de acuerdo?

Su humor me irrita más de lo habitual. Pero de nada sirve discutir. No quiero prolongar la velada, cuando lo único que deseo es irme a la cama, dormirme y emprender mi misión.

En la cocina, Jimmy me da un trapo.

—Yo fregaré —dice. Cuando mamá desaparece con Isabel, me quita el trapo de las manos—. Solo quería tener la oportunidad de desearte buena suerte esta noche sin que tu madre se enterara.

Ya no habla en tono de broma. Incluso sus ojos parecen, no sé, más serios.

—Muy bien.

—También quería decirte que te andes con cuidado. Todo lo que hacemos ahora parece un poco precipitado. Y esto nos obliga a veces a tomar decisiones sin meditarlas debidamente. —Es obvio que habla por experiencia propia. Y aunque a veces me irrita tanto que procuro no escuchar una palabra de lo que dice, esta vez consigue captar toda mi atención—. Es difícil juzgar en un segundo cuál es la mejor elección.

Asiento, comprensivo.

—Ahora sé que todavía no tienes tus poderes, pero estás bien entrenado. Ethan ha realizado un buen trabajo. Y bueno, el mejor consejo que puedo darte es que confíes en tu instinto. Si una situación te da mala espina, analízala bien. Si tus tripas te dicen que te largues a toda prisa, hazlo. ¿Entendido?

—Entendido.

—Y ahora será mejor que te vayas a la cama. —Mira el fregadero, lleno de platos, y pone mala cara—. Yo me encargaré de esto. Normalmente cuesta dormirse antes de la primera vez.

Ya en mi dormitorio, me derrumbo en la cama y respiro profundamente. Todos los consejos que me ha dado me rondan por la cabeza. Intento bloquearlos, pero saltan aquí y allá, reclamando mi atención. Comienzo a preguntarme qué se sentirá al viajar en el tiempo. ¿Habrá alguna señal, alguna sensación que me permita darme cuenta? ¿Y si me despierto durante el proceso de transporte?

Al final me obligo a cerrar los ojos. Cuando la aventura empiece, seguro que lo sabré.

Rochelle

Tras salir de la sala de Arkarian vuelvo a la escuela. Tengo que encontrar al señor Carter para comunicarle que mañana por la mañana hay una reunión. Probablemente aún esté en el hospital, pero primero miraré en la escuela. Si está allí me ahorraré ir a la ciudad. Debería haberle preguntado a Arkarian antes de irme, pero, bueno, no se me ocurrió.

La escuela sigue hecha un desastre, y debido a los daños en el Bloque D, han dispuesto unas aulas temporales en las salas ovaladas de deporte. Al parecer se utilizarán esas dependencias hasta que el bloque se reconstruya. Me entero de esta última información porque un miembro del personal de secretaría, la señora Walters, se lo comenta a alguien por teléfono.

Resulta que la secretaría es el único lugar de la escuela que no ha sido acordonado.

—Están por todas partes. —La señora Walters no para de hablar—. ¡Todo el día han estado llegando a la ciudad científicos del gobierno! Y la prensa... —Tamborileo con los dedos sobre el mostrador para llamar su atención. Ella me lanza una mirada irritada y tapa el auricular con la mano—. No habrá clase en lo que queda de semana. Es lo que tardarán en conseguir que los edificios vuelvan a ser seguros.

—Pero yo no...

—Aparecerá un anuncio en los periódicos locales, querida. —Me indica con la mano que me vaya y regresa a su conversación telefónica.

Le digo en voz alta:

—Solo quiero saber si el señor Carter ya ha salido del hospital.

Al final se da cuenta de que no he ido a preguntar cuándo se reinician las clases. ¡Como si me muriera de ganas!

—¡Oh! —murmura—. ¿Y por qué no lo has dicho antes? Creo que se ha quedado en el hospital para que puedan tenerlo en observación.

Estupendo.

—¿Cuánto tiempo?

—¿Perdón, querida? ¿Has dicho algo? —Me mira como si me viera por primera vez, y luego clava la vista en el auricular que sostiene, arrugando la frente. De repente cuelga sin siquiera despedirse—. Pretendían que abandonáramos la secretaría, ¿sabes? Los ingenieros. Pero los alumnos tenían que llamar a sus padres. Los teléfonos no han dejado de sonar. Han venido reporteros de todo el país. Dicen que se trata de un fenómeno extraordinario.

Hablo lentamente, pronunciando con claridad para que la mujer pueda centrarse en mi pregunta:

—¿Cuánto tiempo va a estar el señor Carter en el hospital?

—Oh, querida. Un par de días, creo. Quieren hacerle unas pruebas. El insiste en que no le pasa nada, pero ya sabes cómo son.

Niego con la cabeza.

—¿Quiénes?

—Los médicos. Las enfermeras. Los científicos. Dicen que es un milagro que esté vivo. No tiene ni un araño. Los dioses le han sido propicios.

Hum. Bueno, no del todo. Y por suerte, Isabel y Ethan estaban cerca. Entra un reportero y me apunta con su micrófono. Lo esquivo y salgo todo lo deprisa que puedo. Pero los periodistas están por todas partes, y debo librar toda una batalla para llegar hasta la puerta principal.

Cojo un autobús para ir al hospital justo cuando empieza a oscurecer. Aún tengo que informar a Shaun y Jimmy de la reunión. Como van las cosas, me llevará toda la noche.

Unos veinte minutos más tarde me apeo del autobús en el centro de la ciudad y recorro a pie el breve trayecto hasta el hospital. En recepción me informan enseguida de que el señor Carter se encuentra en la tercera planta, y cuando llego está discutiendo con un médico por retenerlo allí tanto tiempo.

Llamo, interrumpiendo su conversación.

El médico me ve e intenta sonreír, aunque sin mucho éxito. El señor Carter está poniendo a prueba su paciencia. Pero es un milagro que haya sobrevivido, y sin duda es algo que vale la pena investigar.

El doctor agita la mano indicándome que entre.

—Ya seguiremos esta conversación más tarde. —Cuando sale, pasa junto a mí y murmura—: Buena suerte.

El señor Carter me ordena por señas que cierre la puerta. De pronto estamos solos y no sé dónde mirar. No es exactamente mi mejor amigo. De hecho, ni siquiera somos amigos.

Me acerco y observo todos los cables y tubos a los que está conectado.

—¿Qué le han hecho? —Un electrocardiógrafo late de manera estable al fondo, mientras que otras máquinas muestran pequeñas líneas onduladas o en zigzag sobre una pantalla verde. Señalo el equipo—. ¿Es necesario todo esto?

—¡Claro que no! ¡Pero ve a decírselo a los médicos! —Niega con la cabeza, y tras mirar detenidamente las puertas cerradas, comienza a arrancarse los tubos y adhesivos de la cabeza, el pecho, los brazos y las piernas.

—¿Qué está haciendo?

—Largarme de aquí.

—Pero, señor Carter, ¿no cree que se darán cuenta? Nos han dicho que no llamemos la atención.

—Como llamo la atención es quedándome aquí. No paran de acosarme a preguntas sobre mi milagrosa recuperación. Si me voy, no podrán hacerme más pruebas. Has llegado muy oportunamente, Rochelle. Necesito que alguien me lleve en coche.

—He venido en autobús.

Calla unos segundos, y a continuación se arranca el último tubo de un tirón seco.

—¿Aún no tienes edad para conducir?

Esbozo una sonrisita de suficiencia.

—Por si no se ha dado cuenta, últimamente he estado fuera, y además, ¿quién tiene tiempo para ir a clases de conducir? No pude ni imaginarse dónde he estado hoy.

Enarca una ceja y ya no digo más. Captando la indirecta, comienza a sacar sus ropas, que están dentro de un cajón situado a su lado, y me pide con un gesto que me vuelva, lo que hago de muy buena gana. Cuando acaba de vestirse, me da un golpecito en el hombro.

—Salgamos de aquí.

—¿Cómo va a escapar? Todas las enfermeras ya deben de haberse dado cuenta de que estas máquinas han dejado de hacer pip pip.

Resulta que uno de los poderes del señor Carter es el oído extrasensorial. ¡Bueno, no me extraña! En clase siempre sabía quién estaba hablando, aunque estuviera en el rincón más alejado. No me sorprende que Ethan lo pasara tan mal en su clase.

—Dos puertas más allá, a la derecha, hay unas escaleras. Todo el día he estado oyendo pasos arriba y abajo. Hay cuarenta y siete peldaños hasta la planta baja.

Me asomo al pasillo para asegurarme de que está despejado y luego salimos y giramos a la derecha. Pero en la sala de enfermeras, que se encuentra justo delante de las escaleras, se ha disparado una alarma. Probablemente se trate de los aparatos desconectados del señor Carter. Las enfermeras comienzan a revolotear, asustadas.

Una nos ve y reconoce al señor Carter.

—¡Eh! ¿Dónde cree que va? ¡Vuelva aquí!

Caminamos más deprisa hasta llegar a las escaleras.

—¡Deprisa!

Bajo corriendo los tres tramos de escaleras de caracol, detrás del señor Carter, y luego otro más que lleva al aparcamiento del sótano.

—Habrán guardias de seguridad en las puertas delanteras —dice a modo de explicación.

Minutos después estamos fuera, pero no paramos de correr hasta habernos alejado toda una manzana.

Al final nos detenemos y me llevo las manos a la cintura.

—Bueno, gracias por el ejercicio, pero solo quería decirle que mañana por la mañana hay programada una reunión en las salas de Arkarian. No falte.

Me vuelvo y miro alrededor en busca de la parada de autobús. El señor Carter se me acerca.

—¿Qué ha pasado?

Sin dejar de buscar el autobús, me encojo de hombros.

—Estoy segura de que mañana le informarán detalladamente.

Se acerca un autobús y levanto la mano, pero, como no estoy en la parada, no se

detiene.

—Caramba.

El señor Carter levanta la mano, y un taxi amarillo que pasa en dirección contraria hace un cambio de sentido, provocando casi un accidente de tráfico. Carter abre la puerta de atrás y me indica que entre.

—No pasará otro autobús hasta dentro de media hora —dice.

Subimos al taxi y le explico:

—Iré a informarles a Shaun y Jimmy de la reunión de mañana.

—A Jimmy puedo decírselo yo. Esta noche iré a su casa —dice él—. Tenemos que cumplir una misión en común.

Luego le explica al taxista cómo ir a casa de Ethan, pero le ordena que pase antes por el Instituto de Angels Falls. Cuando llegamos, Carter baja del taxi.

—Aquí es donde dejé mi coche. —Se gira hacia mí y dice—: Ten. —Extiende la mano y me entrega unos cuantos billetes. Sus dedos tocan los míos, y me invade una extraña sensación que me resulta familiar. Él reacciona de una manera muy aparatosa. Da un respingo hacia atrás y suelta un chillido, como si hubiera recibido una picadura o algo le hubiera quemado. Mis manos le han hecho daño. Entonces se fija en el destello de las pequeñas corrientes. Rápidamente meto la mano en el bolsillo, donde ha permanecido casi toda la tarde. No dice nada, pero sus ojos me estudian con curiosidad durante unos momentos. Luego dirige la mirada al taxista—: Llévela a donde ella le diga.

Vamos hasta el parque nacional, y el chófer me espera mientras entro corriendo e informo a Shaun de lo de la reunión. Suerte que está en casa. Saludo rápidamente a la señora Roberts, a quien estos días se la ve mejor que nunca.

Vuelvo al taxi y le indico al chófer cómo ir a mi casa. Cuando hemos recorrido un trecho le pido que dé media vuelta y se dirija hacia el parque nacional.

—Hay un camino de grava que antes era un cortafuegos —le digo.

Se me queda mirando por el retrovisor.

—¿Y quieres ir allí?

—Sí —murmuro, preguntándome qué demonios estoy haciendo. Arkarian no me pidió que fuera a ver a Neriah, pero algo en mi interior me dice lo que debo hacer. Aunque forma parte de los Elegidos, la última en ser identificada, aún no lo sabe. Puesto que Ethan es su Entrenador, es él quien debería decírselo, quien debería hablarle de nosotros. De modo que no sé muy bien por qué lo hago. Simplemente me parece que debo hacerlo.

Ya es totalmente de noche, y cuando llegamos al estrecho camino de grava, me recorre un escalofrío. De vez en cuando el chófer me lanza una mirada, como preguntándose cuándo voy a decirle que pare.

—Siga.

Llegamos al final del camino, y el taxista detiene el vehículo delante de una alta verja de hierro.

—Espéreme, tardaré solo un momento.

—Primero págame —insiste.

Va a largarse. Lo leo en sus pensamientos. Intento convencerlo de que no tardaré.

—Págame primero, y te esperaré. —Miente, pero no tengo elección.

Le pago y le suplico que me espere.

Me apeo y, en cuanto cierro la puerta, el taxi se larga, escupiéndome grava y polvo a la cara. Estupendo. Y ahora ¿cómo vuelvo a casa? Veo desaparecer las luces traseras en la oscuridad. Sigo mirando esas luces unos segundos más; la noche no es mi momento favorito.

Al final dejo de ver el taxi y observo otras luces que están al otro lado de la verja. Unos destellos pálidos. Avanzo hacia los barrotes de hierro y escruto el jardín, pero desde ahí es como si mirara a través de un cristal o de un trozo de plexiglás. Hay una especie de barrera.

De repente, una voz atraviesa el silencio de la noche. Me pregunta por mi identidad y pego un salto que casi salgo volando. Dirijo la mirada hacia el origen de ese bramido: una pequeña caja blanca.

—Me llamo Rochelle Thallimar y quiero ver a Neriah. Estuve aquí antes, cuando la traje a casa.

Al cabo de casi un minuto, el portón emite un chasquido y se abre una ranura de apenas la anchura de mi cuerpo. Pero la verja no es más que un pequeño obstáculo comparado con la barrera que se alza detrás. De pronto se abre en ella un agujero, que se va agrandando hasta formar una abertura del tamaño de mi cuerpo. Sucede de una manera singular, como si el cristal, o el material de que está hecha la barrera, fuera maleable. Extiendo el brazo para tocar el borde del agujero, cuando vuelve a oírse la voz.

—¡Pase ahora!

Pego otro bote. Cruzo la abertura y la barrera se repliega a mi espalda. El agujero desaparece por completo, emitiendo un sonido como de succión. Levanto la vista, e incluso en medio de la oscuridad veo alzarse la barrera por encima de los árboles, deformando la visión del cielo nocturno. Todo el jardín queda bajo su cúpula protectora. Y ahora que lo pienso, a Neriah la lleva y la trae del colegio un chófer en un Mercedes negro, con dos perros blancos que la acompañan siempre. Imagino que así se siente más segura contra Marduke.

Echo a andar por un sendero enlosado que traza una curva, cuando unas luces iluminan la casa. Me paro y durante unos momentos simplemente me quedo mirando. «Guau», le digo al aire frío de la noche. La casa es como un palacio, con unas ventanas salientes en el piso superior y unos balcones adornados con hermosos maceteros de flores debajo de una serie de techos de paja.

—No hay duda de que alguien te cuida.

Mientras digo estas palabras, me llegan fugazmente los pensamientos de alguien en el jardín. Es un encuentro breve. ¿Me lo he imaginado? Se me eriza el vello de la

nuca y siento un cosquilleo en la columna vertebral. Miro alrededor, pero, más allá de las escasas luces del jardín que delimitan el camino, está oscuro.

He de obligarme a dar otro paso, pues mis piernas han decidido no moverse. Ese destello de pensamiento podría haber venido de cualquier parte. Ahora más que antes, puedo oír pensamientos que llegan de lejos. A lo mejor hay alguien en el bosque, ilegalmente acampado. Es algo que pasa a menudo.

Entonces ocurre de nuevo, justo en el momento en que una ramilla cae de una rama más grande que hay justo sobre mi cabeza. Levanto la vista. Pero como todavía no hay luna y la barrera protectora que hay sobre mi cabeza desdibuja el cielo nocturno, está demasiado oscuro para ver nada que no sean las borrosas formas de las ramas en las sombras.

Muy bien, me digo para tranquilizarme, sigue andando. A lo mejor no es nada. A lo mejor son imaginaciones mías. Miro al frente, pero la casa aún queda un poco lejos. Demasiado lejos para poder sentirme tranquila. ¿Por qué se me ha ocurrido visitar a Neriah? ¿Y por qué he tenido que hacerlo por la noche?

Un sonido a mi derecha me detiene en seco. Lentamente vuelvo la cabeza y veo algo: dos luces brillantes, de forma ovalada y lo bastante pequeñas para parecer un par de ojos. Y esta vez oigo un claro gruñido. ¡Hay un animal en el jardín!

Se mueve, y más allá de los árboles distingo una sombra que cruza el césped a toda velocidad. Se me seca la boca. «¡Muévete! —grito todo lo fuerte que puedo dentro de mi cabeza—. ¡Pero muévete ya!».

Llego a la casa y Neriah me abre una puerta. Junto a ella están sus dos perros blancos, que parecen inquietos, aullando y saltando de un lado a otro.

—Hola, Rochelle —me dice mientras ordena a sus perros que se pongan detrás de ella—. Entra. —Baja la mirada hacia los perros, que aún parecen inquietos—. No sé qué les pasa.

—Hay algo en tu jardín.

Me mira a los ojos.

—¿Estás segura? ¿Qué has visto?

—Una especie de animal. —No me atrevo a decirle que ese «animal» tenía pensamientos, como si fuera humano. Al menos lo bastante humano como para que pudiera detectarlo brevemente. No puedo oír lo que piensan los animales. Esa no es mi habilidad.

Detrás de Neriah aparece una mujer. Me pregunto si es su madre. Tienen los mismos ojos anchos, ovalados, una piel inmaculada y un pelo oscuro y sedoso.

—Suelta los perros —dice.

Neriah levanta un brazo y señala la puerta abierta. Los perros emiten un breve ladrido y comienzan a saltar con brío, y al hacerlo, para mi asombro, van cambiando de forma. ¡Se convierten en guepardos! Guepardos de pelo tupido y blanquecino, salpicado de manchas negras como la piedra de Rosetta. Me los quedo mirando boquiabierto.

La madre de Neriah cierra la puerta.

—Me llamo Aneliese. Bienvenida a nuestra casa, Rochelle.

—Qué bien —dice Neriah—. No solemos recibir muchas visitas.

—Bueno... —No acabo de expresar lo que pienso. La chica vive en las profundidades de un bosque, al final de un antiguo cortafuegos, en una casa que parece salida de un cuento de hadas, rodeada de unas paredes de ladrillo de dos metros de alto y una gruesa barrera en forma de cúpula que la cubre por completo, con dos perros que se transforman en guepardos y un extraño animal que deambula por el jardín. Realmente asombroso—. La verdad es que vives un poco apartada...

Aneliese observa en voz baja:

—La seguridad aquí es un poco estricta, pero necesaria.

Aún sigo intentando que el corazón me vaya más despacio. Después del encuentro con esa criatura del jardín y de ver a los perros convertirse en guepardos, me cuesta un poco articular las palabras.

Neriah se da cuenta de que estoy temblando.

—Te has asustado. Ven, entra y siéntate junto al fuego.

La sigo hasta un gran salón amueblado con mesas, cómodas y aparadores antiguos; las paredes están cubiertas de cuadros de estilo clásico. Parecen auténticos. Aneliese nos deja a solas un momento, pero regresa enseguida con dos tazones de chocolate.

Hablamos unos minutos de cómo Neriah se está adaptando a la escuela, y me doy cuenta de que Aneliese escoge sus preguntas con precaución. Y entonces caigo en la cuenta de qué otra cosa resulta extraña en ese salón. Es el silencio. Me refiero al silencio que hay en mi cabeza. Al igual que Arkarian, Neriah y su madre saben mantener cerrados sus pensamientos. Las dos han sido entrenadas. Y eso me pone los pelos de punta.

—¿Vivís aquí las dos solas? —Tiemblo ante esa idea.

—Tenemos un pequeño servicio de cinco personas —contesta Aneliese...

Hum, ¿cómo es que entonces no oigo sus pensamientos?

—Ah, la voz de la caja.

—Sí, ese es William. Me temo que a veces es un poco brusco. Espero que no te haya asustado.

¿Ha notado Aneliese mi miedo?

—No ha sido nada. Solo que no me lo esperaba.

Aneliese se levanta.

—Me ha encantado conocerte, Rochelle. Cuando quieras irte, nuestro chófer te llevará a casa.

Qué alivio. No me apetece volver a cruzar ese patio.

—Gracias, eso será estupendo.

—No tengas prisa. —Se vuelve hacia Neriah—: Informaré a William del encuentro que ha tenido Rochelle y le diré que vigile a los perros. En los monitores

no se ve nada.

Abandona el salón y Neriah cierra la puerta. Mientras lo hace, recorro la estancia con los ojos. Los muebles no es que sean antiguos, son antediluvianos. ¡Deben de ser anteriores a la colonización del país! Un reloj dorado que descansa en la repisa de la chimenea atrae mi atención. Me acerco y le paso la mano: final del Renacimiento, 1600, Ausburgo. Pero mi tacto me revela algo que me constriñe el pecho. Neriah se levanta para coger el reloj y sus dedos rozan los míos. Y ahí está de nuevo, esa sensación tan familiar. Aparta la mano y se me queda mirando, ceñuda. ¡No puedo creer que también le haya hecho daño a ella!

—¿Te encuentras bien? —pregunto, dispuesta a disculparme.

—Estoy bien, solo que tu mano me ha provocado un hormiguelo. ¿Qué te ha pasado en las manos?

No estoy segura de cuánto sabe.

—No fue más que un accidente —replico sin darle importancia, y vuelvo a concentrarme en el reloj.

—Era de mi padre —dice.

Eso me sorprende. Por lo que tengo entendido, ha vivido escondiéndose de su padre desde que era pequeña.

—¿De modo que lo conoces? A tu padre, quiero decir.

—Claro —dice, y me mira a los ojos—. Es el hombre más malvado de todos los reinos.

Sabe más de lo que parece.

—¿Eres Vidente?

—No, pero tú sí, ¿verdad? Creo que los Videntes saben demasiado. Los corazones y las mentes de la gente deben de ser a veces una carga incómoda.

¡En eso no se equivoca! Sobre todo últimamente, ahora que me cuesta apartarlos de mi pensamiento.

—Desde pequeña me han entrenado para proteger mis pensamientos —añade—. Era necesario, pues mi padre era Vidente, y nunca sabíamos cuándo estaba lo bastante cerca como para oír nuestros pensamientos y descubrir nuestras identidades.

Decido ser sincera, como lo es ella conmigo.

—Tenía la impresión de que no sabías nada de nosotros.

—¿Te refieres a la Guardia? Asiento.

—De no ser por la Guardia y la protección que nos ofrece, en este momento me encontraría dominada por mi padre, y mi madre estaría muerta. Pero he vivido escondida, y ahora tengo que ocupar mi lugar entre los Elegidos y cumplir mis deberes con la Profecía. Soy la última —añade, y hace una pausa—. Cuando esté Iniciada, los Elegidos estarán completos. —La recorre un escalofrío.

—¿Tienes miedo?

—No, me muero de ganas de formar parte de la Guardia. Me he sentido muy... sola, creciendo sin compañía. Lo único es que... creo que cuando me una a los

Elegidos y estos estén completos, será como un disparador, un catalizador, podríamos decir, que provocará la batalla decisiva.

¡Qué horrible pensamiento! Aunque probablemente tiene razón. Busco algo que decir para que la conversación no sea tan seria.

—¿Sabes que Ethan va a ser tu entrenador?

Funciona. Neriah sonrío, lo que la hace parecer más joven.

—¡Estupendo! Parece simpático.

Solo puedo asentir a sus palabras. «Simpático» es un eufemismo. Es todo lo que yo podría desear.

—Pero me gustaría... —Su mirada soñadora azuza mi curiosidad.

—Te gustaría ¿qué? ¿O debería decir «quién»? —La animo a proseguir.

Baja la mirada y no contesta. Cuando levanta la cabeza y nuestros ojos se encuentran, me inunda una sensación de lealtad, valor y serenidad que emana de ella. Neriah es más de lo que parece. Mucho más.

—Quienquiera que sea, tiene suerte de tenerte —digo.

Suelta una risita y hablamos un rato de los chicos que ha conocido desde que empezó en la escuela, y le digo lo que pienso de ellos. Hablamos de muchas cosas, y ella me transmite su preocupación de que su padre las encuentre y se vengue de su madre, como ha jurado.

—Quiere castigarla por haberme apartado de él.

—Arkarian no permitirá que eso ocurra —digo para tranquilizarla.

Se abre la puerta y los perros de Neriah vienen saltando delante de su madre. Neriah los presenta.

—Este de orejas caídas es *Aysher*. —Le tira de la oreja de manera juguetona y aprieta su cara contra la del animal. El otro perro se encarama encima de ella, intentando llamar la atención de su ama, que le ríe las gracias—. Y este es *Silos*, cuya mejor virtud no es precisamente la paciencia.

—Son muy bonitos. ¿Son perros de verdad? Antes los he visto transformarse en guepardos.

Tras darles unas palmaditas, les ordena que se sienten, cosa que hacen de inmediato, siguiendo con sus ojos inteligentes todos los movimientos de Neriah.

—Se transforman cuando perciben el peligro. —Levanta la mirada hacia su madre—. ¿Han encontrado algo rondando por el jardín?

—Nada —contesta, y luego me dice—: Tal vez te has confundido, Rochelle. De noche, el jardín puede llegar a intimidar.

En eso no se equivoca.

—Aparte de *Aysher* y *Silos* —añade—, aquí no hay más animales. Una barrera protectora en forma de cúpula cubre toda la finca. Nada puede entrar, ni un pájaro, a no ser que se lo permitamos.

—¿Hay alguna otra manera de acceder a este lugar, aparte de la verja?

Aneliese y Neriah intercambian una mirada de preocupación ante mi pregunta.

—Están los túneles de escape —explica Aneliese—. Pero las puertas permanecen siempre cerradas y se comprueban con regularidad. Siempre llevo las llaves encima. —Se lleva la mano al pecho mientras levanta la voz, revelando su preocupación—. No ha habido ninguna intrusión, o me habrían informado.

—Mire, no quiero alarmarla, pero sé lo que he visto. Algo ha atravesado sus barreras. Algo «inusual».

Matt

Aterrizo de bruces en el interior de una habitación de la Ciudadela que parece más bien una floristería. Varios arco iris cruzan el techo. Mientras los miro, el olor de las flores me irrita la nariz y estornudo.

Veo una mano que desciende hacia mí y me agarro a ella. Es Ethan, que me ayuda a levantarme con expresión de disculpa.

—Creía que te había enseñado a aterrizar.

—Pues no recuerdo haber recibido instrucciones al respecto.

—¡Oh, lo siento!

—Olvídalo. Tengo la piel dura.

—Eres más tolerante que tu hermana. Ella me chillaba e increpaba cuando fallaba en sus aterrizajes.

Niego con la cabeza.

—No me extraña. Isabel está obsesionada con demostrar su habilidad para permanecer sobre sus pies.

Arkarian se materializa ante nosotros y observa el aire fragante y los arco iris que se mueven sobre nuestras cabezas.

—No había visto la Ciudadela tan feliz desde mi regreso del Inframundo.

—Lo dices como si la Ciudadela sintiera emociones. ¿Acaso este lugar no es solo un edificio?

—Es mucho más que eso, Matt. Fue diseñado por un Inmortal, y reestructurado y perfeccionado por otro. Cuando hablo de que tiene emociones me refiero a los seres que viven aquí y forman parte de ella, como los ladrillos y la argamasa de sus paredes. Pero no nos distraigamos de lo que estáis a punto de hacer.

Con la mano recorre el alto respaldo de cuero blanco de una de las tres sillas que hay en la sala. Luego se sienta y nos invita a Ethan y a mí a que lo imitemos.

—Adoptaréis las identidades de dos científicos —explica—. Tú, Ethan, serás el botánico Henry Robins, y tú, Matt, el astrónomo Edward Cowers. Estas dos personas no existen en la realidad, pero hemos creado una reputación para vosotros. El astrónomo oficial del *Endeavour*, Charles Green, tiene muchísimo interés en conocerte, Matt. Posee un talento especial para calcular las distancias en el mar, guiándose solo por la posición de la luna y las estrellas. No hay muchos científicos de su época que puedan hacerlo. Está impaciente por hablar contigo de instrumentos de navegación.

—Pero ¿cómo voy a resultar convincente? No sé nada de navegación.

Arkarian le lanza una mirada a Ethan, salpicando mi memoria con el polvo del conocimiento. Agito una mano para hacerle saber que recuerdo la explicación de Ethan, pero probablemente él ya ha leído mis pensamientos. Después de todo este tiempo de entrenamiento, aún no sé cómo cerrar mis pensamientos a los Videntes. No lo consigo.

Arkarian continúa con sus instrucciones.

—Os mostrarán el barco y os presentarán a varios miembros destacados de la tripulación. Debéis procurar enteraros de todo lo que ha ocurrido en el barco en las últimas horas. En el breve plazo en que el *Endeavour* ha estado fondeado en Plymouth, dieciocho hombres han desertado de la embarcación, pero el capitán los ha sustituido por otros. Joseph Banks, el científico y aventurero, llegará justo antes que vosotros, acompañado de su amigo, un médico suizo llamado Daniel Solander. Aparte de esos dos caballeros, en esas últimas veinticuatro horas no debería haberse producido ningún cambio más entre los miembros de la tripulación. ¿Me seguís?

Espera a que asintamos antes de continuar.

—Sobre todo, recordad que debéis abandonar el barco antes de que salga del puerto. Puedo haceros volver de cualquier parte, incluso del mar, pero si sois vistos por la tripulación cuando zarpe, tendréis que quedaros a bordo hasta que toque tierra, y no podéis permitir que esto suceda, pues el barco tardará meses en volver a fondear.

—Entendido —dice Ethan—. Tenemos que hacer el trabajo y largarnos.

Cuando Arkarian nos deja solos, Ethan me lleva por unas escaleras que desaparecen a medida que avanzo por ellas.

—¿Por qué pasa esto? —No puedo evitar preguntar.

—Por seguridad —explica Ethan—. Así no dejamos rastro de por dónde venimos ni de por dónde salimos.

Llegamos a una habitación de paredes forradas de tela. A medida que avanzamos junto a ellas, nuestras ropas se transforman y, cuando me miro en uno de los muchos espejos, no puedo creer lo que veo. Llevo unas calzas blancas y unos zapatos negros ajustados con grandes hebillas de plata. Me pongo de lado y meneo la cabeza al ver la altura de los tacones. Recorro mi cuerpo con la mirada y veo una camisa blanca con volantes y mangas holgadas, remetida en unos pantalones negros muy ajustados que me llegan hasta media pantorrilla. Sobre la camisa llevo un chaleco marrón y una casaca descolorida.

Estoy ridículo.

—¿De verdad espera que llevemos este atuendo? —Le echo una mirada a Ethan. Sus ropas son del mismo estilo que las mías, pero no se le ve incómodo—. ¿Se parecen estas ropas lo bastante a las de esos científicos para que no descubran que somos unos impostores?

—Son auténticas —explica Ethan, alisándose el chaleco—. Estas casacas estaban de moda en mil setecientos sesenta y ocho. ¿No os ha enseñado esa época de la historia el señor Carter?

—Yo no estudio historia.

—Todo el mundo tiene que estudiar historia en los primeros años.

—Bueno, pues no recuerdo haber aprendido nada de eso.

—Da igual —dice Ethan, arrastrándome hasta el centro de la habitación—. Tal vez necesites una dosis extra de polvo del conocimiento.

Una fina capa de polvo cae del techo y se va posando sobre nosotros; al instante me siento cómodo con la indumentaria, pero, aún más extraño, me doy cuenta de que poseo un inmenso conocimiento del universo, de la posición de las estrellas y las constelaciones. Me viene a la mente la imagen de un sextante, y de algún modo sé que ese instrumento ha reemplazado al cuadrante, pues mide las altitudes y los ángulos con mayor exactitud.

Después de sacudirme con la mano parte del polvo extra que tengo en la cabeza y los hombros, Ethan me guía a otra habitación situada en un nivel inferior. Vuelven a aparecer los colores del arco iris, solo que ahora en tonos pastel más apagados, y el aroma de las flores es más sutil. Tengo la sensación de que la Ciudadela no solo es feliz, sino amable conmigo.

Se abre una puerta en la pared de enfrente, y Ethan me instruye acerca de cómo caer y aterrizar sobre los pies. Me asomo y veo el muelle donde está fondeado el *Endeavour*. No hay duda de que allí abajo hay mucha actividad. Es de día, pero el cielo está nublado y hay poca luz.

—¿Qué ves? —pregunta Ethan.

Me encojo ligeramente de hombros.

—Todo. El barco, la tripulación, sacos, aparejos, toneles, barriles de todas las formas y tamaños que están subiendo a bordo. Hay un ambiente muy bullicioso allí abajo, y de una de las tabernas llega música.

Me escruta, ceñudo.

—¿Pasa algo?

—No. Nada. Es solo que normalmente los principiantes no ven con tanta claridad. —Sin dejar de mirarme, me indica que salte—. Tú primero. Yo te seguiré.

Respiro hondo, intentando no pensar en lo que me espera.

Aterrizo sobre los pies en un tranquilo y oscuro callejón. Oigo un golpe detrás de mí, me giro y veo a Ethan, que me da una palmadita en la espalda.

—Lo has hecho muy bien. Venga, vamos.

Salimos a una calle adoquinada, y tenemos que esquivar a un marinero que lleva una hamaca a la espalda.

—Perdonen, caballeros —dice—. ¿Se dirigen al *Endeavour*? —Ethan asiente y el marinero añade—: Estamos esperando a que el viento cambie. —Levanta la hamaca—. Hoy me he agenciado una cama. Al capitán le gusta tener el barco en orden.

Ethan se quita el gorro a modo de saludo.

—Nos veremos a bordo.

De pronto caigo en la cuenta de dónde me encuentro. Estoy a punto de conocer al capitán James Cook, el explorador que descubrió la costa este de Australia. Eso sí lo sé. Y también sé algo de su ocupación actual: es un joven capitán de la Armada de Su Majestad.

—¿Por qué fueron tan importantes los viajes de Cook?

Ethan está impaciente por explicarme lo que sabe.

—Sus viajes en busca del gran territorio del sur allanaron el camino a la colonización de Australia.

—Sí, eso lo sé.

—Bueno, sus viajes contribuyeron al conocimiento de la navegación e incluso de la geografía. Sus mediciones y mapas eran tan exactos que se siguieron utilizando durante más de cien años. Sus hombres no morían de escorbuto porque Cook los obligaba a seguir una dieta que incluía frutas y verduras, y fue el primer capitán que calculó las coordenadas geográficas con exactitud matemática. Cartografió todo el norte y el sur de Nueva Zelanda, así como la costa este de Australia.

Doblamos en una esquina y salimos al muelle. Veo el barco y me detengo a mirarlo. Es más grande de lo que imaginaba. Se oye el crujido del maderamen al mecerse y cuando el casco roza contra el muelle. Parece tan... real. Ethan me da un golpecito en el hombro, y señala con el dedo. Un hombre vestido con un estilo muy parecido al nuestro, pero de casaca rojo brillante, se nos acerca.

—Ustedes deben de ser Robins y Cowers. Bienvenidos al *Endeavour*.

Ethan nos presenta y el hombre nos estrecha la mano.

—Zacharias Hicks, teniente de navío. Por favor, suban a bordo. El capitán los espera.

Mientras nos muestra el barco, Hicks va soltando datos. Los marineros se apartan a nuestro paso.

—Mide ciento seis pies de popa a bauprés, y veintinueve pies y tres pulgadas en el bao. —A continuación nos explica para qué se usan algunas de las maromas y jarcias—. Tienen suerte de que aún estemos aquí. Si el viento sigue cambiando, zarparemos pronto.

El teniente nos enseña los veintidós cañones del *Endeavour*, y luego descendemos hasta la bien surtida bodega. Nos explica que zarparán con varias toneladas de carbón, madera de repuesto, toneles de alquitrán y brea, herramientas, telas para reparar las velas, cáñamo para las maromas y las jarcias, y suficientes víveres para la tripulación.

—Mil doscientos galones de cerveza, mil seiscientos galones de alcohol, cuatrocientas piezas de cerdo salado... —Mientras nos recita el resto de sus impresionantes provisiones, nos conduce hasta el alcázar, donde hace poco se han dispuesto seis pequeñas cabinas: una para el capitán, otra para Charles Green, y el resto para Joseph Banks y sus hombres.

A continuación visitamos la cubierta inferior, donde viven, comen y duermen la mayoría de los hombres que emprenden este viaje de tres años. En ese momento está abarrotada de tripulantes que buscan un sitio donde colgar sus hamacas y colocar sus bártulos. Me pregunto cómo vamos a identificar entre tanta gente a los dos hombres que estamos buscando. Ethan debe de estar pensando lo mismo, pues sus ojos se fijan más en los rostros que en las dependencias del barco.

—¿Zarparán con la tripulación completa? —le pregunta al señor Hicks.

—Esta mañana hemos perdido a dos hombres —dice, mirándonos a los dos—. Si lo desean, hay sitio para ustedes. Estoy seguro de que el capitán estará encantado de tener a bordo a dos científicos de su calibre.

Seguramente Ethan está pensando en esos dos marinos que esta misma mañana abandonaron el barco. ¿No dijo Arkarian que la tripulación del barco no debería haber variado en las últimas veinticuatro horas? Pero Hicks al parecer habla en serio cuando nos propone zarpar con el *Endeavour*. Señalo a Ethan.

—Por desgracia no conseguimos acostumbrarnos al movimiento de la nave — dice, esbozando una amplia sonrisa.

Hicks prosigue con la visita, hasta que al final llegamos a un camarote situado en la popa del barco, de cuyo techo cuelgan unos faroles que añaden una luz extra, aun cuando es de día y en el cielo se están abriendo claros.

Es aquí donde nos encontramos con el capitán Cook y Joseph Banks. El capitán nos estrecha la mano y nos presenta a los dos científicos. Banks entabla enseguida conversación con Ethan, mientras el astrónomo, Charles Green, parece en extremo impaciente por transmitirme sus conocimientos.

Nos sirven una comida ligera. Se respira una atmósfera de aventura a medida que el viento arrecia. Ethan se acerca a mí.

—Voy a ver qué puedo averiguar por ahí. No pierdas de vista al capitán.

Pero este, que desea zarpar cuanto antes, nos explica que tiene cosas que hacer en cubierta y amablemente le sugiere a su colega, el señor Green, que me enseñe su equipo matemático antes de que yo abandone el barco. Así pues, no me queda más remedio que acompañar a Green a lo que denominan «el Gran Camarote», una habitación con escritorios y sillas de madera, que será compartida por el capitán, los científicos y sus acompañantes. Me pregunto qué debe de sentir uno después de casi tres años a bordo, y si el capitán habría emprendido con tanto entusiasmo el viaje de haber sabido cuánto iba a durar. Lo dudo. Parece tranquilo, como si estuviera en su casa.

Una vez que Charles Green me ha enseñado sus instrumentos, voy en busca del capitán Cook. Lo encuentro en cubierta impartiendo órdenes a un par de marineros que suben por los flechastes y avanzan por las vergas para desplegar la vela mayor. Hicks me ve.

—¿Aún sigue aquí, amigo mío?

—Estaba echando un último vistazo antes de abandonar el navío.

—Más le vale andarse con cuidado o acabará zarpando con nosotros.

Cuando Hicks se aleja, Ethan se me acerca corriendo.

—Esto no me gusta nada.

—¿El qué? Yo no he visto nada raro.

—Lo de esos dos desertores.

—¿Y qué crees que eso significa?

—Significa que la Orden ya ha hecho su trabajo.

—Pero... —Mis ojos se desplazan hacia el capitán Cook, que se encuentra al timón, observando a dos marineros que están en las crucetas echando los juanetes al viento— no parece que corra ningún peligro.

—Precisamente por eso.

—No lo entiendo.

—Van a volar el barco, Matt.

Me quedo mirando a Ethan.

—¿Qué?

—Sí. Con toda la carga y la tripulación. Para hacer el mayor daño posible. ¿No te das cuenta? Lathenia no pretende aniquilar solo al capitán Cook. Destruyendo el *Endeavour*, se asegura de que el viaje quedará cancelado.

¡Caramba, es cierto!

—¡El *Endeavour* está a punto de zarpar!

Ethan levanta la mirada mientras los marineros manejan las maromas y las guindalezas.

—Sí, lo sé.

—¿Qué hacemos, entonces?

—Ahora nos irían bien las manos de Rochelle. Solo tendría que pasarlas por la madera para encontrar los explosivos.

—Bueno, pero no está aquí. ¿Alguna otra idea? —No quería hablarle con tanta brusquedad—. Lo siento.

—No te preocupes. Encontraremos una solución.

¿Dónde pueden haber colocado el explosivo esos dos «marineros»?

—Supongo que habrán subido a bordo e ido directamente...

—¡A la zona que les han asignado en la cubierta inferior! —Me da un golpecito en el pecho con el dorso de la mano—. ¡Eres un genio!

Bajamos procurando no llamar la atención. Aún hay mucha actividad, pero, asombrosamente, la mayor parte del equipaje de la tripulación ya está guardada. Ethan ve a un marinero con el que antes ha charlado.

—Esos dos hombres que saltaron esta mañana, imagino que no has visto dónde colocaron su equipaje...

El marinero señala la parte más alejada de la popa y suelta una risita.

—Ahí, en ese rincón. Un lugar bonito y acogedor. —Sonríe. Cuando nos alejamos nos grita—: Eh, el barco está a punto de zarpar.

Sin hacerle caso, comenzamos a hurgar, buscando alguna cavidad entre las cajas y demás enseres. Sobre nuestras cabezas se oye un ruido sordo: es el viento, que infla las velas. A continuación notamos un crujido de maderas y la embarcación da un bandazo.

Ethan me mira con unos ojos como platos.

—¡Tenemos que darnos prisa!

Comenzamos a buscar frenéticamente, arrojando bártulos a nuestro alrededor,

dejándolo todo desordenado.

—¡No está aquí!

—¡Pues tiene que estar!

Seguimos buscando, pero no encontramos nada.

—Tal vez se trata de un error. A lo mejor Arkarian se equivoca y no va a pasar nada.

—Chitón —dice Ethan—. No pronuncies su nombre hasta que estemos listos para irnos. Y créeme, no se trata de un error.

Una sensación de desánimo me revuelve las tripas cuando el barco comienza a alejarse del muelle, entre los chillidos agudos de las gaviotas que echan a volar.

—¡En el camarote!

—¿Qué? —pregunta Ethan.

Comienzo a moverme con una idea que cobra forma en mi cabeza.

—Si quisieran causar el mayor daño posible y asegurarse de que aniquilaban al capitán Cook y sus más preciadas pertenencias, entonces lo lógico sería que colocaran los explosivos debajo del Gran Camarote, donde guardan todo el equipo científico.

—No recuerdo haberlo visto.

Pero yo sí. En algún lugar en medio del barco. Ethan entra conmigo en el camarote, y a los pocos segundos veo que arranca el extremo de un tablón del suelo sospechosamente suelto. Lo fuerza con una palanqueta y enseguida aparecen los explosivos: seis gruesos cartuchos atados con una cuerda.

—Es dinamita —murmura—. La Orden no entiende de reglas.

—¿Qué quieres decir?

Levanta la mirada un momento.

—La dinamita aún no ha sido inventada. —Se percata de que en el centro hay un reloj—. Mira esto. ¡Va a explotar dentro de tres minutos!

—Tenemos que librarnos de él.

—Sí. —Da un tirón, pero no se mueve—. Lo primero es lo primero.

—Tienes razón.

Actuando con cautela, Ethan sujeta la bomba mientras yo intento cortar las correas que la mantienen atada. Se me hace una eternidad; el tictac del reloj suena cada vez más fuerte en mis oídos. Cuando finalmente lo logramos ha pasado mucho tiempo. ¡Ya solo nos quedan quince segundos!

—El tiempo justo para tirar este juguete al agua —dice Ethan con una calma asombrosa, considerando que lleva en la mano un montón de explosivos.

Pero al parecer no es nuestro día, pues en ese momento aparece Hicks, seguido de dos marineros.

—¡Eh! ¿Qué estáis haciendo aquí? Me parece que no os traéis nada bueno entre manos, ¿eh? Dios santo, ¿qué es eso que lleváis?

Ethan me mira y sacude con la cabeza.

—¡No hay tiempo para explicarlo, señor! —grita—. ¡Déjenos pasar!

Pero nadie se aparta.

—De aquí no se va nadie. ¡No con eso! Ya me parecía a mí que estabais tramando algo. —Hicks ordena a los que le acompañan—: ¡Encerradlos!

Le echo un vistazo al reloj que hay en el centro de la bomba, con el corazón encogido. Cinco segundos.

—¿Qué hacemos?

—Tendremos que llevárnosla con nosotros.

Cuatro...

—¿La bomba? ¡Pero va a estallar! Y estos tres nos verán desaparecer.

Tres...

—Ahora no podemos preocuparnos por eso. Es un riesgo que hemos de correr — explica Ethan.

Dos...

Y añade rápidamente:

—Si no nos vamos, la bomba matará a todos los que están en el *Endeavour*, y los dos moriremos en el pasado. No podemos correr ese riesgo.

Uno...

Sin ser consciente de lo que hago, le quito a Ethan la bomba de las manos y grito:

—¡Arkarian!

Matt

Arkarian nos transporta de regreso a la Ciudadela, pero, una fracción de segundo después de que se inicie el tránsito, la bomba explota. Calor, luz y fuego nos catapultan a un olvido que se oscurece rápidamente.

Abro los ojos y me encuentro en el duro suelo de una habitación, entre paredes negras y medio desmoronadas, cubierto por los restos de la explosión.

Arkarian me agarra por los hombros.

—¿Te encuentras bien?

—¿Qué? —Me miro el pecho, y rápidamente le doy unos golpecitos—. Sí, eso creo.

—¿Estás seguro?

Asiento, y él se gira y mira alrededor. Lo sigo con los ojos.

—Oh, no —murmura, y cruza corriendo la habitación.

Ethan está tumbado en el suelo en medio de un gran charco de sangre. Me arrastro hacia él, con un terror que crece dentro de mí a cada movimiento.

Arkarian recoge a Ethan y lo lleva hacia la puerta. Me levanto rápidamente y voy tras él.

—¿Dónde lo llevas?

Corremos por los pasillos.

—A una sala de curación.

Delante de nosotros, *lady* Arabella mantiene abierta una puerta.

—Rápido, entrad aquí.

Arkarian deja el cuerpo de Ethan sobre una estrecha mesa de cristal y enseguida aparece *Lord* Penbarin, recogiendo su capa de vivo rojo.

—¡Dejadme ver al chico!

Los tres lo examinan, y *lady* Arabella le susurra a Arkarian:

—Necesitamos a Isabel.

Arkarian mira alrededor y me clava los ojos.

—Esto es lo que vamos a hacer.

Pero mis pensamientos se centran solo en Ethan.

—¿Se encuentra bien? ¿Está...?

Arkarian me agarra de los hombros con las dos manos.

—Matt, escúchame.

—Pero...

—¡Escucha!

La imperiosidad de su voz cala en mí y me concentro en su cara, en el intenso violeta de sus ojos.

—Te escucho. —Muy bien. En primer lugar, voy a llevarte de vuelta a tu propio cuerpo y a tu propia cama, y una vez allí te despertaré. ¿Entendido?

Asiento con la cabeza.

—Luego quiero que vayas a mi sala principal con Isabel y pronunciéis mi nombre. Bien alto. Igual que hiciste en el *Endeavour* cuando sostenías la bomba. ¿De acuerdo?

—Sí.

—Entonces os transportaré aquí de nuevo, e Isabel podrá intentar curar a Ethan. Es su única oportunidad de salir de esta. Date prisa. —Arkarian coloca sus manos sobre mi cabeza—. Y ahora vete.

Un segundo después despierto en mi cama, con el corazón desbocado. Durante un terrible segundo pienso que estoy soñando, que vivo una horrible pesadilla. Isabel entra presurosa en mi habitación y la puerta se cierra tras ella de un golpe. Aún con la idea de que estoy viviendo un sueño demencial, mi mente se pone a alucinar y la veo como un *Angels* o un espíritu. Lleva un largo camisón blanco y el cabello le flota alrededor de la cara.

Pero sus palabras hacen que mis pensamientos se estrellen de nuevo con la realidad.

—¿Qué ha pasado? He percibido algo. ¿Te encuentras bien? ¿Le ha pasado algo a Ethan?

—Sí. Le ha pasado algo. —Salto de la cama y echo a correr hacia la puerta—. Ethan te necesita. Vamos, deprisa. ¡Tenemos que irnos ahora mismo!

En el pasillo se abre la puerta del dormitorio de mamá. Veo a Jimmy, que me lanza algo. Unas llaves.

—Id en mi *jeep*. Llegaréis antes.

Unos largos minutos después estamos a mitad de camino de la montaña y bajamos del *jeep*. Entonces caigo en la cuenta de que Arkarian no se encuentra allí.

—¿Cómo se va a abrir la puerta secreta si Arkarian está en la Ciudadela?

—Arkarian puede abrirla desde cualquier parte. ¡Vamos!

Mientras habla, se abre la puerta. En cuanto los dos estamos dentro, Isabel pronuncia su nombre y al instante somos transportados hasta la puerta de la sala de curación, donde Arkarian nos espera. Isabel echa a correr, como si pudiera atravesar a Arkarian y la puerta cerrada. Este la detiene y la obliga a concentrarse.

—Isabel, respira hondo.

—Arkarian, déjame entrar. Estos preciosos segundos...

—... son importantes para que pongas en orden tus pensamientos. Ahí dentro tienes mucho trabajo que hacer, y necesitas ser capaz de concentrarte. Despeja la cabeza, Isabel. Necesito que estés preparada... antes de verlo.

—¿Está muy malherido, Arkarian?

—Tendrás que utilizar tus poderes como no lo has hecho nunca. No solo debes curarlo, sino que tendrás que... recomponer sus órganos vitales.

Rochelle

Soy la primera en llegar a la reunión que hay programada. Ni siquiera Arkarian está, aunque no tengo ningún problema para entrar. Avanzo probando distintas puertas, buscando la de la sala donde celebraremos la reunión. Las habitaciones están casi vacías, aunque algunas tienen aparatos de gimnasia, con colchonetas y pesas. La sala central, inconfundible por su forma octogonal, se encuentra a oscuras. La esfera permanece inmóvil.

Algo ha pasado. Algo terrible. Empiezo a sentir miedo Intento recordar todo lo que sé de los sucesos de la noche anterior. Hubo mucha actividad. Jimmy y el señor Carter tenían una misión que cumplir, mientras que Ethan y Matt iban a ir a rescatar al capitán Cook. En cuanto a Isabel y Shaun, no tengo ni idea de qué estaban haciendo. Yo había ido a ver a Neriah, quien parecía encontrarse bien, a pesar del intruso.

Oigo un ruido en el pasillo. Me doy la vuelta y veo a Jimmy, que abre una puerta situada a su izquierda.

—La reunión es aquí.

Lo sigo y veo una mesa redonda rodeada de sillas, todo de madera. Toco el tablero de la mesa y al instante sé de dónde procede: de un árbol de más de cien años de edad. Un roble. Inglés.

—¿Qué pasó ayer por la noche?

—Hubo un... incidente.

Se me forma un nudo en la garganta.

—¿Alguien resultó herido? —Mientras formulo la pregunta, Shaun y el señor Carter cruzan la puerta. Al instante percibo cierta tensión en Shaun. Aunque sus pensamientos son muy confusos, su angustia es clara. ¡Y el motivo de su angustia es Ethan!—. Shaun, ¿qué pasa? ¿Qué ha sucedido?

Me dirige la mirada y aferró con las dos manos el alto respaldo de una silla.

—Se produjo una explosión.

Traga saliva y lanza una mirada nerviosa a nadie en particular.

Siento el pecho como si me lo hubieran ceñido en una camisa de fuerza diez tallas demasiado pequeña.

—¿Cómo está, Shaun? ¿Está Isabel con él?

Se inclina pesadamente sobre la mesa con las palmas abiertas y suelta un gruñido. Sus ojos expresan cansancio y preocupación.

—Isabel lleva horas junto a él. Me ha dicho que pronto sabremos su estado.

Matt entra con las ropas desordenadas y el cabello alborotado, como si hubiera pasado las últimas horas intentando arrancárselo. Su aspecto es lamentable, pero son sus ojos los que delatan su pesar.

Shaun prácticamente le salta encima.

—Dinos lo que sabes.

Pero Matt no tiene nada que decir. Se deja caer en la silla más cercana.

—Hace horas que Arkarian me dijo que me fuera. Quería que descansara y me transportó a una habitación silenciosa. No lo he visto desde entonces.

Los miro uno por uno, y siento que la cólera crece en mi interior.

—¡Alguien tiene que saber algo! ¿Dónde está Arkarian? ¡Él nos lo dirá!

De repente, unas manos aferran las mías. Son las de Jimmy. Pero, en cuanto me toca, se echa atrás con una sacudida.

—¡Ah! ¡Mira lo que haces, niña!

Bajo la vista hacia la silla y veo que la madera se ha desintegrado donde la he tocado. Un olor a madera quemada inunda la habitación.

Todos se quedan mirándome. Me siento un bicho raro. Me llevo las manos a la espalda y, cuando nadie las mira, asumen un estado de energía más tranquilo.

Sigue un silencio que nadie desea romper. Cuando percibo que la intensidad abandona mis manos, aparto con mucho cuidado una silla de la mesa, me siento y espero.

Al final se materializa Arkarian. Antes de que nadie llegue a formular ninguna pregunta, presiento que alguien más va a aparecer. Es Isabel. Toma forma lentamente al lado de Arkarian, como si estuviera increíblemente agotada. Al instante se estabiliza, y Arkarian le ofrece el brazo para que se apoye.

Isabel parece exhausta, lo que desde luego no es buena señal.

Shaun y Matt se ponen en pie de un brinco. Isabel toca suavemente el brazo de su hermano, se acerca una silla y se derrumba en ella. Arkarian levanta un brazo para pedir silencio. Pero eso es muy difícil ¡Tengo que saber si Ethan se encuentra bien, y necesito saberlo ahora!

Arkarian oye mis estruendosos pensamientos y me lanza una mirada. Observa la silla desintegrada y frunce el entrecejo. Mis pensamientos le chillan que se olvide de la silla. ¡Solo dinos cómo está Ethan!

Diablos, me estoy poniendo en ridículo. Pero no puedo evitarlo.

Al final Arkarian anuncia:

—Escuchad todos, Ethan está bien.

La habitación se llena de suspiros y murmullos. El alivio es palpable.

—Ahora está poniendo en orden sus pensamientos y enseguida estará aquí.

Me inunda tal alivio que no puedo evitar las lágrimas. De pronto, Ethan comienza a materializarse ante nosotros. Aparto la mirada rápidamente. No quiero que él ni nadie de los que están aquí vea mis lágrimas. Oigo cómo los demás lo saludan. Ojalá pudiera estar con ellos. Solo quiero hacerle saber lo mucho que me alegro de que se encuentre bien. Pero ¿qué haría él si le abrazara igual que los otros, con las lágrimas humedeciendo mis pestañas?

Al final todo el mundo comienza a calmarse y yo consigo controlar mis emociones. Me vuelvo y, como noto que las piernas me flaquean, me siento rápidamente. Ethan me lanza una mirada y le digo:

—Bienvenido.

Asiente con la cabeza y después observa la silla estropeada que hay a mi lado.

—¿Qué ha pasado? Esa silla está peor que yo hace unas horas.

—Oh, nada —contesto antes de que nadie intervenga. Levanto mis manos un segundo. Ethan ve sus destellos—. Una inesperada subida de energía. Aún me estoy acostumbrando a mis nuevas manos.

Ethan acepta mi explicación y cierra los ojos.

Cuando un momento después los abre, la silla está reparada, como nueva.

Todos los que están en torno a la mesa aplauden y vitorean. Antes de que sus poderes se intensificaran, la habilidad de Ethan con los objetos animados era simplemente manipuladora, como cuando llamó por primera vez la atención de Isabel haciendo girar un bolígrafo. El otro día movió aquella roca que aprisionaba al señor Carter, algo que la maquinaria de los que habían ido a rescatarlo fue incapaz de hacer. Al parecer, ahora puede reconstruir objetos.

Entre los vítores, el señor Carter hace oír su voz.

—¿A quién diantres se le ocurre sujetar un montón de cartuchos de dinamita con la mano?

Ethan le lanza una mirada.

—No fui yo quien los sujetó.

—¿Qué?

Arkarian rompe su silencio:

—Si Ethan hubiera sujetado la bomba cuando explotó, en este momento no estaría aquí.

Carter no quiere que la historia acabe ahí:

—Dinos qué pasó, Ethan.

—¿Qué más da ya? —replica Matt con un tono brusco destinado a impedir que nadie diga nada.

Carter no capta la indirecta.

—Claro que importa. Cuéntanos, Arkarian. Parece una historia fascinante.

—¡No!

Carter se queda helado, y Matt suaviza el tono.

—Mire, gracias a Isabel, Ethan ahora está bien. Eso es todo lo que hay que saber.

En un intento de mitigar la incomodidad reinante, Arkarian desvía la atención de todos dando comienzo a la reunión.

—En primer lugar, quiero daros las gracias por haber venido, sobre todo después de los comprometidos acontecimientos de la noche pasada.

Mientras habla, recuerdo lo que le prometí anoche a Neriah, justo cuando subía al coche.

—Ah, hay algo que debo deciros. —Arkarian me mira, y los ojos de los demás lo imitan—. He invitado a Neriah.

—¿A esta reunión? —pregunta Arkarian a través de una oleada de murmullos.

—Fui a su casa ayer por la noche.

—Pero Rochelle —dice el señor Carter con tono petulante—, ¿quién te crees que eres para tomar decisiones importantes en nombre de los demás?

Arkarian le lanza una mirada acompañada de un gesto de desagrado.

—Lo que Marcus quiere decir es: ¿qué te hace pensar que Neriah está preparada para unirse a nosotros?

—Es más fuerte de lo que pensáis.

Carter se muestra escéptico.

—Yo lo sabría, Rochelle. La veo en la escuela todos los días y sigo de cerca sus progresos.

—Sí, y la trata como si fuera de cristal. Es un error. Desde luego, ella es cauta. Mire la educación que ha recibido: profesores particulares, guardias que vigilan todos sus movimientos. Ahora que está en una escuela normal, es comprensible que se muestre tímida. No está acostumbrada a verse rodeada de tanta gente. Es reservada, no débil.

—¿Qué es lo que sabe? —pregunta Matt.

—Sabe que su Iniciación nos... «completará».

Un silencio sigue a mis palabras. Todos se miran entre sí.

—Es la que unirá firmemente a los Elegidos —susurra Arkarian.

Todos comienzan a asentir.

—Hay algo más.

—Sigue —dice Arkarian.

—Hay algo que la preocupa.

La frente de Arkarian se arruga.

—Entonces la escucharemos. ¿Cuándo llegará?

—Ya viene de camino.

Arkarian utiliza sus alas y desaparece ante nosotros. Va a encontrarse con ella en el exterior. Es algo que no hace a menudo; para él es demasiado peligroso que lo vean deambulando por nuestro mundo. Pero vuelve a los pocos minutos y abre la puerta. Y Neriah entra.

Shaun es el primero en levantarse y saludarla. Besa el aire contiguo a sus mejillas.

—Te has convertido en una hermosa joven. Eres la viva imagen de tu madre. ¿Cómo está?

—Bien, gracias.

—Me alegra tener por fin la oportunidad de conocerte. Hay muchas cosas de las que me gustaría hablar contigo.

Neriah lanza a Shaun una mirada perspicaz, y sus ojos castaños se cierran mientras reflexiona.

—Sé que fuiste tú el que desfiguró la cara de mi padre. Por favor, no te preocupes por el pasado. No fuiste sino el catalizador de lo que tenía que ocurrir.

—Eres tan amable como tu madre.

Shaun se sienta, Jimmy intercambia el lugar con él y le da a Neriah un abrazo de bienvenida. Los demás la conocemos, pues la hemos visto en la escuela durante estas últimas semanas. Arkarian acerca una silla para Neriah, que se sienta junto a Shaun al otro lado de la mesa. Me lanza una mirada y sonrío, mostrándome su agradecimiento por estar allí.

Arkarian vuelve a tomar el control de la reunión y nos recorre a todos con la mirada.

—Bueno, pues ahora somos nueve. Las noticias que nos llegan de Atenas son que el rey Ricardo está completamente curado y puede ocupar su lugar en el círculo del Tribunal. Por fin Verdemar tiene su propio rey.

La cara de Ethan se ilumina.

—¡Sí! —Da un puñetazo al aire.

Bueno, es normal que se entusiasme. Él fue quien salvó la vida del rey Ricardo en el pasado y lo trasladó físicamente a través del tiempo.

Matt también está entusiasmado, pero por razones distintas. Emite un extraño suspiro de alivio.

—¡Por fin! Entonces ya no me necesitáis más.

Todos sabemos por qué dice eso, pero también sabemos que se equivoca, y Arkarian le explica:

—Matt, el rey Ricardo gobernará a distancia. Es el representante de Verdemar en el Tribunal: nuestro órgano de gobierno. Según la Profecía, tú liderarás en la batalla a los Elegidos, a los nueve que estamos en esta sala.

Matt da un golpe en la mesa y vuelve la cara hacia la pared.

Arkarian retoma el hilo de la reunión y nos explica por qué nos ha convocado.

—Ayer, Rochelle, Matt y yo viajamos hasta el Inframundo para encontrar la llave del cofre de las armas.

Entre los murmullos, el del señor Carter es el más sonoro.

—¡Magnífico! ¿La encontrasteis?

Arkarian suelta un gruñido bajo la barba.

—Por desgracia llegamos demasiado tarde.

—¿Estás diciendo que ahora la tiene Lathenia? —pregunta Shaun.

—Creemos que la ha guardado en una caja fuerte de su palacio.

—¿Y cuál es el plan? —pregunta Jimmy—. Ya sabéis que a mí se me dan bien las cerraduras y esas cosas.

Arkarian le sonrío.

—Sí, lo sé, Jimmy. Y sí, hay un plan. Algunos de los que estamos aquí iremos al palacio de Lathenia en el Monte Olimpo, pero no tendremos la menor oportunidad de éxito hasta que... —Hace una pausa, y la tensión entre los presentes se hace insostenible. Le lanza una mirada a Matt—. Hasta que Matt consiga sus poderes.

—¡Oh, estupendo! —exclama Matt—. ¡Todos sabemos que eso podría tardar toda la vida!

—Matt —dice Arkarian en voz baja—. ¿Cómo crees que pudiste apretar esos cartuchos de dinamita contra el pecho, rodearlos con el cuerpo como una bola de plastilina y no hacerte más que unos cuantos arañazos?

Matt se queda mirando a Arkarian con asombro.

—Tienes poder, Matt. Y tu nuevo mentor te enseñará a dirigirlo y controlarlo. Partirás mañana.

Todos comienzan a murmurar.

Isabel, que aún parece exhausta, es la primera en preguntar:

—¿Puedo ir con él?

Arkarian apoya la mano en el hombro de Isabel y la mira con tal ternura, con tal veneración, que nadie puede pasar por alto el gran amor que siente por ella.

—Lo único que harás mañana es descansar. —Vuelve la cabeza y se dirige al resto de nosotros—. Este es un viaje que Matt debe hacer solo. Cuando regrese, iremos al palacio de Lathenia y recuperaremos la llave, y por fin la Guardia tendrá en sus manos el equilibrio del poder.

Arkarian mira a Neriah y le pregunta si le gustaría decir algo. Con una sonrisita nerviosa, Neriah pasea la mirada en torno a los que estamos en la mesa y se pone en pie.

—Ayer por la noche, en mi casa, alguien violó los dispositivos de seguridad.

—¿Y qué pasó? —pregunta Arkarian, sentándose.

—Ocurrió cuando vino Rochelle.

Carter la interrumpe al oír mi nombre:

—Bueno, ¿acaso eso no lo explica todo?

—¡Marcus! —Arkarian intenta hacerlo callar.

Prosigo con la explicación:

—Estaba cruzando el jardín cuando oí los pensamientos de alguien cerca y, cuando busqué de dónde procedían, vi algo que parecía un animal. Me sorprendió, porque creí que se trataría de una persona.

—¿Y qué crees que era? —pregunta Arkarian.

—Quizá un perro. Sus ojos despedían un brillo plateado.

—¿Había algo más que llamara la atención en esa criatura? ¿Algo inusual? —me interroga Arkarian.

—Cuando se dio cuenta de que yo podía verlo, cruzó corriendo el jardín.

Jimmy pregunta:

—Y mientras corría por el jardín, ¿seguía pareciendo un perro? ¿O se agachó y dio un salto? ¿O quizá fue dando brincos como un conejo?

Pienso en ello un momento, recordando esos misteriosos ojos brillantes y cómo volvió la cabeza.

—Lo único que recuerdo es que era elegante y veloz y tenía el pelo liso.

Arkarian le dice a Neriah:

—Organizaré una búsqueda minuciosa por tu jardín y doblaré la guardia de tu

madre. Pero Neriah, tú también debes ir con cuidado. La vida de tu madre no es la única que está en peligro.

—Mi padre no me quiere muerta a mí, Arkarian, sino a mi madre. Solo le mueve el afán de venganza, y mi madre es la primera de la lista.

Creo que Neriah es un poco cándida si piensa que a ella no puede ocurrirle nada.

—Pero, Neriah, Isabel tampoco le hizo nada, y también intentó matarla.

—Ella era parte de su plan para vengarse de Shaun. Utiliza a la gente como si fueran meros instrumentos a sus órdenes.

Su exacta descripción del carácter de Marduke me provoca un comentario que no puedo callar:

—Pareces saber mucho de alguien a quien no has visto desde que eras una mocosa.

Neriah baja la mirada hasta sus dedos, que se apoyan ligeramente en la mesa, y su cara comienza a sonrojarse.

El señor Carter acude raudo en su defensa:

—¿Qué quieres decir?

—Nada —contesto—. Es solo que conozco a Marduke. Es manipulador. Es capaz de convencer a cualquiera de que haga casi cualquier cosa.

Mi comentario provoca arqueamientos de cejas, pero Arkarian comprende adónde quiero llegar.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a tu padre, Neriah?

Parece vacilar, pero su respuesta es terminante:

—No lo he visto desde la mañana en que perdió media cara.

Nadie dice nada más y, tras un incómodo silencio, Arkarian llega al meollo de la reunión. Se ponen en pie y todas las miradas se centran en él.

—Cuando Matt, Rochelle y yo fuimos al Inframundo, vimos algo... —Hace una pausa, ordenando sus pensamientos—. Vimos a Marduke al mando de un ejército de muertos vivientes.

—¡Eso es abominable! —exclama el señor Carter.

—Cuéntanos lo que visteis —dice Shaun.

Arkarian levanta la mano para pedir silencio.

—Ya habéis oído hablar de los carrizos. Son criaturas en parte humanas, en parte animales y en parte pájaros. Para aquellos que no los habéis visto, son fáciles de identificar por sus ojos encarnados y sus alas desgarradas.

Se levanta un murmullo, que se apaga enseguida cuando Arkarian añade:

—Pero también hay otras criaturas. De hecho, hay miles de ellas, todas muertas, según el criterio humano. Es más que probable que Marduke envíe primero un grupo de exploradores. Puede que sean carrizos o puede que no, pero quiero que todo el mundo esté bien alerta. Si veis algo sospechoso, hacédselo saber a los demás y a mí lo antes posible.

Jimmy pregunta:

—¿Qué significa todo esto, Arkarian?

—Significa que Marduke planea invadir la Tierra con criaturas que no podemos matar con armas convencionales.

—Entonces, ¿cómo vamos a combatirlos?

—Ni con armas de fuego ni con espadas convencionales.

—¡Habrà algo que podamos hacer! —Hay pánico en la voz del señor Carter.

—Los carrizos tiene miedo al agua.

—¿Cómo lo sabes?

—Mientras interrogábamos a Dillon, durante su terapia de readaptación, nos contó muchas cosas. Era uno de los soldados de mayor rango de Lathenia. Sus conocimientos en este aspecto eran excepcionales, y no vaciló en compartirlos con nosotros. Su terapia casi ha terminado. Muy pronto estará con vosotros como miembro de la Guardia.

Es una noticia increíble. Dillon ha estado encerrado poco tiempo. En torno a la mesa todos murmuran y susurran entre ellos.

—¿Es eso prudente? —El señor Carter es el primero en expresar su opinión.

Arkarian espera a que se haga el silencio.

—No nos corresponde a nosotros juzgarlo. Por lo que me han contado, los conocimientos y la experiencia de Dillon lo convertirán en un miembro valioso. Ha trabajado estrechamente con los carrizos del Inframundo, y nos ha revelado cómo se les puede destruir.

—¿Con agua? —pregunta Shaun.

—Sus alas son torpes y bastante inútiles. Bajo el agua se vuelven pegajosas y pesadas. Entonces les entra el pánico y su propio miedo los mata.

—Bueno, eso ya es algo. ¿Hay alguna otra manera de matar a esos carrizos?

Arkarian dirige su mirada hacia Matt. Este la percibe y aparta la cara.

—Necesitamos las armas del cofre.

—¡Por amor de Dios! —exclama el señor Carter—. ¡No tenemos la maldita llave! ¡Y tenemos que esperar a que Matt vuelva de su viaje a donde diablos vaya antes de empezar a buscarla! ¿Disponemos de tanto tiempo, Arkarian?

—Probablemente no, Marcus. Pero el tiempo de que disponemos tendrá que bastarnos.

Matt

Isabel duerme dieciocho horas sin inmutarse. No quiero despertarla, pero ha llegado la hora de mi partida. Arkarian me espera en su sala.

—Isabel. —La sacudo suavemente.

Se despierta con un sobresalto y tira hacia arriba de la colcha.

—¿Es Ethan?

—Ethan está bien.

Cuando su mente comienza a centrarse, se da cuenta del motivo de mi presencia en su dormitorio. Se incorpora y se pasa la mano por el pelo revuelto.

—¿Te vas ya?

Asiento y nos sentamos en la cama uno al lado del otro.

—¿Sabes cuánto tiempo estarás fuera?

—No, pero Arkarian dice que en el lugar al que voy el tiempo se mide de manera distinta y que la gente que vive allí no es consciente de su paso. De modo que a lo mejor estoy fuera meses, o unos pocos días. Le he dicho a mamá que, como la escuela va a estar cerrada el resto de la semana, me voy al norte a visitar a unos amigos y a huir de este frío.

Asiente, pero no puede evitar que aflore su preocupación. Se muerde el labio inferior y me mira con ojos interrogantes.

Ojalá me dijera lo que la preocupa. Tengo la sensación de que tiene que ver con algo que pasó en el Inframundo. No quiero dejarla así.

—Desde que volvimos del Inframundo, percibo una extraña vibración entre nosotros, como si nos ocultáramos algo el uno al otro. Pero, Isabel, yo no guardo ningún secreto. Y menos contigo.

Respira profundamente.

—Entonces ¿no lo sabes?

¿De qué está hablando?

—¿Saber qué?

—Eres el mayor. Deberías recordar cosas de nuestra infancia mejor que yo.

—¿Estás hablando de cuando papá se fue? Me acuerdo de ese día.

—No solo ese día, Matt. ¿Qué me dices de las conversaciones que mantenías con él? ¿Hasta dónde llegan tus recuerdos?

—Conservo algunos extraños recuerdos de mi infancia que no tienen mucho sentido.

—Dime lo que recuerdas. Cuéntamelo todo.

Aparto la mirada y miro el cartel de una película que hay en la pared. ¿Cuánto debería contarle? Algunos de mis primeros recuerdos son demasiado raros para expresarlos en voz alta. Decido ser sincero; estoy harto de tanto misterio. Quién sabe, a lo mejor Isabel entiende algo de lo que digo.

—Mi primer recuerdo es del momento en que fui concebido.

O a lo mejor no. Mi hermana me mira como si le tomara el pelo.

—Si quieres que me calle...

Extiende una mano y me toca el brazo.

—No. Sigue.

—Muy bien. Cuando fui concebido, fue como si me hubieran dotado de unos ojos que todo lo ven y de unas emociones totalmente desarrolladas. Incluso recuerdo el sonido del primer latido de mi corazón.

—Es muy extraño, Matt, pero, no sé por qué, te creo. Dime qué recuerdas de... nuestro padre.

Apoyo los codos en las rodillas y bajo la mirada hacia el suelo. ¿Cómo explicar los sentimientos de culpa que me corroen? Y la fuerte sospecha de que soy el responsable de que mi padre se fuera de nuestras vidas.

—Recuerdo que él te amaba... te adoraba. Y que a mí no me quería.

Aprieta la mano que tiene en mi brazo.

—¿Te acuerdas de cuando estuvimos en el Inframundo y tuvimos que atravesar aquella montaña de hielo? —pregunta.

—Sí, fue una experiencia de lo más increíble.

—Bueno, para mí no. Para mí fue horrible.

En aquel momento no me di cuenta.

—Cuéntamelo —pido.

—Allí se me acercó y me contó cosas.

El miedo se apodera de mis entrañas:

—¿Qué cosas?

—Me dijo que... que no eras hijo suyo.

Esas palabras me causan una honda impresión. Pero en ellas hay una verdad que soy capaz de percibir.

—Debería haberlo sabido.

—¿Por qué lo dices? —pregunta.

—¿Nunca te extrañó que utilizara tanto la correa conmigo y a ti nunca te tocara?

Asoma a sus ojos una expresión de impotencia. Claro, ¿qué podía hacer ella? ¡Y si él hubiera querido pegarle, yo no lo habría permitido! Al menos habría intentado impedirselo. Mi padre era fuerte con la correa en las manos.

—Conmigo siempre guardaba las distancias, y yo me daba cuenta —digo.

—Yo era demasiado pequeña para comprenderlo. Era mi padre y lo quería.

Nos quedamos callados un momento.

—Entonces, ¿quién es mi padre? —pregunto, aunque no espero respuesta.

Se incorpora aún más en la cama y de pronto las lágrimas afloran a sus ojos.

—Creo que estás a punto de averiguarlo —dice.

Me pongo en pie y echo a andar por el dormitorio.

—¿Hablas en serio? ¿Te ha dicho algo Arkarian?

—No. La verdad es que no.

Aunque reprime las lágrimas, unas cuantas le resbalan por la mejilla. No soporto verlas. Odio verla tan disgustada y preocupada.

—¿Qué sucede, Isabel? ¿Por qué lloras? No me ocurrirá nada, ya lo verás. ¡Tengo la firme intención de regresar!

Se obliga a sonreír.

—Me da miedo que este viaje te cambie. Vas a averiguar cosas de ti y de tus antepasados que te alejarán de mí, de tu familia.

—¡Nunca!

—Tal vez no puedas evitarlo.

Llaman a la puerta y se oye la voz de Jimmy.

—Date prisa, Matt. Ya es casi la hora.

Me vuelvo hacia mi hermana. De pronto, la visión se me vuelve borrosa y la abrazo.

—Sea lo que sea lo que descubra de mí, siempre seré tu hermano. Compartimos la misma sangre, Isabel. La sangre de nuestra madre. Eso es algo que nada ni nadie puede arrebatarnos. ¿Entendido?

Asiente en silencio.

Rochelle

Ethan comienza a entrenar a Neriah, y, puesto que Arkarian lo ha organizado así, debo acompañarlos en cada sesión. Es una buena idea. De todos nosotros, probablemente sea yo quien mejor comprende a Marduke. El inconveniente es que tengo que ver a Ethan y Neriah juntos. Hacen buena pareja. Muy buena. Hasta ahora, él se ha centrado sobre todo en los movimientos, en indagar cuáles son las habilidades de Neriah, y parte de su entrenamiento consiste en cultivar sus capacidades paranormales. Neriah todavía no ha ido a ninguna misión, de modo que también hay que prepararla para eso.

Pero a Ethan no le lleva mucho tiempo descubrir que uno de los poderes de Neriah reside en su talento artístico. Sus pinturas son realmente especiales. En la escuela he visto algunas. Ya se trate de un esbozo al carboncillo, un óleo o cualquier otra técnica, son muy reales.

Justo en este momento le ofrece un ejemplo a Ethan. Me acerco para oír lo que le dice.

—Da igual que utilice un pincel, una varita o un palo —comenta Neriah—. Mira esto. —Comienza a arañar la roca con una piedra ovalada.

Ethan entorna los ojos para fijar la vista. Cuando los dos levantan la cabeza, Ethan está atónito. Entre nosotros hay un arroyuelo que está comenzando a helarse. Lo sorteo de un salto para ver mejor lo que ha hecho Neriah.

Ethan me ve y me llama:

—Mira esto.

Neriah suelta una risita, a continuación coge la piedra y traza la silueta de una pequeña criatura que parece un ratón.

En cuanto ha acabado, el dibujo cobra vida en la forma de un ratón de verdad. Echa a correr hacia mí.

—¡Guau! ¿Se trata de una ilusión? —Aparto el pie para que pase, pero de pronto se desintegra y desaparece por completo.

—No lo sé —dice Neriah encogiéndose de hombros—. Por el momento, la animación solo dura unos segundos.

—Sus poderes aún se están desarrollando —explica Ethan—. Arkarian cree que algún día Neriah será capaz de abrir un portal a través del tiempo tan solo con unas pinceladas.

—Impresionante. —Y es cierto que estoy impresionada. Si consigue hacer eso, será un elemento valioso para la Guardia. Por el momento, es Lathenia quien controla la apertura de los portales.

—Deberíamos movernos —dice de pronto Ethan.

Esta mañana hemos decidido no quedarnos mucho tiempo en el mismo sitio. Hasta ahora nos hemos trasladado tres veces. Señalo un prado al otro lado del lago, pero Ethan niega con la cabeza.

—Antes entrenaba ahí con Isabel.

Está a punto de contar que Marduke se apareció allí una noche para transmitirle un mensaje y casi se mueren del susto. Pero al final se lo calla, porque no quiere inquietar a Neriah. Me lanza una mirada, comprendiendo que he vuelto a leer su mente. Cierra los ojos con disgusto.

—Escucha... —Siento la tentación de defenderme e intento explicarme—. No lo hago a propósito. Y tú deberías aprender a no proyectar tus pensamientos con tanta fuerza. No soy la única Vidente, ¿sabes? Al menos conmigo tus pensamientos están a salvo.

—¿Lo están?

Todos los miembros del grupo muestran desconfianza hacia mí, pero la de Ethan es la que me resulta más difícil de aceptar.

—¡Pues claro que lo están!

Neriah sigue mirándonos, pero sus pensamientos están perfectamente protegidos, algo que Ethan debería esforzarse en conseguir.

Aparto la mirada antes de que perciba lo mucho que me afecta su recelo. El asunto es que, si nadie del grupo confía en mí, ¿qué esperanza tengo de confiar en mí misma? A lo mejor Marduke tenía razón. A lo mejor el mal nunca muere y, una vez que penetra en tu sangre, se queda ahí para siempre, en estado latente, hasta que aparece algo que lo hace aflorar. ¿Eso es lo que le pasa a mi padre? Aún sigue en la cárcel por los delitos que cometió contra mi madrastra. Marduke vio el mal en mí. Lo percibió. Y mira todo lo que he hecho, la gente a la que he perjudicado. ¿Pueden las personas cambiar de verdad?

Me alejo, vuelvo a saltar el arroyo y bajo la colina. Hasta que llego al pie no me doy cuenta de que Ethan está justo detrás de mí.

—Rochelle, espera.

—¿Qué quieres?

—Yo confío en ti.

Por un momento, lo único que soy capaz de hacer es mirarlo. Después añade:

—Siempre he confiado en ti, incluso cuando el Tribunal sospechaba que eras una espía de Marduke. Yo te defendí.

—¿De verdad?

—Sí, y lo cierto es que ni siquiera supe por qué. Solo fue mi instinto. Y bueno, antes ya había acertado.

Comienza a retroceder con un aspecto, cuanto menos, avergonzado, y quizá un poco molesto consigo mismo por esa confesión. Lanza un vistazo colina arriba, hacia donde está Neriah. No debemos perderla de vista, de modo que Ethan está corriendo muchos riesgos al venir a decirme eso.

—Solo quería que lo supieras. —Se vuelve bruscamente y comienza a subir la colina. Lo sigo a cierta distancia, vigilando el paisaje por si hay algo sospechoso. Todo está tranquilo. Casi demasiado tranquilo. Algo me da mala espina. Ahora me

iría bien tener el oído extrasensorial del señor Carter, lo que me da una idea que decido poner en práctica. Me quito los guantes que Arkarian me ha dado esta mañana y apoyo las manos en el suelo. Al instante se forma en mi cabeza la imagen de la corteza terrestre rocas de piedra caliza ricas en fósiles sobre una capa de arcilla. Intento apartar esas imágenes y «percibir» otras cosas. De pronto, la tierra comienza a tronar bajo mis manos y me inunda la imagen de unos caballos. Muchos caballos. Salvajes, libres, corriendo a galope tendido por el valle. Levanto la mirada y veo que Ethan y Neriah han llegado casi a la cumbre de la colina. ¡Si no cambian de dirección se toparán de cara con esos caballos!

—¡Ethan, detente!

Me oye y se vuelve para mirar. Agito las manos en dirección a la zona boscosa que hay a la derecha. Los caballos no se internarán en el bosque si tienen espacios abiertos para elegir.

—¡Corred hacia el bosque! ¡Deprisa!

Pero los caballos avanzan muy deprisa. El ruido de los cascos se oye claramente.

Neriah chilla cuando la manada de vigorosos animales alcanza lo alto de la colina, a pocos metros de donde ellos están. De manera instintiva, levanta los brazos. Todo sucede muy deprisa. Un momento antes, los caballos galopaban a increíble velocidad, y ahora levantan las patas delanteras y piafan. Es una imagen asombrosa. Corro todo lo deprisa que puedo, con el corazón desbocado al pensar en la terrible tragedia que está a punto de ocurrir. Pero cuando llego arriba, la escena no es nada dramática. Me paro y me quedo mirando. Los caballos están tranquilos y plácidos, rivalizando juguetones por conseguir la atención de Neriah.

Ella les canturrea a todos, frotando su cara contra sus hocicos. Se le acercan uno por uno, empujándose suavemente unos a otros para llegar hasta ella.

Ethan también se queda mirando. Después de todo, se trata de caballos salvajes que han corrido en libertad toda su vida. A nadie se le ocurriría intentar atrapar uno, no digamos domarlo.

—No hay duda de que conectas muy bien con los animales —dice.

—Guau —no puedo evitar exclamar por segunda vez—. ¿Qué más puedes hacer? Neriah encoge sus hombros delgados.

—No lo sé. Pero desde que el otro día se intensificaron nuestros poderes, me han ocurrido todo tipo de cosas.

Al cabo de unos minutos de palmear a los animales y acariciarlos, bajamos hacia el valle. El encuentro con los caballos nos ha abierto el apetito. Ethan saca algunos sándwiches. Neriah coge uno, y Ethan me acerca la fiambarrera.

Ni siquiera se me ha ocurrido traer nada para comer, pero no voy a quitarle su almuerzo.

—Oh, no, es igual. Ya comeré algo luego.

—No seas tonta. Sabía que estaríamos fuera todo el día. Traje uno para ti.

Echo un vistazo y veo que hay dos sándwiches en la fiambarrera. Cojo uno, y la

cara me arde más a cada segundo que pasa. Me pregunto si es posible ponerse en mayor ridículo. Lo dudo.

Después de comer, Ethan obliga a Neriah a realizar unos ejercicios de artes marciales básicas para comprobar su destreza. Observo de cerca, dividiendo mi atención entre la zona que nos rodea y los campos cubiertos de hierba del perímetro exterior. Ahora Ethan está detrás de ella, con un brazo en torno a su cintura y el otro en su garganta. Conozco ese movimiento. Se supone que Neriah debe doblarse por la cintura y tirar del codo de Ethan hacia abajo, procurando liberar con la barbilla la presión del brazo que le atenaza el cuello. Yo lo he hecho miles de veces, pero, hasta que se practica, parece imposible.

Neriah lo intenta, y los dos acaban en el suelo. Prorrumpen en una carcajada mientras se ayudan mutuamente a levantarse. El hecho de ver que se llevan tan bien y se divierten tanto comienza a ponerme de los nervios, y la única razón es que me gustaría ser ellos. Decido dar un paseo. El aire fresco debería hacerme entrar en razón. De todos modos, es una buena idea ir a inspeccionar la zona.

Cuando Neriah ve que me alejo, me llama y me hace una seña para que me acerque. Vacilo, porque la verdad es que no quiero sentir cerca de mí su radiante felicidad.

—¡Rochelle! —grita—. Ven y enséñame cómo se hace.

¡No puedo creer lo que me ha pedido! Mira a Ethan.

—Una demostración sería de gran ayuda, ¿no te parece?

Ethan se queda mirándome sin decir nada, hasta que al final cede al capricho de Neriah y se encoge de hombros.

—Sí, claro.

Me aproximo lentamente a él, deseando hallarme en una caverna oscura al otro lado del mundo.

Con pasos lentos, Ethan se me acerca por detrás, coloca su brazo en torno a mi cintura, se aprieta contra mi espalda y siento su pecho inhalar profundamente cuando su otro brazo me rodea la garganta. Por un momento hay una quietud absoluta, y soy consciente de que con solo volver la cabeza un poco a la derecha mis ojos se encontrarán con los suyos. Siento tantos deseos de hacerlo que no puedo resistirme. Lentamente, me vuelvo.

Pero él no me mira. Tiene la vista puesta en Neriah y sonrío.

Si fuera posible morir de vergüenza, en ese momento debería estar rígida en el suelo sin aire en los pulmones. Pero en lugar de morirme, decido hacer la segunda cosa más sensata. Muevo la barbilla en una posición que me permita liberarme de la llave, me agacho y tiro del codo de Ethan. Giro las caderas y sigo tirando de su codo hasta que pierde el equilibrio y cae con estrépito al suelo.

Neriah explota a reír. Se troncha.

Ethan levanta la mirada, negando con la cabeza. Pero también esboza una sonrisa, de modo que al menos no hay rencor, y puedo alejarme con mi orgullo intacto.

Mientras me alejo, oigo un ruido y me vuelvo rápidamente a mi izquierda, al tiempo que saco el cuchillo que llevo en la caña de la bota.

Al instante, Ethan se levanta y viene a mi lado.

—¿Qué ha sido?

—Pisadas.

Vuelvo a oírlas, y esta vez Ethan también las oye. Se abalanza hacia Neriah y la empuja hasta que queda detrás de nosotros. La expresión de ella deja de ser de diversión y se transforma en miedo. Sus grandes ojos castaños se vuelven aún más redondos.

—No te muevas —dice en voz baja, y también saca un cuchillo de la bota.

El crujido de unas ramitas al partirse me tensa los músculos del cuello. Las pisadas se acercan, y vemos la sombra de un hombre que se aproxima a nosotros.

Para mi sorpresa, Ethan enfunda el cuchillo.

—¿Qué haces?

Echa a andar hacia el hombre, y entonces veo por qué. Es nuestro amigo Dillon. Arkarian dijo que pronto se uniría a nosotros.

Ethan y Dillon se agarran de los brazos.

—Me alegra verte —dice Ethan—. No has estado fuera mucho tiempo.

Exacto. Dillon y yo hemos desertado de la Orden, pero, mientras que mi terapia duró casi un año, la de Dillon no ha superado las dos semanas. Recuerdo los meses de dudas que pasé, y me pregunto cómo Dillon puede estar tan seguro de sí mismo tras un tiempo tan breve. Las lealtades son difíciles de romper. Pero ¿quién soy yo para juzgar? Dillon no tiene maldad en la sangre. Sus padres eran un par de borrachos y reñían mucho, pero no eran asesinos, como mi padre.

Arkarian y *lady* Arabella deben de confiar mucho en la satisfactoria transición de Dillon para haberlo incluido tan rápidamente en el programa. Y son las dos personas en quienes más confío en el mundo.

Matt

Arkarian nos transporta a ambos a la habitación de techos altos y paneles multicolores de la Ciudadela. Me señala el centro de la figura octogonal que hay dibujada en el suelo.

—Voy a transportarte a otro mundo.

Me recorre una sensación de *déjà vu*. Ya he estado aquí antes.

—Ten cuidado, Arkarian. No quiero acabar yo solo en ese lugar oscuro.

Me hace un gesto tranquilizador.

—No te preocupes, Matt. Si por error te lanzara al Inframundo, iría inmediatamente detrás de ti. —Suelta una carcajada—. Si te perdiera, mi vida no valdría nada.

—Si estás pensando en Isabel, yo no me preocuparía demasiado. ¡Estoy seguro de que te perdonaría por perder a su hermano!

Arkarian baja la mirada y masculla:

—No, no pensaba en Isabel. —Levanta los ojos—. Todavía no has entendido lo importante que eres.

Sus palabras me inquietan, y decido cambiar de tema.

—¿Podrás verme errando por ese mundo?

Niega con la cabeza.

—No. Los mundos exteriores están cerrados a nuestra visión. Pero seré informado de si llegas sano y salvo.

—¿Te informará el hombre que va a ser mi mentor?

—Sí.

—Isabel cree que ese hombre es mi padre.

Arkarian arruga el entrecejo.

—Le estás preguntando a la persona equivocada. Ten un poco más de paciencia, Matt, y estoy seguro de que al menos parte de los misterios que más te preocupan te serán explicados.

Retrocede.

—¡Espera! —exclamo, pues hay otra cosa que me preocupa. Lee mis pensamientos, y su mirada se suaviza al instante, pero necesito oír en voz alta sus palabras tranquilizadoras—. ¿Harás todo lo que puedas para proteger a Isabel?

—Por supuesto. Utilizaré todos los medios a mi disposición.

—No quiero que sufra ningún daño.

—No haría nada para perjudicar a Isabel.

Nos quedamos un momento en silencio. Arkarian se da cuenta de que necesito decir más cosas. Fijo la mirada sobre su hombro mientras ordeno mis pensamientos.

—Sé que los dos estáis muy unidos. Y poseéis el don de no envejecer. Disponéis de mucho tiempo antes de que sintáis la necesidad de profundizar en vuestra relación.

Arkarian medita unos instantes antes de responder.

—¿No crees que esa es una decisión de Isabel?

—Por supuesto, solo que... ella te amará con todo lo que es, y eso te otorga poder sobre ella.

—Solo porque eres su hermano, Matt, pasaré por alto este insulto.

Los paneles del techo comienzan a girar, de modo que, sin más opción, me pongo en manos de Arkarian. Un estallido de luz brillante se derrama sobre mí desde lo alto, y los giros se convierten en un torbellino de color y movimiento. De pronto me veo catapultado a un viento vertiginoso. Dura un momento más de lo que puedo soportar sin alterarme, y enseguida me veo cayendo. Caigo contra un terreno sólido y comienzo a rodar cuesta abajo.

Al final me paro, pero la cabeza aún me da vueltas. Abro los ojos e intento enfocar. Delante de mi cara hay un espeso follaje. Cuando levanto la cabeza, el cielo atrae mi mirada.

—¡Oh!

Me quedo mirando esa extraña visión sin parpadear. ¡Dos soles! Uno naranja y otro azul. ¿Cómo es posible? En el cielo hay colores que van cambiando: brillantes destellos de rojos, azules, amarillo y añil. No hay duda de que es de día. ¿Qué aspecto tendrá esto de noche?

Miro en derredor. No parece haber nadie a la vista. En la vasta distancia se divisa una cadena montañosa, mientras que más cerca se extiende un valle verde y profundo, surcado por un arroyo. Debajo de mí, y a lo largo de kilómetros a la redonda, se ven campos cubiertos de flores silvestres con gran variedad de colores. Levanto la mano, y descubro debajo una flor aplastada con doce pétalos de colores distintos. Mientras contemplo ese asombroso fenómeno, la flor vuelve a recuperar su forma anterior.

—Increíble —susurro.

Una voz a mi espalda me da un susto de muerte.

—¡Ah, estás aquí! Pensaba que ya no te encontraría.

Me pongo en pie tambaleándome, me doy la vuelta y veo a un hombre ataviado con unas extrañas ropas holgadas que baja corriendo por la colina hacia mí. Una larga melena castaña le cae por la espalda.

—Matt —dice, tendiéndome la mano—. Me llamo Janah. Me han enviado para darte la bienvenida y ser tu guía. —Extiende los brazos y mira hacia arriba y alrededor—. ¿Qué te parece este reino?

—Es hermoso. ¡Tenéis dos soles!

—De hecho tenemos siete, pero los otros aún no han salido. Hay uno por cada nivel. Desde ahí arriba se ven todos.

Janah me ve arrugar la frente y ladea la cabeza.

—No te preocupes, Matt. Nadie espera que lo entiendas. En este reino hay muchas cosas que escaparán a tu entendimiento, como esta. —Vuelve a estrecharme la mano, y veo que nuestras palmas, de pronto etéreas, se traspasan.

Me pilla por sorpresa.

—¡Eh!

—Todas las cosas que ves aquí son reales y sólidas en su forma, si deseamos que lo sean, pero nuestros cuerpos, y sobre todo nuestras mentes, son libres. Entenderás a qué me refiero dentro de un momento, cuando comencemos nuestro viaje.

—Muy bien, no sé cómo habría encontrado el camino sin ti. —Con la mano señalo la magnífica campiña que nos rodea—. Este lugar parece infinito. ¿Eres el único que vive aquí?

Sonríe, pero en sus ojos no hay condescendencia, solo un reflejo de su obvia alegría interior.

—Aquí vive mucha gente. De hecho, acaban de llegar un par de amigos tuyos. Creo que los conoces con los nombres de John Wren y Sera.

—¿De verdad? ¿Los veremos?

—No en esta visita. Pero no te preocupes, Sera es muy feliz.

—¿Y John? ¿También es feliz?

—Él está en un nivel diferente.

—¿Y qué significa eso? ¿Es bueno o malo?

—Bueno. ¿Recuerdas lo que te dije de los siete niveles de este reino? —Espera a que yo asienta—. Pues bien, John se encuentra en el primero. Cuando esté preparado pasará al siguiente, y así sucesivamente, a lo largo de varios miles de años.

No puedo evitar volver a arrugar la frente. Janah sacude la cabeza.

—No intentes comprenderlo, Matt. No has venido para eso. Dartemis te espera en su palacio.

—¿Quién es ese Dartemis?

—Todo se te explicará a su debido tiempo —contesta Janah.

—¿Está lejos ese palacio?

Se da un golpecito en un lado de la cabeza.

—¿Puedes recordarme en qué se mide la distancia entre los mortales?

—En kilómetros.

—Ah, sí. Estamos a noventa billones de kilómetros de nuestro destino.

Por un segundo me quedo sin habla.

—¿Hablas en serio?

—Completamente.

Mis pensamientos se vuelven confusos. Levanto la mirada hacia la colina por la que acabo de rodar. Si ascendiera todo lo deprisa que dieran mis piernas, ¿habría alguna posibilidad de que Arkarian me llevara de vuelta? Comienzo a alejarme.

—Janah, me temo que no puedo quedarme. Tardaría toda la vida en recorrer noventa billones de kilómetros... ¡mil vidas, de hecho!

Me toca el brazo y siento una paz que me recorre todo el cuerpo.

—Pero no en este mundo, Matt. Confía en mí.

Supongo que no tengo elección.

La mano que tenía en mi brazo me aprieta ahora con fuerza.

—Ven conmigo, Matt.

—¿Dónde me llevas...? —No acabo la pregunta, pues veo los pies de Janah ya no tocan el suelo. Se ha alzado, literalmente, de la superficie de este mundo.

Su cuerpo se inclina en la dirección en que tira de mi brazo: un movimiento que realiza sin esfuerzo, como si sus extremidades estuvieran ahora hechas de una sustancia maleable, no de hueso.

—Deberíamos partir ya. Te esperan para cenar.

—Janah, aguarda un momento.

Sus pies descienden hasta la suave hierba.

—Yo no soy como tú. No vivo aquí. Las reglas de este mundo no van conmigo.

Janah se limita a sonreír.

—¿Tu entrenador no te enseñó a despejar la mente ya concentrarte?

—Bueno, lo intentó.

—Hazlo ahora, Matt.

Cierro los ojos y finjo hacer lo que me dice. La verdad es que cada vez que lo intentaba con Ethan, nunca lo conseguía, y como sabía que eso le resultaba frustrante, a veces simulaba haber alcanzado ese momento definitivo de paz interior y serenidad mental. Recorro a la calma que emana del tacto de Jonah.

Para mi sorpresa, de pronto me noto alzándome del suelo. Abro los ojos para comprobarlo. ¡Estoy flotando en el aire!

Janah me mira, divertido.

—Bueno, no es gran cosa, pero bastará. —Apoya la mano en mi codo, y con un empujoncito hacia arriba, mi cuerpo se inclina a un lado.

Y entonces comenzamos a movernos. Debajo de mí, los campos cubiertos de hierba comienzan a pasar a gran velocidad. Nuestros cuerpos avanzan casi horizontales a la superficie. Durante un rato puedo ver el paisaje que hay debajo. Subimos un poco más y pasamos por encima de numerosos valles y montañas, tantos que pierdo la cuenta. En el horizonte aparece una ciudad con mucha gente dentro y en torno a ella. Las casas, de varias plantas, están entrelazadas con los árboles de tal modo que parece que formen parte del paisaje. Puentes dorados flotan de un grupo de edificios a otro. Por todas partes hay abundancia de arroyos y cascadas. Un tercer sol, este de color púrpura, corona el horizonte. Los relucientes colores del cielo se desplazan y entremezclan con los púrpuras y rosas en una sinfonía de matices de luz.

Ahora viajamos a tal velocidad, que todo se convierte en una mancha de colores. La ligereza de mi cuerpo resulta difícil de explicar en términos terrenales. Me sigo sintiendo sólido y real, pero es como si por dentro estuviera hecho de aire.

Comenzamos a aminorar la velocidad. Se acerca el momento de conocer a la persona que puede darme las respuestas al misterio de mi nacimiento. Cuando frenamos, una sensación incómoda se apodera de mí. ¿Y si esas respuestas me cambiaran la vida? ¿Tiene razón Isabel al temer este viaje? Su miedo ¿procede del

amor, o de algo que ha presenciado en sus visiones?

Finalmente nos detenemos y todas las preguntas desaparecen de mi cabeza. Ya tengo bastante con enfrentarme a lo que ven mis ojos. Ante mí se alza un edificio, un palacio increíble, que debe de contener al menos mil habitaciones. Es casi todo blanco, con torretas doradas y plateadas, arcos, columnas, ventanas de reluciente cristal y puertas de marco dorado. Pero no es su esplendor lo que me tiene atónito y boquiabierto, sino el lugar donde está asentado. Aunque «asentado» no es la palabra adecuada. Quizá fuera más apropiado decir que está flotando. Flotando en el mismísimo confín (¿o en el principio?) del universo.

Respiro e intento controlar mis pensamientos desbocados. Pero no sirve de nada. Muevo los pies para comprobar si el suelo es sólido. En el lugar donde flota el palacio no hay suelo alguno. Nada. Es como si ese increíble edificio estuviera suspendido al borde del universo. En torno a él no hay cielo, ni soles, ni estrellas. Puede que ni siquiera haya aire.

—Nunca he visto nada parecido.

—Es increíble, ¿verdad?

—¿Quién vive aquí? ¿Me dirás ahora quién es ese hombre?

—Ya sabes que se llama Dartemis. Es un Inmortal, uno de los trillizos nacidos de las malhadadas diosas Atenea y Artemisa.

—Entonces es el hermano de Lorian.

—Y Lathenia es su hermana. Pero ella cree que Dartemis ha muerto, asesinado por Lorian hace muchos milenios. Y a fin de que ella no detecte su presencia, él vive aquí.

—Fuera del universo.

—Sí, vamos. Mira... —Janah señala a un hombre vestido con un traje blanco que está de pie a las puertas del palacio—. Es él. Tiene muchas ganas de conocerte.

—¿A mí?

—Sí. ¿Es que no lo sabes, Matt?

—¿Saber qué?

Janah se explica:

—Eres la culminación de la obra de toda su vida.

Eso es lo que insinuó Arkarian: que este Inmortal ha vivido toda su vida esperando que yo apareciera. Pero ¿por qué? ¿Por qué yo? La cabeza vuelve a darme vueltas. Tiene demasiadas cosas que asimilar. Siento que el aire se enrarece. Respiro hondo, pero no sirve de nada. Todo sigue girando alrededor de mí, alejándose y acercándose en un remolino. Janah nota mi malestar. Le oigo gritar algo. Creo que es mi nombre. A continuación alguien me rodea con sus fuertes brazos y percibo que me mueven.

Me despierto dentro del palacio, echado en un sofá, con una tela húmeda sobre la frente.

—Se mueve, mi señor —oigo a Janah a través de la niebla de mi cerebro.

—Déjanos solos.

—Sí, mi señor. —Janah aparta la tela de mi cara y sale de la habitación.

Levanto los ojos y miro los del Inmortal. Solo he visto a Lorian una vez, en el reciente juicio de mi hermana, pero el parecido entre ellos es evidente. Los dos son más altos que cualquier ser humano, tienen unos dedos extraordinariamente largos, la misma piel y unos ojos luminiscentes que parecen piedras preciosas. Pero si los de Lorian son violeta, y los de Lathenia, según tengo entendido, plateados, los que ahora me miran son amarillos. Del color del oro.

—¿Eres mi padre?

Suelta una carcajada, sonora y cordial.

—Te gusta ir al grano, ¿verdad, Matthew?

La verdad es que lo he dicho sin pensar. Pero, ya que lo he preguntado, quiero oír la respuesta.

Vuelve a reír, esta vez de manera menos estruendosa. Debe de estar leyendo mis pensamientos. Me pregunto si es un Vidente de la Verdad.

—Sí —dice.

—¿Sí? —Ahora me siento confuso. ¿Ha respondido «sí» a mis pensamientos o a la pregunta que he formulado en voz alta?

—A las dos cosas —contesta—. Y ahora que se han acabado las formalidades, podemos comenzar tu entrenamiento. Para eso estás aquí. Y no podemos perder más tiempo, Matthew. Mi hermana tiene prisa por conquistar todo lo que pueda, todo lo que no le pertenece. Está alterando el equilibrio de la vida. El resultado puede ser catastrófico para todas las criaturas que pululan por la Tierra, y tú tienes la responsabilidad de procurar que eso no suceda.

—Pero todo eso parece... horroroso.

—Es horroroso. Lo que tenéis en la Tierra es algo muy valioso. No se halla en ningún otro reino. Y créeme, Matthew, hay muchos, muchos reinos. En unos hay luz, otros son oscuros, otros grises, donde deambulan los extraviados y los desencantados. Y luego están aquellos que nadie querría ver. Ya has estado en el Inframundo. Antaño fue un reino hermoso, pero ahora es un reino de oscuridad, en cuyas entrañas habitan las criaturas más horribles del universo. Pero la Tierra... —Se inclina hacia delante, y sus ojos dorados se clavan en los míos, produciéndome la sensación de ser engullido por entero—. La Tierra es el último de los reinos vivos.

Estoy intentando asimilar todo lo que dice, cuando una pareja de leones aparece en el umbral de la puerta, un macho con una increíble melena dorada y una hembra. El instinto me hace encogerme en el sofá. Las dos fieras se pasean como si estuvieran acostumbradas a deambular por el palacio. Cuando llegan hasta Dartemis, el macho emite un rugido apagado, casi lastimero. Dartemis los invita a acercarse más, los acaricia detrás de la oreja y les susurra palabras reconfortantes.

—Nunca me olvidaría de ti —susurra, e inclina la cabeza hacia la enorme cara del león. La leona aparta de un empujón a su pareja y coloca el hocico en la mano de

Dartemis, reclamando atención. Dartemis agarra con las dos manos la cabeza de la leona y le da una sacudida—. Te he echado de menos —dice—. Pero estoy ocupado, así que, si quieres que te preste atención, tendrás que esperar. Ahora id a buscar a Janah. Os dará algo de comer.

Los enormes felinos se marchan, y yo intento reponerme de mi estupefacción y dirigir mis pensamientos a lo que hablábamos antes. Dartemis lo hace por mí.

—Aquí, en este reino, nuestros corazones alcanzan su dicha última. Pero no puedes residir en este lugar hasta no haber vivido primero como mortal. Y como la Tierra es el único lugar que queda donde eso es posible, si Lathenia tiene éxito quedará destruido el último reino capaz de dar equilibrio al universo. Los muertos caminarán entre los vivos y nunca se alcanzará la verdadera paz. —Sus brazos abarcan el reluciente cielo y las tierras de sobrecogedora belleza—. Y al final todo esto se verá amenazado.

Su explicación me deja sin habla. ¿Cómo puede llegar a ocurrir algo así? ¿Cómo es posible que esto me pase a mí? Parece que fue ayer cuando el asunto más serio que me ocupaba era realizar mis deberes en el colegio y entregarlos puntualmente.

—Hay muchas cosas que aprender, Matthew, y tú albergas muchas dudas en tu interior. Por desgracia, yo no puedo librarte de ellas, pero haré aflorar los poderes que atesoras dentro. Eso debería ayudarte a creer. No obstante, como todos los humanos, gozarás de total libertad para utilizarlos. Yo te guiaré, Matthew, pero es lo máximo que puedo hacer.

Desde lo más profundo de mí, oigo regresar mi voz.

—Señor...

—Espera. Ya que al parecer te incomoda llamarme «padre», llámame por mi nombre, Dartemis.

—Muy bien... Dartemis. Deseo decirte algo.

—Si prefieres expresarlo en palabras, adelante.

—Creo que has cometido un error.

Él sonrío y yo tengo la impresión de que está jugando conmigo.

—Dime cuál es mi error.

—Yo no soy la persona adecuada para este trabajo. De hecho, ni siquiera creo que sea tu hijo. ¿Sabes? —prosigo antes de que me interrumpa—, yo nací en una pequeña ciudad de Australia llamada Angels Falls. Tengo una madre normal y todo eso. Y bueno, allí hay mucha gente con esa misma clase de talentos «especiales» que tú crees que yo poseo. Arkarian, por ejemplo. Creo que él podría ser la persona que necesitas. —Respiro profundamente—. Lo que intento decirte es que no tengo madera de líder. No soy un héroe. No poseo las habilidades que tú me atribuyes. Créeme, he intentado encontrar la fuente interior de mi poder, o lo que sea, pero la verdad es que no la tengo. Así que —me levanto y miro buscando una puerta, preferiblemente en dirección opuesta a la que tomaron los leones—, si no te importa, ahora me iré. ¿No hay ningún atajo para salir de este lugar?

Dartemis desaparece de repente, solo para reaparecer justo delante de mí, con su pecho a la altura de mi cara. Levanto la vista y echo la cabeza atrás para ver sus ojos. Me mira fijamente con la boca un tanto abierta y el entrecejo fruncido. Muy fruncido. De pronto sacude la cabeza, como si no pudiera creer lo que oye. Al final habla, pero no se dirige a mí, sino que se trata más bien de un gruñido general.

—Voy a tener mucho más trabajo de lo que pensaba. Mucho más.

Rochelle

La escuela vuelve a abrir el viernes. ¡El viernes! Por amor del cielo, ¿qué les habría costado tenerla cerrada un día más? Al parecer, los científicos tienen todo lo que necesitaban. Actuaron rápidamente y se llevaron todos esos escombros espaciales a los laboratorios del gobierno. Tras algunas reparaciones de poca importancia, todos los edificios, menos uno, han sido declarados seguros. De modo que hoy habrá que entrenar a Neriah al salir de la escuela.

Durante la clase de historia, los alumnos asaltan al señor Carter con un aluvión de preguntas acerca de su «milagrosa» curación. Mientras él esquivo hábilmente las preguntas, Dillon me hace saber que quiere asistir al entrenamiento de Neriah. Está sentado detrás de mí y no deja de meterme pensamientos en la cabeza. Es como si hurgara en mi cerebro con un atizador al rojo. Dillon no es un Vidente de la Verdad, pero es obvio que sabe que yo lo soy, y su insistencia está empezando a sacarme de quicio.

En los últimos días, *lady* Arabella ha encontrado tiempo para ayudarme a controlar el poder de mis manos, lo bastante para que no me sienta un peligro para todo y para todos. Al parecer, el asunto tiene que ver con mis emociones, la adrenalina y esas cosas. Ella misma diseñó y confeccionó los guantes con una tela impenetrable. Son estupendos porque parecen mi propia piel. Y Arkarian me ayuda a aprender a controlar esa aglomeración de pensamientos que me está volviendo loca desde que se intensificaron nuestros poderes. Pero, aun así, Dillon ha conseguido cruzar todas mis barreras, ¡y eso me está volviendo loca!

En cuanto acaba la clase, salimos y me vuelvo hacia él.

—¿Qué demonios pretendes?

Se encoge de hombros y me lanza una sonrisa varonil que a lo mejor algunas chicas encuentran atractiva. Yo no. Me duele la cabeza.

—Tienes que ayudarme, Roh. Eres mi billete para llegar hasta Neriah. Ella te escuchará. Cuéntale lo estupendo que soy.

Me pondría a chillar si no fuera porque eso atraería todas las miradas. Debería decirle que si necesita a una tercera persona para poder explicar lo «estupendo» que es, a lo mejor la chica no está lo bastante interesada para darse cuenta por ella misma.

Echamos a andar hacia nuestra próxima clase, y, ¡fantástico!, Dillon tiene la misma que yo. Me sigue hasta el laboratorio de ciencias. En la puerta me vuelvo hacia él y le planto cara.

—En primer lugar, yo no hago el trabajo sucio de nadie. Si te gusta Neriah, arréglatelas solo. Y en segundo lugar, me llamo Rochelle, y se pronuncia Rochel, no de otra forma ni variación. ¿Lo has entendido?

Cuando suena el último timbrado del día, estoy que me tiro de los pelos.

—¡Roh, te necesito!

Lo miro con cara de pocos amigos. Ni siquiera ha tenido la cortesía de recordar

que no me gusta que me recorten el nombre. Y creía haberle dejado claro que no iba a hablar a favor de él delante de Neriah. Tampoco ha hecho caso de eso. ¿Es que le resulta imposible oír nada que no sean sus propios pensamientos?

Salgo del Bloque B y miro a un lado y otro buscando a Neriah y Ethan. Al final los veo, cruzando el patio juntos. Parecen una pareja, y al verlos siento encogerse las costillas. Neriah me saluda con la mano. Junto a mí, Dillon suspira y gime como un mocoso perdidamente enamorado.

—Te lo suplico, Roh. Dime dónde vais a entrenar hoy.

Tengo que quitármelo de encima, y entonces se me ocurre la manera.

—Muy bien. Vamos a entrenar dentro de las salas de Arkarian.

Funciona. Dice:

—¡No puede ser!

—Sí, en una de sus salas de entrenamiento.

—Pero yo no puedo acceder a ellas.

—¿De veras? —Intento disimular mi alivio, disfrazándolo de un tono de asombro, aunque ya lo sabía. Arkarian me lo ha dicho esta misma mañana.

—Sí, todavía no me han dado acceso a un nivel tan alto. No tardarán, pero... — Me mira de soslayo—. Tú tienes acceso, ¿verdad?

—¿Y qué?

—Puedes colarme.

No puedo evitar reírme.

Se ofende de inmediato.

—¿Qué te parece tan divertido?

Intento calmarme.

—No puedes burlar a Arkarian. Es como si tuviera ojos en todas partes y lo viera todo. Y controla la puerta. Nadie entra sin su permiso. Tu idea es absurda. Y no se te debería ocurrir hacer estas cosas, sobre todo si quieres que los demás confíen en ti.

—Eh, se puede confiar en mí. ¿O es que no estás de acuerdo?

—¡Claro que sí! Solo te estaba dando un consejo.

—No necesito tus consejos. Solo que me ayudes a llegar hasta Neriah. ¿Qué dices, Roh? ¿Lo harás por mí? ¿Por los viejos tiempos?

Esa última frase me hace hervir la sangre. ¿Qué se ha creído? ¿Que porque antes trabajábamos para la Orden del Caos nos debemos algo? Ya no le debo lealtad a la Diosa, ¡y mucho menos a Dillon! Por suerte me ahorro tener que responder, pues Neriah y Ethan se acercan a nosotros.

—¿Vienes a entrenar con nosotros, Dillon? —pregunta Neriah como quien no quiere la cosa.

A lo mejor le gusta Dillon. Miro de soslayo, preguntándome qué tiene Dillon que pueda despertar el interés de una chica. A lo mejor sus ojos tan verdes. Son su mejor rasgo, desde luego. De pronto sonrío. Sí, supongo que también es eso.

Ethan me mira, ceñudo. Sus pensamientos me hacen saber que cree que soy yo la

que ha invitado a Dillon a venir. Abro la boca para explicarme, pero la cierro enseguida cuando Neriah dice:

—Vamos al prado que hay en el lado oeste de la catarata.

Oh, estupendo. Gracias, Neriah.

Los ojos de Dillon me lanzan una mirada de soslayo.

—Pero yo pensaba que... —No acaba la frase, pero me mira como si acabara de apuñalarlo por la espalda—. ¿De verdad? Qué interesante. —Vuelve su atención hacia Neriah—. Allí estaré, desde luego.

—El caso es que ha habido un cambio de planes... —interviene Ethan de pronto.

—Pero... —Comienza Neriah, pero no sigue—. Ah, es cierto.

—Hoy entrenamos en las salas de Arkarian.

Me inunda un gran alivio. Procuero que no se me note mucho. Pero al menos ahora no pareceré una mentirosa que solo intentaba despistar a Dillon. Es obvio que *lady* Arabella confía en Dillon; eso debería bastarme.

Dillon actúa como si fuera un pajarillo inocente al que han ofendido. De una manera retorcida, es un tipo listo. Su tono travieso hace reír a Neriah. Al final se acuerda de que su autobús está a punto de salir y se marcha. Por primera vez en todo el día respiro tranquila.

—Tu coche está aquí —dice Ethan, y acompañamos a Neriah hasta el aparcamiento.

—Te veré allí en media hora —dice Neriah mientras se sube al asiento trasero del Mercedes negro y saluda a sus perros.

Cuando el coche se aleja, murmuro en voz baja:

—Gracias, te debo una.

Ethan no aparta los ojos del Mercedes mientras este abandona los terrenos de la escuela.

—¿Por qué?

Por un momento se me olvida que Dillon y Ethan son amigos... desde que iban a la guardería, puede que incluso desde antes. Me encojo de hombros.

—Dillon podría distraeros. No lo quiero de espectador mientras os entrenáis. Preferiría que no estuviera.

Sus ojos se clavan en los míos y arruga la frente.

—Pensaba que te gustaba tenerlo cerca. ¿No es por eso que lo invitas tantas veces a venir con nosotros?

¡No puedo creer lo que está diciendo!

—Yo no lo he invitado nunca. ¿Entendido?

—Entendido, pero...

—Pero ¿qué? —replico.

—Os he visto a los dos paseando por la escuela entre clase y clase, durante el almuerzo. Parecía —aparta la mirada un segundo— que te gustaba estar con él.

Sus palabras me dejan sin habla. Para empezar, no podría estar más equivocado.

—Compartimos unas cuantas clases, eso es todo.

En este momento me gustaría leerle los pensamientos a Ethan, pero no me atrevo, y, bueno, él tampoco los proyecta. Los oculta todo lo que puede.

Se pasa la mano por el pelo y echa a andar.

—Será mejor que nos vayamos. Neriah está tan entusiasmada que no hay manera de que llegue ni un minuto tarde. Además, no es conveniente que ande por ahí sola.

Dudo que eso ocurra. Su chófer, William, es un guardia entrenado. No es probable que la deje sola en la apartada ladera de una montaña. Pero de todos modos sigo a Ethan e intento apartar su extrañeza de mi mente.

Abandonamos el recinto de la escuela por la verja trasera y nos encaminamos rápidamente hacia las salas de Arkarian.

Caminamos en silencio mientras pasamos entre diversos tipos de eucaliptos que abundan en esa parte del bosque. A medida que nos internamos en una zona más tupida de árboles crece la oscuridad.

Un repentino movimiento a mi derecha me llama la atención. Me detengo un segundo a escuchar.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Ethan.

—No lo sé. —Señalo un estrecho arroyo que discurre por un terraplén—. He oído algo por ahí.

Mientras observamos en dirección a la fina corriente de agua, un sonido familiar nos llega por la espalda y hace que demos media vuelta.

—¡Mira, allí! —Señalo una criatura de cuatro patas que se escabulle sigilosamente entre los árboles—. Creo que es el mismo animal que vi en el jardín de Neriah.

—Vayamos a ver qué es —dice Ethan, y nos ponemos a perseguirlo.

Corremos a través del bosque, apartando lianas y arbustos, saltando troncos y procurando no tropezar con las hojas secas, el musgo y todo lo que hay por el suelo.

—¡Aquí! —Ethan salta por encima de un árbol caído—. Es un perro... un gran danés.

Nos internamos más y más en el bosque, pero no conseguimos recortarle distancia al animal. Llegamos a lo alto de una cuesta y por fin nos paramos, jadeando de agotamiento, solo para encontrarnos con que el perro nos observa desde lo alto de sus lomos dorados. Sus ojos me ponen los pelos de punta. Es como si los utilizara para comunicarse con nosotros. O para reírse de nosotros.

Y entonces entiendo lo que hace. Nos está atrayendo hacia el interior del bosque, lo único que pretende es que le sigamos.

—Diablos —dice Ethan, a mi lado—. Ya he visto antes ese perro. Es uno de los sabuesos de Lathenia.

—Lo único que ha hecho es distraernos.

Nos miramos el uno al otro y nuestros pensamientos colisionan.

—¡Neriah!

Volvemos corriendo por el mismo camino como si pisáramos brasas al rojo, apartando de un zarpazo todo lo que se interpone en nuestro camino, saltando sobre troncos caídos, tocones y arroyos sinuosos. Neriah tiene problemas; puedo sentirlo en todos los huesos.

Al final salimos del bosque y nos dirigimos a la montaña. Cuando llegamos a la puerta secreta de las salas de Arkarian, este cobra forma ante nosotros. Parece muy preocupado.

—Bueno, ya estáis aquí.

—¿Dónde está Neriah? —pregunta Ethan.

—Sigue en su casa. No sé qué problema tienen allí. Necesitan vuestra ayuda. Ethan, tú y yo usaremos nuestras alas. Rochelle, procura llegar todo lo deprisa que puedas. Jimmy, Dillon e Isabel están en camino. ¿Lo habéis entendido?

—Espera —dice Ethan—. No voy a usar mis alas.

—Pero, Ethan, es la manera más rápida de llegar. ¿O sigues teniendo problemas con ellas?

—No. Pero en el bosque hemos visto uno de los sabuesos de Lathenia. No voy a dejar sola a Rochelle con esa bestia rondando.

—¡No necesito que me protejas! —le digo, y añado—: Conozco un atajo que me llevará enseguida.

—¿Dónde está ese atajo?

—Es el viejo cortafuegos que rodea la Cresta del Diablo. Enlaza con la parte oeste de la casa de Neriah.

—Sí —dice con sarcasmo—. Lo conozco. Cruza en línea recta la parte más espesa del bosque. —Ethan hace que suene como si ese atajo no hiciera sino darle la razón.

Arkarian aparta la mirada de mí y contempla a Ethan, pero permanece callado. Intento poner fin a esta ridícula discusión.

—Estamos perdiendo el tiempo. Tú y Arkarian ya habríais llegado.

—No voy a dejarte —se obstina Ethan. Y por un segundo me permito pensar que actúa así porque, bueno... a lo mejor siente... Entonces dice—: Ese sabueso pretendía que nos internáramos en el bosque, ya fuera para que no viniéramos aquí o porque Lathenia había planeado otra cosa, no lo sé. Lo que sí sé es que, desde que desertaste, a Lathenia le encantaría verte muerta. ¡Y a Marduke también! Probablemente primero te torturarían. Si vas sola serás una presa fácil. En este momento la Guardia no puede perder a ninguno de sus miembros. La situación ya es bastante crítica.

—Tienes razón, Ethan —dice Arkarian—. Seguidme todo lo deprisa que podáis. Y andaos con cuidado.

Tras dar estas instrucciones, Arkarian utiliza sus alas y desaparece. Ethan y yo nos quedamos solos. Me sobrepongo a mis confusas emociones y echo a andar hacia el bosque. Ethan me alcanza y aceleramos el paso. Los dos estamos relativamente en

forma: es parte de nuestro trabajo. A esta velocidad, deberíamos llegar enseguida. Al menos hasta ahora no hay rastro del gran danés, que, según Ethan, es uno de los sabuesos de Lathenia. Mientras estuve en la Orden, trabajaba solamente para Marduke y rara vez veía a Lathenia. De todos modos, he oído hablar de sus siete sabuesos. Pensaba que dormían el sueño eterno. La historia que circulaba entre sus soldados era que el hermano pequeño de Lathenia, Dartemis, tenía una carnada de nueve crías que le eran leales. Pero un día fue asesinado, y los dos cachorros mayores desaparecieron de la faz de la tierra, o de donde fuera que los Inmortales vivieran en aquella época, mientras que Lathenia crío a los siete restantes.

Con esta historia rondándome por la cabeza, se me pasa por alto la primera señal de alarma. Pero no a Ethan, que va delante de mí. Se detiene y levanta un brazo.

—¿Qué pasa? —le pregunto en voz baja.

No tiene ni tiempo a responder. De repente, desde las copas de los árboles, una docena de grandes pájaros se lanzan en picado sobre nosotros, chillando desafortadamente. Su aspecto fantasmal me pone los pelos de punta. Sobre todo sus ojos. No se asemejan a los ojos de los pájaros normales, sino que parecen humanos, incluyendo los surcos de la frente, que les dan un aire extrañamente humano.

Ethan me agarra del brazo.

—Conozco estos pájaros. ¡A cubierto!

Encontramos un tronco caído, pero no nos protege mucho. Ethan comienza a cerrar los ojos, probablemente para crear una ilusión, pero los pájaros nos alcanzan antes de que pueda hacer nada. Sus picos son agudos, tanto que atraviesan mi chaqueta negra de lana limpiamente.

—¡Oh, no, no lo consentiré! —les grito a varios que intentan picotearme los ojos. Manteniendo la cabeza gacha, me quito los guantes y agarro uno por el cuello. Mis manos prácticamente chisporrotean con la energía que generan. El pájaro chilla y cae al suelo. Parece muerto.

Ethan me mira y asiente con la cabeza.

—Buen trabajo. Intenta mantenerlos apartados de mí unos segundos, ¿quieres? Es todo lo que necesito.

Mientras Ethan se lanza al suelo, golpeo a los pájaros, uno tras otro, a medida que se lanzan hacia nosotros. Es complicado, pues mis golpes solo los atontan unos segundos, y luego vuelven a ponerse en pie. El único que no ha vuelto a moverse es ese al que le apreté el cuello.

—¿Son invencibles? —pregunto.

—Recuerda lo que dijo Arkarian: ya están muertos, y las manos humanas no pueden matarlos.

Miro al que está inmóvil, con la marcas de quemadura en torno al gáznate. Supongo que mis manos han dejado de ser «normales». Pero si Ethan tiene razón, ¿cómo demonios vamos a librarnos de ellos? De pronto uno hinca sus garras en el cuello de mi chaqueta y comienza a picoteármela. El tirón es doloroso y la

mordedura, profunda. Un líquido caliente y pegajoso me resbala por la espalda.

—Date prisa, Ethan. ¡No podré contenerlos mucho más!

Más chillidos desahogados llenan el aire. Otra docena de pájaros baja en picado desde los árboles. Ahora hay tantos que es imposible hacer nada. Ethan comienza a ponerse en pie.

—No, quédate en el suelo —le digo—. Hay más.

Pero él se levanta y entonces me doy cuenta de que la segunda bandada de pájaros ha sido una invención de Ethan. Comienzan a atacarse entre sí.

Satisfecho con el resultado de la ilusión que ha creado, Ethan me agarra por el brazo.

—¡Vamonos!

Echamos a correr, y pronto los chillidos de los pájaros se pierden en la lejanía.

—¿Cuánto durará tu ilusión?

—Lo suficiente si nos movemos deprisa.

Pero no estoy segura de cuánto tiempo podré mantener este paso. Creo que aquel pájaro me dio un picotazo profundo. Tengo la espalda empapada de sangre, y cada segundo me siento más débil. Ojalá pudiera impedir que la sangre brotara tan deprisa. Pero el corazón me bombea con fuerza, y eso no ayuda en nada.

Corremos sin parar hasta que al final vemos las altas paredes de ladrillo de la fortaleza de Neriah. Me apoyo contra el muro e intento recuperar el aliento.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta Ethan—. Estás pálida como un fantasma.

—Estoy bien. Sigue andando. Te necesitan. —También te necesitan a ti. ¿Seguro que te encuentras bien?

—Sí, sigue tú. Ya te alcanzaré. Solo necesito recuperar el aliento.

Parece reacio, y le hago un gesto con la mano para que se vaya, pero no se mueve. De pronto viene alguien. Los ojos se me ponen vidriosos y me resulta difícil averiguar quién es. Cuando está cerca veo que es una mujer. Me rodea con los brazos y me hace tumbar en el suelo.

—¿Dónde la han herido? —chilla Isabel a voz en cuello—. ¿Dónde, Ethan? ¡Dímelo!

—No lo sé. No sabía que estuviera herida.

—En la nuca —susurro.

Isabel aparta el cuello de mi chaqueta.

—Oh... ¡mira esto!

—¿Qué ocurre? —Ethan se acerca—. ¿Está muy mal?

—Tranquilo. Déjame trabajar.

Durante los minutos siguientes no hay más que silencio y la extraña sensación de que alguien está hurgando en mi cuerpo. Pero lo hace de una manera sutil, suave. Rápidamente comienzo a sentirme mejor y mis ojos vuelven a enfocar. Veo que Ethan me observa conmovido, pero era imposible que supiera que me pasaba algo. No tengo costumbre de llorar de dolor. Nunca he sido de esas.

Isabel me ayuda a ponerme en pie.

—¿Qué tal ahora?

Es asombroso, pero me siento totalmente normal.

—Gracias.

Sonríe.

—Más vale que nos demos prisa. Arkarian, Dillon y Jimmy intentan mantener la casa segura, pero en estos momentos aquello es un infierno.

Matt

Llevo aquí siete días y siete noches, y lo único que he practicado es la meditación.

—Tienes que alcanzar un punto dentro de tu alma —explica Dartemis, otra vez, mientras está sentado en el sofá de enfrente—. Y para ello, debes estar completamente en calma, completamente vacío. Entonces llegarás a él sin ningún esfuerzo.

No puedo evitar negar con la cabeza.

—Lo he intentado, pero es inútil.

—Yo podría llevarte a ese nivel, Matthew, e iniciar tu entrenamiento, pero, si no alcanzas ese punto por tus propios medios, no habrás aprendido nada. Ahora, cierra los ojos.

Hago lo que me dice, aunque la verdad es que no veo que esto vaya a funcionar: este aprendizaje, quiero decir, la razón por la que estoy aquí. Si no soy capaz de relajarme, de cerrar mi mente a todos los pensamientos que me acosan, ¿qué sentido tiene todo esto?

—Cierra los ojos, Matthew.

Además, ¿por qué me llama Matthew? No recuerdo que nadie más me llame por mi nombre completo.

—Porque ese es el nombre que yo te puse.

Mis ojos se abren de golpe.

—¿Dónde estabas cuando yo nací?

Al principio no responde.

—Los detalles de tu concepción y nacimiento definitivo son complicados. Y en tu actual estado mental, en el que... dudas de ti mismo, no lo comprenderías ni lo creerías, y estaríamos perdiendo un tiempo muy valioso de tu aprendizaje.

—¡Pero tengo derecho a saberlo!

Se inclina, hinca los codos en las rodillas y sus ojos ovalados se aprietan y adquieren un aire reflexivo.

—Fue necesario crear un Inmortal. El intento anterior de mi hermano había fracasado, y se decidió que yo lo intentaría aun cuando eso significara abandonar este lugar durante una mínima fracción de tiempo. Tomé la forma de un varón humano y recorrí el reino de la Tierra como un hombre libre. No tardé mucho en conocer a tu madre. Nos atrajimos como dos imanes, y cuando ella se quedó embarazada, tuve que marcharme. No fue una decisión fácil, pero los riesgos de permanecer en la Tierra eran demasiado altos. Lathenia había comenzado a percibir la presencia de otro Inmortal, y temiendo que descubriera mi existencia, eliminé de la memoria de tu madre todos los vestigios de nuestra relación. Pero me aseguré de que recordara tu nombre.

No puedo creer lo que me está diciendo.

—¡La utilizaste!

—La elegí. La amaba. Y ella me amaba a mí. Eso nunca le dudes, Matthew.

Me lo quedo mirando y me dice en un tono más amable:

—Algún día vivirá aquí conmigo.

—Pero ella no puede... —«Tendría que estar muerta pare eso», pero ese pensamiento queda sin expresar—. Mi madre está... enamorada del hombre con el que vive ahora.

Sonríe y toda su cara cambia, iluminándose desde dentro. Es una sonrisa secreta, que indica que no está dispuesto a compartir más secretos conmigo. Naturalmente, lee todos mis pensamientos. Suspira de una manera dramática, como si cediera en contra de su voluntad. Luego dice:

—El Protector.

—¿Qué has dicho?

—Jimmy es el protector de mi familia en la Tierra.

—¿Ah, sí? Bueno, ¿y qué me dices del hombre que hubo antes de Jimmy? El padre de Isabel. ¿También fue uno de tus protectores?

—No. Y ahora cierra los ojos, Matthew.

—¡Espera! Tengo más preguntas.

Sus ojos se cierran durante un segundo, como si se le estuviera acabando la paciencia.

—Adelante.

—Si eres mi padre, ¿cómo es que no me parezco a ti? Tu piel es como transparente, y tus ojos son..., bueno, diferentes. Y eres muy alto. Quiero decir, mucho más alto que una persona normal.

Su cara dibuja una sonrisa.

—Por suerte, te pareces a tu madre —dice, y añade—: ¿Y quién dice que ya has parado de crecer?

La sola idea me revuelve el estómago.

—No te ofendas, Dartemis, pero no me gustaría llegar a ser nunca tan alto como tú.

—«Nunca» es mucho tiempo —responde de manera críptica—. Ya veremos.

—Lo dices como si yo fuera a vivir mucho tiempo.

Enarca las cejas.

—Eres inmortal. ¿Acaso eso no lo explica todo?

—No, no lo entiendo. Cuando me corto la mano, sangro.

—Sí, pero tu cuerpo se cura enseguida. Cuanto más grave es la herida, más rápidamente tiene lugar la curación.

Asiento, y recuerdo mi reciente experiencia con los cartuchos de dinamita.

—Muy bien, así que voy a vivir mucho tiempo. —Bueno, Isabel y Arkarian también. No será tan malo.

—Isabel y Arkarian vivirán una ínfima fracción de lo que vas a vivir tú.

—Entonces... estaré muy solo, ¿verdad?

Inclina la cabeza de una manera amable, cariñosa.

—¿Qué clase de padre crees que soy?

Ahora tiene toda mi atención. ¿De qué me está hablando?

—Antes de que te vayas —prosigue—, te ofreceré un don muy especial que deberás compartir con una persona cuya identidad no voy a revelarte.

—¡Eso es muchísima responsabilidad! ¿Cómo sé que escogeré a la persona adecuada?

Sus ojos brillan como el fuego. Se pone en pie, y aunque no dice nada, siento que su cólera recorre cada célula de mi cuerpo. Sigue mirándome fijamente mientras intento comprender por qué se ha puesto de repente tan furioso. ¿Cree que no sé nada de responsabilidades? He sido responsable de mi hermana desde que su padre salió de nuestras vidas. ¡Y también he cuidado de mi madre, hasta que apareció Jimmy!

Nos quedamos mirándonos a los ojos un buen rato, y puedo asegurar que no soy el primero en apartar la mirada.

Finalmente asiente con la cabeza y su cuerpo se relaja.

—Lo sabrás, Matthew. Se trata de una mujer. La conocerás cuando mires en su interior. —Vuelve a sentarse y asiente—. Y cuando compartas con ella este don que te entrego, acuérdate de no mencionar mi nombre. Y ahora cierra los ojos. Todavía nos queda mucho por hacer.

Respiro profundamente y procuro obedecer, pero hay tantos pensamientos atropellándose en mi cabeza que me resulta imposible relajarme. Dartemis suspira quedamente, pero su gesto es más tranquilizador que colérico.

—Te enseñaré a crear magia —dice—. Naturalmente, la magia de la que te hablo es simplemente una extensión de tus poderes. Unas veces la utilizarás como una herramienta y otras como un arma. Tienes que aprender magia, Matthew, pues no puedes destruir lo que no entiendes. Durante tu estancia aquí te enseñaré muchas cosas.

Ahora su voz posee un timbre cálido que es fácil de escuchar.

—Aprenderás a dominar los elementos.

Pero ¿qué está diciendo?

—Aprenderás a mover los vientos y las aguas de la Tierra, a crear y apagar el fuego, a moldear montañas, valles y ríos. Y también a estar en comunión con los animales y a adoptar la forma que desees.

¿Es cierto lo que oigo?

—Pero todas estas cosas, Matthew, no las harás con hechizos ni con pociones mágicas. Las harás con un solo pensamiento de tu alma. Un pensamiento.

¿Un pensamiento?

—Te volverás invisible siempre que lo necesites, y podrás volver invisible a quien esté contigo.

Sus palabras son difíciles de asimilar, y sin embargo poseen un extraño efecto hipnótico. Al final mi corazón comienza a frenar su latido, y mi respiración se calma,

sin esfuerzo. Al final una increíble letargia se apodera de todos mis músculos.

Ahora es como si Dartemis me hablara desde una enorme distancia. Sus palabras cruzan un vacío cada vez más grande de manera lenta y suave. Habla de la vida y de la influencia que mis poderes ejercen sobre los vivos.

Durante mucho tiempo soy ajeno a cuanto me rodea, a quién o qué soy, a lo que estoy haciendo, a si tengo hambre, frío o estoy cansado, a si es de día o de noche, incluso a si sigo respirando. Lo único que experimento es la sensación de estar flotando, y que mi cuerpo es ingravido y mi mente está vacía. Pasan minutos, horas o días.

Al final noto debajo de mí una sensación que me perturba. Me llega una voz. Es de un hombre, pero no de Dartemis.

—Siento molestaros, mi señor. —Lentamente me doy cuenta de que es la voz de Janah. Parece preocupado, y mi conciencia va regresando—. Pero las noticias son graves.

La sensación de estar flotando comienza a disiparse.

—Espacio, Matthew —me advierte Dartemis.

Pero soy nuevo en estas cosas. Abro los ojos y me doy cuenta de que no es que experimente la sensación de estar flotando. ¡Es que estoy flotando de verdad! Casi a la altura del techo.

De pronto comienzo a caer, y choco contra el suelo con un golpe seco.

Dartemis esboza una mueca de dolor y se dirige a Janah:

—¿Qué noticias son esas?

—Vuestra hermana ha entrado en el Reino Medio y ha destruido el puente blanco. Me levanto del suelo y me apresuro hasta ellos.

—¿Y qué significa eso?

Dartemis clava los ojos en mí.

—Significa que las almas perdidas nunca alcanzarán su verdadero destino. Cuéntame más cosas, Janah.

—Señor, Lathenia ha abierto una brecha, ha construido un túnel entre los reinos. Donde antes estaba el puente blanco, ahora hay otro que comunica el Reino Medio con el Inframundo.

Dartemis musita casi para sí:

—Así que ahora mi hermana controla las almas perdidas y también las de los condenados. —Me dirige la mirada—. Matthew, a partir de este momento entrenarás día y noche hasta que yo lo diga. ¿Entendido?

Lo dice en un tono inconfundiblemente serio. Me recorre un escalofrío y asiento.

—Bueno, empecemos. Janah, déjanos.

—Pero, señor... —Comienza, y vacila—. Hay más noticias.

Dartemis vuelve a fruncir el entrecejo y emite un gruñido como de resignación.

—Dime.

—Marduke está atacando la fortaleza.

—¿Qué fortaleza? —pregunto, sintiendo una náusea repentina que no sé si es consecuencia de haber estado flotando o de las noticias de Janah.

—La fortaleza donde vive Neriah bajo la protección de la Guardia —dice Janah.

—¿Qué? —exclamo.

Dartemis me pone la mano en el hombro y levanto los ojos hacia su cara luminiscente. Sus ojos dorados vuelven a brillar con el color del fuego.

—Matthew —dice—, debemos darnos prisa.

Matt

Cuando regresamos a la Ciudadela, Arkarian viene a recibirme, y sus ojos, habitualmente claros, se ven ahora oscuros y cansados.

—He convocado una reunión urgente en una de mis salas —dice.

—Vamos, pues.

—Primero quiero contarte lo que ha pasado.

—Me he enterado de lo de Neriah —le explico para ahorrar tiempo.

Aparecemos en una de las muchas salas laterales de Arkarian. Los demás ya han llegado. Algunos ya están sentados, formando un círculo muy parecido al del Tribunal, mientras que otros permanecen de pie, hablando. Dillon también se halla presente, como un miembro más del grupo. Me pregunto quién aprobó que se le concediera acceso a las salas de Arkarian. Probablemente *lady* Arabella. Es la que más ha trabajado con él. Así que ahora, aunque ya no tenemos a Neriah, seguimos siendo nueve.

—¡Matt! —Isabel me ve y echa a correr hacia mí, pero enseguida vacila.

Evidentemente está preocupada por los últimos acontecimientos, al igual que el resto de los presentes, pero en este momento sus ojos delatan algo más. Su expresión es atribulada, casi tímida, una expresión impropia de ella. Ya sé cuál es el problema: cree que el viaje que he hecho para conocer a Dartemis me ha cambiado. ¿Y ha sido así? Pues no lo sé. Yo me siento el mismo, solo que ahora sé cosas que preferiría no saber. También he adquirido nuevos poderes, pero debo perfeccionarlos. Abro los brazos e intento bromear.

—¿No me saludas? ¡He estado fuera seis meses! ¿No has echado de menos a tu hermanito?

Sonríe y se acerca a mí. No soporto esa mirada de indecisión en sus ojos; instintivamente la atraigo a mis brazos. Apoya la cabeza contra mi pecho y me abraza con fuerza. Al cabo de unos momentos, levanta la mirada:

—La verdad es que solo has estado fuera siete días. —Se separa de mí y me da un golpecito juguetón en el pecho—. Eso casi no merece un abrazo.

En los minutos siguientes me saludan los demás, pero la trascendencia de la reunión hace que enseguida todos ocupemos nuestros sitios. Arkarian se sienta deliberadamente a mi derecha y me dirige un gesto de asentimiento. Quiere que yo dirija la reunión. ¿Bromea, o qué? Me manda sus pensamientos. Entre Videntes de la Verdad no hace falta hablar para mantener una conversación. Cree que estoy preparado para comenzar a desempeñar el papel que me asigna la Profecía. Ojalá poseyera yo su confianza. Respiro hondo y se me escapa un suspiro de resignación. En cierto modo, supongo que es así como me siento. Puede que haya desarrollado mis poderes, entre los que se cuenta ser Vidente, pero voy a necesitar mucha práctica antes de tener la suficiente seguridad en mí mismo como para utilizarlos.

Todo el mundo mira en derredor con incomodidad. Los pensamientos de Arkarian

me empujan a dar el paso. «Ha llegado el momento, Matt. Cree en ti mismo y asume el control. Muéstrales a todos que eres nuestro líder». Paseo la mirada entre los presentes y me pregunto si soy digno de liderarlos. La mitad son mayores que yo. ¡Uno incluso es profesor mío! ¡Y está el padre de Ethan, por el amor de Dios!

Paso a paso. Me llega el pensamiento de Arkarian, y me pregunto por dónde debería empezar. Debo eliminar inhibiciones. Intento concentrarme en otra cosa, y de repente noto como si en mi mente se hubiera despejado una zona. Mis ojos recorren las paredes de piedra y el suelo de tierra.

—¿Es segura esta sala?

—Todas mis habitaciones son seguras —contesta Arkarian.

—¿Podría oírnos... alguien?

—Eso no puedo garantizártelo.

Escudriño las paredes, buscando grietas sospechosas.

—Quiero que todo el mundo mantenga la cabeza gacha hasta que os diga que podéis levantarla.

Obedecen sin rechistar. Sirviéndome de mis nuevas habilidades, inundo la sala de una luz azul, que enseguida se espesa como una densa niebla, haciendo toser a Dillon y al señor Carter. Soplo suavemente hacia el centro de la habitación para crear un espacio seguro donde podamos hablar sin que nos oigan. Para mi alivio, funciona.

—Ya podéis levantar la vista.

Miran alrededor y ven cómo la neblina parece pegarse al techo, a las paredes y el suelo.

—Ahora la habitación está protegida —dice en voz baja Arkarian—. Buen trabajo.

—Gracias, pero... —Me callo. ¿De qué sirve todo esto si no me muestro seguro? Si quiero que mis compañeros crean en mí, al menos tendré que aparentar que lo estoy. Veo a Dillon agitándose inquieto. No para de dar golpecitos con la punta del pie, de mesarse el pelo y hacer crujir los nudillos—. Antes de que empecemos, ¿tienes algo que decir, Dillon?

—¡Sí! —Se pone en pie prácticamente de un brinco—. ¿No os habéis enterado? ¡Marduke tiene a Neriah!

—Sí, lo he oído, y la rescataremos.

—¡Sea cual sea el plan, yo quiero ir!

Levanto la mano.

—Primero cuéntame qué pasó.

Suelta un ruido burlón y señala a Rochelle.

—¡Ella nos llevó a una trampa y luego dejó que Neriah se fuera!

Rochelle se pone en pie y dice:

—¡Eso... eso es mentira!

Detrás de ella, Shaun convence a Rochelle de que se siente.

—Tenía a Neriah en las manos —prosigue Dillon—, ¡pero dejó que se fuera, y

cayó directamente en brazos de Marduke!

Rochelle se lleva una mano a la frente, como si intentase impedir que se le cayera el cerebro.

—Son acusaciones muy serias, Dillon.

—Estoy diciendo la verdad. Pregúntale a Ethan. Él estaba allí.

—Oigamos primero lo que dice Rochelle.

Esta me mira y sus ojos, habitualmente de un verde intenso, aparecen enrojecidos y ojerosos. Las manos le tiemblan visiblemente. Se las queda mirando como si fueran ajenas a su cuerpo. En los dieciocho meses que llevamos juntos nunca la he visto tan afligida.

—Mis manos la quemaron. Y en cuanto al túnel, me pareció que era la mejor opción.

Arkarian, a mi lado, dice:

—Ahora llevas los guantes. ¿Dónde los tenías en ese momento?

—En el bolsillo de mi chaqueta, que me la había dejado en la casa. Luego volví y los recuperé.

—¿Cómo van tus clases con *lady* Arabella? —le pregunta.

Antes de que responda, Dillon se pone en pie con todo su cuerpo temblando de rabia.

—¿Te han dado clases para que aprendas a controlarlas y aun así la quemaste? — Responde a su propia pregunta con otra acusación—: ¡No te creo! Sigues trabajando para Marduke, ¿verdad?

Ethan se levanta como un rayo.

—¡Cállate, Dillon! Nadie tiene derecho a acusar a nadie en esta sala, ¿me has oído? ¡Aquí no se está juzgando a Rochelle! —Se vuelve hacia mí—. Yo vi lo que pasó, y sí, Rochelle soltó a Neriah. Pero no lo hizo a propósito. Neriah gritó cuando las manos de Rochelle la tocaron, y Rochelle la soltó de manera instintiva. Y el túnel era la única elección lógica, pues el que llevaba a las salas de Arkarian había quedado destruido.

Rochelle dice en voz baja:

—Estábamos en una situación extrema. Perdí el control.

—Sí, y nosotros perdimos a Neriah —replica Dillon.

—Entonces tendremos que rescatarla —digo para tranquilizarlos—. Y ahora, no se harán más acusaciones en esta sala.

Dillon sigue inquieto.

—Muy bien, pero tendréis que contar conmigo. —Sus ojos se desvían a mi derecha—. Arkarian, dile que me lleve.

Todos esperan a que este conteste. Sus ojos parpadean ligeramente en dirección a mí, pero sus palabras se dirigen a todos:

—A partir de ahora Matt tomará todas las decisiones.

—¿Ah, sí? —replica Dillon, sorprendido—. Bueno, da igual, lo único que quiero

es que recuperemos a Neriah.

Intento ignorar la insistencia de Dillon, aunque su pasión por Neriah es difícil de pasar por alto. Eso nublará su juicio, lo que podría poner en peligro la misión. No obstante, esa misma pasión hace que no tenga miedo, y eso podría ser algo favorable, sobre todo teniendo en cuenta adónde hemos de ir.

En el silencio que sigue, Rochelle dice:

—Neriah cree que, mientras ella esté con Marduke, su madre se encontrará a salvo y no habrá derramamiento de sangre. Me dijo que os lo hiciera saber... —Se interrumpe.

—Sigue —la animo a continuar.

Dillon se pone en pie, a punto de explotar.

—¡Siéntate, Dillon! Tu protesta ya ha sido escuchada. —Me vuelvo hacia Rochelle—. ¿Crees que Neriah está a salvo con Marduke?

—¡De ninguna manera! —contesta sin vacilar.

—¿Crees que deberíamos rescatarla?

—Por supuesto. Lo antes posible.

Detrás de ella, Shaun me pregunta:

—¿Sabes dónde la han llevado?

—La tienen prisionera en el palacio de Lathenia, en el Monte Olimpo.

—¡Demonios! —exclama Dillon, y le lanza a Rochelle otra mirada rebosante de odio—. Buen trabajo, Roh. Y ahora, ¿cómo piensas rescatarla de ese agujero infernal?

Las reacciones de Dillon son demasiado vehementes. Si continúa así, podría causarnos problemas. Vuelve a ponerse en pie y comienza a dar vueltas, formando un amplio círculo con los brazos.

—No lo entendéis. ¡Entrar en el palacio de Lathenia es imposible!

—Lo dices como si hubieras estado.

Por fin se queda quieto y me mira.

—Sí, bueno, he estado. Créeme, es una fortaleza helada concebida en el infierno.

¿Qué está diciendo?

—Algunos detalles podrían ayudarnos a comprender tu inquietud.

—Sus altísimos muros son de piedra, mármol y cristal impenetrable. Todo el palacio posee un severo sistema de seguridad. Decenas de centinelas vigilan los matacanes las veinticuatro horas, y hay tres hombres apostados en cada esquina. Además disponen de ballestas y flechas envenenadas que matan en segundos. Quien consigue cruzar las murallas exteriores, debe enfrentarse luego a los siete perros de Lathenia, que están entrenados para matar o destruir a cualquier persona o cosa que intente cruzar las murallas interiores. Ah, por cierto, ¿os he hablado del hechizo?

Esas palabras levantan murmullos entre los presentes.

—Todo el lugar está afectado por hechizos mágicos y malvados encantamientos.

—Gracias, Dillon. Puedes sentarte. Creo que nos hacemos una idea —digo.

Cuando toma asiento, advierto que, por muy inestables que sean sus emociones, no tengo más opción que llevarlo conmigo. Sus conocimientos de la prisión de Neriah son demasiado valiosos. A no ser que... Le lanzo una mirada a Rochelle.

—¿Qué sabes de ese lugar, Rochelle?

Se encoge de hombros.

—La verdad es que nada. Nunca he estado allí.

—Por supuesto que no estuviste —dice Dillon con resentimiento—. Tú eras la ayudante personal de Marduke. Él no te habría compartido con Lathenia.

Este comentario enciende emociones por toda la sala. Ethan es el primero en saltar y condenar sus palabras, y casi todos los presentes reaccionan de manera airada contra Dillon. Sorprendentemente, es el señor Carter quien manifiesta su opinión con más contundencia:

—¡Basta, Dillon! ¡Has ido demasiado lejos!

—¿Por qué se pone de su parte? Todo el mundo sabe que no se fía de ella.

—La confianza hay que ganársela. Deberías recordarlo.

Levanto las manos para poner un poco de orden en la sala.

—Hemos de hablar de otras cosas antes de que decidamos... de que yo decida a dónde va cada uno. Lo primero es encontrar la llave que falta.

—¿Por qué no la buscamos dentro del palacio de Lathenia? —sugiere Arkarian.

Todos asienten.

—La llave no está allí —digo.

Me llegan preguntas de todas partes. Cuando se calman, les digo:

—Al parecer no fue Lathenia la que se llevó la llave de las ruinas del templo.

—Debe de haber sido el traidor —dice Jimmy—. Pero ¿quién puede tener ese poder? Entrar y salir del Inframundo ya es en sí una proeza.

Arkarian pregunta sin levantar la voz:

—¿Sabes dónde encontrar la llave?

Silencio. Todos esperan mi respuesta. Me recuerdo que no he de mencionar el nombre de Dartemis ni proyectarlo en pensamiento.

—Me han dicho que la busque en Atenas.

—¿En el palacio de Atenas? —pregunta Jimmy, incrédulo—. Pero todos aquellos en quienes confiamos están allí.

Shaun añade:

—Quiquiera que sea el traidor, por fuerza ha de ser alguien que tenga poderes y acceso a zonas de alta seguridad, así como a otros reinos.

—¿Sabes quién está exactamente bajo sospecha?

—No se mencionó ningún nombre —le digo.

Isabel extiende el brazo por delante de Ethan para tocarme.

—No podemos hacer esto solos. ¿Hay alguien en el palacio en quien podamos confiar?

Asiento para tranquilizarla.

—Nuestro propio rey, Ricardo. Él nos ayudará.

Todos emiten murmullos de aceptación. Cuando se hace de nuevo el silencio, Arkarian pregunta:

—Muy bien, ¿qué hacemos ahora?

Respiro hondo con la esperanza de que mis decisiones sean las correctas.

—Ethan, Isabel y Rochelle irán al palacio de Atenas para traer la llave, y, si hay suerte, descubrir al traidor. Pero si el hecho de identificar al traidor pone en peligro vuestras vidas, mantened el nombre de esa persona en secreto y regresad.

—Si Lorian no sabe que la llave está en su propio palacio, ¿qué opciones tenemos nosotros de encontrarla? —pregunta Ethan.

—Muy pocas, pero tú posees muchos recursos, y las manos de Rochelle son valiosísimas. —Lo miro para asegurarme de que lo comprende, pero enseguida me doy cuenta de que debo decirle algunas cosas que más vale no expresar en voz alta para no provocar malentendidos. Y así, utilizando mis nuevos poderes de Vidente de la Verdad, le proyecto mis pensamientos solo a ella: «No consideres tus manos un arma diabólica, sino una herramienta».

Mis pensamientos la sobresaltan y abre mucho los ojos, pero permanece en silencio. Prosigo antes de que los demás se sientan incómodos y quizá se tomen a mal nuestra silenciosa comunicación. «Posees un enorme poder que aún debes desarrollar. Trabaja en ello, y no tengas miedo. Tan solo ve con cuidado». Me vuelvo hacia los demás, llamando rápidamente su atención.

—Arkarian y Dillon, vosotros vendréis conmigo al palacio de Lathenia a rescatar a Neriah.

Dillon tiene una de sus típicas reacciones.

—¡Sí! —exclama dando un salto.

Jimmy me lanza una mirada.

—Matt, no sé si has olvidado mis habilidades...

—Me han informado de ellas.

—Entonces debes saber que puedo ser de gran utilidad en ese palacio.

Las palabras de Jimmy provocan un silencioso gruñido en mi garganta, que intento tragarme. Aunque nunca nos hemos llevado bien, y me ha molestado su presencia en mi casa, Dartemis tiene a Jimmy en altísima consideración. Eso tendrá que ser suficiente para mí.

—En este momento tus talentos se precisan más aquí —digo. Y a todos les explico—: Lathenia se ha hecho con el control del Reino Medio. Ha reforzado su ejército allí donde están las almas perdidas. Como sabéis, ya han aparecido en la Tierra criaturas del mundo oscuro y tenemos que hacer todo lo posible para impedir que contacten con los humanos. —Me vuelvo hacia Jimmy para asegurarme de que entiende la misión que le estoy asignando—. Verdemar sufre una auténtica amenaza. Si se infiltran en esa antigua ciudad, la situación podría ser devastadora para nosotros. Jimmy, baja allí y fortifícala. Encuentra una manera de protegerla, por si ocurre lo

peor. Preséntame un plan. Esa ciudad no es solo lo que se ve cuando se recorren sus pasillos y senderos.

—Haré lo que pueda.

—Y yo, ¿qué quieres que haga? —pregunta Shaun.

—Cuando Arkarian se vaya, tendrás que vigilar la esfera. Lathenia está planeando algo gordo, algo que tendrá un efecto devastador en el presente y en el futuro. Vigila por si hay señales de que se abre algún portal. Cuando eso ocurra, tendremos que mandar allí un equipo rápidamente.

Solo queda una persona.

—¿Y yo? —pregunta el señor Carter.

—Marcus, a ti te necesitamos en la Ciudadela. Si seis de nosotros vamos a viajar en el tiempo, tus habilidades de coordinación serán esenciales. Tendrás que ser más preciso que nunca.

Rochelle

El señor Carter nos deja en mitad de ese patio dorado que ya nos resulta familiar, en el interior de los muros del palacio de Atenas. Es de noche y sopla un aire cálido. Detrás de nosotros, los pájaros cantan una melodía de notas claras y agudas. Me doy la vuelta para ver qué especie es capaz de crear un sonido tan puro y sin embargo tan triste. Aun cuando sus voces son las más dulces que he oído nunca, su visión me pilla desprevenido y su inefable hermosura me deja sin aliento.

Isabel se me acerca. Sus ojos también están clavados en una pareja de pájaros del amor, posados el uno junto al otro en una jaula con barrotes de madera de olivo.

—¿Alguna vez habías visto algo tan exquisito?

—Nunca —murmuro.

Ethan se me acerca.

—¿Qué estás mirando? —A continuación se fija—. ¡Oh! ¿Son de verdad?

—Parecen bastante reales —replica Isabel en el momento en que la pareja entona otra melodía melancólica.

Siento el impulso de coger la percha con las manos. Tengo la impresión de que, si lo hiciera, podría «sentir» sus almas. El impulso es tan intenso que no puedo resistirlo, y comienzo a quitarme los guantes.

Alguien chista a mi espalda. Doy un respingo y el corazón comienza a palpitarme. Es *Lady Arabella*. Vuelvo a ponerme los guantes. Se acerca y se coloca a nuestra espalda, observando la jaula.

—Veo que has encontrado mis pájaros.

—¿Son vuestros? —pregunta Isabel—. No sabía que teníais pájaros, *milady*.

—Los encontré hace poco —dice—. ¿O debería decir que ellos me encontraron a mí? ¿No son unas criaturas hermosas?

Los tres asentimos, e Isabel pregunta:

—Sus plumas, ¿son de oro de verdad?

—Eso parece.

—¿Y sus ojos? —pregunto—. ¿Son diamantes auténticos?

—Diamantes rosas, los más raros del universo.

Lady Arabella apenas es capaz de contener su entusiasmo por esas mascotas recién halladas.

—Tengo que mantenerlos encerrados por su propio bien. Cuando vinieron hasta mí, estaban malheridos y no podían volar.

Isabel suelta un grito ahogado.

—¿Quién podría causar daño a unas criaturas tan hermosas?

Lady Arabella se queda mirando los pájaros, asombrada.

—Nunca se sabe, querida.

—¿Queréis que intente curarlos, *milady*? —propone Isabel.

Lady Arabella le lanza una mirada de sorpresa y dice en voz baja:

—Tu oferta es generosa, pero los pájaros ya se están curando bajo mi cuidado. Confían en mí.

Ethan se queda callado, estudiando los pájaros con leve ceño.

Lady Arabella se da cuenta.

—¿No te gustan, Ethan?

—Son increíbles, *milady*. Es solo que nunca había visto antes nada parecido. —Y antes de que cierre sus pensamientos, algunos desobedientes se escapan a su control. «¡Al menos, no en este mundo! ¿De dónde los habéis sacado, entonces?».

Le piso el pie y vuelve la cabeza hacia mí. Se da cuenta de que lo he oído, y por tanto es muy probable que *Lady Arabella* también. Mira a Ethan unos momentos, y sus pestañas recubiertas de hielo se agitan inquietas. Por fin sonrío, y me invade una sensación de alivio. Esta misión va a ser complicada. Tenemos que vigilar todos nuestros pensamientos. Solo llevamos aquí un par de minutos y a Ethan ya le cuesta lograrlo.

De repente aparece *Lord Penbarin*.

—¡Ah, estáis aquí! —Al principio pienso que se refiere a *Lady Arabella*, pero me doy cuenta de que se refiere a nosotros tres—. Lorian requiere vuestra presencia. Ahora. En sus habitaciones privadas.

Una fría oleada de miedo recorre todo mi sistema nervioso. Pero Matt ya nos advirtió. Aquí, y en cualquier parte, pocas cosas le pasan por alto a Lorian. Nuestra tarea —buscar la llave y descubrir al traidor— será casi imposible de llevar a cabo. Pero al menos vamos a intentarlo. Cualquier cosa que descubramos podría ayudarnos.

Mientras *Lord Penbarin* nos guía por unos amplios pasillos, le doy un tironcito a Ethan.

—Sería una buena idea que no entraras a los aposentos de Lorian.

Me lanza una hosca mirada.

—¿Por qué? —Y entonces advierte que estoy leyéndole los pensamientos, y, como siempre, se enfada—. ¿Es que no puedes quedarte fuera de mi cabeza?

—No lo hago a propósito —intento defenderme.

—¿Acaso no eres capaz de controlar tus poderes?

—¡Por supuesto que sí! ¡Pero proyectas tus pensamientos con tanta intensidad que es como si me lanzaras pelotas de tenis a la cabeza!

—¡No me des ideas!

—No debería poder leértelos. Ya sabes, Ethan, que es peligroso.

—A lo mejor es que no puedo evitarlo —dice, bajando la voz.

Yo también procuro hablar en voz baja.

—Eso es lo que pretendo decirte.

Lord Penbarin mira brevemente alrededor, pero por suerte decide no hacer caso de nuestra discusión. Sin embargo, Isabel quiere saber qué pasa. Y aunque últimamente no he oído ninguno de sus pensamientos, decido hacer una comprobación.

—¿Consigues proteger tus pensamientos últimamente?

Suelta una risita burlona.

—Cuando comienzas a salir con un Vidente de la Verdad, aprendes muy deprisa a dominar esa habilidad. —Mira a Ethan y añade en un susurro—: A lo mejor deberías intentarlo.

Siento cómo me sonrojo ante su sugerencia. Los Videntes no somos muchos. Arkarian es uno, Marduke otro. Ahora Matt también lo es, y todos los miembros del Tribunal.

Llegamos ante unas puertas magníficamente labradas, con relieves de oro y plata. *Lord Penbarin* gira el pomo de una y la abre hacia dentro.

—Lorian quiere veros a los tres. Y más vale que tengáis una buena razón para haber venido sin invitación ni ser anunciados.

Bueno, eso resuelve la cuestión de si Ethan debería quedarse fuera o no. Entramos uno tras otro.

Accedemos a una serie de salas en distintos niveles, separadas por arcos de mármol y barandillas de alabastro. Las paredes son casi todas blancas, pero las lámparas, que arden aquí y allá en unos soportes, proyectan un resplandor dorado. De las ventanas cuelgan cortinas oscuras con cuerdas trenzadas de las que cuelgan borlas. Algunas están descorridas. El mobiliario es austero pero elegante. En el centro de la primera sala hay una mesa de piedra blanca, rodeada de sillas a juego de respaldo alto. Al otro lado de un arco se ve una pequeña habitación con sofás de gruesos cojines también blancos.

Comienzo a preguntarme dónde está Lorian, cuando lo veo dirigirse hacia nosotros. Viste una túnica blanca que llega hasta el suelo, con unos adornos plateados en torno al cuello y las mangas que le hacen parecer aún más alto de lo que es. Arkarian me lo presentó una vez durante mi terapia de readaptación, pero entonces llevaba una capa y tenía el rostro prácticamente oculto. El pelo plateado le cae por encima de los hombros, mientras que su piel pálida y luminiscente brilla suavemente alrededor de sus ojos, que son de un violeta intenso.

Hace un gesto con la mano y aparecen tres altos taburetes rematados por cojines de terciopelo rojo. No sé qué piensan Ethan e Isabel, pero yo doy gracias de que haya venido. De pronto las piernas me flaquean.

Lorian sigue de pie, y me resulta difícil mirarlo a la cara desde tan cerca. Lo rodea un aura fría y furiosa. Isabel me lanza una mirada de preocupación. Repaso atentamente las razones que nos han llevado a su presencia.

—Primero decidme por qué la primera reunión con Matt como líder estuvo rodeada de una pantalla protectora —pregunta Lorian.

Los tres nos quedamos sin habla. No esperábamos esta pregunta. Insto a Ethan a que controle sus pensamientos. Se produce un silencio incómodo, y los tres nos agitamos nerviosos bajo la intensa observación de los ojos violeta del Inmortal. Al final consigo decir:

—Fue idea de Matt.

Isabel me lanza una mirada de advertencia, probablemente preguntándose qué pretendo con esa respuesta.

Procuro explicarlo quitándole importancia.

—Solo estaba probando uno de sus nuevos poderes.

Lorian me mira fijamente, y percibo cómo escudriña mi cerebro. De repente tengo que cerrar los ojos y concentrarme en el sencillo acto de llevar aire a mis pulmones. Comienzo a temblar y me siento mareada y confusa. A lo lejos, oigo a Ethan exclamar: —¡*milord*, ahora es uno de los Elegidos!

El mareo comienza a disiparse, pero aún me siento desorientada, como si cayera. Golpeo contra el suelo secamente. Isabel e Ethan me ayudan a volver a mi taburete.

—¿Qué ha pasado?

—Todo va bien. Ya ha pasado —dice Ethan.

Cuando levanto la vista, veo que disminuye el resplandor de Lorian.

—No has sido Iniciada.

—No, *milord*.

—¿Cómo se explica esa demora?

Ethan le dice:

—Arkarian ha estado muy ocupado. Estoy seguro de que se pondrá a ello en cuanto regrese.

Pero Lorian aún no parece satisfecho, y por un momento pierdo la concentración. La cabeza aún me da vueltas debido a la conexión con Lorian de hace unos momentos, y mis pensamientos salen a trompicones. «¡Porque no confían en mí!».

¡Oh, estupendo! Siento la cabeza como si me fuera a estallar, y tan pesada que he de llevarme la mano a la frente para mantenerla erguida. El dolor se hace insoportable. Y encima, una cálida energía comienza a filtrarse en mi mente. Levanto los ojos para ver a Lorian de pie, delante de mí, con su mano flotando en el aire. Siento el impulso de cerrar los ojos, y al hacerlo, unas suaves pulsaciones recorren todo mi cuerpo. Se acaban en un segundo, y Lorian retrocede. Levanto los ojos y me doy cuenta de que todo ha pasado, y se me ha ido el dolor de cabeza. Ahora me inunda una sensación de bienestar, de satisfacción, y, aún más extraño, la sensación de ser aceptada.

—Serás Iniciada mañana al alba —dice Lorian. Luego se vuelve hacia Ethan—: En ausencia de Arkarian, ¿actuarás en su nombre y presentarás a Rochelle al Tribunal para que reciba sus dones y obtenga la aprobación del Tribunal?

—Claro, *milord*.

—Entonces no hay más que hablar. Y ahora dime qué estáis haciendo aquí.

Ethan responde:

—Hemos venido a informar a nuestro rey de la situación en Verdemar. Han pasado muchas cosas, como sin duda él ya sabe. —Y añade—: Personalmente, señor, estoy impaciente por volver a ver al rey Ricardo.

Lorian agacha la cabeza, y sus ojos parpadean hasta cerrarse un segundo.

—Y así debe ser, Ethan. *Lord Penbarin* te espera fuera Te llevará al Ala Norte, donde te encontrarás con tu Rey. Poneos cómodos mientras estáis aquí. Esta noche el palacio es vuestro para que lo recorráis a vuestro antojo.

Una vez hemos salido de los aposentos de Lorian, *Lord Penbarin* nos observa atentamente. Pero las cosas no podrían haber ido mejor. ¡Tenemos el permiso de Lorian para buscar por donde queramos! Intento no pensar en lo que sucederá mañana al alba. Isabel me toca el brazo y se me forma en la cara un gesto de preocupación.

—No te preocupes por la Iniciación. Recuerdo que en la mía estaba tan nerviosa, que tenía las piernas como de gelatina. Pero todo fue bien. Y ya conoces a *Lady Arabella*...

—Y tú me conoces a mí —añade *Lord Penbarin* con un destello de humor en los ojos. Me mira un momento y pone un dedo delante de sus labios rojos—. Hum, ¿qué don podría concederte? ¿Alguna sugerencia, Ethan?

Lord Penbarin se lo está pasando en grande con nosotros Isabel ríe, pero Ethan se lo toma en serio.

—¿Por qué me lo preguntáis, *milord*?

Los ojos de *Lord Penbarin* pasan de Ethan a mí y de nuevo a Ethan. Finalmente aparta la mirada y murmura:

—Pensaba que era obvio.

Por suerte, deja de hablarse del asunto, y unos minutos después estamos ante otra alta doble puerta. Antes de que nos dé tiempo a llamar, el rey Ricardo en persona abre. Aunque no es exactamente alto, su larga túnica hace que lo parezca. Tiene buen aspecto, y desde luego está bastante alegre. Saluda a *Lord Penbarin* con una sonrisa, y nos indica que entremos. Cuando ve a Ethan, le da un cordial abrazo.

—¡Por fin volvemos a vernos!

—¿Cómo estáis, señor?

El rey Ricardo ríe, echando la cabeza atrás.

—Estupendamente, muchacho. —Hace un gesto con la mano, mostrándonos el lujo que lo rodea—. Mucho mejor que en esa repugnante cárcel de la que me rescatasteis.

Ethan no puede borrar la sonrisa de su cara. Parecen dos buenos amigos que se encuentran tras años de separación.

El rey Ricardo se vuelve hacia Isabel y la abraza.

—Mí querida *Lady Madeline*...

—Me llamo Isabel, señor —le recuerda esta. Madeline fue el nombre que ella utilizó cuando lo vio en el pasado. Lo recuerdo, yo estaba allí. Fui yo quien le puso veneno en la copa.

—¡Claro, por supuesto! —exclama el rey Ricardo—. Debo decir que estás más encantadora que nunca. —El rey se vuelve hacia mí, dándose cuenta de que soy una

Vidente. Se pone un poco a la defensiva. Es una reacción natural. A nadie le gusta exhibir sus pensamientos íntimos—. ¿Y a quién tenemos aquí?

Lord Penbarin me presenta.

—Esta es Rochelle Thallimar, que será Iniciada al alba. Es una de los Elegidos.

El rey Ricardo asiente.

—Bienvenida, querida. —Me estrecha las manos y, aunque llevo guantes, percibe su poder. Sus ojos se demoran un minuto en los míos, estudiándome, pero no dice nada. Me invade cierta desazón, pero enseguida suelta mis manos y la sensación se evapora como si nunca hubiera existido.

Lord Penbarin se excusa y, en cuanto se marcha, la actitud del rey Ricardo cambia completamente. Sus ojos ya no tienen esa expresión risueña. Ha comprendido la gravedad del motivo de nuestra visita.

—¿Pido que os traigan comida, o vamos directamente al grano?

—Necesitamos vuestra ayuda, señor —dice Ethan.

Sin vacilar, contesta:

—Entonces la tendréis. Dime, ¿qué puedo hacer?

—Bueno, podríais enseñarnos el lugar.

—¿El palacio?

—Sí, señor. De arriba abajo.

—Eso podría llevarnos toda la noche.

—Entonces más vale que empecemos.

Confiado en nosotros de una manera incondicional, el rey Ricardo inicia nuestro periplo. Yo, sin que nadie se dé cuenta, me quito los guantes y los guardo en el bolsillo por si me los he de sacar a toda prisa. Atravesamos muchas habitaciones, incluyendo las alcobas de los lores y las damas, y las dependencias del servicio, sin que nadie se moleste por ello. Solo el rey Ricardo sería capaz de hacer todo esto de una manera tan agradable. Es obvio que se trata de un diplomático avezado y muy apreciado por todos.

Mientras estamos en todas esas habitaciones, Isabel y Ethan distraen a sus ocupantes dándoles conversación para que yo pueda hacer mi trabajo: tocando, sin llamar la atención, las paredes, los suelos, los muebles, todo lo que pueda albergar un panel secreto, una puerta o cavidad. Solo he de colocar la mano sobre los muros para sentir, para «ver», lo que hay dentro o detrás.

Cuando acabamos el registro, el amanecer es ya inminente y aún no hemos encontrado nada. Salimos al patio. *Lady Arabella* está allí, limpiando la jaula, vaciando la bandeja de comida, quitando las heces del suelo y cambiando el agua. Me resulta raro que ella se ocupe de eso, pero naturalmente no digo nada. A lo mejor es que no confía en nadie más que en sí misma para realizar ese trabajo.

Mientras pienso en todo eso, me pongo los guantes. *Lady Arabella* se da cuenta y se queda inmóvil.

—¿Por qué no llevabas puestos los guantes? ¿Cuándo te los has quitado? —Su

voz es más áspera de lo que recordaba, y me pilla por sorpresa. Se da cuenta y la suaviza—: No pretendía alarmarte, querida, pero creía haberte advertido que debías llevarlos siempre.

Busco rápidamente una explicación.

—Me aprietan un poco, *milady*. De vez en cuando me gusta estirar los dedos.

Medita un momento sobre mis palabras.

—Hablaré con Arkarian para ver qué puede hacer. De momento tendrás que aguantarte. Pero ahora será mejor que te des prisa. —Señala el alba naciente—. Aún debes cambiarte.

Isabel me tira del brazo, un tanto excitada.

—Vamos a ver la túnica que han elegido para ti.

—¿Qué?

—Las novicias normalmente van de blanco —me explica—. De hecho, yo llevé una túnica blanca en mi Iniciación, pero, por suerte, me dieron una faja azul. Eso me otorgaba una posición superior a las novicias normales.

Llegamos a las habitaciones que nos han asignado y encontramos una túnica de un morado intenso extendida sobre la cama, con una faja dorada al lado. Isabel se queda boquiabierta y pasa la mano por la tela de terciopelo.

—¡Oh! —Llama a Ethan—. ¡Mira esto! ¿Qué significa?

Aunque estoy de acuerdo en que es una bonita prenda, no sé por qué Isabel le da tanta importancia. Llega Ethan y desliza varias veces los dedos por la faja.

—La faja dorada es el mayor honor de la Guardia.

Me lanza una mirada y sus pensamientos se catapultan en mi cabeza. Se está preguntando qué he hecho para merecerlo.

También Isabel parece perpleja, pero controla sus pensamientos.

—¿Qué me dices de la túnica morada?

Ethan retrocede un poco. Se da la vuelta y hace un gran esfuerzo para controlar sus pensamientos. Lo sabe, pero no quiere decirlo.

—¿Qué significa? —pregunta Isabel.

Me lanza una mirada ceñuda que me provoca la sensación de que algo terrible ocurre.

—¿Cómo voy a saberlo yo? —dice Ethan—. Deberías preguntárselo a Arkarian.

Isabel capta la extraña vibración que llega de él y deja la cuestión. Pero sus reacciones solo consiguen que yo quiera saber más. Comienzan a moverse de un lado a otro como si esa conversación nunca hubiera tenido lugar. Tiro del brazo de Ethan.

—Espera. Dime lo que sabes.

—¡Nada! —me espeta, apartando la mirada.

—Dímelo, Ethan, o escudriñaré tus pensamientos hasta que te arranque la información junto con la mitad de tu cerebro.

En sus ojos aparece un destello de irritación.

—Lo único que sé es que el morado representa la lealtad.

Me doy cuenta de que hay más.

—Sigue.

A regañadientes, añade:

—Una lealtad tan fuerte que quien luce ese color es probable que... dé su vida por la causa.

—El color del martirio —murmuro. ¿Es eso lo que Lorian detectó en mí cuando me escudriñó la mente ayer por la noche? Y ahora que lo pienso, ese verso de la Profecía que supuestamente tiene que ver conmigo habla de la victoria y la muerte. ¿Cómo era? «Pero, atención, dos últimos guerreros provocarán dolor, así como satisfacción. De la desconfianza uno saldrá bien librado; el otro, imbuido de maldad. El uno resultará vencedor, y el otro vencido al encontrar la muerte».

Llaman a la puerta y entra Penbarin para comunicarnos que ha llegado el momento. Ethan sale de la habitación y yo me pongo la túnica, intentando apartar de mi mente esa desconcertante idea de la muerte. Isabel me ayuda a ceñirme la faja, luego la capa haciendo juego, y finalmente me cubre la cabeza con la capucha.

—No te preocupes por lo que haya dicho Ethan —me tranquiliza—. Todo eso del martirio podría estar equivocado. En él es algo frecuente.

Intento sonreír y me relajo un poco, pero solo un poco. Se me hace difícil eliminar de mis pensamientos la perspectiva de morir, sea por la causa que sea.

—Al principio Ethan pensaba que era mi alma gemela... —prosigue Isabel— cuando era Arkarian.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo sabes quién es tu alma gemela?

Se encoge de hombros.

—Lo único que sé es que Arkarian dijo que todos encontramos nuestra alma gemela al menos una vez en la vida. Reconocerla es cosa de cada uno, y de ello depende encontrar el amor verdadero.

Qué idea tan triste. No obstante, este pensamiento pasa a un segundo plano cuando abrimos la puerta y nos encontramos a Ethan discutiendo con *Lord Penbarin*.

—Pero ¿quién la ha escogido? —Exige saber Ethan.

—Eso no puedo reve...

Advierten nuestra presencia y se interrumpen. *Lord Penbarin* asiente con la cabeza al vernos, mientras que Ethan simplemente se me queda mirando boquiabierto.

—Vaya, vaya —murmura *Lord Penbarin*—. Ahora que ya estás preparada, querida, se lo haré saber al Tribunal. —Se vuelve, le lanza una hosca mirada a Ethan y se aleja aprisa, llevándose a Isabel.

—Arkarian sentirá haberse perdido todo esto —dice Ethan.

Quiero que me cuente por qué discutía con *Lord Penbarin*, pero mis nervios sienten la presión de la inminente Iniciación. Decido que prefiero no saberlo. Las palabras de Ethan hacen que la Iniciación parezca un momento trascendental; las manos empiezan a temblarme. Me aseguro de llevar puestos los guantes e introduzco

las manos en dos aberturas laterales de la larga capa.

Unos minutos después llegamos a la Sala del Tribunal, y Ethan respira hondo.

—¿Estás preparada?

—Ni por asomo —digo con sinceridad—. Tengo tanto miedo que siento náuseas. Y creo que voy a vomitar.

—No pasará nada —intenta tranquilizarme—. Solo se trata de una ceremonia de bienvenida.

—Soy una traidora, Ethan. Fui miembro de la Orden y me volví en contra de los míos.

Le asoma un gesto de indignación, y el azul de sus ojos se vuelve frío y duro.

—¡Tú nunca has pertenecido a la Orden! Ni ahora ni antes, ¿entiendes?

—¡Por supuesto que no! No quería decir eso. —Me mira en silencio—. Pero es un estigma del que no puedo librarme. Lo veo en la mirada de los demás. Todo el mundo conoce mi historia. Y por eso no confían en mí.

—Lo único que pasa es que estás nerviosa, Rochelle. Todo son imaginaciones tuyas.

—Soy una Vidente, Ethan.

Por un momento levanta la vista al techo.

—Arkarian confía en ti. Y bueno, ya te he dicho que yo también.

Sus palabras me consuelan. No sabe cuánto. Miro su cara mientras sus ojos se apartan del techo y se clavan en los míos. Me resulta imposible apartar la mirada de él. Algo sucede entre nosotros, algo que no sé cómo llamar, pero que es tan real como mi mano o mi corazón.

Detrás de nosotros se abren unas puertas, que nos hacen saber que ya no estamos solos y Ethan me lleva del brazo al centro de la sala.

—Nobles damas y caballeros —anuncia, al tiempo que se inclina en una reverencia ante nuestro rey, que está sentado a la derecha de *Lord Penbarin*—, reyes y reinas, permítanme que les presente al octavo Iniciado de los Elegidos. Se llama Rochelle Thallimar.

Sigue una salva de aplausos. En la sala hay más gente. Veo a Isabel y a un grupo de desconocidos que están sentados a un lado. Detrás de mí aparece un taburete y tomo asiento. Ethan se aleja del círculo para sentarse al lado de Isabel y le aprieta la mano como si de pronto estuviera nervioso. Intento no pensar en el motivo; ya tengo bastante con mis propios nervios.

Lorian se pone en pie y todo el mundo le dirige la mirada. Levanta las manos hacia mí y después abarca el círculo de diez personas que lo rodea.

Un murmullo recorre la sala. Al parecer, este no es el procedimiento normal. Lorian acalla las voces con una severa mirada. Cuando todos se han calmado, se me acerca y posa las manos en mi cabeza.

—Rochelle Thallimar, ¿juras lealtad a la Guardia y a su causa?

—Sí, *milord*.

—Mi regalo es que se entrelacen tus poderes de Vidente y tus poderes del tacto, y que a partir de este momento no solo seas capaz de oír los pensamientos de los demás, sino, a través de tus manos, de conocer también sus lealtades.

Los murmullos se intensifican, y Ethan regresa al círculo.

—¡*Milord!* Por favor, dejadme decir algo.

Lorian baja las manos y suspira, como si esperara la reacción de Ethan y no obstante la temiera.

—Puedes hablar.

—Este regalo es muy generoso, pero también... peligroso.

—Es posible, pero ahora estamos todos en peligro, Ethan. Una habilidad como esta... es una sentencia de muerte.

Lorian se queda callado. Ethan prosigue.

—Todos sabemos que hay un traidor entre nosotros. Con este don le estáis concediendo a Rochelle la habilidad de identificarlo. Si el traidor se halla en esta sala, Rochelle será asesinada antes de que abandone el palacio, y lo sabe. *Milord...*

—Ah, pero si el traidor es identificado en esta sala, justo ahora, en esta reunión...

—¡Esto es ridículo! —gritan al mismo tiempo *Lord Penbarin* y *Lord Samartyne*. La reina *Brystianne*, a su lado, se levanta de su asiento, seguida de *Lord Alexandon*, que parece igual de indignado.

El rey Ricardo se acerca al círculo.

—*Milord*, ¿me equivoco al suponer que sospecháis que uno de los miembros del Tribunal es un traidor?

—Ojalá no fuera así —replica Lorian en tono cansino.

Ahora entiendo lo que se pretende de mí. Hay que encontrar al traidor, y si Lorian puede hacerlo a través de mí, no puedo negarme, nadie podría negarse.

—Su plan tiene un fallo importante, señor.

Todas las cabezas se vuelven al otro lado del círculo. *Sir Syford* se levanta de su taburete y se acerca a mí.

—Si la señorita *Thallimar* identificara a uno de nosotros, sería la palabra de un traidor contra la de otro.

De nuevo se oyen murmullos. Ethan se da media vuelta y lanza una mirada feroz a los miembros del Tribunal, que asienten con más firmeza. Niega con la cabeza en dirección a Isabel, y esta tira de Ethan para hacerlo volver a su asiento.

Pero el más indignado es Lorian. Sus ojos pasan de un morado intenso a un azul oscurísimo, mientras su piel despide un asombroso resplandor dorado. Levanta una mano y todo el mundo respira hondo. Es como si todo lo que hay en la sala de repente se encogiera, incluido el aire. Lorian mantiene la mano levantada un momento más, incrementando la tensión.

—¿Es que ninguno de vosotros ha leído la Profecía? —Cita—: «La desconfianza causará discordia».

—Lo haré —digo las palabras en voz baja, pero en medio del silencio se oyen

claramente por toda la sala—. Conozco los riesgos, pero lo haré de buen grado.

—¡Rochelle! —exclama Ethan—. No sabes lo que dices.

Me vuelvo hacia él. Todos nos miran expectantes, pero eso no puede evitarse.

—Tengo que hacerlo —le digo.

—Cielo santo, ¿por qué?

—Ya los has oído, no confían en mí. Es una oportunidad para ganarme su confianza. Si puedo descubrir al traidor, la Guardia se verá beneficiada y todos sabrán que ya nada tengo que ver con la Diosa ni con Marduke.

—Pero es demasiado arriesgado.

—Estoy acostumbrada al riesgo. —Me vuelvo y miro a Lorian, y por primera vez consigo sostenerle la mirada. Sus ojos parecen derramarse a través de mí. Es una sensación agradable. Me pone las manos sobre la cabeza, sin tocarla, pero tan cerca que me agita los cabellos.

—Cierra los ojos.

Por un segundo siento una efímera duda, pero la aparto rápidamente. Esto es lo correcto. Marduke se equivocaba conmigo.

Un resplandor dorado se derrama de las manos de Lorian. Respiro hondo, exhalando despacio para calmar los nervios. Siento que el aire que me rodea sube de temperatura y me penetra a través de todos los poros de mi piel.

Cuando todo acaba, abro los ojos y veo que Lorian me mira fijamente.

—El don está completo.

Ethan suspira, abatido y preocupado. Por un instante me invade la duda. Bueno, ahora ya no puedo hacer nada.

Lorian explica lo que va a ocurrir.

—Todos los nobles, señores y señoras, te concederán un don. Una vez lo hayan hecho, se arrodillarán ante ti...

Unos murmullos de descontento hacen que Lorian calle unos instantes y levante la mirada. Cuando reemprende la explicación, se dirige al Círculo con voz autoritaria:

—Luego Rochelle pondrá la mano sobre vuestras cabezas y permaneceréis inmóviles hasta que ella diga lo contrario.

Ahora hay tal silencio que se oiría el ruido de una aguja que cayera al suelo.

—¿Quién será el primero? —La voz de Lorian vibra por toda la sala.

El rey Ricardo se pone en pie.

—Yo mismo. —No parece muy decidido. ¿Dónde está ahora su carácter jovial? —. En primer lugar, querida, te doy la bienvenida al Reino de Verdemar. —El rey levanta ambas manos y las posa sobre mi cabeza—. Te concedo el don de ver la verdad... en tu interior. —Al cabo de un momento, se arrodilla ante mí y me mira a los ojos—. Ahora es tu turno. No tengas miedo.

Me tiemblan las manos. Me quito los guantes, respiro profundamente y levanto una mano hasta colocarla en la frente del rey Ricardo. De repente tengo miedo de quemarlo.

—Adelante —me invita Lorian.

Bajo la mano, cierro los ojos y al instante veo un resplandor. Es como si la luz procediera del centro del rey. Durante un segundo se hincha como una llama antes de formar un embudo en el centro. Dirijo mi atención a ese centro y de repente me inunda una sensación de fe, gratitud y confianza que sé que es auténtica.

Levanto la mano y el rey Ricardo se retira y regresa a su asiento.

Le siguen los demás. *Lady Devine*, con su larga cabellera pelirroja, se arrodilla ante mí con las manos entrelazadas, mientras que *Lord Alexandon* se acerca con sonoros pasos para que nadie ignore su malestar. *Lord Meridian*, el miembro más menudo del Tribunal, muestra un gesto de indignación. La siguiente es la reina *Brystianne*, que aprieta los labios, mientras que las zancadas de *sir Syford* están llenas de arrogancia y disgusto. Uno por uno me conceden sus dones, pero si me preguntaran cuáles son esos dones, juro que no podría responder.

Todo este ritual dura una eternidad, pero finalmente solo quedan dos: *Lady Arabella* y *Lord Penbarin*. Como si no se hubiera dado cuenta de que es la siguiente, *Lady Arabella* permanece sentada, inmóvil.

Lord Penbarin inclina la cabeza hacia ella.

—Después de vos, *milady*.

Ella le lanza una mirada furibunda, y Lorian se da cuenta.

—*Arabella*, ¿vaciláis?

Lady Arabella se pone en pie, irguiendo los hombros con brusquedad.

—En absoluto, *milord*. Pero protesto.

—Tomo nota de ello —replica—. Es vuestro turno.

Debajo de su vestido, que llega hasta el suelo, pueden verse sus chinelas de satén azul cuando avanza hacia mí, deteniéndose solo cuando llega a mi espalda. Levanta la mano para tocarme la cabeza y la deja suspendida encima, sin posarla.

—Mi don es el del control —dice, recalcando esta última palabra. No entiendo su tono brusco, aunque es obvio que se refiere al poder de mis manos, que titilan en mi regazo. Tengo la sensación de que su mirada pasa por encima de mí, y sigo la dirección de sus ojos. Lorian le sostiene la mirada. Es como si los dos fueran las únicas personas de la sala... ¡del universo! La conexión es tan fuerte, tan apabullante, que mis pensamientos se confunden. ¿Qué está ocurriendo? ¿Sienten algo el Uno por el otro? No lo creo. Lorian decidió no ser ni hombre ni mujer, todo el mundo lo sabe.

Al final *Lady Arabella* vuelve a la realidad y se arrodilla ante mí, con la cabeza gacha. Cierro los ojos, llevo mi mano a Su frente e intento concentrarme en lo que se supone he de hacer. Al final veo la conocida llama ardiendo en su interior. De repente se convierte en un fuego abrasador, bordeado de un rojo brillante que se arremolina y chisporrotea. Me concentro en la llama, buscando el embudo, pero este no acaba de formarse sino que sigue cambiando de forma. Me llega una sensación de algo inidentificable; definitivamente no es la claridad que recibía de casi todos los demás. Comienzan a formarse dudas en mi cabeza, cuando de pronto la llama se aquieta y

toma la forma de un corazón ardiente.

Con un suspiro de alivio, retiro la mano de *Lady Arabella*. Es solo amor lo que veo. Un amor intenso y profundo, pero que arde con remordimiento y tristeza.

Lady Arabella regresa a su asiento. Miro a Lorian, y veo que sus ojos siguen a *Lady Arabella*. Se demoran en ella unos momentos después de que se haya vuelto a sentar. Solo cuando vuelve su atención a mí, *Lord Penbarin* suelta un fuerte gruñido y se acerca.

—Te doy una cálida bienvenida, querida, de parte de la Casa de Samartyne. He meditado mucho este don. No es el que pensaba otorgarte en un principio. —Yergue el tronco y levanta las manos sobre mi cabeza—. Te otorgo el don del perdón. —Y añade—: Para que perdones a todos los que te juzguen mal.

A continuación se arrodilla ante mí, vigilando su túnica. Al instante mi tacto revela una llama clara, pura y leal. Cuando aparto la mano, se sienta y todos comienzan a murmurar. Lorian los hace callar con solo una mirada.

—¿Qué has descubierto?

—Muchas cosas, *milord*, pero nada que condene a ningún miembro del Tribunal.

Los murmullos se transforman en expresiones de alivio. Lorian levanta una mano, pues sabe que aún no he acabado. La sala queda en silencio.

—He descubierto lealtad, *milord*. En abundancia.

—¿Qué más?

—Preocupación, gratitud, miedo... y amor, *milord*.

Lorian reflexiona un momento.

—El amor y el odio son las dos caras de la misma moneda. ¿Cómo puedes estar segura de que lo que has visto era cierto?

Recuerdo la intensa emoción que me ha atravesado al experimentar el incontenible amor que ha proyectado *Lady Arabella*. Y recuerdo el amor que sentí pasar de Lorian a ella, fuera este consciente o no de ello.

—El amor que percibí era verdadero, *milord*. Estoy segura.

Un murmullo de alivio recorre la habitación. El Tribunal se ha librado de toda sospecha. Ninguno de ellos es el traidor, como temía Lorian.

De pronto Lorian se pone en pie, y me digo que esta terrible y dura prueba ha terminado. Pero la piel de Lorian ha comenzado a brillar de nuevo, y sus ojos centellean como piedras preciosas. Me dice:

—Te equivocas.

Se oyen airadas protestas. Lorian levanta la mano, y un aire gélido llena la sala. Me froto los brazos debajo de la capa para calentarlos.

—O tu don no se ha desarrollado lo suficiente, o te han engañado. Y creo que ha ocurrido esto último.

Lord Penbarin niega con la cabeza.

—¿Tenéis pruebas, *milord*? ¿Por eso estáis tan seguro de que el traidor es uno de nosotros?

Del interior de su capa, Lorian saca un cristal que deposita lentamente en el interior de su palma. Se trata de una pirámide de base octogonal. Mientras brilla y titila bajo las luces, una serie de murmullos y exclamaciones de sorpresa atraviesan la sala; y entonces me doy cuenta de que estoy viendo la llave: ¡la mismísima llave que me han enviado a buscar!

—¡Esta es la prueba! —dice a voz en cuello, mientras la sala se va enfriando con cada uno de sus coléricos alientos—. Sí, miradla con atención. Es la llave del cofre de las armas.

Y entonces hace algo de lo más increíble. Se acerca y me la pone justo delante.

—¿Llevas los guantes, Rochelle?

Me los pongo rápidamente, procurando que no quede descubierta ni una pizca de piel.

—Sí, *milord*.

Asiente.

—Entonces toma esta llave y entrégala a alguien que sepa protegerla.

Sir Syford exclama a mi espalda: —*milord*, ¿dónde la habéis encontrado?

—Cuando Rochelle, Ethan e Isabel vinieron a verme ayer por la noche, me enteré de que los habían mandado a buscar la llave. Al principio me quedé horrorizado e indignado de que una traición así pudiera ocurrir en mi palacio. Pero entonces me puse a buscarla. Y como podéis ver, la encontré... en una caja fuerte que está en una cámara secreta que hay enterrada en el jardín.

Lorian enarca las cejas, escrutando el círculo.

—Bajo nuestros propios pies, pero indetectable. Un lugar bien escogido, accesible para todos y que no delata a nadie. Pero uno de vosotros la puso allí. Y antes de que comencéis a sospechar de vuestros soldados y vuestro séquito, ¡sabed que solo un miembro del Tribunal puede abrir esa caja impenetrable en que la encontré!

Lorian me entrega la llave y mis ojos se quedan pegados a sus relucientes facetas. Por encima de mí, la voz de Lorian sigue enfriando el aire.

—Y como mi plan para descubrir al traidor ha fracasado, debo proteger a la inocente niña que tengo ante mí, pues, a pesar de que sus poderes crecen, se encontrará inmersa en más peligros.

Baja su mirada hasta mí, al tiempo que sus manos flotan a ambos lados de mi cabeza. Con una voz sonora que forma un eco en la sala, Lorian anuncia:

—«Cualquiera que haga daño a esta niña y le cause la muerte, se transformará en piedra y morirá antes de que el sol se ponga».

¡Demonios! ¡El Inmortal acaba de lanzar una maldición contra aquel al que se le pase por la cabeza matarme!

Ethan entra corriendo en el círculo con los brazos abiertos.

—¡*Milord*...!

Lorian lo ve venir y suelta un leve gruñido.

—La he protegido, Ethan. ¿Qué queja tienes ahora?

Ethan respira hondo.

—¿Quién va a impedir que el verdadero asesino pague a alguien para que la mate?

Ethan tiene razón. Mi vida sigue en peligro. Lorian asiente con un gesto extraño, casi de arrepentimiento.

—Es lo más que puedo hacer.

Matt

Tienen la llave. Dartemis me dijo que lo sabría en cuanto eso sucediera. Y en estos momentos lo percibo. Estoy de pie con Dillon y Arkarian en una de las habitaciones que comunican con la sala principal de Arkarian. Estamos acabando los preparativos de último momento antes de emprender nuestro viaje hacia la región que rodea la cumbre del Monte Olimpo. El palacio de Lathenia se encuentra donde se alza hoy en día el Monte Olimpo, pero en un tiempo que pertenece al antiguo mundo de las leyendas. Lathenia ha creado su propio reino virtual.

—¿De verdad crees que el señor Carter lo conseguirá? —pregunta Dillon mientras contemplamos este extraño fenómeno.

—Será difícil. Y a causa de los encantamientos protectores que rodean el palacio, tendrá que dejarnos y recogerlos fuera de los muros del palacio.

Arkarian reflexiona acerca de las dudas de Dillon.

—¿Por qué no nos dices cómo viajaste al palacio de Lathenia?

Dillon se encoge de hombros.

—La Señora siempre me tenía a su lado, y yo simplemente la acompañaba. Me dio las alas hace años; supongo que eso ayudó. Pero creo que el mago de Lathenia, Keziah, tuvo algo que ver con mi deportación.

Intento tranquilizarlos a los dos.

—Marcus sabrá arreglárselas.

—Le tienes mucha fe a ese hombre —dice Dillon—. Ya sabes que no es más que un humano. Le he visto cometer errores.

—Los que están por encima de nosotros guiarán su mano —digo.

Dillon no queda muy convencido. Le pica la curiosidad.

—¿Ah, sí? ¿Quiénes?

«Los Ángeles —es el pensamiento que me viene, pero lo mantengo entre Arkarian y yo—. También conocidos como "los supervivientes", huyeron a la Tierra cuando su mundo fue conquistado por la oscuridad y se convirtió en el Inframundo. Después de que su primer asentamiento en la Tierra fuera destruido, fundaron la antigua ciudad de Verdemar, conservando su tecnología superior, que aún vibra en silencio y en secreto tras sus paredes medio en ruinas. Y mientras su raza seguía viviendo durante miles de años, esos primeros supervivientes fueron recompensados con el honor de vigilar la Tierra y a sus habitantes, cada vez más numerosos. Son sus cuerpos mortales, conservados en forma humana, lo que tomamos prestado cuando viajamos por los laberintos de la Ciudadela y hacia el pasado».

Arkarian apenas me mira cuando añade sus propios pensamientos, y coincide en que es una buena idea mantener esta conversación entre nosotros. Con delicadeza me recuerda que Dillon aún espera una respuesta. Intento recordar lo que me ha preguntado, cuando una fuerte mano golpea la puerta con apremio.

Arkarian abre y aparece Shaun, jadeando como si se recuperara de un maratón.

—Deprisa, Arkarian. Algo está pasando en la esfera. ¡Se está volviendo loca!

Seguimos a Shaun hasta la cámara octogonal que alberga la esfera. Antes ver la esfera me desconcertaba, pero ahora no me afecta tanto, puesto que ya conozco su origen y el de toda la maquinaria de Arkarian. La esfera gira alocadamente, produciendo un continuo zumbido.

A Dillon no parece impresionarle. Solo tiene un pensamiento.

—¡No podemos perder el tiempo con esto! ¿Qué pasa con Neriah?

Arkarian pone la mano en el hombro de Dillon.

—Tienes razón, Dillon. Y la velocidad a la que gira la esfera significa que podría seguir así un buen rato. Shaun, quédate aquí y vigila. Cuando pare y veas en qué período de tiempo está, busca algo sospechoso, cualquier cosa que nos dé una pista de lo que ha planeado Lathenia. Si tenemos suerte, deberíamos estar de vuelta antes de que deje de girar.

Con los ojos muy abiertos de preocupación, Shaun asiente, colocando un taburete debajo de él.

Inclino la cabeza hacia la esfera.

—¿Alguna idea de cuál es su destino?

Los ojos de Arkarian se ensombrecen, revelando seria preocupación.

—Solo sé que Lathenia va hacia un pasado remoto. Muy remoto. Tendremos que volver todo lo deprisa que podamos, Matt.

—Entonces, ¿a qué esperamos? —exclama Dillon.

Arkarian nos traslada a la sala de la Ciudadela en cuyo techo y suelo hay dibujada una forma octogonal. Una vez dentro, saca una larga capa plateada para cada uno y nos la entrega.

—Poneos esto.

Dillon coge la suya, sin dejar de mirar hacia lo alto y alrededor.

—¿Qué estamos haciendo en esta zona de la Ciudadela? Esto no es el laberinto. ¿No me dirás que vamos a utilizar nuestros propios cuerpos?

—El lugar al que vamos se halla fuera del tiempo ordinario...

—Sí, lo sé, pero... si ella nos ve. ¡Si me ve a mí!...

—No nos verá a ninguno de nosotros —intento tranquilizar a Dillon.

—No tienes ni idea de lo que dices. He estado en el palacio de Lathenia. Es imposible que no nos vea.

—Confía en mí.

Dillon le lanza una mirada a Arkarian. Confía más en él. Arkarian asiente con marcados movimientos de la cabeza, y por fin Dillon guarda silencio. Cuando los tres estamos dentro de la forma octogonal, envueltos en nuestras capas, Dillon no puede evitar un último comentario.

—Esperemos que el señor Carter no nos deje demasiado lejos de los muros del palacio.

Es lo que todos esperamos. En silencio, sin más pensamientos ni palabras,

comenzamos a desintegrarnos. A los pocos segundos nos materializamos en un terreno inestable. A ciegas, trastabillo hacia delante. Es de noche y ruge un viento que nos lanza aguanieve a la cara.

—¿Os encontráis bien? —La voz de Arkarian se esfuerza por hacerse oír entre el temporal.

Miro alrededor, sujetando la capucha de la capa sobre mi cabeza, y veo que los dos hacen lo mismo.

—¿Dónde estamos?

Dillon también mira alrededor, aún acostumbrándose a la oscuridad.

—Buena pregunta.

—¿Algo te resulta familiar? —le pregunta Arkarian a Dillon.

Este niega con la cabeza mientras escruta la terrible tormenta.

—Creo que deberíamos ir hacia el norte.

Arkarian me lanza una mirada. De preocupación. No podemos perder mucho tiempo investigando paisajes desconocidos.

Nos alejamos, y el aguanieve que nos golpea en la cara reduce al mínimo nuestra visibilidad. Una hora más tarde, helados y agotados, llegamos a una colina rocosa. De repente, Dillon parece excitado.

—Conozco este lugar.

¡Por fin! Continuamos, escalando unas peñas a cuatro patas hasta lo alto de la colina. Y al otro lado, allí abajo, en la oscuridad, se alza un palacio que parece salido de un cuento de hadas... aunque un cuento siniestro. Casi todo está envuelto por una neblina en remolino, pero se ven luces en las torretas y en los muros de las almenas.

Arkarian entrecierra los ojos.

—Nunca había visto ballestas como esas. Más bien parecen pistolas.

—Son las armas de las que te hablé —dice Dillon—. Las que lanzan dardos envenenados que causan la muerte instantánea. Disparan con precisión a una distancia de trescientos metros. Las flechas, que son como agujas, no tienen ni que clavarse para matar. Basta con que arañen la piel. Los poderes curativos de Isabel no servirían de nada, aunque estuviera aquí. Espero que estas capas nos protejan; de lo contrario pronto seremos tres cadáveres.

—Gracias por tus ánimos, Dillon.

—Mira, Matt, entiendo que me pidáis que tenga confianza, pero ¿cómo vamos a hacer esto sin que nos maten antes?

Procurando no quedar a la vista de las torres de vigilancia, explico lo fundamental de mi plan.

—Cuando sepa exactamente dónde tienen a Neriah, os cubriré con un manto de invisibilidad.

—¿Vas a hacernos invisibles? —pregunta Dillon, y por un momento se le ve esperanzado—. Es una buena idea, pero ¿no nos olerán los perros?

Arkarian, con sus pensamientos, me da a entender que Dillon tiene razón.

—Y no te olvides de la barrera protectora que rodea el palacio —añade este—. Es mágica, ya lo sabes.

—Entrar no será problema. Una vez sepa dónde tienen a Neriah, intentaré inutilizar la barrera encantada el tiempo suficiente para que podamos utilizar nuestras alas y materializarnos allí donde la custodian.

—¿Puedes hacer eso?

—Sí.

—Muy bien. Pero una vez la tengamos, ¿cómo la sacaremos? Neriah todavía no tiene sus alas, ¿verdad?

—También la haré invisible, y... saldremos andando.

—¡Vaya, estupendo!

—Funcionará, Dillon.

—Se te olvida algo.

—¿Qué? —pregunta Arkarian.

—No podemos utilizar nuestras alas si no podemos visualizar dónde vamos. Y no sabemos en qué habitación la tienen.

Lentamente, apoyo la mano en el hombro de Dillon. Mi plan depende por entero de su memoria.

—Dijiste que habías estado en el interior de este palacio... —Asiente y le explico—: Quiero que lo recuerdes, habitación por habitación, pasillo por pasillo. Que recuerdes las imágenes. Las utilizaré para entrar en el palacio mentalmente y encontrar a Neriah. Cuando lo haga, te diré en qué habitación la retienen. Conoces el palacio, de modo que podrás utilizar tus alas para llegar allí. En cuanto a Arkarian, los dos somos Videntes, de modo que podemos compartir una imagen visual que le muestre el camino.

Por fin Dillon comienza a creer que el rescate es posible. Me sonrío, se lo ve impaciente por empezar.

—Entiendo. Muy bien, pues. Veamos... —Cierra los ojos y yo hago lo mismo—. La verja delantera es de hierro. Tiene doce metros de alta. ¿La ves?

El recuerdo de Dillon es claro, por lo que no necesitaría describir nada verbalmente, pero si le resulta más cómodo hacerlo así, entonces adelante.

—Esa verja de hierro es enorme —le digo—. ¿Cómo se abre?

—El mecanismo de apertura lo acciona el Guardián.

—Enséñamelo. —Aparece la imagen de un soldado armado que maneja una serie de manivelas siguiendo un orden establecido. Observo atentamente. Se abren las puertas, y junto con la mente de Dillon, las cruzo.

—El patio exterior es abierto, sin ningún tipo de cubierta —me explica Dillon—. ¿Ves el sendero adoquinado de tu derecha? Observa. Te conducirá a las puertas del patio interior.

Cuando las puertas se abren, aparece una zona adoquinada oscura y vacía. Podría sernos de utilidad cuando intentemos escapar. Pero Dillon me informa:

—Por ahí es por donde deambulan los perros.

Dillon está resultando ser una gran fuente de información.

—Mira a tu derecha —dice—. Hay un túnel. Todo él es de cristal, un cristal grueso y curvo. A través de él, se puede ver el patio exterior, aunque un tanto borroso. —Aparece el túnel—. Las puertas del palacio se hallan al final del túnel. Son de latón con adornos de oro en forma de cabezas de león. Tienen seis metros de alto y están rematadas por un arco.

Proyecto mi mirada hacia ellas para verlas bien.

—Detrás de esas puertas está el gran vestíbulo, un espacio enorme y despejado sin más muebles que un par de mesas y unos bancos. Al fondo hay una chimenea de cristal. Lathenia tiene verdadera obsesión por el fuego.

Lo sé. Me lo han contado, pero me guardo mis pensamientos.

—Continúa.

Dillon sigue visualizando y describiéndome el interior del palacio, desde el gran vestíbulo hasta sus pasillos adyacentes, la inmensa biblioteca, los estudios, los dormitorios, las cocinas, las salas de estar, etcétera. Mientras lo hace, busco alguna señal de Neriah.

No la veo por ninguna parte.

—¿Hay mazmorras abajo? —sugiere Arkarian.

—Naturalmente —replica Dillon—. Pero... Marduke no metería en una mazmorra a su propia hija, ¿o sí? Allí abajo hay cosas que no deberían existir en este mundo. ¡Ni en ninguno!

Me muestro reacio a visualizar a Neriah en ese decorado, pero hay que comprobar las mazmorras. Al cabo de un momento de silencio, Dillon respira hondo, como preparándose mentalmente para lo peor.

—Debes bajar por el pasillo que has visto al otro extremo del gran vestíbulo, el que tiene la puerta cerrada con candado. ¿Ves las escaleras? Son largas, empinadas y oscuras, pero sigue bajando. Cuando llegues abajo, tuerce a la izquierda. Hay un túnel de ladrillo. Es muy húmedo y resbaladizo, pero debería haber una lámpara en la pared. Más escaleras. Continúa por ellas y te conducirán hasta la segunda puerta cerrada con llave.

Los pasillos son angostos, de ladrillo. El lugar, como ha dicho Dillon, es oscuro, pero la luz procedente de unas velas encendidas parpadea misteriosamente sobre el suelo adoquinado. Una vez cruzo la segunda puerta, veo celdas a los dos lados. Piso con cuidado el húmedo sendero de adoquines que hay entre las celdas y reprimo las náuseas. El hedor es insoportable, pero lo peor es que flota una sensación de maldad casi infinita.

Dillon se queda callado y yo sigo explorando las mazmorras. Lo que veo me horroriza y me dan ganas de no mirar. Hay alguien o algo en la primera celda, pero no se trata de Neriah. Ni siquiera es humano. Se pasea inquieto, limitado por el tamaño del cubículo, y emite unos fuertes gruñidos. Mi mente dirige un *zoom* al interior de la

celda contigua, donde ronda otra criatura que, presa de la desesperación, se lanza contra la pared. Vibra hasta el pasillo y del techo caen gotas de humedad. Otro golpe, este más cerca de mí. Observo más atentamente y veo que el cuerno de un animal ha agujereado la vieja pared de ladrillos. Dudo que ni siquiera Lathenia encerrara a Neriah en este microcosmos del infierno, pero, para asegurarme, proyecto mi mente en las seis celdas antes de retirarme.

Abro los ojos y veo a Dillon y Arkarian, que me miran con ojos inquisitivos. Todo mi cuerpo se estremece mientras intento librarme de las imágenes de las celdas.

—Nada.

—¿Dónde está, entonces? —Gruñe Dillon.

—Piensa —le dice Arkarian—. ¿Hay algún otro lugar, alguna habitación dentro del palacio que se te haya olvidado enseñarle a Matt?

Bruscamente, se echa la capucha atrás.

—Hay otra posibilidad. Pero no...

—¿Cuál es? —dice Arkarian sin levantar la voz.

Respira hondo.

—Es una torre; bueno, no exactamente una torre.

—¿Dónde está? —Intento formar una imagen rápidamente. Llevamos aquí mucho tiempo, y todavía no hemos entrado.

—En algún lugar de la zona sur del patio interior.

No se me forma ninguna imagen.

—Eso es muy impreciso, Dillon —digo.

Se frota las sienes con los dedos, frustrado.

—Nunca la he visto, por lo que no puedo ayudarte. Si Neriah está allí no podremos hacer nada.

—Dime todo lo que sepas de esa torre.

—Como ya te he dicho, no es exactamente una...

—Dime lo que sepas.

—La Señora lo llama su «jaula».

—¿Es una jaula? —pregunta Arkarian, compartiendo conmigo una mirada de preocupación.

—Está suspendida en el aire, como por arte de magia, a cien metros de altura, o eso me han dicho.

La expresión de Arkarian se torna más ceñuda mientras mira a Dillon.

—Conoces el palacio como si hubieras vivido en él toda la vida, ¿y nunca has visto esa jaula?

—Siempre que he tenido ocasión de verla estaba rodeada de una neblina gris.

—Hum —murmura Arkarian—. La celda perfecta. Una celda que no se puede ver.

—Es posible... —Mis pensamientos se vierten en palabras—. Pero dudo mucho que sea perfecta.

—¿En qué estás pensando?

—En que no hay nada que pueda estar suspendido en el aire, con magia o sin ella. Creo que la magia consiste en la manera de ocultar la entrada y la salida.

Se me ocurre una idea para poder ver esa «jaula». Comienzo a alejarme, pero entonces me acuerdo de Arkarian y Dillon.

—Quedaos aquí. Tengo una idea. Voy a comprobar esa jaula por mí mismo. Pero si no he vuelto dentro de veinte minutos, quiero que regreséis a la Ciudadela y me esperéis allí.

Estos peñascos no son seguros. Tarde o temprano los perros os olerán. No sé cuánto durará exactamente mi pantalla de invisibilidad, de modo que no la crearé hasta que no estemos a punto. Y tú, Arkarian, no tardarás mucho en tener que ir a comprobar la esfera.

—Eh —dice Dillon—. No pienso alejarme ni un momento de aquí sin Neriah.

Confiado en mis instintos, hago caso omiso de la exigencia de Dillon, intuyendo que su pasión podría ponernos a todos en peligro. Le dirijo mis pensamientos a Arkarian. «Si te vas sin él, a lo mejor intenta rescatar a Neriah sin ayuda».

Me introduzco en la oscuridad. Cuando ya no me ven, intento utilizar una de las habilidades que aprendí con Dartemis, la que más me ha sorprendido todas las veces que la he usado desde entonces. Cierro los ojos e intento encontrar mi centro interior. Sin esforzarme demasiado, concentro todo mi ser en un pensamiento. Y enseguida fluye de mí: «Águila».

Con una suavidad a la que todavía me estoy acostumbrando, mis brazos se transforman en enormes alas, mientras las piernas y el resto del cuerpo adquieren la forma de un pájaro. Aunque es algo que he hecho muchas veces, todavía me sorprende la sensación de casi completa ingravidez y ligereza en el pecho y los pulmones. Batiendo las alas, remonto el vuelo y planeo por el viento oscuro y nevado con la forma de un águila dorada.

Me elevo por encima del palacio, procurando sobrevolar el encantamiento que lo protege. Debajo de mí se arremolina niebla, pero la vista de mis ojos de águila es magnífica. Los patios del palacio son grandes y abiertos. Diviso los perros de Lathenia, que merodean incansables. Uno aúlla y el otro lo imita. Notan algo. Habrá que tener mucho cuidado.

Desciendo y vuelo todo lo cerca que puedo sin que me detecten, buscando alguna señal de la «jaula». Casi he dado toda una vuelta alrededor de los patios, cuando la distingo, envuelta en niebla. Me acerco lo bastante y me concentro en eliminar el encantamiento que hay encima de la jaula.

Ahora entiendo por qué la llaman así. Tiene forma de cúpula y parece suspendida en el aire; su malla es tan fina que ni el pájaro más pequeño la atravesaría. Pero no es un pájaro quien la ocupa. Allí está Neriah, sentada con los brazos en torno a las rodillas, temblando en la base de ladrillo de vidrio.

Miro atentamente la fina malla de plata que rodea la jaula. Es imposible que con

mi forma de águila pueda pasar a través de ella, y tampoco podría cruzar el encantamiento. Rápidamente procuro identificar y luego desbaratar el hechizo que convierte la jaula de Neriah en una prisión segura. Entonces me transformo en polilla. Al principio, la adaptación cuesta un poco. Todo parece de un tamaño excesivo. Mis alas se agitan enloquecidas y muy deprisa, pero me sirven, y solo rozan la malla una o dos veces mientras la atravieso.

Una vez dentro, tomo de nuevo mi forma humana.

Neriah pega un bote al verme y se aleja arrastrándose.

—Neriah —susurro—. ¡Soy Matt!

Vuelve la cabeza y ve que soy yo.

—Habla flojo —le advierto—. Estamos muy arriba, pero debemos evitar que los perros nos oigan.

—Matt, ¿eres tú de verdad? ¿Cómo has llegado hasta aquí? —Hace un gesto con la mano—. No, no me contestes. Eras esa águila que contemplaba la jaula hace un momento.

Se pone en pie y se acerca con paso vacilante.

—¿Tienes noticias de mi madre?

Enseguida la tranquilizo.

—Está bien y vigilada. No tienes que preocuparte por ella.

—¿Me lo dices solo para que vuelva contigo?

—No te miento, Neriah. Tu madre ha vuelto a la isla donde te criaste. En este momento es el lugar más seguro para ella. De modo que no tienes por qué seguir quedándote aquí. Te juro que es la verdad.

Asiente y luego pregunta:

—¿Y *Aysher* y *Silos*? ¿Se encuentran bien?

Por un momento no sé de qué me habla, pero la imagen mental de sus perros toma forma en mi mente. Mis ojos se cierran de manera inconsciente cuando pongo en orden mis pensamientos para darle la noticia. Se da cuenta de que algo ocurre.

—Dímelo, Matt. ¡Deprisa! No soporto permanecer alejada de ellos. Siento como si me hubieran arrancado los dos brazos del cuerpo. Dime que están bien. Por favor.

—Lo siento, Neriah. Han desaparecido.

—¿Desaparecido? ¿Cómo? ¿A qué te refieres?

—Cuando Marduke te sacó de nuestro mundo, los perros también cruzaron el umbral... pero me han dicho que se desintegraron en el momento en que llegaron al otro lado. Desde entonces no se les ha visto.

Con un ahogado grito de dolor, Neriah me da la espalda y agarra la malla hasta que los dedos se le quedan blancos. Le pongo la mano en el hombro, yergue la espalda y contiene las lágrimas.

—Estoy bien. —Y se vuelve hacia mí—. No quería que vinieras.

—Ahora que tu madre está a salvo, no hay razón para que te quedes.

Mira la fina malla que nos rodea.

—Los dos no podemos transformarnos en polillas lo bastante pequeñas como para huir de esta prisión.

—No, pero hay otra manera de salir. Arkarian y Dillon están esperándonos en la colina que hay delante del palacio. Ahora regresaré con ellos para enseñarles cómo llegar a esta torre, y luego los tres utilizaremos nuestras alas para entrar. Después crearé una pantalla de invisibilidad, pero debemos tener mucho cuidado de no decir ni una palabra. Sin embargo, antes quiero preguntarte una cosa: ¿quién te encerró en esta jaula? Sé que Marduke es un monstruo, pero... también es tu padre.

—Al principio me instaló en una hermosa habitación, y pasamos muchas horas juntos. Llegué a creer que estaba llegando a conocerlo de verdad.

—¿Y qué pasó?

—Lathenia me descubrió utilizando uno de mis poderes y me encerró aquí para que no pudiera escapar.

—¿Y Marduke lo permitió? —Con la mano abarco el frío y hostil entorno.

—Una noche discutieron y creo que lo oí... susurrar —susurra.

No le pido más información. Es evidente que le resulta doloroso continuar. Y además, el tiempo pasa muy rápidamente. Arkarian esperará veinte minutos, ni un segundo más.

—Ahora tengo que irme, pero regresaré pronto. —Saco una capa protectora plateada igual que la mía—. Ten. —Se la entrego, pero, cuando extiende los brazos para cogerla, se la aparto y decido colocársela sobre los hombros yo mismo. Mientras lo hago, siento su cálido aliento en el cuello y eso me desconcierta. Cuando voy a atarle el cordón bajo el cuello, me pongo nervioso, y de repente es como si en lugar de diez dedos tuviera veinte y fueran el doble de su tamaño.

Levanta las manos para atarse ella misma el cordón, pero sus dedos rozan los míos y al momento nuestras manos se entrelazan. La miro y ella me devuelve la mirada.

—Matt —susurra—. ¿Ya me conoces?

Es una extraña pregunta que no sé responder. Me quedo contemplando, absorto, su cara angelical vuelta hacia arriba. Su boca, tan roja y carnosa, me atrae e inclino la cabeza. Ahora estoy tan cerca que el calor de los cuerpos se mezcla. Sería muy fácil dar el siguiente paso.

«¿Qué estoy haciendo?».

Pero en sus ojos veo la aceptación desinhibida de lo que soy, de lo que ella es, de lo que podríamos ser juntos.

Mientras contemplo sus ojos me siento como si cayera. Es una sensación agradable, como si esa caída fuese algo que debiera hacer. Tengo la sensación de que cuando llegue al fondo solo encontraré libertad. Una suerte de libertad que nunca he experimentado antes. Me acerco un poco más, y la necesidad de ser uno con ella se hace apremiante. Pienso en hacerlo, aquí, sobre este frío suelo de cristal.

Pone sus manos en mis mejillas. Su tacto es cálido y suave, pero es ese mismo

tacto el que me lleva de vuelta a la realidad. El amor me hará débil. Así que antes de cometer un tremendo error me aparto.

«No lo hagas».

Una expresión de tristeza llena su cara cuando me alejo de ella.

—¿Qué te sucede, Matt?

Solo se me ocurre una manera de zanjar este asunto.

—No me interesa. ¿Entiendes?

Sus ojos parpadean en un gesto de sorpresa, y justo antes de transformarme de nuevo en polilla añado:

—Y nunca me interesará.

Agitando mis finas alas hechas como de polvo, salgo volando de la jaula y rápidamente me transformo en águila. Sin volver la vista atrás, me alzo sobre los patios del palacio y me dirijo a la seguridad de los peñascos.

Arkarian y Dillon se alegran de verme.

—¿La has encontrado? —pregunta este.

Asiento, pero antes de poder explicarles nada, Arkarian me informa:

—Los perros están inquietos, lo que ha alertado a los guardias. Tenemos que darnos prisa, Matt.

Rápidamente les explico dónde se encuentra la jaula, y momentos después los tres nos materializamos dentro. Neriah recibe nuestra presencia sin hacer ningún aspaviento. Dillon la abraza. Ella le devuelve un abrazo rígido mientras me mira por encima del hombro de él. Dillon percibe algo y la aparta. Ve que Neriah me mira y entrecierra los ojos. Pero todos sabemos que no hemos de hablar, ni una palabra, y sean cuales sean sus pensamientos se los guarda para sí.

En silencio, Arkarian y yo nos ponemos a buscar la salida de la jaula. Neriah niega con la cabeza. No cree que haya ninguna salida. Pero tiene que haberla: lo único que debemos hacer es encontrarla.

Arkarian halla una trampilla en la base de cristal de la jaula. Con un pensamiento consigo abrirla, y ante nosotros aparece una reluciente escalera en espiral de peldaños transparentes que baja hasta el suelo.

Dillon insta a Neriah a que baje la primera, pero yo se lo impido. Todavía no he creado la pantalla de invisibilidad. Arkarian se da cuenta y agita las manos para que nadie se mueva. Cierro los ojos para serenar mi mente y con un pensamiento nos hago a todos invisibles. Funciona. No puedo ver a los demás, pero soy consciente de que están a mi lado. Y, naturalmente, cuando extendo los brazos su tacto es muy real.

Comenzamos a descender por la escalera, pero es tan larga que sentimos la tentación de utilizar nuestras alas y salir volando. Sin embargo, Neriah aún no posee esa habilidad, y si tenemos algún problema necesitaremos todos nuestros poderes para protegernos mutuamente.

Cuando llegamos al fondo, nos topamos con una gruesa puerta de cristal. A través de ella se ve todo borroso. Por lo que recuerdo de la posición de la jaula, el exterior

de esta puerta debería estar rodeado de una neblina gris y, con suerte, no demasiado vigilado. Con cuidado, giro el pomo, la puerta se abre y me asomo. Solo se ven dos perros merodeando por el patio de al lado. Espero que esta pantalla de invisibilidad dure más que mis anteriores intentos.

Uno tras otro salimos de la torre y nos encaminamos hacia el patio de adoquines, y, como hemos acordado, Dillon va delante. Casi hemos llegado a las segundas puertas de cristal cuando aparecen dos perros. Parecen extrañamente perplejos y olisquean el aire en torno a nosotros. Perciben algo, pero nuestra presencia invisible los desconcierta.

Les ordeno a los demás que sigan andando, pero los perros son inteligentes y comienzan a husmear las huellas invisibles que vamos dejando. De repente uno levanta la cabeza y aúlla. Es una señal. En las torretas comienza a oírse actividad, y varios haces de luces se cruzan sobre nosotros.

—¡Alto! ¿Quién va?

Otras voces exclaman:

—¡Dejaos ver o dispararemos!

Al menos aún no pueden vernos. Y eso significa que los perros tampoco, por inteligentes que sean. Seguimos andando, deprisa, y cruzamos los últimos metros hasta las sombras de un hueco profundo.

Cuando estamos lejos del alcance de los reflectores, Dillon encuentra una puerta y la abre muy lentamente. La atravesamos y nos alejamos de los perros, que siguen oliscando. Una vez dentro, Dillon me toca el brazo para asegurarse de que lo sigo. En este momento lo veo como debió de verlo *lady* Arabella, y mi confianza en él se acrecienta.

De pronto nos hace una seña para que nos detengamos. Y entonces entiendo por qué. Cerca se oyen voces procedentes del pasillo que hemos de recorrer para llegar al gran vestíbulo. Esperamos inmóviles, arrimados a la pared, y al poco distinguimos a quién pertenece una de las voces. Lathenia. Arkarian me aprieta el antebrazo. Ha identificado la otra voz y eso lo ha afectado. Entonces veo que Lathenia se acerca hacia nosotros, acompañada de un hombre de risa jovial. Se percibe intimidad entre ambos. Al ver la cara del hombre pierdo la concentración, y por un momento se debilita la pantalla de invisibilidad, que procuro rehacer rápidamente.

Cuando pasan por delante de nosotros, la presión de Arkarian en mi brazo aumenta. Está muy afectado, igual que todos. Contemplamos a nuestro muy esperado rey caminando del brazo con nuestro mayor enemigo. Ricardo se vuelve y por un momento siento como si me mirara directamente a la cara. Pero no puede verme, y vuelve los ojos hacia Lathenia.

«De momento, Matt, no digamos nada de esto». Oigo los pensamientos de Arkarian resonando en mi cabeza.

En cuanto la puerta se cierra detrás de ellos, Dillon nos apremia a que nos movamos. Ni Arkarian ni yo podemos apartar los ojos de la puerta que ahora oculta a

nuestro rey, la del dormitorio de Lathenia.

El interior del palacio está tranquilo. Solo se ven unos pocos criados, por lo que sin más incidentes llegamos a la entrada del túnel de cristal y bajamos por él. Aún bajo el impacto de haber visto al rey Ricardo con Lathenia, solo tardo un momento en comprender lo que va a ocurrir. Dillon está a punto de girar el pomo de la puerta que da al patio, y aunque somos invisibles, si la abre seguro que llamará la atención de los guardias de las torretas.

La mano de Dillon sigue girando el pomo, pero entre él y yo están Arkarian y Neriah, y no puedo llamarlo sin delatar nuestra presencia. «¡No!». Mis pensamientos llegan hasta Arkarian. Este extiende el brazo, pero demasiado tarde. La puerta se abre.

Casi al instante, uno de los guardias de la torreta se da cuenta y enfoca los reflectores hacia nuestras caras. Pero no estamos lejos de los muros del patio exterior. Mientras dure la pantalla de invisibilidad, todo lo que hemos de hacer es correr hasta ellos y mantenernos a distancia de los perros.

Pero los sabuesos son demasiado rápidos y, aunque se les ve un tanto confundidos, vienen a toda prisa hacia nosotros. Pronto me doy cuenta de que sus ojos están cada vez más enfocados. Gruñen, enseñan los dientes y se les va formando saliva en la boca. ¡La pantalla de invisibilidad se está desintegrando! Las flechas rasgan el aire. Ya no tiene sentido seguir en silencio.

—¡Corred, deprisa! —exclamo, mientras los perros nos pisan los talones y los vigilantes van afinando la puntería con sus flechas.

Cuando la pantalla de invisibilidad desaparece por completo, coloco la mano de Neriah en la de Dillon.

—Corred hacia las puertas. Yo me encargaré de que se abran. Mantened las capas bien apretadas al cuerpo para protegeros de las flechas. Cuando lleguéis a la colina, llamad a Marcus. Y recordad que, a causa de los hechizos de protección que rodean el lugar, no podéis gritar su nombre hasta que estéis fuera de los muros del palacio. No nos esperéis. ¿Lo habéis entendido? —Dillon asiente y agarra con fuerza la mano de Neriah, que me mira un instante, reacia a marcharse—. ¡Vamos, daos prisa!

Se dan la vuelta y echan a correr.

—Yo me encargaré de los perros —se ofrece Arkarian.

Pero antes de que Arkarian pueda utilizar su poder contra ellos, saltan por encima de nosotros y siguen corriendo.

—¡Van por Neriah! —susurra Arkarian.

Cuando nos damos la vuelta, los perros ya les han atacado. Dillon consigue apartar el que ha caído sobre él, pero el que está encima de Neriah lanza a esta una feroz dentellada al cuello.

Entre los dos conseguimos quitarle el animal de encima, y Arkarian utiliza sus poderes para contener al resto. Los perros retroceden un poco, pero gruñen, dispuestos a atacarnos.

Dillon intenta ayudar a Neriah a levantarse.

—¡Deprisa! Le sangra el cuello. ¡Mira lo que le ha hecho!

Neriah está herida, pero, con todas esas flechas que nos lanzan desde las torretas y los pasos que se acercan rápidamente, no puedo hacer nada. Los guardias nos rodearán en cualquier momento, y Neriah no tendrá ninguna posibilidad de huir.

—¡Dillon, Arkarian, utilizad las alas para salir de aquí!

Dillon niega con la cabeza, mientras Neriah se debilita rápidamente entre sus brazos.

—De ninguna manera. Solo la quieres para ti. Quieres ser el héroe.

Le agarro los hombros por detrás, lo levanto y le susurro al oído:

—¿Oyes ese ruido? —Señalo el sendero adoquinado—. Son los pasos de los soldados, y vienen deprisa. ¿Quieres que te atrapen en el palacio de Lathenia? Dime, Dillon, ¿qué crees que le haría a quien antaño fue su fiel soldado? Los dos hemos visto sus mazmorras. Supongo que no querrás ir a parar allí.

Sus ojos parpadean en dirección a Neriah.

—Está bien.

Arkarian me susurra por encima del hombro.

—No me obligues a abandonarte.

—Dijiste que a partir de ahora yo daba las órdenes. Te lo ordeno.

Aparta la mirada y asiente, incómodo con mi decisión. Pero por suerte los dos desaparecen. Al menos regresan sanos y salvos. Me inclino para ayudar a Neriah a ponerse en pie. Una flecha pasa tan cerca de nosotros que su estela alborota los cabellos de Neriah.

Vuelvo a cubrirle la cabeza con la capucha.

—Mantén la capa apretada al cuerpo.

—Utiliza tus alas —murmura débilmente.

Tomo su mano y se la llevo a la herida.

—No apartes la mano del corte y haz presión.

—¡Matt, por favor, vete!

Ahora que Arkarian se ha ido, los perros están de nuevo inquietos. «¡Retiraos!», les ordeno mentalmente. Gimotean y bajan la cabeza al suelo.

Los fuertes pasos que oíamos se transforman en una docena de guardias que nos apuntan con sus ballestas. Entre ellos está Marduke. Cuando ve a Neriah, con el cuello y los hombros empapados de sangre y la cara cada vez más pálida, gruñe furioso:

—¡Entrégamela!

Al oír la ronca voz de Marduke, los perros recobran su valor. Al igual que los guardias, miran a su amo en espera de órdenes.

—¡Quietos todos!

—Necesita que la curen, y deprisa —le digo.

—Aquí podemos curarla.

—Y luego ¿qué? ¿Vas a permitir que Lathenia siga teniéndola encerrada en esa jaula para pájaros? Ahí arriba se estaba congelando. ¿Cuánto crees que durará?

Su ojo bueno centellea y su media boca forma una línea recta.

De pronto se ilumina un balcón del muro del patio interior y aparece Lathenia... sola.

—¿Hay algún problema?

Marduke profiere un suspiro espantoso y vuelve un poco la cabeza.

—Nada que no pueda solucionar, Señora.

Neriah casi se desmaya, pero la sujeto a tiempo entre mis brazos. Marduke hace ademán de acercarse a ella.

—Padre... —dice, abriendo los ojos.

Marduke parece vacilar. Es el momento para obrar mi magia. Pensando con rapidez, fijo mi mirada en el aire helado y salpicado de aguanieve.

—¡No lo perdáis de vista! —oigo gritar a Lathenia.

Demasiado tarde, Diosa. Ni siquiera los guardias tienen una oportunidad. Con mi pensamiento transformo el aguanieve en fuego. De pronto el aire se vuelve tan cargado y espeso que es imposible respirar. Los perros gimotean y corren a refugiarse del aire en llamas. Los guardias son presa del desconcierto.

—¡El aire está en llamas!

—¿Qué magia es esta?

—¡Corred!

En el balcón, Lathenia grita y su lamento reverbera en los valles. El fuego es lo único que le da miedo; hará lo que sea para evitarlo. Y en medio de todo ese caos, levanto en vilo a Neriah y corro hacia la verja. Accionando una serie de manivelas con la mente, los cerrojos se descorren y las puertas se abren. Una vez fuera, pronuncio el nombre del señor Carter.

Mientras nos desplazamos hacia la Ciudadela, le echo un último vistazo al palacio. Los guardias corren de un lado a otro intentando extinguir los fuegos. Las torres de vigilancia, muchas de ellas de madera, arden envueltas en llamas. A Lathenia no se la ve por ninguna parte. Y tampoco a su nuevo amante, el rey Ricardo. Solo se ve a Marduke, tieso como una estatua. Sigue en el mismo sitio, hundido en el interior de su capa protectora, observando con el brillo feroz de su único ojo. Pero hay una diferencia. Ahora le cae un reguero de saliva de la boca, que es como un hocico, y por sus dientes amarillos se desliza un hilo de moco que le baja de la nariz.

En este momento comprendo que es un ser que ha perdido demasiadas cosas.

La expresión de su cara me acompañará durante mucho tiempo.

Es una expresión de locura.

Rochelle

La esfera sigue girando. Y mientras Arkarian la contempla, más inquieto a cada hora que transcurre, los demás seguimos con nuestra vida normal, aunque no sepamos ya muy bien lo que es normal. Por esa razón, ese lunes por la mañana voy sentada en el autobús de la escuela. En cierto modo me alegra que una parte de mi vida sea «normal». Últimamente me están pasando tantas cosas en mi otra vida terrenal, que es casi un alivio tener algo normal que hacer. Y desde mi regreso de Atenas, todos conocen mi nueva habilidad para verificar las lealtades y la maldición que ha pronunciado Lorian. ¡Una maldición, cielo santo! Es como si me hubiera marcado la frente con un hierro al rojo; no podría sentirme más aislada.

Al menos tuvimos éxito en nuestra misión en Atenas. La llave está ahora en manos de Matt.

El autobús se detiene ante las puertas de la escuela, y antes de apearme los veo: a Matt, Ethan e Isabel, formando un grupito. Cuando paso junto a los guardias de seguridad, Neriah también está con ellos. Parece más pálida de lo habitual, aunque ya me he enterado de lo que le pasó.

Al menos Neriah es alguien con quien puedo identificarme: tanto su padre como el mío son unos monstruos. El mío está en la cárcel, que es donde debe estar, así que no tendré que verlo más: es el que está encerrado en una jaula.

Al pie de las escaleras, Dillon se acerca.

—Hola —dice—. Me he enterado de lo de la maldición. Esta sí que es buena —añade y suelta una risita—. Eso te hará muy popular.

¿Qué le ocurre esta mañana? Se muestra aún más cínico de lo habitual. Por un segundo siento el impulso de extender los brazos y tocarlo con las manos desnudas, pero me contengo.

—¿Qué te pasa? —le digo.

Clava la mirada en Neriah.

—¿Qué? ¿Has dicho algo?

Miro en la misma dirección que él y veo a Neriah hablando con Matt. A juzgar por el lenguaje corporal de este, algo ha pasado entre esos dos. Matt está tenso como un muelle y mira a todas partes menos a ella. A mi lado, Dillon no puede apartar la vista. Por supuesto, él también se ha dado cuenta. ¿Y quién no? Solo que los ojos de Dillon se han entornado de envidia.

Neriah apoya la mano en el hombro de Matt para hacer que la mire, y, a mi lado, Dillon se pone más verde que una rana cubierta de musgo. Comienza a alejarse, y no hace falta leerle el pensamiento para saber adónde se dirige ni lo que le ronda por la cabeza.

Intento hacerlo volver.

—¡Eh, espera!

Sigue andando. Esto solo puede traer problemas.

—¡Dillon, para! —Vuelvo a llamarlo.

Sigue avanzando con paso resuelto hasta plantarse delante de Matt.

—¿Qué pretendes? —le espeta.

Matt parece sorprendido y mira a los lados, como preguntándose si Dillon habla con él o con alguien que está junto a él.

—No pretendo nada. ¿Qué te pasa, Dillon?

—¿Qué me pasa, dices? Que me doy perfecta cuenta de lo que te traes entre manos. ¡Mientras yo estaba lejos, me has quitado a Neriah!

Neriah se queda boquiabierta.

—Dillon, creo que te estás equivocando. Vamos a algún sitio tranquilo y charlemos.

Se la queda mirando, y aunque desde mi posición no puedo ver la cara de Dillon, su expresión hace recular a Neriah.

—Esto es entre Matt y yo —dice Dillon apretando los dientes.

Isabel y Ethan vuelven la cabeza para escuchar. Otros chicos que están por ahí también los miran.

Neriah comienza a objetar algo, pero Matt levanta la mano para impedir que se acerque.

—Mira, Dillon, yo no he intentado nada con Neriah.

Dillon suelta una risa burlona.

—¡No, claro! ¡Solo la has mirado y ella se ha quedado prendada de ti!

Los dos se vuelven hacia Neriah, cuya piel pasa de un rosa pálido a un rojo sangre. Hace ademán de hablar, pero no le sale ninguna palabra.

Matt intenta que Dillon se calme.

—Te digo que no he hecho nada a tus espaldas. Debes creerme.

Dillon está hecho un basilisco.

—Pues no te creo. Tengo ojos para ver, y no me engañan. —Le propina un empujón a Matt, que sale despedido hacia atrás y choca contra el banco que ocupan Ethan e Isabel. Los dos se apartan.

Ha sido un golpe fuerte, demasiado fuerte para lo que ha parecido un empujoncito. Recuerdo que uno de los poderes de Dillon es la fuerza.

Matt se pone en pie con la cara enrojecida.

—Escúchame. Neriah no es de tu propiedad. Ni de nadie. Ella toma sus propias decisiones.

—¡Eso es cierto! ¡Y me había elegido a mí, hasta que apareciste tú y me la quitaste! —Esta vez Dillon arremete contra el vientre de Matt, que vuelve a caer hacia atrás, sin aliento—. ¡Levántate! —grita—. Vamos. Levántate y pelea. ¿O tienes miedo?

Matt se incorpora, y hay que decir en su favor que alza las manos en un gesto pacífico. Pero Dillon no hace caso y le lanza un directo a la mandíbula. Matt sale despedido otra vez, aterrizando sobre unas bolsas y arrastrando el banco varios

metros.

—¡Dillon! —grita Isabel, al tiempo que me llegan con fuerza los pensamientos de Ethan. Él también sabe que Dillon está colado por Neriah. Al parecer todos lo saben. Pero Matt no ha hecho nada malo, y Ethan no se puede creer lo que está haciendo Dillon, y en público.

Se acerca a él y lo sujeta por detrás.

—Tranquilo, ¿eh?

Dillon sacude los hombros y Ethan cae como una mosca.

Cuando Matt se pone en pie, Neriah intenta calmar a Dillon.

—Ya has dejado clara tu postura, Dillon. Ahora solucionaremos esto sin violencia. Ven conmigo y hablemos.

Pero Dillon está fuera de control. Aparta a Neriah con la mano, decidido a ajustarle las cuentas a Matt, pero el poder que late en su interior es demasiado fuerte: el empujón que le da a Neriah la hace caer al suelo. Matt se pone hecho una furia.

Se ha formado un grupo alrededor de él, y todos se burlan de ellos. Los guardias de seguridad lanzan alguna mirada, pero no se les ve muy dispuestos a abandonar su lugar junto a la verja. Matt se acerca a Dillon con los puños apretados, le lanza un directo a la barbilla, y ahora es Dillon el que sale despedido hacia atrás, aterrizando encima de Ethan, y derribándolo otra vez. La gente empieza a vitorear y abuchear.

Busco con la mirada al señor Carter. Alguien tiene que parar esto. Sabiendo que uno de sus poderes es el de tener un oído increíble, pronuncio su nombre. Si está en el recinto de la escuela, acudirá.

Nada.

—Vamos, señor Carter, ¿dónde está? —Si no viene pronto e interrumpe esto, será demasiado tarde, si es que no lo es ya. La pelea se hace más intensa a medida que siguen intercambiando golpes. Los guardias de seguridad deciden por fin que el asunto es lo bastante serio como para intervenir. Empiezan a apartar a los chicos que rodean a los contendientes para llegar a los dos del centro.

Pero el profesor que está de guardia, el señor Trevale, el subdirector, llega primero.

—¡Eh! ¡Chicos, basta ya!

Se interpone entre ellos, poniendo una mano en el pecho de cada uno para separarlos. Los dos se quedan quietos y se miran fijamente, hasta que Dillon hace un movimiento para volver a la carga. Pero el señor Trevale le chilla:

—¡Ya está bien!

Por fin aparece corriendo el señor Carter, y cuando ve que quienes se pelean son Dillon y Matt, casi se le salen los ojos de las órbitas.

—¿Qué está pasando aquí?

El señor Trevale mira a Dillon y Matt, asegurándose de que la situación está controlada y no van a asestarle un puñetazo en la cabeza.

—No tengo ni idea, señor Carter, pero voy a averiguarlo. ¡Vosotros dos, id a mi

despacho ahora mismo!

Matt intercambia una rápida mirada con el señor Carter, quien asiente de manera casi imperceptible.

—Yo me encargo de esto, Bob. Conozco a estos dos chicos.

El señor Trevale le da vueltas al asunto; sus pensamientos me llegan con claridad. Tiene clase dentro de pocos minutos y luego le espera un montón de trabajo en su despacho, lo que le mantendrá ocupado casi toda la mañana.

Suena el timbre y todos rezongan. Trevale lanza una mirada severa.

—Ya habéis oído el timbre, así que todos a clase.

Carter hace otro intento.

—Ahora no tengo clase. Llegaré al fondo de esto.

El señor Trevale por fin cede.

—No hace falta decir que están castigados, Marcus. —Lanza a Dillon y Matt una mirada de reprobación—. A lo mejor incluso habría que expulsarlos. Ya lo discutiremos esta tarde. Estáis en el último curso. ¡Deberías saber que esto no es manera de comportarse!

Al final todos regresan a sus respectivas clases. El señor Carter sacude la cabeza, disgustado. Normal.

—Id a mi despacho. Vamos a tener una pequeña conversación.

Dillon echa a andar con la cabeza gacha, como si no pudiera creerse lo que acaba de hacer. Vuelvo al lugar donde he dejado mi mochila, con la intención de ir a clase, pero, justo cuando me la echo a la espalda, oigo que Matt le dice al señor Carter:

—Quiero que Rochelle también venga.

Carter le lanza una mirada airada. Está claro que no entiende por qué.

—Es importante, o no se lo pediría —añade Matt.

Carter me llama.

—Matt quiere que tú también vengas a mi despacho.

—¿Para qué?

—Quiero que verifiques la lealtad de Dillon —dice Matt en voz baja.

—¿Qué? ¿Hablas en serio? ¿Por qué?

—Ya has visto lo que ha pasado. Dillon comenzó la pelea sin pensar en las consecuencias. El Tribunal se preguntará si inició la pelea a propósito para desvelar mi identidad o la de todos. Verificar su lealtad será la manera más rápida de que todo el mundo se quede tranquilo.

¡No puedo creer que esto esté pasando! ¡Maldito Dillon y maldito su carácter!

—Matt, no me pidas que lo haga.

—No entiendo por qué te supone ningún problema. Lo hiciste con todos los miembros del Tribunal. Eso no debió de ser muy fácil.

—No lo fue, pero... Dillon es uno de nosotros. No lo veo bien. Me odia.

«¡Igual que todo el mundo!».

Un pensamiento que se ha escapado y que pende entre nosotros. Por un momento

no sé de qué cabeza ha salido, si de la mía o de la de Matt.

El señor Carter nos urge.

—Más vale que prosigamos esta conversación en la privacidad de mi despacho.

Sin apartar los ojos de mí, Matt enarca las cejas, instándome a acceder.

—Muy bien, lo haré. Pero tiene que ser ahora, y solo con el señor Carter como testigo. No quiero humillar a Dillon delante de los demás. ¿Entendido?

Matt lo consulta con Carter.

—Muy bien. Los demás profesores no volverán hasta dentro de una hora. De todos modos, será mejor que nos demos prisa.

El despacho es pequeño; en él se aprietan tres escritorios, y hay pilas de libros por todas partes. Las paredes están cubiertas de estanterías y archivadores colocados al azar. Dillon ya está ahí, estirado en la silla reclinable del señor Carter.

—¿Por qué habéis tardado tanto? —Me ve y se incorpora—. ¿Qué está haciendo ella aquí? —Lo comprende al instante—. Oh, no, no dejaré que me toque sin guantes. No podéis hacerme esto. Quiero ver a Arkarian.

Carter se sienta en otra silla y la hace rodar hacia su escritorio. Su cara y la de Dillon quedan a un centímetro de distancia.

—¿Tienes algo que ocultar, Dillon?

—¡No!

—Después del numerito que has montado ahí fuera, ¿qué crees que van a pensar los demás? Para empezar, la fuerza que has exhibido parecerá sospechosa. El Tribunal se pondrá furioso. Incluso puede que exijan un juicio. Y lo mínimo que van a pedir es que Rochelle verifique tu lealtad. De manera que puedes elegir: hacerlo aquí, delante de Matt y de mí, o en el Círculo, con Lorian y todos los miembros del Tribunal mirando.

Dillon refunfuña, pero en realidad es un signo de resignación. Carter echa la silla hacia atrás y baja la persiana. Matt asiente con la cabeza para que proceda. Rodeo una cartera cuyo contenido está medio derramado por el suelo, junto a una papelera, y me sitúo detrás de Dillon. No sé por qué, pero no quiero que me mire a la cara mientras lo hago. Me siento como si lo traicionara, y es una sensación que no me gusta. Me quito un guante con los dientes. Una serie de chisporroteos eléctricos bajan en zigzag desde la muñeca hasta cada uno de los dedos.

Dillon lo oye, probablemente incluso lo siente, y aparta la cabeza.

—¿Qué demonios...? El señor Carter suelta un quedo silbido.

Matt frunce el entrecejo.

—Tu poder está aumentando. ¿Te duele? Me encojo de hombros, quitándole importancia a lo que me pasa en las manos, aunque el dolor me tendrá despierta toda la noche.

—Los dolores son algo más fuertes desde que Lorian aumentó mi capacidad de Vidente.

Se oye un ruido en el vestíbulo y Carter mira su reloj.

—No deberíamos hacer esto aquí. Tendremos que darnos prisa y no levantar la voz.

Dillon, vacilante, echa la cabeza atrás.

—Si me quemas el pelo tendrás que pagarme...

—Cállate, Dillon —dice Matt.

Cuando todos se han callado, cierro los ojos y concentro la respiración: lenta, regular, aspirar, espirar. Cuando me siento preparada, coloco las manos sobre la cabeza de Dillon, posando los dedos en su frente con suavidad. Enseguida aparece la imagen de una llama que arde con furia. Me sorprende y me echo atrás, juntando las manos.

—¿Qué pasa? —dice Dillon, inquieto.

Los otros me lanzan una mirada inquisitiva y niego con la cabeza.

—No es nada, solo que esta vez la visión ha sido más intensa. Lorian ya me dijo que podía ocurrir.

Me concentro de nuevo y hago otro intento. Esta vez la llama brilla con la misma furia y fijo mi atención en ella buscando la causa de esa intensidad. Pronto aparece una imagen del núcleo, y veo que la cólera de Dillon es producto de que se siente engañado. Engañado por Matt. Cree que este ha manipulado a Neriah para que se enamorara de él cuando Dillon estaba haciendo su terapia de readaptación para ingresar en la Guardia. También veo duda y dolor causados por que Neriah prefiera a Matt antes que a él, pero a más profundidad está el dolor de su infancia, la soledad de vivir con unos padres que solo pensaban en sí mismos. Pero no es esto lo que busco. Me abro paso entre toda esa hostilidad hasta lo más profundo de la llama. Por fin lo veo.

Abro los ojos y aparto la mano de la cabeza de Dillon. Este echa la silla hacia atrás y se vuelve para mirarme. Los tres me observan fijamente, a la espera de mi veredicto. Me dispongo a decirles lo que he visto, cuando de repente se abre la puerta. Rápidamente me llevo la mano a la espalda y forcejeo con el guante para volvérmelo a poner.

Es el señor Trevale, que parece tener prisa.

—Se me ha ocurrido pasar un momento por aquí para ver si todo iba bien. —Me ve y frunce el entrecejo—. ¿Qué estás haciendo aquí, Rochelle?

Sin saber qué decir, me vuelvo hacia el señor Carter, que dice:

—Bueno, Bob, resulta que... esto... Rochelle también está envuelta en esta disputa.

—¿A qué te refieres, Marcus? ¿Hasta qué punto?

—Bueno... —Ahora parece que es Carter el que no sabe qué decir.

Trevale decide dar su propia versión de los hechos. Mira a Dillon y Matt.

—¿Os estabais peleando por las atenciones de una chica?

Bueno, en realidad así era, solo que la chica no era yo. Los dos gruñen y asienten, como dándole la razón.

Trevalde suelta un sonido de mofa.

—Debería haberlo imaginado. ¡Los muchachos de diecisiete años y sus hormonas! —Comienza a alejarse de la puerta—. Bueno, os veré a los tres esta tarde, cuando os quedéis castigados a la salida, ¿verdad?

En cuanto la puerta se cierra, me vuelvo hacia Carter.

—¡Eso no es justo, señor! ¡No tiene derecho a castigarme a la salida de clase!

El refunfuña y se encoge de hombros.

—¿Qué quieres que haga, Rochelle? ¿Ponerme a discutir con el subdirector? ¿Hacer que se fije aún más en ti, en Matt y Dillon?

Cruzo los brazos para intentar calmarme y murmuro en voz baja:

—Podría haber dicho algo en mi favor.

Nos quedamos en silencio. Naturalmente, el señor Carter tiene razón. No voy a ponerme a discutir por tener que quedarme castigada esta tarde, pero sigue pareciéndome injusto.

El señor Carter me recuerda la verdadera razón por la que estoy aquí.

—Rochelle, antes de que nos interrumpieran, estabas a punto de decir algo.

Hago un gesto con la mano.

—Dillon es leal a la Guardia.

—Eso podría habértelo dicho yo —farfulla Dillon.

El señor Carter quiere que se lo confirme.

—¿Estás segura? ¿No hay ninguna duda?

—Está limpio, por así decirlo. No hay duda acerca de su decisión de formar parte de la Guardia.

Matt asiente con la cabeza y una sonrisa relaja la grave expresión que mantenía.

—Y en lo que respecta a Neriah... —dice Dillon con el cuerpo tenso—. Tú sabías lo que sentía por ella antes de que me metieran en aquella habitación segura.

Matt le espeta:

—Solo te lo diré una vez más: Neriah no me interesa.

—Pues a mí no me lo parece.

—Ahora no quiero tener ninguna relación —replica Matt, tajante.

—Bueno, pues creo que ella está colada por ti —murmura Dillon.

—Pues yo no lo sabía. No ejerzo ningún control sobre lo que Neriah piensa o siente. Pero a ella ya se lo he dejado claro. ¿Entendido?

—¿Tu palabra es de fiar, Matt?

—¿Cuánto hace que somos amigos?

Dillon asiente con la cabeza, al parecer satisfecho.

—Entonces prométeme que no irás detrás de ella.

Matt aparta la mirada y reflexiona sobre el reto que este le ha lanzado. El señor Carter dice en voz baja:

—Ojo con lo que prometes, Matt.

Pero él no tarda en tomar una decisión.

—Tienes mi promesa. No intentaré nada con Neriah.

Dillon se pone en pie y le da una palmada en la espalda.

—Eres un colega de verdad. ¿Lo sabías?

Dillon se siente feliz. Bueno, ¿y por qué no iba a estarlo? Tiene el campo libre para intentar conquistar a Neriah. Pero la promesa de Matt me deja un tanto inquieta, pues sé que él no hace promesas a la ligera. Creo que esta va a ser la más difícil de cumplir de todas las que ha hecho.

Dillon es incapaz de estarse quieto.

—¿Podemos irnos, señor Carter?

Carter se dispone a indicarnos que nos marchemos, pero de pronto exclama:

—¡Esperad! Que nadie se mueva. —Cierra los ojos, y se queda así unos momentos.

Siento un cosquilleo en la espalda. El señor Carter no es un Vidente, pero es obvio que dispone de algún medio que lo mantiene en contacto con Arkarian. Al final abre los ojos y dice:

—Esta noche hay una misión.

—¿La esfera? —pregunta Matt—. ¿Ha dejado de girar?

—Sí.

El cosquilleo que sentía en la espalda se convierte en un escalofrío.

—¿En qué año se ha parado?

Carter levanta la mirada. Tiene los ojos como platos, redondos y vidriosos.

—Nueve mil quinientos noventa y seis... antes de Cristo.

—¿Cómo es posible? —susurra Dillon.

Matt arruga la frente.

—Eso no tiene sentido. Es la prehistoria. ¿Qué ciudad será?

El señor Carter responde con tono sobrecogido:

—Solo puede ser la Atlántida.

Matt

Tengo que ver a Arkarian, y deprisa. Pero primero he de cumplir el castigo. ¡Me han hecho quedarme después de clase! Cuarenta minutos de «silenciosa contemplación», en palabras del señor Trevale, mientras él se dedica a corregir deberes delante de mí. A los pocos minutos entro en trance. Desde que estuve con Dartemis, he aprendido lo relajante que es la meditación y lo mucho que repone. A Dillon sin duda le iría bien. Desde que estamos aquí no ha parado de mover los brazos y dar golpecitos en el suelo con el pie. En este momento tamborilea con los dedos sobre la mesa.

Sentada delante de él, Rochelle se vuelve.

—¿No puedes estarte quieto? ¡Me estás volviendo loca!

—Pero Roh, esto es una pérdida de tiempo.

—Ya lo sabemos, Dillon, pero no hace falta que lo conviertas en una sesión de tortura.

Siento un momento de simpatía por Rochelle. Está castigada por mi culpa, porque utilicé su poder para verificar la lealtad de Dillon. La utilicé a pesar de que ella me dejó muy claro que eso la incomodaba mucho, y ahora la han castigado injustamente. ¡Lo siento! El pensamiento va de mi cabeza a la suya.

De momento no reacciona, y me pregunto si me ha oído. Se vuelve lentamente. No dice nada, ni me devuelve ningún pensamiento, pero su expresión me dice que mi pensamiento espontáneo ha hecho mella. Le brillan los ojos. Rápidamente aparta la mirada.

El señor Trevale suelta un gemido afectado y mira su reloj con gesto aparatoso.

—Podéis iros.

Aliviados, nos ponemos en pie y recogemos nuestras mochilas, pero antes de que nos vayamos nos hace una última advertencia.

—No quiero volver a veros comportándoos de ese modo, chicos. Y ahora marchaos. Estoy seguro que tenéis cosas más interesantes que hacer que estar castigados en la escuela.

Salimos a toda prisa, pero, en cuanto el señor Trevale ya no puede oírnos, Dillon pregunta:

—¿Sabéis dónde Ethan entrena hoy a Neriah? —Consulta su reloj—. ¿Creéis que me lo he perdido?

Rochelle niega con la cabeza.

—Están en las salas de Arkarian —le digo—. Pero es a puerta cerrada. No se admiten espectadores. Y puesto que allí dentro están protegidos, ni siquiera necesitan a Rochelle.

—Muy bien, pues —murmura, pero es evidente que quiere saber más—. Y ahora, ¿dónde vive? Quiero decir, desde que destruyeron su casa.

Esto no va a gustarle, pero no hay otra manera de decirlo.

—Está en casa de... Isabel.

—¿Ah, sí? —Entonces cae en la cuenta—. ¡Pero eso significa... que vive en tu casa!

—Sí, bueno, Arkarian cree que en este momento es el mejor lugar para ella.

—¿Contigo? ¡Mira qué bien!

—También está Jimmy, por si surge algún problema.

—No lo puedes tener mejor, ¿verdad?

Me pongo de mal humor y lo agarro de la pechera de la camisa, tirando de él hasta que mi cara queda justo delante de la suya.

—Te he hecho una promesa. Eso es todo lo que tienes que recordar.

Rochelle interpone sus manos y nos separa.

—¡Dejadlo ya! ¿Es que queréis volverá a meteros en líos?

Nos separamos y Rochelle comienza a retroceder.

—Me voy de aquí —dice.

Sale por la puerta principal casi corriendo. Trevale abandona en ese momento su despacho y se dirige al aparcamiento. Nos ve y frunce el entrecejo.

—¿Todo bien, chicos?

Es suficiente para ponernos en marcha... en direcciones distintas. Dillon va tras Rochelle y yo me encamino hacia la puerta de atrás. Tengo que ver a Arkarian, y ya llego tarde.

Recorro los patios desiertos de la escuela preguntándome por qué hoy estoy tan irritable. Esta mañana he perdido el control, y bueno, casi vuelvo a perderlo hace unos momentos. ¿Qué me está pasando? No tardo en comprenderlo: no me extraña que Lorian considerara que la única manera de ser un gobernante justo e imparcial fuese librándose de las emociones masculinas y femeninas. ¡Bueno, yo no pienso llegar tan lejos! De todos modos, lo comprendo. El corazón es un territorio extraño. Y también un importante punto débil.

La puerta secreta que lleva a las salas de Arkarian desaparece en cuanto la atravieso. Dentro reina una sensación de urgencia; la percibo mientras recorro el pasillo.

—Bueno, ya estás aquí —dice Arkarian en cuanto me ve—. Ven y mira esto.

Desde cerca, la esfera es algo increíble. Muestra una antigua ciudad, con unos edificios singulares, contruidos con piedra blanca y adornados con rojos y dorados. Casi todos son altos, y en las fachadas principales tienen columnas redondas. Arkarian hace girar la esfera y la ciudad se ve a mayor escala. Las calles, adoquinadas y decoradas con vidrios de colores y arañas de cristal, resplandecen bajo un sol brillante. La ciudad queda dividida en dos por un canal de ondulante agua marina. A juzgar por los barcos y canoas que navegan por él, es evidente que se utiliza para el comercio y el deporte. Hay gente por todas partes, vestidos con largas túnicas y unos extraños sombreros que parecen turbantes. Arkarian hace girar la esfera otra vez, y la ampliación se centra en un edificio increíble, más alto que todos

los demás y con columnas de mármol en su fachada.

Arkarian me explica:

—Este es el templo que tenéis que encontrar. En una de sus cámaras subterráneas hay una esfera muy parecida a esta, solo que tan pequeña que cabe en la mano. — Arkarian se asegura de que lo miro antes de proseguir—: Consíguela, Matt. Esa esfera debe hundirse, junto con toda la ciudad, en el fondo del océano. ¿Lo entiendes?

—¿Por qué es tan importante esa esfera?

—Funciona de manera muy parecida a la que hay en mi sala principal, solo que, mientras esta encuentra el pasado, la esfera de la Atlántida se proyecta hacia el futuro.

Su explicación me deja un momento sin habla.

—¿Estás diciendo que...?

—Esa esfera fue el último instrumento tecnológico inventado por los sofisticados habitantes de la Atlántida antes de que los terremotos y los tsunamis destruyeran su isla. Solo la utilizaron una vez, en su fase de prueba, de modo que sabemos que funciona. Ahora Lathenia la quiere.

—Siento no entenderlo, pero... ¿de qué le serviría a Lathenia ver el futuro, si todavía no ha ocurrido?

—Se avecina la batalla final por el control de los reinos. Está más cerca de lo que... —Hace una pausa, y su gesto serio me provoca un escalofrío en la espalda— más cerca de lo que queremos reconocer. Y con esta herramienta, Lathenia no solo podrá ver el futuro, sino que posiblemente tendrá acceso a él.

—O sea que si pudiera ver la batalla, cómo va a desarrollarse, podría colocar sus defensas para cambiar el resultado.

—Y aún no lo sabes todo, Matt. Hay otra razón por la que la esfera debe hundirse en el océano. No estoy seguro de cuánto sabes, de modo que voy a explicártelo.

—Adelante, Arkarian.

—La Atlántida era una sociedad avanzada. Demasiado avanzada para su época, e incluso para la ciencia actual. La tecnología que ellos crearon aún no ha sido inventada.

—¿Y ese es el motivo por el que la maquinaria de esa antigua ciudad tiene que seguir oculta?

—Exacto. Aún no ha llegado la hora de que se conozca. Nuestro mundo no está preparado. Eso alteraría el equilibrio natural. Ninguna nación puede tener acceso a esa clase de poder. Todavía no, y así ha de continuar durante mucho tiempo. La esfera de la Atlántida es el instrumento tecnológico más poderoso que inventaron. Y se perdió cuando se hundió la Atlántida.

—Pero ¿cómo podremos protegerla?

Arkarian pasa la mano por encima de su esfera y esta gira, mostrando la misma hermosa ciudad, solo que ahora sumida en el caos. Una cortina de cenizas y humo espeso no permite ver casi nada. Bajo esa nube letal, la gente corre frenética, algunos

empujando carros con sus pertenencias. Los animales, elefantes incluidos, pisotean a aquellos que no se apartan del camino a tiempo. Un fuerte retumbo sacude la tierra, y todos se agarran unos a otros, presas del pánico. Algunos rezan abiertamente, mientras otros los empujan en sus prisas por escapar de la ciudad. Casi todos parecen encaminarse a una lejana cadena montañosa.

—Los tres últimos días han sido caóticos, pero hoy se ha abierto el portal, y por tanto es el día que se hundirá la Atlántida. Mira eso. —Arkarian señala una elevación del paisaje, coronado por un volcán en erupción que vomita un torrente de lava y fuego—. Tendrás que ir al templo y asegurarte de que la esfera se hunde con la ciudad. Una vez cumplida tu misión, deberás salir antes de que el mar te succione también. Recuerda que lo único que tienes que hacer es pronunciar mi nombre. Estaré controlando tus pasos todo el tiempo. Te oiré en cuanto me llames. Por lo que he podido averiguar, la Orden encomendará la misión a dos enviados especiales. Uno es Lathenia en persona.

—Estupendo.

—El otro es un desconocido. Pensamos que se trata de una joven con muchas habilidades. Quienquiera que sea, está resultando imposible de localizar. De modo que sugiero que te lleves contigo a dos aliados.

Intento decidir quiénes serían los mejores, pero todavía soy un novato en estas cuestiones.

—¿Quiénes crees que serían los más idóneos?

—Considerando la seriedad de la misión, y el hecho de que te diriges a una sociedad avanzada sumida en el caos, lo ideal sería un hombre y una mujer, los dos Videntes y dotados de alas. Dos de vosotros os encargaríais de Lathenia y su lugarteniente, y el otro de asegurar la esfera.

Repaso en silencio la lista miembros de la Guardia y sus poderes. Ethan tiene alas, pero no es Vidente, al igual que Jimmy y Shaun. El señor Carter ni tiene alas ni es Vidente. En cuanto a las chicas, Neriah aún está familiarizándose con sus poderes, y ni siquiera sé cuáles son. No estará lista. Y ni Isabel ni Rochelle tienen alas.

—Si no puedo llevarte conmigo, Arkarian, entonces no hay nadie que cumpla los requisitos.

—Ethan no es Vidente pero tiene alas, y sus poderes de ilusionista podrían serte de mucho provecho en la Atlántida.

Unos pasos a mi espalda hacen que me vuelva.

—Bueno, aún no tengo mis alas, pero soy Vidente.

Es Rochelle. Arkarian debe de haberle pedido que viniera, sabiendo que formaría parte del equipo.

Más pasos y Ethan entra en la habitación.

—Bueno, ¿adónde vamos?

—A la Atlántida —le digo—. En su último día de existencia.

Rochelle

Aterrizamos en una habitación de La Ciudadela, uno tras otro. Matt es el primero, mientras que Ethan llega un momento después de mí. Miro alrededor y, como siempre, me asombra la habitación que la Ciudadela elige para nosotros. Esta es oscura, cubierta de sombras, y el aire es denso y húmedo.

—¡Mira eso! —dice Ethan.

Me vuelvo y veo movimiento en la pared. Es una especie de enredadera que extiende rápidamente sus tentáculos hacia arriba y a través del techo. En unos segundos se vuelve tan densa que los zarcillos comienzan a caer sobre nosotros.

—Esta habitación es escalofriante —dice Ethan.

Matt está de acuerdo.

—Salgamos de aquí y consigamos nuestras identidades.

Seguimos a Matt por una escalera que desaparece a medida que avanzamos, y llegamos a una habitación en una de cuyas paredes hay un armario lleno de ropa. Acabo enfundada en unos pantalones amarillos y una túnica larga a juego, ambas prendas de seda fina. En torno a la cintura llevo una faja dorada como la que me dieron en mi Iniciación. Una trenza me cae por la espalda casi hasta los muslos. Echo un vistazo a uno de los muchos espejos que hay, y veo que mi cara tiene también otro aspecto, más tierno de lo habitual.

Matt y Ethan visten pantalones y túnicas similares, pero de color blanco. Matt lleva ahora el pelo corto, con reflejos rojos, mientras que el de Ethan es negro y tupido. Aunque vamos disfrazados, nuestros ojos, por supuesto, siguen siendo los mismos. Ethan me mira fijamente, como si no fuera capaz de apartar la vista de mí. Matt se da cuenta y sacude la cabeza.

Su actitud negativa me irrita.

—El hecho de que nuestra relación acabara mal no implica que todas acaben del mismo modo —le digo—. ¿Cuántas veces quieres que me disculpe por lo que te hice?

Matt está a punto de replicar, pero no lo dejo.

—¿Quién sabe qué pasará ni cuánto vivirá ninguno de nosotros?

Ahora me mira con perplejidad.

—¿De qué estás hablando?

Sin pretenderlo, mis dudas acaban aflorando.

—Oh, vamos, todos hemos leído la Profecía.

—¿Y qué? No te entiendo.

—«Pero atención, dos últimos guerreros provocarán dolor, así como satisfacción...» —le recuerdo.

—«De la desconfianza uno saldrá bien librado; el otro, imbuido de maldad» —continúa Ethan.

—¿Ah, sí? —pregunta Matt.

—«El uno resultará vencedor; y el otro vencido al encontrar la muerte» —

concluyo.

—¿Y crees que esta última parte se refiere a ti? —En mi Iniciación me entregaron una túnica—. Tiro de la faja que me ciñe la cintura. —Una de color morado con una faja dorada como esta.

—No sé adónde quieres ir a parar, Rochelle.

—El morado es el color del sacrificio —explica Ethan.

Por primera vez en mucho tiempo, Matt me mira sin desdén ni burla.

—No vas a morir, Rochelle. Ni se te ocurra pensarlo.

Pero sus palabras son solo palabras, y me consuelan muy poco.

—¿Cómo lo sabes? ¿Acaso puedes ver el futuro?

Vacila un momento.

—Claro que no, pero tampoco puede verlo el Tribunal. Ni siquiera Lorian tiene ese poder.

Siento una fugaz calma. Como no quiero que Ethan oiga lo que voy a decirle a Matt, le hablo en pensamientos. «A Ethan no le intereso, de modo que no tienes que preocuparte de que pueda corromperlo ni romperle el corazón. Pero si existiera la menor oportunidad de que... de que al menos podamos ser buenos amigos, por favor no la estropees».

Se abre una puerta y caemos en la cuenta de que llevamos allí demasiado tiempo. Matt no me contesta. Supongo que al menos se está replanteando mi petición.

Salimos de la habitación y subimos por otra escalera que desaparece a nuestro paso, seguida de otra y otra. Al final llegamos a los niveles superiores e inmediatamente se forma una abertura en la pared de enfrente. Nos acercamos, y los tres nos quedamos mirando lo que surge debajo de nosotros. Hay una buena caída, justo en medio del más completo caos. Resuenan los truenos en las calles sembradas de pánico, mientras los edificios se derrumban con una fuerza estremecedora. Animales y personas corren por igual como despavoridos, intentando alcanzar las lejanas colinas. Desde aquí es difícil verlas, pues están cubiertas por una gruesa capa de nubes y ceniza. Un edificio se desmorona de pronto justo debajo de nosotros: argamasa, ladrillos y losas de mármol se desperdigan en todas direcciones antes de hundirse lentamente en un enorme agujero que se ha abierto en la tierra. Y lo más alarmante es que el agujero se llena rápidamente de burbujeante agua de mar. Otra explosión, y la otra mitad de la calle desaparece bajo las aguas. Una cebra atrapada en el borde intenta trepar inútilmente.

Siento que Matt y Ethan intercambian una mirada por encima de mi cabeza. Levanto los ojos y ellos comparten conmigo su preocupación. Matt es el primero en recobrar la compostura.

—Arkarian nos dejará lo más cerca posible del templo, de modo que no tendremos que caminar mucho por la calle.

Ethan asiente.

—No nos perderá de vista.

—Solo tenemos que pronunciar su nombre...

—No tiene sentido prolongar esto y ponernos más nerviosos. Saltemos. Pero debemos procurar no separarnos. No sería bueno que acabáramos cada uno en un extremo de la ciudad.

Saltamos a la de tres... y aterrizamos sobre una serie de escalones de piedra que tiemblan y se parten a nuestros pies.

—¡Corred! —grita Matt—. Por aquí.

Los escalones conducen al templo que alberga la esfera que buscamos. Ayudándonos a mantener el equilibrio, comenzamos a subir.

—¡Cuidado! —chilla Ethan de repente.

Una de las enormes columnas de mármol se está partiendo. Subimos a todo correr hacia lo alto de la escalinata, mientras las rocas caen a derecha e izquierda, desmenuzándose en pequeños fragmentos.

—Tenemos que entrar —grita Matt.

Pero delante de nosotros se produce una explosión que sacude la tierra junto con los restos del templo. El corazón se me desboca. Una nube de fuego gaseoso comienza a formarse en lo alto de las escaleras. Sin siquiera un segundo para pensar, nos precipitamos a cuatro patas en el interior del templo. La bola de fuego derriba las columnas delanteras que aún se mantienen en pie, y las llamas que desprende se abalanzan hacia nosotros como dedos de oro líquido.

Matt es el primero en levantarse.

—Rápido... por aquí.

Corremos detrás de él. Al menos conoce el camino. Aricarían nos lo enseñó cuando estábamos en sus habitaciones; sin embargo, ahora, entre estos escombros, todo parece diferente. Sabemos que debemos bajar varios niveles. Seguimos a Matt, pero los pasillos se llenan de ceniza, humo y bolsas de gas que dificultan la respiración. Los ojos me escuecen.

—¡Seguidme! —Matt echa a correr y dobla una esquina.

Tras otra explosión, las paredes de ambos lados se estremecen y comienzan a desmoronarse. Una se derrumba por completo. Ethan y yo corremos a toda prisa, escapando justo a tiempo de una gruesa losa de mármol que se hace añicos detrás de nosotros formando una densa nube de polvo.

—¡Aquí abajo! —grita Matt desde el fondo de unas escaleras.

Allí topamos con una puerta cerrada. Matt la recorre con la mano, buscando una entrada.

—Estupendo —dice Ethan, y me mira. Está pensando si mis manos podrán encontrar la cerradura secreta. Lo conseguirán. Puede que nos hallemos dentro de cuerpos diferentes, pero seguimos transportando nuestras almas. Y eso significa también nuestros ojos, y, naturalmente, nuestros poderes.

Me quito los guantes.

—Apartaos.

Matt y Ethan retroceden y yo apoyo las manos en la puerta. Está hecha de un metal que no logro identificar, como si no existiera en la Tierra. Solo debía de conocerlo esta gente. Posee propiedades parecidas al cobre y el latón, pero es más fuerte que los dos combinados. La puerta tiene unos treinta centímetros de grosor.

Muevo las manos y casi al instante encuentro un punto débil.

—Aquí.

Retrocedo. Matt se acerca a la puerta y cierra los ojos. Oigo su pensamiento, una palabra: «Ábrete». Un leve chasquido y la puerta se desliza sin hacer ruido.

Parece una celda. No hay ventanas, y las paredes están hechas del mismo extraño metal que la puerta. El suelo es de mármol. En el centro de la habitación solo hay un mueble: una vitrina sobre una losa blanca. Una luz da directamente sobre el cristal, revelando una esfera dorada no mucho mayor que una mano.

Nos acercamos y vemos que la esfera está suspendida en el aire y gira lentamente. Me maravillo de que pueda desafiar la gravedad de este modo.

De pronto, la puerta de la bóveda se cierra de golpe y me asalta la inquietud, al punto trocada en puro miedo *cuando* veo aparecer a Lathenia. Como dijo Arkarian, la acompaña una muchacha de mi edad. Aunque Lathenia nunca se molesta en disfrazarse, me percató de que la identidad de la joven está bien oculta. Lleva una túnica como la nuestra, pero negra. Se toca la cabeza con un pañuelo a modo de turbante, que solo deja al descubierto la ranura de los ojos. Podría ser cualquiera, incluso alguien que conozco de la escuela. Pero no intento averiguarlo. No tiene importancia, y Arkarian me advirtió que no me arriesgara a revelar mi identidad.

—Sospechaba que no tardaríais en llegar —dice Lathenia con tono sarcástico—. ¿Cómo es que, a pesar de que controlo los portales, siempre conseguís aparecer una fracción de segundo antes que yo?

—Muy sencillo —dice Ethan—. Somos mejores que tú.

Sus ojos plateados llamean.

—¿De verdad? Veremos lo bien que lo hacéis esta vez.

Mientras nos da conversación, da vueltas en torno a nosotros intentando descubrir nuestras identidades, ganando tiempo para averiguar quiénes somos. Sus siguientes palabras lo confirman.

—Y ahora, dejadme ver. ¿A quién tenemos hoy aquí?

Procuro no mirarla y mantener los ojos fijos en la esfera. Pero la Inmortal enseguida advierte que estoy nerviosa. Se acerca y me alza la barbilla con sus largos dedos. Aparto la cabeza, pero le ha bastado con un vistazo. Expulsa el aire siseando entre los dientes.

—Marduke te ha estado buscando. Te echa terriblemente de menos. No deberías haberte escapado así. Hay cosas que no deberías hacer si aprecias tu vida, querida. Volverás conmigo al lugar al que perteneces.

Matt se interpone entre nosotros.

—No es contigo con quien debe estar. Y tampoco esta esfera. —Intenta que deje

de fijarse en mí.

Los ojos de Lathenia se desvían hacia la esfera y, sin pensárselo dos veces, lanza la mano hacia la vitrina, rompiendo el cristal. Pero cuando intenta apoderarse de la esfera, esta comienza a girar de manera enloquecida y sale volando por la abertura, lejos de su alcance.

Sus ojos plateados lanzan destellos azules cuando se da cuenta de que la esfera ha desaparecido. Ethan, que ha utilizado sus poderes de animar objetos, tiene la esfera en las manos.

—¡Dame esa esfera! —ordena Lathenia con gesto amenazador.

Mentalmente, Matt me dice que regresemos. Doy un paso, pero atraigo la atención de Lathenia y sus ojos centellean hacia mí. Es el único signo de advertencia. Sus dedos despiden unos haces verdes y azules iridiscentes. Al igual que rayos láser, cruzan la habitación y me golpean, lanzándome contra la pared y dejándome allí clavada como si fuera una muñeca de trapo.

—¡Dadme la esfera o quemaré a Rochelle Thallimar de dentro hacia fuera! —Y a mí me dice—: Ahora que controlo el Reino Medio, si mueres tu alma irá exactamente donde yo quiero verla: a una eternidad de tortura.

Con una calma que nunca le había visto, Matt replica:

—Yo en tu lugar no lo haría.

—Explícate.

—Lorian ha pronunciado una maldición contra cualquier persona que intente matar a Rochelle.

—¿Una maldición?

—«Cualquiera que haga daño a esta niña y le cause la muerte, se transformará en piedra y morirá antes de que el sol se ponga».

Los ojos de Lathenia refulgen con un azul más intenso.

—¿Por qué iba mi hermano a proteger a una traidora?

Me retuerzo para escapar de sus rayos, para huir de Lathenia, pero cada vez que me muevo un dolor me quema por dentro.

—No es ninguna traidora a la Guardia —dice Ethan.

Lathenia aprieta los ojos, intentando averiguar la identidad de quien le habla.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—La conozco —dice con convicción inapelable. Procuero contener las lágrimas que asoman a mis ojos.

—¿De verdad? —replica Lathenia con sarcasmo—. No lo creo. ¿Puedes decirme dónde estaba ayer por la noche?

Lo veo al instante. Ha sembrado una duda. Es como el parpadeo de una llama viva que se transmite en el intercambio de miradas entre Matt y Ethan.

—Ah —dice Lathenia, como si supiera que ya ha ganado—. ¿Necesitáis pruebas?

—¡No la escuches! —grito.

—Mientes —le dice Ethan a Lathenia—. No tienes pruebas.

—¿Ah, no? Mira...

Sus ojos se desvían bruscamente a la izquierda y de repente surge una imagen en el aire, tan real como si la escena transcurriera ahí mismo, en esa habitación. En la imagen aparezo yo junto a Marduke. Él me habla al oído, inclinado hacia mí de una manera que podría malinterpretarse como excesiva amabilidad. Recuerdo bien la escena. Fue cuando le hice saber que sospechaba que era él quien había matado a la hermana de diez años de Ethan. En ese momento intenta convencerme de que no fue él. Utiliza todos sus poderes de persuasión, y me toca suavemente la mejilla. Al momento siguiente, le aparto la mano de un golpe y sigue una violenta discusión, pero Lathenia no nos deja ver esa parte.

Matt y Ethan se han quedado atónitos.

Intento protestar, pero Lathenia proyecta hacia mí otra descarga de energía de alto voltaje. Justo cuando estoy a punto de perder la conciencia, retira su ataque y caigo al suelo, tosiendo y boqueando.

Mientras Ethan y Matt están absortos en lo que acaban de ver, la joven que acompaña a Lathenia comienza a girar como un remolino y alcanza una altura asombrosa. De pronto cae sobre Ethan y le lanza una patada a los riñones. Gira de nuevo, tan rápido que parece una mancha fugaz. Vuelve a descender y lanza otra patada a la cabeza de Ethan, y otra a su estómago, hasta que él suelta la esfera, que rueda por el suelo.

—¡Deprisa! —exclama Lathenia, alargando los dedos para cogerla.

Comienzo a recuperar las fuerzas. Yo también extendiendo los brazos para alcanzar la esfera, pero las piernas me flaquean y no consigo ponerme en pie. La muchacha se lanza por la esfera. No podemos permitir que ninguna de las dos le ponga la mano encima. Si eso ocurriera, abandonarían al instante este período de tiempo y entonces la esfera quedaría en poder de Lathenia.

Pero Matt interviene. Cuando un tremendo temblor sacude la habitación, cierra los ojos por un instante más largo que un parpadeo normal. La esfera se aleja de las manos de la ayudante de Lathenia y queda flotando un momento en el aire antes de dirigirse a sus manos.

Súbitamente, la joven se lanza sobre Matt, pero este la aparta de un empujón. La chica rueda por el suelo y choca contra la pared de enfrente, quedando medio desvanecida.

Cuando Ethan se yergue, Matt le lanza la esfera.

—Protégela mientras me enfrento a Lathenia.

Me pongo en pie y Matt pregunta:

—¿Crees que puedes ocuparte de la chica?

—Estoy bien. Puedo hacerlo.

Un momento después, la lugarteniente de Lathenia salta sobre Ethan. Es tan rápida que sus movimientos son casi imposibles de seguir. Ruedan juntos por el suelo, con la esfera entre ellos. Decido utilizar mis manos contra la muchacha, pero

es incluso más rápida que mis pensamientos. Se levanta y me clava sus grandes ojos ovalados, dispuesta a atacarme. Lo mejor que puedo hacer es dejar que se acerque. De pronto se pone a girar por la habitación. Todo sucede muy rápido. Cruza la habitación en un segundo, y en el siguiente la tengo delante de mí. La agarro por los brazos y le arranco las mangas. Entonces libero toda la energía que puedo sobre sus brazos desprotegidos. Chilla y se aparta de un salto.

Mientras tanto, Lathenia extiende los brazos hacia Matt para utilizar la energía que fluye de sus dedos. Pero una explosión más fuerte justo sobre nuestras cabezas hace que todos nos detengamos y miremos. De repente se forma una grieta roja intenso en una pared y toda la sala comienza a desplomarse con una sacudida.

—¡Se está hundiendo! —exclama la chica mientras los demás nos esforzamos por conservar el equilibrio.

Lathenia se olvida de Matt y se centra en Ethan, que es quien tiene la esfera. Le susurra a su ayudante:

—Cuando entre el agua, emerge a la superficie todo lo deprisa que puedas y espérame.

La mención del agua me provoca un escalofrío. Otra explosión reverbera sobre nuestras cabezas y comenzamos a hundirnos a medida que el suelo de mármol se parte en dos. El agua del océano comienza a anegarnos. Al cabo de unos segundos la sala está medio inundada, y todas mis pesadillas se materializan de pronto cuando las paredes se resquebrajan y el agua irrumpe en tromba. La presión es intensa. Trozos de mármol y metal se arremolinan en torno a nosotros.

La acolita de Lathenia comienza a nadar, moviendo rápidamente los pies hacia la superficie. Debajo de mí, Lathenia arrastra a Ethan hacia el fondo. No hay duda de que es capaz de estar más tiempo sin respirar que cualquier mortal. Intenta retener a Ethan bajo el agua hasta que se ahogue, luego se apoderará de la esfera y regresará a su época.

Matt se lanza al agua en su persecución, pero Lathenia es rápida. No puedo creer lo que está pasando. Los pulmones de Ethan no aguantarán mucho tiempo, y no podrá ascender a la superficie desde la profundidad a que ya lo ha llevado. Con mis pulmones a punto de estallar, me zambullo en pos de ellos. Matt me envía sus pensamientos: «¡No! Regresa. Vuelve a la superficie».

«¡Tengo que ayudar!».

Se vuelve un instante. «¡Confía en mí! Ahora vete y prepárate para practicar una resurrección».

Me detengo y me quedo flotando. ¿Una resurrección? ¿Debería haber traído a Isabel, y no a mí! Matt se aleja nadando, y a pesar de que a esa distancia casi no hay visibilidad, distingo cómo su cuerpo cambia de forma. Escruto en la oscuridad y por un momento veo un tiburón, ¡un tiburón!, que desaparece en las turbias profundidades con movimientos fluidos. Al límite de mi resistencia, comienzo a nadar hacia la superficie.

Emerjo y trago grandes bocanadas de aire fétido y lleno de ceniza. El cielo está completamente oscuro. Solo unos escombros asoman de lo que ahora es prácticamente tan solo el océano. La lugarteniente de Lathenia está sentada en una de esas islas en miniatura. Decido nadar hacia otra, un poco más lejos.

Al salir del agua me derrumbo sobre una acumulación de rocas, uno de los últimos vestigios de lo que antaño fue una hermosa ciudad. Busco en el agua, sabiendo que con cada segundo las cosas empeoran para Ethan.

Unas burbujas que brotan del agua son el primer signo de movimiento que llega desde abajo. Pero es la cabeza de Lathenia la que primero emerge. Debe de significar que ha ganado. Divisa a su ayudante y le hace una señal con un brazo ensangrentado. El corazón me da un vuelco. ¿De quién será esa sangre?

A Matt y Ethan no se los ve por ninguna parte.

Lathenia se zambulle bajo el agua y reaparece en la pequeña isla donde está su ayudante, que se acerca para ayudarla. La Diosa sangra profusamente por diversas heridas. Es como si hubiera estado luchando con un... ¡tiburón!

De repente, tanto Lathenia como la chica desaparecen, y por un momento solo se oye el sonido de las olas rompiendo contra las rocas. El tiempo se eterniza mientras espero y escruto las olas grises buscando algún signo de vida. Me siento cada vez más agitada.

Al final veo algo entre la espuma. Es un delfín. De pronto nada hacia mi isla de rocas, como si quisiera decirme algo. Entonces veo a Ethan, tendido sobre la espalda del delfín. ¡El delfín se transforma en Matt!

Ayudo a Matt a llevar a Ethan a la orilla. Lo ponemos rápidamente boca arriba y comprobamos sus vías respiratorias. Parecen despejadas, y comienzo a resucitarlo como me enseñaron el año pasado en la escuela. Pasan los minutos. Me entra el pánico.

Matt lo arrastra hacia él.

—Yo me encargo del pecho.

Entre los dos conseguimos que tosa. Le doy la vuelta y vomita un montón de agua. Poco después se incorpora y los tres nos quedamos contemplando la destrucción que nos rodea, agotados. Nadie tiene ganas de romper el silencio. No veo a Lathenia con la esfera, y tampoco parece que Matt ni Ethan la tengan.

—Ha desaparecido —dice Matt—. Está en el fondo del océano.

Un nuevo silencio.

Al final, Matt pronuncia el nombre de Arkarian.

Matt

—Mi padre está furioso.

Las palabras de Arkarian me sorprenden. Los dos estamos sentados en sendos taburetes en su sala principal. Detrás de nosotros, la esfera por suerte está quieta. He venido a hablar de la Atlántida y en busca de algunas respuestas a preguntas que me ha inspirado esta última misión llena de incidentes. Ahora todos los pensamientos de la Atlántida desaparecen. La última vez que Lorian se puso furioso llovió fuego sobre la Tierra y aumentó el poder de todos los Elegidos.

—¿Qué ha irritado a Lorian esta vez?

—En el Tribunal reina una creciente inquietud, y eso le preocupa.

—Bueno, es comprensible. El traidor es uno de ellos, y están nerviosos.

Arkarian se encoge de hombros.

—No hay ninguna prueba, Matt.

Hago un ruidito burlón. Afloran mis dudas y no puedo evitar ser sarcástico.

—¡Vamos, hombre! ¿Acaso Lorian no encontró la llave enterrada en el patio, en una caja que solo podía haber sido forjada por alguien con los poderes del Tribunal?

Arkarian levanta la cabeza y sus ojos se encuentran con los míos.

—Puede que eso sea cierto, pero hay más gente con esos poderes.

Desde que rescatamos a Neriah del palacio de Lathenia he llegado a mis propias conclusiones acerca de quién es el traidor. Y aunque Arkarian está justo a mi lado, al parecer sus pensamientos no van por el mismo camino. Intento averiguar dónde quiere ir a parar.

—No me digas que tu propio padre tiene algo que ver en todo esto.

No vacila.

—No me refiero a eso.

—Ah, ¿crees que todo forma parte de un plan para acusar al Tribunal? ¿Y quién es el autor? ¿Marduke?

Arkarian se encoge de hombros y se mira los pies.

—Simplemente no creo que el traidor sea alguien del Tribunal. A lo largo de los siglos he llegado a conocerlos muy bien a todos ellos...

—Al rey Ricardo hace poco más de un año que lo conoces —le recuerdo.

—Pero con el tiempo he llegado a conocerlo muy bien, Matt.

—No seas ingenuo, Arkarian. Tú y yo sabemos quién es el traidor. —Mentalmente, le recuerdo la imagen que tan estupefactos nos dejó no hace mucho en el palacio de Lathenia: la imagen del rey Ricardo caminando del brazo del mismísimo enemigo.

Con su habitual voz serena, Arkarian dice:

—Verdemar ha esperado este rey durante siglos. No puedo creer que sea un traidor.

¡Tan sereno! ¡Tan leal! ¿Es que no ve lo que tiene delante de las narices?

—Las cosas que deseamos pueden ser tan evanescentes como un sueño, e igual de alejadas de la realidad.

—Pero Matt, ¿dónde iríamos a parar sin esperanza?

Me encojo de hombros y él añade:

—Los mundos están tan llenos de misterio que no podemos permitirnos abandonar toda esperanza, los sueños y la fe en las cosas que no podemos ver.

—¿Cómo explicas entonces la presencia del rey Ricardo en el palacio de Lathenia?

—Mi padre estaba al corriente de nuestro intento de rescate. A lo mejor envió a Ricardo para distraer a la Diosa y facilitarnos la tarea.

—Si eso fuera cierto, ¡hay que reconocer que nuestro buen rey se toma su trabajo muy en serio! ¿No desaparecieron dentro del «dormitorio»?

Arkarian no sabe qué responder.

—Lo único que sé, Matt, es que de momento será mejor que no divulguemos esta información.

—¿Por qué? Si el rey es el traidor habría que desenmascararlo, y deprisa.

—Si lo acusamos y estamos equivocados, el auténtico traidor quedará libre y habremos destruido a nuestro rey.

Asiento a regañadientes.

—Muy bien. Pero Dillon y Neriah estaban allí. Ellos lo vieron.

—No te preocupes, hablaré con ellos. Tú asegúrate de mantener la llave lejos de... todo el mundo. En este momento no sabemos en quién podemos confiar.

—La llave está segura, Arkarian. Al menos mientras la antigua ciudad siga siendo inexpugnable.

—Jimmy hace lo que puede, pero solo es humano.

Con estos sombríos pensamientos, permanecemos en silencio.

Arkarian es el primero en hablar.

—Descubrir al traidor no es lo que más inquieta a mi padre.

Vuelve a sorprenderme.

—Entonces ¿qué es?

—En estos tiempos difíciles, cree que todos los miembros de la Guardia deberían estar ya Iniciados, pero aún faltan dos: Neriah y Dillon.

Se me ocurre que yo tampoco he sido Iniciado. Arkarian me replica sin tener que expresar en voz alta estos pensamientos.

—Matt, no hay nadie entre los lores y damas del Tribunal que pueda darte nada, pues has sido entrenado por alguien superior a ellos. El tiempo que pasaste en el reino de tu padre fue tu Iniciación. Nadie cuestiona tu derecho a ser un Guardián del Tiempo, ni tu papel según la Profecía.

Me cuesta aceptar la explicación de Arkarian. Esa gente ni siquiera me conoce. ¿Cómo van a confiar en mí de manera incondicional? Intento cambiar de tema.

—¿Neriah y Dillon serán iniciados juntos?

Arkarian tarda un momento en responder.

—La Iniciación de Neriah tendrá lugar a puerta cerrada. Aparte de Lorian y los miembros del Tribunal, los únicos invitados seremos tú y yo.

—¿Es este un procedimiento habitual?

Asiente.

—Una Iniciación es motivo de gran alegría, algo que hay que compartir.

—Entonces ¿por qué la ceremonia de Neriah será a puerta cerrada?

—Neriah es... una chica especial.

—Sí, claro, lo entiendo. Pero no estás contestando a mi pregunta.

—Da igual... por el momento.

Me gustaría pedirle que fuera más concreto, pero no estoy seguro de querer oír lo que tiene que decirme.

—¿Cuándo partimos, pues?

—Esta noche. En cuanto llegues a casa, informa a Neriah de los detalles. Dillon vendrá aquí dentro de pocos minutos y yo hablaré con él.

Me voy antes de que aparezca Dillon. No es que intente evitarlo, pero han ocurrido tantas cosas que en este momento puedo prescindir de alguna.

El aire frío de fuera me ayuda a recuperarme del aturdimiento que me embarga desde la destrucción de la Atlántida. Me encojo de hombros dentro de la chaqueta y me adentro en el paisaje de media tarde.

Mientras bajo la montaña comienza a oscurecer. Aunque no tengo hambre y no he podido tragar nada desde la misión de ayer por la noche, olfateo el tentador aroma de la comida que ha preparado mamá y me gruñen las tripas. Casi todas las luces de la casa están encendidas. Isabel está arriba, en su habitación, que ahora comparte con Neriah. Las oigo hablar. Mamá las llama para que bajen a cenar y veo sus siluetas encaminándose a la puerta.

Desde que descubrí que el padre de Isabel no es mi padre, que de hecho mi padre es alguien de... bueno, otro mundo, por así decirlo, me he sentido un poco alejado de mi familia. Isabel dijo que le preocupaba verme diferente desde que he acabado mi entrenamiento. Se equivocaba, y al mismo tiempo tenía razón. Soy la misma persona, el mismo ser de carne y hueso, con los mismos miedos, dudas e inexperiencias, pero todo lo que ahora soy capaz de hacer me convierte en diferente. Y me siento reacio a utilizar mis poderes delante de los demás. Sobre todo el poder de cambiar de forma.

Jimmy sale llevando una pesada bolsa de plástico. Me ve y se para.

—Tu madre estaba preocupada por ti. Le he dicho que no debías de andar lejos. Espera a que tire la basura y entremos juntos.

Jimmy no es la persona que más me agrada en este mundo, pero desde que estuve con Dartemis al menos lo tolero, me refiero a su presencia en casa. Vuelve del contenedor y me abre la puerta.

Entro en el mismo momento en que Isabel y Neriah acaban de bajar la escalera. Isabel se queda mirándome con los ojos entornados.

—¿Te encuentras bien? Tu aspecto es lastimoso.

—Solo tiene un poco de frío —dice Jimmy—. Lo único que necesita es un buen plato caliente preparado por tu madre.

Mientras Jimmy e Isabel intercambian unas palabras más, mis ojos se desvían hacia Neriah. Cada vez que la veo siento una presión en el pecho, como si alguien me estrujara las costillas con un cinturón de acero. Mis dificultades respiratorias confirman que he tomado la decisión correcta con respecto a ella.

Nuestras miradas se cruzan un momento. Lo que veo en sus ojos me estremece: una febril mezcla de dolor, confusión y cólera.

—¿Neriah...?

Niega con la cabeza y, sin decir palabra, se da la vuelta y se dirige a la cocina.

Durante la cena el ambiente es tan tenso que, sin terminar el primer plato, pongo una excusa y salgo a tomar un poco de aire fresco. Me siento en el peldaño inferior del porche, respirando el frío aire de la noche, hasta que oigo a mamá y Jimmy trajar en la cocina. La cena ha terminado y están fregando los platos. Cuando me dispongo a entrar, la puerta trasera se abre con un chirrido. Levanto la vista y veo a Neriah. Me quedo helado. Su mirada cruza la fría distancia que nos separa y siento el impulso de abrazarla.

—Solo quería decirte que estoy al tanto de lo que le has prometido a Dillon. ¡Le has hecho una promesa! Matt, eso es algo tan... definitivo.

Ahora entiendo la expresión que ha puesto antes y lo incómoda que ha sido la conversación durante la cena.

—Deja que te lo explique...

—No creo que puedas, Matt. Cuando Dillon me lo contó, me puse furiosa de verdad. Me refiero a que no lo entendía de ninguna manera. Ya ves, creía que sentías lo mismo que yo y que lo único que necesitabas era tiempo. —Sacude la cabeza—. Pero ahora entiendo por qué no quieres saber nada de mí.

—¿Qué dices?

—Aún sientes algo por Rochelle.

—Pero...

Extiende el brazo para impedir que me acerque.

—Escucha, no he venido a soltarte un sermón. Tus sentimientos son cosa tuya.

—No lo has entendido. No tiene nada que ver con Rochelle. El simple hecho de estar en la misma habitación que ella me incomoda.

—Precisamente. ¿Por qué te incomoda estar cerca de Rochelle? Ya ha transcurrido un año desde que averiguaste la verdad. ¿Por qué no la olvidas y pasas página?

Por un momento me quedo en blanco.

—¡Demonios, no lo sé!

—Tu dolor te hace estar ciego y asustado, por eso buscas protección. Pero, como intentaba decirte cuando he salido, te entiendo. Y también quería decirte que, por

mucho que tardes en curarte, te estaré esperando.

Tras estas palabras se vuelve y entra en la casa.

Siento la urgente necesidad de ir tras ella, de abrazarla contra mi pecho con todas mis fuerzas. Pero me contengo. No estaría bien dejar que pensara que alguna vez podría haber algo entre nosotros. Tengo que hablarle de la visita de esta noche a Atenas. Debo informarla, prepararla para lo que está a punto de suceder. Pero ahora no es un buen momento. Creo que dejaré que sea Isabel quien lo haga.

Matt

Esta noche se va haciendo misteriosa por momentos. Dejo de pensar en Neriah, me doy una ducha y me acuesto. Cuanto antes me quede dormido y acabe con estas Iniciaciones, mejor.

Pero no puedo conciliar el sueño. Doy vueltas y más vueltas, y al final recorro a la meditación para calmarme. Mi respiración se serena y mi cuerpo se calma. Entonces una imagen toma forma en mi mente. Pero es una imagen que no me pertenece y que no debería estar en mi cabeza. Tardo un momento en comprender lo que sucede. Isabel está soñando. Y yo estoy viendo su sueño, que se alarga y se alarga. Unas vividas imágenes parpadean tan deprisa que es como si un tren eléctrico recorriera mi cerebro a toda velocidad. Me pregunto qué debe de experimentar ella. Y entonces comprendo lo que estoy viendo: no es un sueño, es una de las visiones de Isabel.

Me levanto y entro en su dormitorio. Se retuerce en la cama, agarrándose la cabeza con las manos. Neriah está a su lado en la oscuridad, con sus grandes ojos consternados de preocupación.

—Se pondrá bien —le explico, y me siento al otro lado de Isabel—. Se le pasará en un momento. —«¡Eso espero!», añadido en silencio. En varias ocasiones he sido testigo de las visiones de mi hermana, pero no recuerdo ninguna tan dolorosa.

Si los poderes de los Elegidos se han visto incrementados, ¿cómo deben de ser ahora las visiones de Isabel? Le toco el hombro para calmarla. De pronto se pone rígida, se incorpora y me hinca los dedos en el brazo.

—¡Matt!

—Estoy aquí. —Intento mantener la voz serena. Las imágenes que parpadean en mi cabeza han cesado. Espero que esto signifique que la visión de Isabel ha terminado—. Todo va bien.

—He visto... he visto... —Traga saliva con expresión desencajada.

Le aparto el pelo de la cara.

—Tómame tu tiempo. Recobra el aliento.

Niega con la cabeza.

—No lo entiendes.

—No, no lo entiendo, pero si te calmas podrás contármelo.

Respira hondo, se percata de la presencia de Neriah y comienza a contar.

—Había demasiadas cosas. Fragmentos inconexos. Criaturas extrañas. Criaturas que recuerdo haber visto en el Inframundo, pero también había otras... grises y sombrías. —Se estremece.

—¿Qué hacían esas criaturas? —pregunto.

—Las que tenían alas revoloteaban sobre la escuela. Había muchas, y por las sombras que proyectaban se diría que era el atardecer. —Me mira a los ojos—. Matt, iban armadas con productos químicos, sustancias del jardín de Marduke, que soltaban

sobre todo Angels Falls.

—¿Sabes cuándo sucederá todo esto, Isabel?

Suspira y se lleva las manos a la cabeza.

—Creo que pronto.

—Muy bien. Esta noche voy a Atenas. Le hablaré de tu visión al Tribunal. No puedes hacer nada más, así que intenta descansar.

Neriah añade en voz baja:

—Me quedaré a tu lado hasta que te duermas.

«¡No! ¡Hay algo más!». Los pensamientos de Isabel llegan potentes a mi cabeza mientras le lanza una breve mirada a Neriah. No sé qué ha visto, pero no quiere que Neriah lo sepa. Se vuelve hacia mí y con la mirada le insto a que siga contándomelo.

«He visto a Rochelle», me hace saber. Solo cuatro palabras, pero las dice con tal intensidad que me preparo para lo peor.

«¡Intentaba curarla, pero la flecha le había atravesado el corazón!».

«¡Basta! ¡No me cuentes más!», le responden a gritos mis pensamientos. Pero ella no es Vidente y no me oye.

«La punta de la flecha estaba envenenada».

Respiro hondo y repito la misma pregunta de hace un momento.

—¿Has intuido cuándo ocurría todo eso?

—Después de la caída de la Ciudadela.

Me la quedo mirando y, como si fuese de cristal, veo su alma.

—¿Qué has dicho?

De pronto oigo la voz de Arkarian en mi cabeza: «¿Le ocurre algo a Isabel?». También ha sentido la visión y está preocupado por ella. Le hago saber que se encuentra bien, solo un poco agitada. Me dice que el Tribunal espera la llegada de Neriah, y que deberíamos darnos prisa. «Mandaré a Jimmy para que cuide de Isabel», añade.

Un momento después, un adormilado Jimmy entra presuroso y se hace cargo de todo.

—¿Qué ha sucedido?

—Isabel ha tenido una visión —le explico.

—Entiendo. La interrogaré. —Nos mira a mí y a Neriah—. Vosotros dos, ¿no deberíais estar durmiendo?

Asiento a regañadientes, y Neriah y yo salimos. No se quedará a dormir en este cuarto, eso seguro. Se supone que debemos encontrarnos en un estado de profunda relajación para que pueda tener lugar la transición a la Ciudadela, ¿pero cómo alcanzaremos ahora ese estado, sabiendo lo que sabemos? ¿Qué acabo de oír? «¡Después de la caída de la Ciudadela!». ¿Isabel ha dicho eso de verdad? ¿Qué más ha visto?

Abro la puerta de mi habitación, y Neriah entra y mira alrededor.

Me dirijo a la silla rígida de mi escritorio y me derrumbo en ella.

—Tú puedes acostarte en la cama.

Mira la cama y luego la silla.

—Es imposible dormir en esa silla. ¿Por qué no vienes y te echas a mi lado, Matt? Te prometo que no intentaré nada.

Está oscuro, pero creo que está bromeando. Más que ver su sonrisa, la percibo. Pero ahora no estoy para averiguar si habla en serio o en broma. Mi mente está preocupada por otras cosas. Nada me gustaría más que acurrucarme entre sus brazos y borrar las aciagas imágenes de la visión de Isabel.

—Gracias, pero he aprendido a meditar incluso de pie, si es necesario. Me basta con la silla.

Se acurruca en la cama y siento el impulso de acercarme para darle calor. Recorro los tres pasos que nos separan, la cubro con la colcha y me obligo a regresar a la silla. Cierro los ojos, por fin me calmo y noto la sensación de un transporte inmediato. De repente estoy cayendo. Hago acopio de valor y aterrizo en una habitación de la Ciudadela.

Arkarian me recibe con un gesto de preocupación.

—¿Se encuentra bien? —Se refiere a Isabel.

—Sí —lo tranquilizo—. Jimmy está con ella. Va a intentar desentrañar el significado de la visión. Sería útil que hubiera alguna referencia temporal.

Neriah comienza a materializarse ante nosotros.

Arkarian la saluda afectuosamente, y a continuación le explica:

—Llevamos tanto tiempo esperando que he enviado a Dillon para que se adelantara. No es aconsejable permanecer mucho tiempo en este lugar. Aquí el tiempo significa muchas cosas y adopta muchas formas.

Nos lleva a un guardarropa, donde acabamos vestidos con largas túnicas y capas. Mi atuendo y el de Arkarian son plateados, mientras que Neriah viste una túnica blanca, ceñida por una faja de hilo dorado.

Cuando llegamos, *sir Syford* y la reina *Brystianne* nos esperan en el patio.

—Llegáis tarde —dice *sir Syford*—. Pero no os preocupéis, sabemos que ha sido inevitable. La visión de Isabel ya ha quedado registrada. Es muy preocupante.

La reina apoya la mano en el hombro de Neriah.

—Pero no es por eso por lo que estáis aquí, queridos. Se trata de una ocasión especial. Tengo un apasionante don que ofreceréis, y no puedo esperar.

—Bueno, vamos, *milady* —dice *sir Syford*—. Todo el mundo está esperando. Dillon será el primero.

Arkarian asiente, y seguimos a *sir Syford* y a la reina *Brystianne* a través de una serie de fríos corredores. Cuando llegamos a la sala del Tribunal, Dillon nos espera ataviado con un azul regio, sin parar de dar golpecitos con el pie sobre el suelo de mármol.

—¡Por fin! Están todos impacientes. *Lord Penbarin* ya ha salido dos veces.

Arkarian se lleva a Dillon a un aparte para darle las últimas instrucciones. Las

puertas se abren y *sir* Syford y la reina Brystianne ocupan sus lugares en el Círculo junto con el resto de los miembros del Tribunal.

Acompaño a Neriah hasta los asientos laterales, pero, mientras lo hago, le lanzo una mirada al rey Ricardo, y entonces algo ocurre. Nuestros ojos se encuentran. De repente resurgen en mí todas las dudas que su persona me provoca y me recorre un destello de cólera difícil de reprimir. Aquí tenemos al hombre que se supone es el rey de Verdemar, arrancado de la historia para cumplir una profecía escrita antes de que nosotros nacióéramos. Hemos depositado mucho en las manos de este hombre, y no sabemos hasta qué punto nos es leal.

Arkarian aparece en el umbral con Dillon a su lado. Capta mis pensamientos y lanza una advertencia a mi cerebro. «¡Cierra tus pensamientos!».

Me muevo rápidamente, pero, cuando paso junto a Lorian, reparo en que me mira con expresión contrariada.

Arkarian lleva a Dillon al centro del Círculo, captando la atención de todos los presentes.

—Padre, nobles damas y caballeros, permitidme que os presente a nuestro más reciente Iniciado. Su nombre es Dillon Sinclair y, aunque su presencia aquí es una sorpresa, le damos la bienvenida. —Todo el mundo aplaude, y en medio del alboroto exhalo un profundo suspiro.

Dillon se sienta en un escabel. Se lo ve nervioso pero emocionado. Arkarian se coloca al lado de Neriah y de mí. No manifiesta ni piensa una palabra de lo que ha pasado entre el rey Ricardo y yo, pero su rígido lenguaje corporal lo dice todo. Al final vuelve la cabeza hacia mí y niega de manera casi imperceptible. Me está pidiendo que me olvide del incidente. Que así sea. Al menos de momento.

Desde el centro del Círculo, Lorian exhorta a Dillon a que jure su lealtad a la Guardia, cosa que este hace con entusiasmo. A juzgar por las miradas que intercambian, todo el mundo encuentra su actitud divertida y refrescante.

Uno por uno, los miembros del Tribunal le otorgan sus dones. *Lady* Devine, le concede el don de la sabiduría; *Lord* Meridian, la capacidad de discernir entre la verdad y la falsedad, y la reina Brystianne, la humildad. Cuando le llega el turno a *sir* Syford, dice:

—Como ya conocemos la superior fuerza física de Dillon, el don que le entrego consiste en el fortalecimiento de su espíritu.

En torno al Círculo, los miembros del Tribunal asienten y emiten murmullos de reconocimiento. Es un buen regalo, como todos los que Dillon ha recibido hasta ahora. *Lady* Arabella es la siguiente. Se acerca al chico, majestuosa, y le pone en la cabeza sus manos delicadas y surcadas de venas azules.

—El don que te ofrezco es que todos tus asuntos relacionados con el corazón lleguen a buen puerto. Este don te dará la capacidad de discernir cuándo tu amor es correspondido... o si el que te ofrecen no llega a la altura del tuyo.

Esta vez el Círculo estalla en un murmullo nervioso, y la tensión de la sala

aumenta. *Lady Arabella* mira en derredor, acallando a todo el mundo con su mirada fría como el hielo. Finalmente se concentra en *Dillon*:

—Estos dones que hoy recibes tardarán un tiempo en germinar y crecer. Tienes que trabajarlos como si fueras un aprendiz que practica un oficio por primera vez en su vida. No lo olvides, *Dillon*.

Lord Penbarin se acerca y, con sus pobladas cejas enarcadas, observa a *lady Arabella*. Esta se sienta y se vuelve hacia *Dillon*.

—Visión —dice simplemente—. El don que te entrego consiste en una extensión de tu segundo poder, que parece reacio a revelarse. Naturalmente, no has tenido la oportunidad de contar con un mentor, al menos no con uno que pertenezca a la Guardia. Asumo que por esta razón tu segundo poder aún sigue latente.

—*Milord* —pregunta *Dillon*—, ¿qué significa eso?

Lord Penbarin levanta la mano como si la cosa no fuera con él.

—Es tu poder, *Dillon*. Sea lo que sea, cultívalo. A lo mejor te llevas una sorpresa.

Finalmente se acerca el rey Ricardo, y yo procuro controlar todos mis pensamientos relacionados con los traidores.

—El don que te ofrezco es la capacidad de compartir tu saber, a fin de que algún día te conviertas en Entrenador.

Una sonrisa de sorpresa se dibuja en la cara de *Dillon*. Levanta la vista hacia el rey y asiente en señal de agradecimiento.

Cuando este regresa a su asiento, todos los ojos se vuelven hacia *Lorian*. Durante unos momentos, el Inmortal se queda sentado inmóvil, con la cabeza gacha. En la habitación solo se oye su respiración. Al final se pone en pie, se acerca a *Dillon* y le pone las manos encima de la cabeza.

—Lo que hiciste al elegir la Guardia por encima de la Orden exige un coraje que casi ninguno de los que hay en esta sala llegará a tener ni en mil años.

No puedo evitar pensar que, si su intención es conservar la lealtad del Tribunal, burlarse de sus miembros no es la mejor manera de hacerlo. Aricarían tose a mi lado, y me doy cuenta de que no me he acordado de mantener en secreto este pensamiento. ¿Qué demonios me pasa hoy? ¡Primero el lapsus al hacerle saber al rey Ricardo que tengo una cuenta pendiente con él, y ahora esto! Lentamente me doy cuenta de que todos los miembros del Tribunal han captado mis pensamientos. *Lorian* se vuelve hacia mí. Sus ojos me taladran, preguntándose cómo me atrevo a juzgarlo. Pero no puedo disculparme y no lo haré. Aun cuando no pretendía que nadie oyera mis pensamientos, han sido sinceros.

Después de un contacto visual conmigo que dura lo que parece una desagradable eternidad, *Lorian* es el primero en apartar la mirada. Junto a mí, *Arkarian* emite un claro suspiro de alivio.

Volviendo la atención a *Dillon*, *Lorian* dice:

—Y aunque tú no eres un Elegido por nacimiento, te has ganado el derecho a estar entre ellos. Y para que te sientas su igual, te ofrezco el don de acrecentar tu

fuerza y desarrollar tu segundo poder.

La luz desciende sobre las manos de Lorian y cubre a Dillon de pies a cabeza. Desde donde estoy, siento la fuerza del poder de Lorian con la misma claridad que si brotara a través de mi cuerpo y me pregunto cómo puede resistirla Dillon.

Cuando acaba, la luz regresa a las palmas abiertas de Lorian, y Dillon cae hacia atrás, derribando el taburete en que está sentado. Arkarian corre hacia él y le ayuda a mantener el equilibrio, mientras todos los presentes prorrumpen en vítores y aplausos.

Lorian se echa atrás y dice:

—Vamos, Dillon, te espera una magnífica cena en tu honor. Y después de la Iniciación de Neriah celebraremos un gran festejo.

A medida que los vítores se apagan, todos, salvo aquellos a quienes se les pide expresamente que se queden, abandonan la sala. Cuando el último se ha marchado, *Lord Alexandon* y *Arkarian* cierran con llave las puertas de la sala. A mi lado, Neriah comienza a temblar. Pongo su mano entre las mías e intento calmarla.

—Vas a estar maravillosa. Ya te adoran. Lo percibo.

Me sonrío y agacha la cabeza. *Arkarian* la llama y ella va a sentarse en el centro del Círculo. Cuando *Arkarian* inicia su introducción, me froto las manos, pues siento un cosquilleo en los dedos.

Los vítores son sonoros. No he mentido al decirle a Neriah que los miembros del Tribunal ya la adoran. La atmósfera de la habitación es extraordinariamente cálida, rebosante de adoración.

Lorian llega al centro y se detiene a su lado.

—Neriah Gabriel, ¿juras fidelidad a la Guardia y a todos sus miembros?

—Sí, *milord*.

Lorian le hace una seña a *Lord Penbarin* para que sea el primero en otorgarle sus dones, y este avanza hacia ella.

—Bienvenida, querida. De parte de la Casa de *Samartyne*, te ofrezco los dones de la fortaleza y la clemencia.

A continuación, *Jady Arabella* le otorga el don de ver las verdades a través del engaño; y *sir Syford*, la capacidad de saber cuándo el mal está presente. Cuando le llega el turno a la reina *Brystianne*, primero da una vuelta en torno a Neriah, con su larga túnica color crema creando un efecto dramático.

—Te entrego el don de incrementar tu afinidad con los animales a fin de que puedas comunicarte con ellos y viceversa.

Este don es realmente especial, como había anticipado la reina *Brystianne*. Junto con los demás, no puedo evitar aplaudir. Neriah está rebosante de gratitud. Levanta la vista para dar las gracias y su cara refleja alegría.

Los restantes dones son igual de excitantes. Es evidente que Neriah es una de sus favoritas. El rey *Ricardo* es el último, y el suyo es un don físico. Le entrega a Neriah un pincel fino y delicado que encaja perfectamente en la palma de su mano.

—Con este pincel podrás pintar pasajes a otros mundos. Tardarás en perfeccionar

esta habilidad, pero llegará un día en que podrás hacerlo sin la ayuda del pincel. Es una gran responsabilidad, Neriah. Debes utilizar este poder con prudencia. Practica con el pincel, pero no te inquietes si lo pierdes. Nadie más podrá utilizarlo con ese fin, y el poder de que te hablo ya está dentro de ti.

El rey se sienta y yo pienso en su don. No se puede expresar con palabras lo potencialmente poderoso que es. Y no puedo evitar preguntarme quién es esta chica —la hija de un traidor—, que se ha ganado los corazones de todas estas personas honorables.

Lorian se pone en pie y se acerca con su don. Levanta las manos, las posa en la cabeza de Neriah y dice con palabras sencillas:

—Te concedo el don de ser Vidente de la Verdad.

Un murmullo aprobatorio recorre la sala. Al parecer, todos opinan que, aun siendo un regalo generoso, también es apropiado. Los miembros del Tribunal y Arkarian prorrumpen en aplausos.

Cuando todo acaba, Neriah hace ademán de levantarse, pero Lorian le indica que permanezca sentada.

—De los que estamos aquí hoy, todavía hay uno que tiene que transmitirle un don a esta joven.

Los miembros del Tribunal comienzan a murmurar y asentir con la cabeza.

Lorian me lanza una mirada.

—Matt, ¿quieres acercarte al Círculo?

Aunque formulada en tono de pregunta, la «petición» de Lorian es más bien una orden. Hago lo que me dice.

—¿Sí, *milord*?

—¿Tienes algún don que transmitirle a esta joven?

Su pregunta me pilla completamente desprevenido. Por supuesto que tengo un don para dar a alguien. Mi padre me ha asegurado que no viviré una eternidad solo. Recuerdo bien sus instrucciones. Tengo que cultivar este don hasta que encuentre a la persona adecuada. La reconoceré, me dijo, escudriñando en el interior de su mente. Bajo la mirada hasta Neriah.

—¿Será ella?

Lorian sonrío y por un momento se parece a su hermano.

—¿Pero...? —«Si es así, ¿por qué no lo veo?».

—Eso mismo nos hemos preguntado —dice a mi lado Lorian, aún con aire divertido.

Neriah mira alrededor, incómoda, y se pone en pie para levantarse.

—Siéntate, Neriah —le ordena Lorian. Luego vuelve la vista hacia mí y aguarda.

Voy a mirarla otra vez, pero Neriah de pronto está más interesada en los sutiles dibujos de las baldosas del suelo. Respiro hondo para intentar serenar mis pensamientos desbocados y levanto la barbilla de Neriah con la punta del dedo. Nuestros ojos se encuentran, se sostienen la mirada, y de pronto veo la verdad. Neriah

es la persona con la que estoy destinado a compartir la vida... ¡para siempre! Un día se convertirá en miembro del Tribunal. Todos los que hay en la sala lo saben, y por eso muchos de sus dones han tenido que ver con el discernimiento, la compasión y cosas semejantes. Y por eso los miembros del Tribunal la tienen en tan alta estima.

Entonces recuerdo la promesa que le hice a Dillon y me viene a la memoria la advertencia del señor Carter: «Ten cuidado con lo que prometes».

—¡Oh, no!

Neriah me mira bruscamente al oír mis palabras, y me doy cuenta de que las he dicho en voz alta. Se la ve avergonzada e incómoda.

Ahora no sé qué decir.

—Matt, ¿estás preparado? —me pregunta Lorian—. Ha llegado el momento.

Asiento, medio aturdido, y Lorian regresa a su taburete.

Respirando hondo para calmarme, levanto la mano para colocarla sobre su frente, como Dartemis me enseñó. Y con toda la destreza y el poder que él me enseñó, pronuncio el don que he estado recordando en nombre de Dartemis.

—Neriah Gabriel, te concedo el don de la... inmortalidad.

Nada más pronunciar la palabra, los presentes caen presa de la conmoción. Algunos miembros del Tribunal sueltan un grito ahogado, otros extienden los brazos y se agarran de la mano. Lorian intenta calmarlos. Y mientras lo hace, una luz dorada brota de mi mano y da en la frente de Neriah. Se adentra en ella y su piel adquiere un resplandor dorado desde el interior. Recorre todo su cuerpo desde la frente, pasando por los brazos, el pecho, el torso y las piernas, hasta los pies.

Resulta totalmente visible a través de su túnica blanca. De pronto esa fuerza la hace estremecer. Pero todo acaba enseguida, y aunque su piel aún brilla, ahora lo hace con suavidad.

Se mira las manos y las gira.

—Se te pasará. Por la mañana tu piel volverá a ser normal.

Lorian se acerca y le indica a Neriah que se ponga en pie. Cuando lo hace, le tiemblan un poco las piernas. Lorian dice que deberíamos irnos y unirnos a Dillon en el banquete. La sala estalla en vítores, y muchos miembros del Tribunal vienen a felicitar a Neriah.

Se abren las puertas, y al poco todos entramos en el comedor, donde hay una serie de mesas con comida y bebida. Dillon se acerca y pregunta por el suave resplandor que despide la piel de Neriah. Esta se lo explica enseguida, y observo que no le dice que ahora es Vidente. Probablemente necesita tiempo para adaptarse.

Durante casi toda la velada Neriah procura no quedarse en ningún momento a solas conmigo. Si ve que me acerco, rápidamente encuentra a alguien con quien entablar conversación. Dillon no se aparta casi nunca de su lado. No le quita ojo ni cuando Lorian se acerca para hablar con él.

El ambiente del comedor —de hecho de todo el palacio— se vuelve asfixiante. Salgo al patio y veo un par de increíbles pájaros dorados encerrados en una jaula.

Detectan mi presencia, se acercan a los alambres y se ponen a cantar. Es el sonido más melancólico y triste que he oído nunca. Tengo la sensación de que intentan decirme algo. Utilizo mi poder para escuchar su lenguaje, pero me bloquean sus pensamientos. Su canto se hace más rápido y su tono, más agudo. Comienzan a apretarse contra la fina malla de la jaula, moviendo y rozando las alas.

Lady Arabella aparece a mi lado y los pájaros callan.

—Parecen agitados —observo.

Examina las bandejas que hay al fondo de la jaula.

—Con el alboroto de hoy he olvidado cambiarles el alpiste. Solo tienen hambre, eso es todo. —Les pone más alpiste, pero los pájaros no lo tocan—. Aquí tenéis, preciosos.

—¿Dónde los encontrasteis?

—Ellos me encontraron a mí —dice.

—No son de este mundo.

Suspira.

—Será por eso que su canto es tan triste.

—¿Por qué los tenéis encerrados en una jaula?

Me mira con extrañeza.

—Pues para protegerlos. Están heridos y, mientras no puedan volver a volar, he de protegerlos de los lobos y otros animales.

—Pedidle a Isabel que los cure. Y luego los liberáis.

—¿Puede curar a criaturas no humanas?

Por alguna razón que se me escapa no quiero darle más información acerca de mi hermana. Procupo pensar en algo para cambiar de tema, y paso la mano por la jaula, un magnífico trabajo de artesanía.

—Es una obra de arte.

—Sí. Jimmy es increíble, ¿verdad?

—¿Jimmy ha construido esto?

—No creo que haya nada que no sepa hacer, y según tengo entendido ha intervenido en la construcción de casi todo lo que ves aquí. Tiene mucho talento, y su sentido de la oportunidad es impecable. Lo necesites o no, siempre parece estar ahí, adelantándose a tus pensamientos.

—Sí —murmuro, dándole la razón. Jimmy es el Protector. Tiene acceso a todas las zonas de alta seguridad y conoce todas las puertas y los pasadizos secretos que entran y salen de la ciudad. De hecho son sus sistemas de seguridad lo que nos protege. Sin embargo, no puedo olvidar lo ocurrido en casa de Neriah: Marduke consiguió atravesar todas las defensas.

—¿Te encuentras bien, Matt? —pregunta *lady Arabella*.

Pero mis pensamientos siguen con Jimmy. Arkarian le confía su vida. ¡Dartemis le confía a la madre de su hijo! ¿Tengo algún derecho a dudar de él? ¿Me estoy volviendo paranoico? Recuerdo la advertencia de Arkarian de que no dejara la llave

al alcance de nadie, pues no sabemos en quién podemos confiar. ¿Se refería también a Jimmy? Aparte de Arkarian, Jimmy es la única persona que sabe dónde he escondido la llave. De hecho, él es quien me ayudó a proteger su escondite.

Con el rabillo del ojo veo a Neriah saliendo por una puerta en el otro extremo del patio. *Lady Arabella* también se da cuenta.

—No cometas los mismos errores que Lorian.

No estoy muy seguro de saber a qué se refiere, aunque creo que opina que debería seguir a Neriah y congraciarme con ella. Me parece una buena idea, de modo que por el momento aparto de mi mente cualquier pensamiento de traición. De todos modos, no puedo ir por ahí sospechando de la gente solo porque sus habilidades les dan acceso a zonas de máxima seguridad. Y aunque he tenido mis desavenencias con Jimmy, jamás me ha dado ninguna razón para no fiarme de él.

Los pájaros, antes inquietos, ahora parecen calmados, de modo que tras echarles un último vistazo me alejo de la jaula. Tengo polvo en las manos, y me lo limpio en la capa.

—Esta jaula tiene polvo. Creía que era nueva.

Lady Arabella me mira con expresión ausente.

—¿Polvo? Ah, sí, lo trae el viento de la noche. Lo limpiaré enseguida. —Y añade, señalando la puerta por la que Neriah ha desaparecido—: Más vale que te des prisa. Con esta oscuridad, es fácil perder de vista a cualquiera en el monte.

Me marcho y enseguida llego a las colinas que quedan fuera de los muros del palacio. Diviso a Neriah entre unos matorrales. La sigo y me la encuentro sentada en un montículo cubierto de hierba, desde el que se ve la antigua Atenas a la luz de la luna.

Me ve y se pone en pie para irse.

—¡No te vayas!

Se detiene y llego hasta ella.

—¿Qué quieres? —dice.

—Hablar. Aclarar nuestro malentendido.

—Muy bien, eso es muy fácil. Lamento que tengas que pasar el resto de la vida conmigo.

La miró atónito. Su piel sigue brillando, pero, aunque no fuera así, seguiría siendo la criatura más hermosa que he visto.

—Sabías que nuestras vidas estaban destinadas a unirse desde el momento en que nos conocimos.

Reflexiona un momento y suelta una carcajada.

—Naturalmente.

Su risa recorre todo mi cuerpo.

—Podría pasarme la vida escuchando tu voz.

Vuelve a reír y se pone a girar alrededor de mí. La luz de la luna parece bailar en torno a ella. La sujeto por los brazos.

—Basta, me estás mareando.

—Y tú me estás haciendo muy feliz —susurra casi sin resuello.

—No creo que vuelva a sentirme así nunca más. Y tampoco lo deseo.

—¿Y ahora?

—Ahora, al mirarte, sé que todo va bien.

Sonríe.

—¿Te acuerdas de cuando me rescataste de la jaula encantada de Lathenia?

—Sí. —No sé por qué lo menciona.

—¿Y que te dije que me había encerrado en una jaula porque había descubierto mis poderes y temía que pudiera escaparme?

—Sí. —Ahora me siento confuso.

Neriah se aparta de mí y comienza a bailar y a dar vueltas. Antes de darme cuenta de lo que está pasando, su cuerpo largo y esbelto cambia de forma. ¡Sus brazos se convierten en alas que se agitan, sus piernas cambian hasta tomar la forma de una paloma! Revolotea en el aire delante de mí, y en mi cabeza oigo que dice: «¡Ven conmigo!».

Se me acelera el corazón solo de pensarlo. Adopto también la forma de una paloma, surcamos juntos el aire y me siento más libre que nunca.

Sobrevolamos Atenas, disfrutando de la visión de esa antigua ciudad, pero sobre todo de nuestra mutua compañía. Pasa el tiempo y pronto nos olvidamos de la fiesta del palacio, que prosigue sin nosotros. Neriah comprende mi preocupación y regresamos a la colina, donde recuperamos la forma humana apenas tocamos tierra. Estamos tan cerca el uno del otro que nuestros cuerpos se tocan desde el hombro hasta la rodilla. Sin el menor esfuerzo nos abrazamos. Como si fuera la cosa más natural de todos los mundos, mi boca encuentra la suya y nos besamos. El beso se prolonga largo rato, y todo lo que nos rodea deja de existir.

Un rumor y un chasquido me devuelven a la realidad de donde estoy y de mis responsabilidades.

—¿Qué ha sido eso? —susurra Neriah contra mi pecho.

Mis brazos la estrechan instintivamente para protegerla. El sonido se parece muchísimo al de una ramita que se quiebra.

—No es nada —intento tranquilizarla.

—¿Alguien nos está mirando?

No expreso mis temores en voz alta, y los oculto en el pensamiento lo mejor que puedo.

—Vamos. Será mejor que volvamos antes de que nos echen de menos.

Pero sospecho que ya nos han echado de menos.

Matt

El viaje a Atenas me produce desasosiego. Cuando Arkarian vuelve a trasladarme a mi cama, me despierto con un sobresalto. El reloj digital que hay sobre el arcón junto a mi cama marca las dos de la madrugada. Me doy la vuelta e intento volver a dormirme, pero no dejo de pensar en la promesa hecha a Dillon. Una promesa que ya no puedo seguir manteniendo. Debo hablar con Dillon en cuanto tenga oportunidad.

Sin razón aparente, de pronto tengo la sensación de que algo no va bien en casa. Cierro un momento los ojos, buscando la causa. Me pregunto si se deberá a Neriah y a lo sucedido entre nosotros. Hemos vuelto a la misma hora, y ella debería estar durmiendo en la habitación de Isabel.

Decido que primero iré a ver a mamá. Aunque ahora siempre está con Jimmy, y el trabajo de este es protegerla con su propia vida, sigue habiendo muchos peligros. Excepto ella, todos los que vivimos en esta casa somos miembros de la Guardia, y eso es una amenaza a su seguridad.

Pero mamá sigue durmiendo profundamente junto a Jimmy, que ronca a su lado. Mientras voy de la habitación de mamá a la de Isabel, intuyo algo inquietante y enseguida comprendo de dónde procede y su significado. Abro la puerta del dormitorio de Isabel de un empujón, despertando a Neriah.

—¿Matt? ¿Qué pasa?

—¿Dónde está?

Se frota los ojos.

—¿Quién?

—¡Isabel! —Para mostrarle a qué me refiero, enciendo la luz, aparto la manta y las sábanas y quedan al descubierto dos almohadones colocados en el centro del colchón que simulan la forma de un cuerpo.

Neriah se acerca de puntillas a echar un vistazo. Me mira con expresión perpleja y levanta las manos. Ella no se da cuenta, pero sus pensamientos me dicen que ya se imagina qué ha pasado. Al comprender que estoy en su cabeza, protege sus pensamientos y me mira con expresión de desconcierto.

Comienza a hervirme la sangre. Jimmy entra en el dormitorio y, en cuanto nuestras miradas se cruzan, sé que lo sabe. Solo de pensarlo, la sangre me hierve.

—¿Lo sabías?

Se me acerca con las manos extendidas.

—Escúchame un momento, Matt.

—¡Lo sabías y aún así la has dejado ir! No me digas que estabas al corriente de su engaño. ¿Qué clase de Protector eres?

—No levantes la voz o despertarás a tu madre.

Mientras me preparo para usar las alas, Jimmy me aferra ambos brazos.

—No vayas, Matt. Arkarian nunca le haría daño a Isabel. Ninguno de ellos tiene nada que ocultar.

Sacudo los hombros para soltarme y Jimmy sale despedido hacia atrás.

—Si es así, ¿por qué se ven en secreto en plena noche?

No espero a que me conteste. Lo que hago es utilizar mis alas, y al momento estoy en la oscuridad, delante de la entrada secreta de las salas de Arkarian. La ha traído aquí. Percibo la presencia de ambos a través de la tierra y la roca. «¡Abre la puerta, Arkarian! ¡Ábrela ahora!».

Nada. Igual que una araña tiende su red, proyecto mi mente a través de los pasillos, buscando. «Sé que mi hermana está ahí dentro, Arkarian. Si no tienes nada que ocultar, ¿por qué la traes aquí en secreto?».

Se abre la entrada y aparece un corredor oscuro. Dentro, el vestíbulo apenas está iluminado por dos velas que arden con luz tenue. Recorro furioso las parpadeantes sombras, intentando abrir una puerta tras otra, pero todas están cerradas con llave. Me detengo un momento e intento sosegar mi respiración. Eso me ayudará a averiguar en qué habitación están.

Al final Arkarian aparece ante una puerta, a mi izquierda.

—Sé que estás enfadado —dice—, pero antes de ver a Isabel deja que te lo explique.

«¡Explicar!».

—¿Qué hay que explicar? ¿Isabel está contigo o no?

Entonces Isabel sale por la puerta que Arkarian está protegiendo. Introduce los brazos en las mangas de su largo abrigo negro, rodea a Arkarian y se interpone entre ambos.

—¿Quieres calmarte un momento? No es que sea asunto tuyo, pero debes entender que necesitamos encontrar algún momento para estar juntos.

—En casa podrás explicarme todo lo que quieras.

—Matt, estás exagerando.

—He visto tu cama, Isabel. Lo habías planeado. Eso es lo que más me molesta. Que lo hayas hecho en secreto.

—Matt —dice Arkarian en voz baja—, si te tranquilizas comprenderás que la única razón de que haya venido aquí en secreto ha sido justamente porque temíamos que reaccionaras así.

—¿Ah, sí? ¿De veras? ¿Cómo sé que no mientes, ahora que acabas de demostrar lo falso que puedes ser? —Permanezco cerca de la puerta—. Isabel, quiero que vengas a casa ahora.

—No eres quién para decirme lo que debo hacer —replica Isabel—. ¡Matt, tengo dieciséis años y tú no eres mi padre!

—No, pero resulta que él no está, ¿o sí?

En sus ojos aparece una expresión de dolor y pena. Al instante lamento mis palabras, pero lo único que quiero es que lo entienda. Fue por mi culpa que su padre nos abandonó hace mucho tiempo. Sabía que yo no era hijo suyo, y aunque intentó que la vida con mamá funcionara, ese hecho lo reconcomía. Se dio a la bebida hasta

que al final pensó que Isabel estaría mejor sin él. Por eso tengo que cuidar de ella. El día en que el padre de Isabel se marchó, le prometí que cuidaría de ella.

Isabel suspira y me sigue hacia el exterior. Detrás de nosotros, la puerta secreta cambia de forma. Me recorre un estremecimiento cuando el frío penetrante me recorre los brazos desnudos. No me he molestado en ponerme la chaqueta, ni siquiera un suéter sobre la camiseta. Pero dejo de pensar en el frío cuando Isabel me mira con sus ojos brillantes.

—¿Cómo has podido hacerlo?

—¿El qué?

—¿Cómo has podido humillarme así?

Nunca la he visto tan furiosa. Extiendo un brazo para consolarla y hacerle comprender mis intenciones, pero ella se aparta. Su voz adquiere un tono desgarrador.

—¡No! ¡No te me acerques! ¡No vuelvas a hablarme nunca más!

Y se aleja corriendo. Me quedo mirándola en medio del frío aire de la noche. Si la he perdido no podré soportarlo. Echo la cabeza atrás y me quedo contemplando el claro cielo estrellado. No tarda mucho en comenzar a iluminarse. Ha sido un día horriblemente largo y he metido la pata desde el principio hasta el final.

El sonido de alguien respirando a mi espalda me hace dar un respingo. Es Arkarian. En sus ojos hay una expresión fría y distante.

—Acaban de informarme de que el rey Ricardo ha convocado una reunión de todos los Elegidos al amanecer. Nos veremos en una de mis salas. Notifícaselo a los demás —dice, y desaparece.

El desánimo me atenaza el estómago. El rey viene. Me pregunto qué quiere. Normalmente tendría el apoyo de Arkarian, pero ahora estamos completamente distanciados. Me pidió que confiara en él, y no lo he hecho. La verdad es que mi reacción ha sido desproporcionada, y no estoy seguro de poder arreglarlo.

Justo cuando acabo de informar a los demás, el alba ahuyenta los últimos restos de la noche. Al final soy el último en llegar. Hasta Dillon está presente, y aunque él no es, en sentido estricto, uno de los Elegidos, en su Iniciación Lorian dejó bien claro que debemos considerarlo uno de los nuestros. Todos están sentados a una mesa de madera en una de las salas de Arkarian. A un lado se encuentran Shaun, Jimmy y el señor Carter; al otro, Isabel, Ethan, Neriah, Dillon y Rochelle, por este orden. Arkarian, que permanece junto a la puerta, la cierra una vez he entrado. Intento mirarlo a los ojos, pero él aparta la vista y me cierra por completo sus pensamientos.

Al verme, Jimmy respira hondo. Lo he ofendido al acusarlo de no ser un Protector competente. Y aún tengo que hablar con Dillon, que mira a Neriah con ojos soñadores. Cuando se percatan de mi presencia, todos dejan de hablar y me miran. Nunca me he sentido tan aislado, tan solo. Es como si de repente fuésemos unos desconocidos. Neriah entrecierra los ojos y con el pensamiento me pregunta si estoy bien.

Antes de poder responder, el rey Ricardo se materializa ante nosotros. Sin saludar

a nadie, me da unos golpecitos en el hombro con un dedo firme.

—Tú y yo tenemos que hablar... ahora —dice, y desaparece sin decirme dónde ha ido.

Busco los ojos de Arkarian.

—Iré contigo —me susurra al oído.

Es un alivio, pero no sé cómo interpretar su gesto.

—¿Dónde se ha metido?

Me señala el techo.

—Estará arriba, en algún lugar.

Utilizo las alas y sigo a Arkarian hasta lo alto de las montañas, y en efecto, allí está el rey Ricardo, paseando por la orilla del lago. Nos acercamos y él saluda a Arkarian con un movimiento de cabeza rígido pero cordial. Pero es a mí a quien dirige la pregunta:

—Dime, Matt, ¿crees que soy un traidor?

Por primera vez desde que le vi entrar en el dormitorio de Lathenia, tengo mis dudas al respecto. Sus ojos son tan claros al mirarme, tan sinceros, que se me hace difícil creer que fuera capaz de tal cosa. Le explico qué me ha hecho sospechar.

—Os vimos en el palacio de Lathenia. A los dos, juntos y riendo.

Asiente.

—Los miembros del Tribunal no nos pasamos el día sentados en círculo, Matt. Tenemos cosas que hacer.

—¿Me estáis diciendo que habíais ido al palacio de Lathenia para distraerla?

—Oh, no, hago mucho más que distraer a su alteza —dice con aire divertido—. Me crie en la familia real, y estoy muy familiarizado con las intrigas de la gente de alta alcurnia.

Ahora lo entiendo.

—Sois el espía de Lorian.

Suelta una risita.

—Prefiero que me consideres el protector de Verdemar. Haría lo que fuera con tal de que mis súbditos no sufran ningún daño. No soy el traidor, Matt. Todo señala a uno de los miembros del Tribunal. Lorian está convencido de ello, y yo le creo. Lo que has hecho en esa sala ha sido casi imperdonable. Al lanzar sospechas sobre mí, has corrido el riesgo de descubrir mi misión.

Suelto un gemido al darme cuenta de mi torpeza.

—Lo siento, *milord*.

—He dicho «casi imperdonable».

Está intentando ser amable. Mis ojos buscan los de Arkarian; esta vez no aparta la mirada, y veo que el dolor y la pena los ensombrecen. «He metido la pata completamente —le digo mentalmente—. Sabía que no estaba preparado para esto».

Pero es el rey quien contesta:

—Bobadas. Serás un líder estupendo. Tengo mucho que hacer en Atenas y otros

lugares. No puedo estar aquí siempre, Matt. Ese es tu trabajo. Ahora hay otra cosa que quiero discutir contigo. Es acerca de la visión de Isabel. Concretamente, sobre lo de Rochelle.

—Vio su muerte —dice Arkarian en un ronco susurro.

El rey asiente.

—Creo que sería una buena idea que no se enterara. —Nos quedamos en silencio y él prosigue—. También creo que deberías designar a alguien para que la vigile. Alguien en quien puedas confiar.

—¿Una especie de guardaespaldas? —pregunto.

—Exacto.

Es una idea estupenda, y me pongo a pensar en quién podría ser. La responsabilidad es enorme, vigilar y proteger la vida de Rochelle.

—Yo lo haré.

Pero el rey niega con la cabeza.

—Estarás demasiado ocupado con otros asuntos. Tiene que ser otra persona.

—No debería ser Ethan. Él... siente algo por ella. Y el hecho de conocer su posible destino le afectaría.

Pienso en Dillon, pero desechó la idea. A veces sus emociones son un poco inestables. Dirijo la mirada a Arkarian.

—¿Quién crees que debería ser?

Me devuelve la mirada, y pienso que no va a contestar.

—Isabel —dice por fin.

No había pensado en ella.

—¿Por qué?

—Para empezar, ella lo sabe. Ha visto con sus propios ojos cómo podría ocurrir. Sería la primera en reconocer la escena si llegara a producirse.

Naturalmente, tiene razón.

—Además —añade Arkarian—, sus habilidades defensivas son excelentes, y... Ethan es su mejor amigo. Ella le tiene un gran afecto y sabe que Ethan está enamorado de Rochelle. Isabel haría lo que fuera para no fallarles. Y también es leal a la Guardia. Asumiría su papel de protectora con la máxima lealtad. Y aunque no podrá vigilarla las veinticuatro horas, será eficaz. Y por último, Isabel es una sanadora. Si ocurriera lo peor y Rochelle resultara herida, Isabel estaría a su lado.

Me quedo sin saber qué decir; la explicación de Arkarian es perfecta.

—Entonces queda decidido —dice el rey Ricardo—. Y ahora, antes de que bajemos a ese pozo asfixiante de ahí abajo, hay otra cuestión que debemos abordar. —Me mira fijamente—. Tu estrecha relación con Neriah ha de ser un secreto hasta que hayas hablado con Dillon.

Delante de mí, Arkarian enarca las cejas.

—¿Sabéis lo nuestro? —pregunto.

El rey levanta las manos unidas por los pulgares y las mueve como si fueran alas

de pájaro.

—Os vi anoche revoloteando por encima de Atenas.

—¿Entonces erais vos? Pensé... —«Que era Dillon».

—Y casi fue Dillon. Salió a buscar a Neriah y, al no encontrarla, comenzó a buscarte a ti. Yo me di cuenta, Matt, porque siempre vigilo las espaldas de los míos. Le dije que estabas en las bodegas mirando las colecciones de vinos, y que Neriah había ido a poner a prueba sus nuevos poderes con los pájaros de *lady* Arabella en el patio, y que no podía molestarla. Luego fui a buscarte.

Vuelve a hacer el movimiento de vuelo con las manos.

—Los dos tendréis que estar muy atentos a la hora de veros en secreto, al menos hasta que Dillon acepte que lo has engañado. Y ahora deberíamos volver. Quiero hablar con los Elegidos. Tenemos que ser capaces de confiar los unos en los otros. Estamos al borde de una batalla que podría acabar destruyendo la humanidad como la conocemos. No podemos ir divididos al campo de batalla, o perderemos. Debemos...

Mientras el rey prosigue, Arkarian me lanza una mirada acusadora, y yo comprendo que he perdido la fuerza que extraía de su amistad.

Rochelle

Estoy superando mi miedo a morir. La primera vez que leí la Profecía quedé muy afectada, aunque la verdad es que el significado de esa línea en concreto no está muy claro. Matt opina que nadie conoce el futuro. Eso tiene sentido. Y la profecía tampoco tiene por qué cumplirse palabra por palabra. Según sea el equilibrio de poder, la misma Profecía puede cambiar. Probablemente en este mismo momento ya ha cambiado y esa línea ni siquiera existe.

No debería preocuparme imaginando cosas que tal vez nunca sucederán. Por otra parte, tampoco conviene añadir más tensión a la que ya hay en esta sala.

Isabel no se digna mirar a Matt, ni siquiera cuando este le habla. Y Neriah me ha hecho saber que ahora es una Vidente, un don concedido por el Inmortal. Puede oír los pensamientos de Dillon, y está comenzando a preocuparse de verdad.

«¡Tengo que hablar con él! —grita Neriah en sus pensamientos—. Debo hacerle entender que no me interesa de la manera que él pretende».

«Buena idea. Y cuanto antes, mejor. Míralo».

«¡Lo sé! Es increíble cómo ha malinterpretado nuestra amistad».

Con este último pensamiento rondándole la cabeza, Neriah le lanza una mirada a Matt, recordándole que tiene que hablar con Dillon pronto. Sus miradas se encuentran y se aguantan, y la repentina conexión me deja de una pieza. ¡Guau! ¿Qué ha pasado entre estos dos? No me extraña que Neriah esté preocupada por Dillon. Menos mal que él no es un Vidente de la Verdad y que no puede captar los pensamientos.

Arkarian me lanza una mirada significativa. Esta vez detecto una sensación de pérdida. ¿Qué le pasa a todo el mundo esta mañana?

En cuanto a Ethan, es como si me evitara. ¡No creerá que las imágenes que Lathenia le mostró en la Atlántida eran reales!...

Tras otra extensa arenga, el rey Ricardo da por terminada la reunión y comenzamos a abandonar la sala. Todo el mundo parece tener mucha prisa. Jimmy baja hacia la antigua ciudad. Últimamente es como si viviera allí, fortificándola, sea lo que sea lo que eso supone. El señor Carter llega tarde a una reunión de profesores y prácticamente derriba a Dillon en sus prisas por salir.

Cuando Isabel se levanta de su asiento, Arkarian se acucilla junto a ella.

—¿Puedes quedarte un momento? Quiero hablar contigo. —Sus ojos parpadean en dirección a mí cuando paso, pero, como es habitual, sus pensamientos son ilegibles.

Fuera, el aire es gélido y amenaza nieve. Me subo el cuello de la chaqueta, y en ese momento una figura sale a toda prisa del parque nacional. Parece el señor Carter, pero no puede ser él. Se ha ido a toda velocidad a una reunión de profesores.

A poca distancia, montaña abajo, Isabel me alcanza.

—Eh, espera.

—Creía que Arkarian quería hablar contigo.

—Sí, bueno, ya lo ha hecho.

Se produce una pausa incómoda. No estoy segura de lo que hago. Generalmente no conversamos, a menos que nos veamos obligadas, por ejemplo si estamos en una misión o algo así. No es que Isabel no me caiga bien. Es la persona más sincera que conozco. Cuando salía con su hermano, en muchas ocasiones intentó hacerse amiga mía. Yo fui la que la rechazó. Son cosas del sentimiento de culpa: interfiere en todas las facetas de tu vida.

Intento decir algo que rompa el hielo entre nosotras.

—Últimamente Arkarian y tú estáis muy unidos. —He metido la pata. De repente se cierra en banda, como si su cara fuera la portada de un libro que acaba de cerrarse de golpe. Suspira.

—Lo estaríamos si pudiéramos encontrar tiempo para estar juntos sin tener que sentirnos culpables por ello.

Lo entiendo enseguida. Matt vuelve a mostrar su personalidad sobreprotectora. Pero esta vez tengo la sensación de que con ella se ha pasado. Ha ido demasiado lejos. Me encojo de hombros, intentando quitarle hierro al asunto.

—Bueno, no hay prisa. Tenéis el resto de vuestras vidas para estar juntos.

Me lanza una extraña mirada, pero procuro no analizarla demasiado. Mi cabeza sigue siendo un torbellino después de la última misión a la Atlántida. Desde entonces han surgido demasiados interrogantes. De pronto, Matt se materializa ante nosotros, bloqueándonos el paso, y mira fijamente a su hermana.

—¿Podemos hablar?

Ella aparta la mirada hacia el bosque que se extiende alrededor.

—Nada de lo que digas cambiará las cosas. Teniendo en cuenta lo que me ha contado Arkarian, ¿no crees que deberías hablar con Dillon?

Sus palabras me intrigan. Matt oye mis pensamientos y tiene el detalle de mostrarse incómodo.

—Sí, ahora iré a hablar con él.

—Bueno, pues más vale que te des prisa. —Vuelvo la cabeza y veo a Dillon a mitad de la ladera, siguiendo a Neriah como uno de sus perros perdidos.

—La está volviendo loca, ¿sabes?

Matt parece inquietarse. El problema «Dillon» es más grave de lo que se imagina, pero en este momento hay asuntos de mayor prioridad.

—Isabel, tienes que hacer un viaje urgente a Atenas.

—No lo creo. Me necesitan aquí.

Matt no hace caso de su tono brusco y replica:

—Es por esos dos increíbles pájaros de *lady* Arabella.

—Los he visto.

—Están heridos, y quiero que los cures.

—Ya se lo propuse... —Matt frunce el entrecejo e Isabel añade, impaciente—: ¡cuando nos enviaste a buscar la llave!

Matt observa el bosque.

—Qué extraño —murmura—. Arabella no me lo dijo.

Recuerdo bien la escena.

—Isabel se ofreció para intentar curarlos, y *lady* Arabella dijo que se encargaría ella.

—¿Cuál es el problema, Matt? ¿Sospechas que uno de esos pájaros es el traidor? —dice Isabel con sarcasmo.

Matt se arma de paciencia.

—No creo que sean pájaros de verdad.

—Oh. ¿Y qué son, pues?

Matt me mira a los ojos y luego baja la mirada hasta mis manos. Al momento sé qué pretende. Quiere que ponga las manos sobre los pájaros. Cree que mis manos confirmarán sus sospechas de que los pájaros no son de verdad.

—De ninguna manera, Matt. En el estado de debilidad en que se encuentran esos animales, si los tocara con las manos podría matarlos.

Una repentina ráfaga de viento hace que todos volvamos la cabeza hacia el norte.

—¿Qué demonios ha sido eso? —Oímos exclamar a Shaun.

Nadie puede evitar mirar en esa dirección. Una extraña neblina aparece en lo alto de la montaña y comienza a descender por el valle, hacia nosotros. Es muy distinta de cualquier otra que haya visto por aquí. Es oscura como el velo de una viuda. Mientras contemplamos ese misterioso fenómeno, Shaun avanza hacia nosotros.

—¿Deberíamos ponernos a cubierto? —pregunta, y mira a Isabel—. ¿Es esto lo que viste?

No entiendo a qué se refiere. Isabel se muerde el labio inferior. Sabe algo, eso seguro. De repente se siente incómoda, algo inhabitual en ella.

—Creo que sí —dice al cabo—. Creo que es el viento.

—¿Has dicho viento? Pero Isabel, esto es algo perfectamente visible —replica Shaun.

—Es el viento el que traerá la oscuridad —explica ella.

Se me seca la boca, pero tengo que preguntar:

—¿Te refieres a una oscuridad como la del Inframundo?

Antes de que responda, el misterioso viento nos alcanza. Sorprendidos por su fuerza, bajamos unos pasos trastabillando, sujetándonos los abrigos y las chaquetas. Una vez ha pasado, deja una mancha oscura en el aire. Neriah y Dillon suben corriendo la colina.

—¿Qué está pasando? —pregunta Dillon—. Ese viento era muy raro. Me recordó al del Inframundo. —Hace una pausa y mira a Matt—. ¿Y bien? ¿Qué ha sido?

Matt levanta las manos, con las palmas hacia arriba.

—No lo sé. Isabel dice que...

—Pues si tú no lo sabes, Arkarian lo sabrá.

—Cállate, Dillon —no puedo evitar espetarle. Últimamente es como si Dillon

tuviera que soltarle una pulla a Matt cada vez que este abre la boca. Y eso me saca de quicio.

Cambia el viento, susurrando entre los árboles. Da miedo ver el trayecto de esa ola de oscuridad que, sin que nadie la haya invitado, cruza la Tierra, convirtiendo la luz de la mañana en un inexplicable crepúsculo.

Un incómodo silencio nos rodea y el cielo del norte se oscurece. Eso nos inquieta.

—¿Qué sucede ahora? —pregunta Shaun—. ¿Qué es eso que hay en el horizonte?

Al principio parece una sombra en el cielo, pero a medida que comienza a hincharse y extenderse hacia nosotros, se hace evidente que es enorme.

Ethan sale por la puerta secreta y frunce el semblante, mirando alrededor. Se da cuenta de que en el aire hay algo extraño, pero no logra identificar qué es. Siente que hace un frío excesivo y se encoge dentro de su chaqueta. Se acerca y nos ve a todos contemplando el cielo del norte.

—¿Qué es? ¿Algún tipo de pájaro?

Isabel ahoga un grito.

—¡Oh, no! ¡Son los pájaros de mi visión!

—¿Los pájaros de Marduke? —pregunta Shaun—. ¿Tan pronto?

Mis pensamientos se demoran en la palabra «visión». Parece que Isabel ha tenido una. ¡Y al parecer ha sido una visión informativa! Al menos ahora entiendo de dónde procede su abundancia de información.

—¿De qué visión hablas, Isabel? ¿Qué más viste en ella?

Isabel no contesta, se limita a mirar incómoda a su hermano, pero enseguida desvía los ojos. Tengo la sensación de que todo el mundo, menos yo, está al corriente de esa visión.

—¿Son los pájaros que viste, los que llevaban veneno? —le pregunta Matt.

Arrugo el entrecejo, pues me siento un tanto marginada. ¿Por qué iban a ocultarme unos detalles tan importantes? La respuesta es obvia: todavía no confían en mí. Bueno, ¿qué se creen, que voy a ir corriendo a Marduke para informarle de lo que va a hacer con sus propios pájaros?

Ethan advierte que me he enfadado e intenta darme una explicación.

—Marduke tiene un jardín en el Inframundo, donde cosecha miles de flores, lirios negros, de todo tipo. Las flores son una especie de droga. —Y añade—: ¿Pero por qué te estoy contando todo esto? Eres tú quien debería decirnos qué está pasando.

—Marduke nunca me llevó al Inframundo —le explico, ofendida por sus palabras—. No me incluyó en todas las facetas de su vida. De modo que lamento decepcionarte. No sé nada de drogas.

Vuelvo a mirar el cielo. Ahora está claro que la sombra es una masa de pájaros que vuelan en formación. Llegan más y más, en número incontable. Aunque estoy congelada de frío, de repente siento la piel pegajosa.

—Creo que son vultones —dice Dillon, entrecerrando los ojos—. Sí, conozco esos pájaros. Tienen una bolsa en la tripa, como los canguros.

—¿Se los puede matar? —pregunta Shaun.

—Ya están muertos. Si intentaras matarlos, seguirían atacándote. Lo mejor es no enfadarlos. Marduke los ha entrenado para matar.

—Si ya están muertos, ¿cómo vamos a detenerlos? —pregunta Ethan—. Dinos todo lo que sepas de ellos, Dillon.

—Bueno, tienen garras tan afiladas como las águilas, pero no son tan inteligentes. Siguen instrucciones estrictas, y una vez han cumplido con su propósito están programados para regresar a la base, dondequiera que esté.

Miro a Isabel.

—En esa visión de la que todos parecen estar al corriente, ¿has visto dónde van a arrojar su veneno estos... vultones?

—Sobre Angels Falls —murmura con aire culpable.

—¡Qué idea tan encantadora!

—Envenenarán el agua corriente y hechizarán con la droga a cualquiera que la pruebe o la toque: un hechizo que embota la mente y que dura varios días, dependiendo del nivel de saturación. Quien la beba no sabrá quién es ni lo que hace. Entonces...

—Entonces ¿qué?

—Lathenia se introducirá en sus mentes y se apoderará de ellas. Y cuando la droga deje de hacer efecto tendrá un nuevo ejército a sus órdenes.

¿Un ejército «humano»? Amigos, familias enteras, colegas. ¡Estupendo! Consulto mi reloj.

—Ya es hora de ir a clase. El patio de la escuela estará abarrotado.

Todo el mundo mira a Matt. Él desvía los ojos a un lado, como si quisiera echar a correr hacia el bosque y esconderse un rato. Se frota el cuello, indeciso. ¿Qué le pasa? Nunca lo he visto tan incapaz de tomar una decisión.

Neriah me manda un pensamiento preocupante, pero no sé qué responderle. Le toca el brazo a Matt.

—¿Y si consiguiéramos que los vultones dejaran caer el veneno en un lugar menos habitado?

Asiente aliviado. Es una buena idea.

—Si podemos conseguir que cambien su curso, ¿crees que los vultones volverán por donde han venido?

Neriah lanza la pregunta para que todos la consideremos.

Dillon es el primero en contestar.

—Marduke se pondrá furioso, pero sí, creo que podría funcionar, aunque no será fácil. Marduke controla sus mentes con firmeza. Una vez el Amo se te mete en la cabeza es casi imposible librarte de él.

Gracias a mi visión lateral observa que Ethan me mira y luego baja los ojos. Por fuera hago caso omiso de la insinuación, pero el hecho de que dude de mí después de todo este tiempo me duele y me irrita. ¿Cómo podré demostrarles mi lealtad? Procuro

controlarme antes de que nadie se dé cuenta de lo mal que me siento.

Al final Matt tiene una idea, pero sigue lleno de dudas.

—Yo... tal vez tengo un plan. Pero... Hum, necesitaré algo de ayuda.

—¡Cuenta conmigo!

Eso sí hay que reconocérselo a Dillon: siempre es el primero en ofrecerse voluntario.

—He visto antes esos pájaros. Sé cómo se comportan.

Neriah mira fijamente a Dillon.

—Matt necesitará a alguien que sepa volar...

—No pasa nada. Tengo mis alas.

—Creo que Neriah se refiere a volar «literalmente» —dice Matt.

Dillon me mira perplejo.

—¿Qué? Me da la impresión de que esto del liderazgo te supera un po...

—También necesitas a alguien que pueda meterse en la cabeza de los pájaros —lo interrumpe Neriah, haciendo que todos vuelvan a centrarse en el asunto que nos ocupa—. Gracias al don de la reina Brystianne, también puedo ayudaros en eso.

Matt parece aliviado y Neriah le dedica una sonrisa que derretiría el corazón de Dillon, solo que no se la dirige a él. Dillon se da cuenta, y por primera vez en su vida no tiene nada que decir.

Un graznido nos alerta. Los pájaros están cerca. Shaun toca el hombro de Matt.

—No sé adónde vais, pero más vale que os deis prisa.

Se alejan un paso y todos miramos expectantes. No nos defraudan. Ante nuestros ojos, sus cuerpos comienzan a cambiar y sus extremidades se acortan y transforman. Al cabo de unos segundos se han convertido en halcones. Levantan el vuelo y durante unos momentos revolotean por encima de nuestras cabezas. Todos los contemplamos, sobrecogidos.

—¿Sabías que podían hacer eso? —pregunta Isabel a Ethan.

Él niega con la cabeza. Ella me mira y enarca las cejas.

—¿Y tú?

—Una vez vi a Matt convertirse en tiburón, y en delfín, pero nunca me lo ha dicho.

De repente el halcón más grande, Matt, bate furiosamente sus enormes alas. Una pluma del pecho cae zigzagueando hacia Isabel, que extiende la mano para recibirla en su palma. Levanta la vista y Matt la contempla con sus ojos de pájaro.

Cuando la sombra de los vultones de Marduke cubre ya la mitad del cielo, el par de halcones remonta el vuelo para ir a su encuentro. Por un momento siento una punzada de celos y me pregunto de qué. Seguramente de ver a Matt y Neriah surcar el cielo en forma de pájaro. Qué libres deben de sentirse con ese elegante aleteo y el viento azotándoles la cara.

Cuando por fin consigo apartar los ojos de ellos, veo que Dillon también está como hipnotizado. Pero sus ojos siguen centrados en el halcón más pequeño. Sus

pensamientos me hacen saber que desearía estar volando junto a Neriah, compartiendo esa habilidad, ese poder. Pobre Dillon. Se ha enamorado de la chica equivocada.

—Tendrán que trabajar deprisa —dice Isabel—. Supongo que será muy difícil conseguir que una bandada como esa cambie de dirección.

Yo también lo supongo. Son infinitos.

—Matt lo conseguirá —dice Shaun.

De repente oigo una voz en mi cabeza. Aunque lejana, su apremio es inconfundible. Se trata de Arkarian. Levanto la mano para acallar a los demás. Está en alguna de sus salas, y sus pensamientos se oyen con fuerza. «¿Dónde está Matt?».

«Está ocupado con una bandada de pájaros —contesto—. Puede que tarde horas en volver».

Silencio, casi puedo sentir su frustración. «Arkarian, ¿qué pasa?».

Isabel y los demás me miran, comprendiendo que algo ocurre.

«¡Marduke está en Verdemar con sus soldados y se está preparando para emplazar su ejército de carrizos! ¡Id todos los que podáis!».

La perplejidad me deja sin habla. Se me queda la boca abierta, pero no se forman las palabras.

—¿Qué ocurre? —pregunta Isabel—. ¿Qué sucede, Rochelle? —Me sacude por los hombros—. ¿Le ha pasado algo a Arkarian?

El miedo que trasluce su voz se abre paso a través de mi consternación.

—Arkarian está bien —le digo—. Ha enviado un mensaje.

—¿Y qué dice? —pregunta Dillon.

—¡La antigua ciudad está siendo invadida por Marduke, sus soldados y su ejército de carrizos!

Todos echan a correr, de vuelta a las salas de Arkarian. La puerta secreta se abre en el mismo instante en que nos plantamos ante ella. Arkarian nos hace entrar.

—Debemos darnos prisa. Hay mucho que hacer.

—¿Tan mal están las cosas? —pregunta Isabel.

Arkarian nos mira con ojos sombríos y preocupados.

—Después de todos estos años, Lathenia por fin ha localizado Verdemar, y con la ayuda de Marduke ha practicado un túnel debajo de la ciudad, excavando a gran profundidad para que no pudiéramos detectar ningún sonido ni vibración. Y ahora veinte soldados de Marduke, seguidos de cientos de carrizos, lo han atravesado y han comenzado a derribar la ciudad.

Todo el mundo guarda silencio. No están acostumbrados a ver a Arkarian tan agitado. Los pensamientos de todos se vuelven frenéticos. Llegan a mi cabeza en estampida.

—¡Tranquilizaos!

Isabel apoya la mano en el antebrazo de Arkarian.

—¿Por qué están derribando los muros? ¿Qué demonios buscan?

—La tecnología de los supervivientes de la Atlántida.

—No entiendo —pregunta Isabel.

Arkarian suspira:

—Es gracias a la tecnología de la Atlántida que la Guardia puede hacer lo que hace. Está aquí, en esta sala. —Con las manos abarca toda la estancia—. Es la esfera y todo lo que ves. Sin ella, no podemos proteger la Tierra de Lathenia. Ella ha descubierto cómo viajar al pasado y construir la Ciudadela original. La tecnología de los supervivientes de la Atlántida es lo que la Guardia utiliza para impedirle que se adentre en ella.

Todos tienen preguntas; Arkarian levanta las manos.

—No tenemos tiempo para largas explicaciones. —Pero se da cuenta de que debe contarnos algo más—. Cuando la Atlántida comenzó a hundirse, algunos de sus habitantes consiguieron escapar y buscaron otra tierra deshabitada. Después de muchos años, encontraron Angels Falls e instalaron aquí su maquinaria, a buen recaudo. Fundaron la antigua ciudad y la mantuvieron en secreto. Esta tecnología no debe caer en manos de Lathenia, pues la utilizaría para construir una esfera que le permitiera viajar al futuro, y no podemos consentir que eso ocurra.

—Vaya —exclama Dillon—. ¿Puede hacer eso? ¿Construir una esfera que la lleve al futuro?

Nos volvemos hacia Arkarian en busca de una respuesta. Él simplemente dice:

—Sí.

Shaun avanza unos pasos.

—Arkarian, ¿no nos sería ventajoso en este momento disponer de algunas armas del cofre? ¿Cómo vamos a enfrentarnos a estas criaturas, si no?

Arkarian se mesa el cabello, que emite destellos azules.

—La razón por la que me veis tan... agitado es porque la llave del cofre está aquí abajo. —Señala la puerta que da paso al hueco que conduce a la ciudad.

—¿Qué? ¿En la ciudad, con todos esos carrizos corriendo por ahí? —exclama Dillon—. ¿Y de quién fue la brillante idea de dejar la llave ahí abajo? Apuesto a que de Matt.

Isabel le lanza una furibunda mirada, y Arkarian dice:

—Fue una buena idea, Dillon. La ciudad ha sido segura durante los últimos once mil años.

—¿Ah, sí? Bueno, pues ahora ya no lo es, ¿verdad?

—Por desgracia, no.

Ethan pregunta:

—¿Crees que Marduke sabe que la llave está ahí abajo?

—Es posible. Da la impresión de que ahora tiene espías por todas partes.

A excepción de Arkarian, todos se vuelven hacia mí, pero enseguida apartan la mirada. Se los ve avergonzados. ¡Bueno, entiendo que lo estén! Acabo de pillarlos exteriorizando lo que realmente piensan de mí. Y no es que no estuviera ya al tanto

de sus sospechas. No pueden olvidar que trabajara para Marduke. Pero la confianza es el pilar fundamental de la Guardia, la fe en lo que no siempre tiene sentido. De eso precisamente nos habló el rey Ricardo. ¿Acaso no lo han entendido? ¿O es que no me soportan? No parece que les cueste ningún esfuerzo confiar en Dillon.

Arkarian me toca el brazo y siento una cálida serenidad. Se lo agradezco mentalmente, y él vuelve su atención al grupo.

—Para recuperar la llave necesito a Matt.

—Pero no está aquí —responde Dillon—. Puede que tarde horas en volver. Déjame ir, Arkarian. Te traeré la llave de vuelta. ¿Dónde está exactamente?

—Jimmy ha construido una trampilla en el suelo de la bóveda que hay en el centro del laberinto.

—Parece bastante fácil.

Pero nada es nunca tan fácil como parece.

Arkarian oye mis pensamientos y me hace saber que está de acuerdo.

—Matt ha conjurado un hechizo para la llave. La ha hecho invisible. Solo él puede eliminar el hechizo o ver a través de su invisibilidad.

—¿Qué? —exclama Dillon.

—Y recuerda, tocar la llave significa la muerte.

—Vaya, eso sí que es estupendo. Entonces, ¿cómo vamos a recuperar esa llave invisible?

—Yo puedo tocarla —digo en medio del silencio que sigue al sombrío comentario de Dillon, y extendiendo mis manos—. Siempre y cuando lleve puestos los guantes.

Arkarian se acerca a mí con una caja dorada en las manos.

—Una vez esté a salvo dentro de esta caja, cualquiera puede tocarla. Pero tú no eres la indicada para esta misión, Rochelle, pues aún no tienes alas.

—¿Y qué?

—Sin las armas, la única manera de destruir a los carrizos es ahogándolos. En cuanto la llave se separe de la cerradura, un dispositivo liberará las esclusas. Y cuando eso ocurra, no puedes estar en la parte inferior de la ciudad.

—¿Cuánto tardará la ciudad en inundarse? —pregunto.

—Exactamente nueve minutos.

—Soy muy rápida, Arkarian. Puedo conseguirlo.

—¡Es todo cuesta arriba! —exclama Ethan.

No le hago caso. A veces casi parece que le importo.

—Déjame intentarlo.

Arkarian me observa y niega con la cabeza.

—No sin tus alas, Rochelle. No lo conseguirías.

Así que quizá ese sea mi destino. Después de todo, quizá no haya manera de cambiar la Profecía. Y sin Ethan, ¿qué sentido tiene mi vida? No quiero a nadie más. Ahora lo sé. Y si voy a esta misión, ¿no será esa la prueba definitiva de que mi corazón es leal a la Guardia? Lo único que tengo que hacer es extraer la llave del

panel secreto que hay en el suelo de la bóveda y colocarla en esta caja. Si alguien que tenga alas me acompaña, puedo entregarle la caja para que se la lleve volando a un lugar seguro.

—Es sencillo, Arkarian. Iré.

—Tiene que haber otra manera —dice Ethan.

Arkarian contempla mis manos, que mantengo entrelazadas.

—Rochelle, quítate los guantes.

Me los saco con cuidado. Cuando descubro las manos, todos sueltan un grito ahogado y se las quedan mirando. Desde que Lorian incrementó su poder, la carga eléctrica no ha dejado de aumentar. Emiten chispas de color. Las sacudo un poco. Les sienta bien que les dé un poco el aire. Pero, al sacudirlas, las chispas se diseminan por toda la sala. Shaun y Dillon tienen que agacharse y cubrirse la cara para esquivar algunas que les van directas.

—¿Por qué no has dicho nada? —me dice Arkarian—. El dolor debe de ser atroz.

Sus amables palabras y su mirada compasiva hacen que me asomen lágrimas a los ojos. Parpadeo rápidamente antes de que se conviertan en un mar y me muera de vergüenza.

—No me duelen mucho —miento—. De verdad.

No me cree, y aunque controla sus pensamientos, sus ojos expresan mucho más. Intenta ponerse los guantes, pero sus dedos son demasiado largos. Se los entrega a Shaun, pero tampoco le caben. Ethan es el siguiente en probárselos, pero sus manos son más anchas que las de su padre. Finalmente es Dillon quien lo intenta.

—¡A mí me irán bien! —Tira con fuerza de ellos, pero no hay manera.

Vuelvo a ponerme los guantes.

—Esto ha acabado de decidirlo. Iré yo.

Tomo la caja dorada de las manos de Arkarian y la guardo en el bolsillo de la chaqueta.

—Yo te acompañaré —dice Arkarian—. Subirás la pendiente todo lo rápido que puedas. Además también eres una buena nadadora, ¿verdad, Rochelle?

Asiento con la cabeza, pero Ethan tiene otras ideas.

—Te necesitamos aquí, Arkarian.

Shaun le aprieta el hombro a Ethan.

—¿Estás seguro, hijo? Hace muy poco que has aprendido a dominar las alas. ¿Y si te fallan?

Ethan aparta la mano de su padre.

—No me fallarán.

La mirada de Isabel pasa de Ethan a Arkarian y viceversa, llena de zozobra. Es evidente que teme por los dos, pero quien más le preocupa es Ethan. Se acerca a él.

—Utilizarás las alas y volverás. ¿Verdad, Ethan?

Ethan me mira y por un momento me transmite una calidez procedente del fuego que se aloja en lo más profundo de su alma.

—Haré lo que esté en mi mano —dice—. Pero no puedo prometer nada.

Matt

Los pájaros vuelan más alto de lo que puedo calcular. Cuanto más nos acercamos, más grandes parecen. Tienen cabeza de cóndor y barriga de pelícano, pero ahí acaba cualquier parecido terrenal. Los ojos son redondos y pequeños, situados sobre una protuberancia huesuda. No tienen pupilas, solo esferas de un negro reluciente.

«Deberíamos tomar la forma de los vultones», sugiere Neriah.

Aunque soy reacio a adoptar la forma de un pájaro de otro mundo, probablemente tiene razón. Tendríamos más opciones de comunicarnos con ellos.

Siguiendo su consejo, cambio de forma y ella me imita. De repente los dos comenzamos a caer. Tardamos un poco en adaptarnos a esos cuerpos más pesados y a su forma inusual, con esas pesadas bolsas adosadas al pecho. Cuando remontamos el vuelo, me pregunto qué se sentirá al volar con la bolsa llena. Me alegro de que la mía esté vacía.

«¿Qué te pasa? ¿Por qué llevas la bolsa vacía?». Los pensamientos de un vultón estallan en mi cabeza. «¿Por qué no la has llenado como ordenó el Amo? ¡Menuda pérdida de tiempo, todo este camino para nada!».

Neriah vuelve la cabeza para indicarme que también oye los pensamientos de los vultones. No tardo en oír a otro: «¿Falta mucho, Lydia? Se roe están cansando las alas con esta pesada carga».

El vultón llamado Lydia replica: «¡Vaya, Justin, si hubieras prestado más atención al Amo durante el entrenamiento sabrías que ya estamos muy cerca!».

Dos pájaros con nombres humanos.

Mientras recorría el Inframundo, conocí y trabé amistad con un carrizo llamado John. Su nombre humano era lo único que recordaba de su vida anterior. Pero este último comentario de Lydia me sugiere una idea. Proyecto mis pensamientos hacia ella: «Te equivocas, Lydia. Aún estamos muy lejos de nuestro destino».

«¿Quién eres? ¡Identifícate!».

«El Amo me ha enviado para asegurarse de que sigues el camino correcto. Del que, por cierto, te has desviado. El Amo se pondrá furioso si se entera de que has llevado a todos en la dirección equivocada».

Ahora que sabemos quién es el líder, Neriah y yo nos acercamos a él y nos colocamos uno a cada lado.

«Pero ¿qué dices? —Exige saber Lydia—. He seguido las coordenadas del Amo con la mayor precisión. Mira ahí abajo. Se ve el lago, y al lado la escuela».

Neriah me lanza una mirada penetrante y toma las riendas de la situación. «Verás, Lydia, el Amo nos ha enviado porque ha habido un cambio de última hora en sus planes. Tenemos unas nuevas coordenadas hacia las que debes dirigir la bandada».

Lydia se queda callada. Percibo su confusión. Estaba a punto de ponerse a discutir conmigo, pero Neriah ha sonado muy convincente.

Neriah también percibe sus dudas, y prosigue: «No es un camino muy largo. De

hecho, hay que recorrer una breve distancia hacia el norte y luego hacia el oeste».

«¡Pero si venimos del norte! ¿De qué me estás hablando?».

Lydia no es la única que se pregunta de qué está hablando Neriah. Pero esta se explica: «El Amo ha obtenido nueva información acerca de una reunión secreta de la Guardia que en estos momentos se está celebrando en la más profundo del bosque de Angels Falls. Quiere que arrojéis vuestra carga sobre los soldados de élite de la Guardia que están reunidos allí».

Me reservo mis pensamientos. Neriah está haciendo un trabajo fantástico. Casi tiene a Lydia comiendo de su... garra.

Debajo de nosotros, la escuela se ve cada vez con mayor claridad. Tenemos que conseguir que los vultones alteren su curso de inmediato o será demasiado tarde. Una vez la escuela y la población de Angels Falls queden debajo de ellos, nada de lo que digamos les impedirá arrojar la droga.

Lydia grazna: «Me parece que te equivocas».

«No estoy equivocada». Neriah se coloca delante. Comprendiendo lo que pretende, me sitúo junto a ella. Es un riesgo, pues podríamos acabar aislados de la bandada. Los vultones están cansados, y a lo mejor es pedir demasiado pretender que sigan a dos desconocidos justo cuando las coordenadas originales están casi debajo de ellos.

«Creo que mientes —dice Lydia, meneando la cabeza—. Nuestro destino está ahí abajo. —Y se dirige al grupo que comanda—: ¡Preparados para descargar!».

«¡Eres tú la que se equivoca! —dice Neriah, sin perder la calma pero con firmeza—. El Amo habla a través de mí. "¡Al bosque!", ha ordenado. ¡Es su oportunidad de aniquilar a los soldados más poderosos de la Guardia!».

Lydia guarda silencio un momento, inclinándose ligeramente la cabeza, como si no pudiera creer lo que oye. «¡Cómo te atreves a afirmar que el Amo habla a través de ti! Yo soy la favorita del Amo. ¡Es a mí a quien prefiere! Exijo que te identifiques. ¡Dime quién eres!».

Con elegancia, Neriah inclina las alas y describe un giro, de modo que ahora vuela hacia atrás. Se acerca a Lydia lentamente hasta quedar pico a pico. «¡Te diré quién soy, y nunca vuelvas a hacerme esta pregunta, pues soy la hija del Amo!».

Lydia se queda atónita. La afirmación de Neriah suena convincente. ¡Es la verdad! Y Lydia puede verlo en los ojos negros de Neriah. Se ha quedado sin palabras. Desafiar a su Amo es algo impensable. Y además, ahí está la hija de Marduke, de la misma sangre que el Amo. «¿Has dicho al bosque?».

Neriah suspira, relajándose un poco. «Sígueme y te enseñaré el camino».

Neriah vuelve a dar media vuelta y se dirige ágilmente hacia el norte. Yo la imito. Por suerte, Lydia nos sigue, y su orden se transmite rápidamente al resto del millar aproximado de vultones.

Giramos describiendo un amplio arco. Mientras tanto, no perdemos de vista la escuela. Al final comenzamos a sobrevolar un terreno distinto. El lago aparece ante

nuestros ojos, con las montañas de fondo. Desde esta altura, la panorámica es asombrosa. Neriah gira suavemente hacia el oeste y conduce a la bandada hacia el corazón del bosque.

A nuestro paso, la gente alza la vista y se queda mirando. Algunos se asustan al ver una bandada de pájaros tan grande y amedrentadora, pero la mayoría simplemente la contemplan. Nunca habían visto tantas aves en formación.

Cuando llegamos a la parte más espesa del bosque, Neriah se introduce en las mentes de los animales que hay abajo y les dice que se marchen rápidamente. Me mira por un instante y luego comunica a Lydia que hemos llegado a nuestro destino.

Cuando liberan su carga, se forma una imagen extrañamente hermosa. El veneno parece polvo, y entonces recuerdo que se hace con miles de pétalos triturados. El polvo gris y ceniciento flota hacia la copa de los árboles, desapareciendo nada más tocar el follaje verde y húmedo.

Mientras veo caer las últimas motas, alguien toca levemente mis garras. Muevo las alas para quitármelo de encima, pero su roce contra mi piel curtida me resulta extrañamente familiar. Me provoca cierto malestar. Ya he sentido antes este roce. Entonces me acuerdo. Fue en el patio del palacio de Atenas. ¡En la jaula de los dos pájaros dorados! ¿Y qué significa eso? ¿Que los pájaros están drogados?

Lady Arabella dijo que el polvo había llegado con el aire de la noche. Pero ¿quién lo había enviado?

Le lanzo una mirada a Neriah, preguntándome si debería comunicarle mis sospechas. Pero ella está concentrada en los vultones, sobre todo en Lydia, cuyos ojos expresan agotamiento y confusión.

Siento una punzada de remordimiento, al igual que Neriah. En cuanto los pájaros regresen al Inframundo, Lydia tendrá que rendirle cuentas a Marduke. ¡Todos esos años cultivando el jardín con este propósito! ¡Se pondrá hecho una furia! Aunque... ¿cómo se puede castigar a una criatura que ya está muerta? Bueno, a Marduke se le ocurrirá algo, seguro.

Neriah escucha mis pensamientos, que la disgustan. Sabe que aunque los vultones planeaban causar estragos en Angel Falls, no son más que criaturas que siguen instrucciones de alguien en quien creen y por cuya causa luchan.

Lydia sobrevuela en círculo, graznando desorientada. Su expresión es de pánico. Pero ha pasado mucho tiempo desde que dejamos a los demás, y tengo la creciente impresión de que algo va mal.

«¡No podemos dejar la bandada a su suerte!».

Neriah tiene razón. Deberíamos enseñarles cómo volver. Pero la sensación de que mis poderes se necesitan en otra parte es cada vez más fuerte. «¡Algo malo pasa en Verdemar!».

«Lo sé. Yo también lo percibo. Matt, tienes que irte. Los vultones confían en mí. Los llevaré de vuelta a casa y me aseguraré de que todos crucen la brecha».

Lo último que deseo es dejar a Neriah en el cielo conduciendo mil pájaros

extraviados que vienen de otro mundo. ¿Y si se dan cuenta de que los hemos engañado? ¿Y si se vuelven contra ella?

«Todo irá bien —me tranquiliza—. Pronto volveré a estar contigo».

No tengo elección: me transformo en halcón y regreso a Verdemar.

Rochelle

Los carrizos están por todas partes. De cerca son repugnantes, con esos ojos rojos y redondos que brillan a la pálida luz de los pasillos de la ciudad antigua. Parecen cerdos, pero tienen esas raras alas de aspecto torpe, y manos y pies humanos. Sus extremidades más útiles son las manos. Con ellas manejan armas, hachas, cinceles y martillos, que utilizan para dismantelar los muros. Al principio no parecemos interesarles y nos dejan pasar. Están demasiado ocupados arrancando madera, barro y ladrillos.

Una gran sima se abre ante nosotros y nos detenemos. Es tan profunda y oscura que resulta imposible calcular hasta donde alcanza. Estuve aquí una vez con Arkarian. La única manera de cruzarla es a través de un puente invisible, que, si no recuerdo mal, sale del sendero de ladrillo que hemos seguido.

Sintiendo los nervios que me cosquillean el estómago, compruebo mentalmente la anchura del sendero, y pongo el pie en el lado izquierdo del puente invisible. Toco terreno sólido y exhalo un suspiro de alivio. Más segura, echo a correr.

Ethan me sigue. Una vez al otro lado, se me queda mirando.

—Ni siquiera has vacilado.

No hace falta que le diga que estaba tan nerviosa a la hora de dar el primer paso que ha sido como si las piernas se me separaran del cuerpo.

—La primera vez que Isabel cruzó por aquí tuve que construirle un puente.

—Esta no es mi primera vez —replico—. Y por cierto, tampoco soy Isabel.

—No —dice él mirándome a los ojos—. Desde luego que no.

¡Ojalá supiera qué ha querido significar con eso! Intento leer sus pensamientos, pero los bloquea a la perfección. Es una sorpresa, porque normalmente no es tan bueno.

—¿Te importa? —dice con una sonrisita de suficiencia—. A partir de ahora te agradecería que te quedaras fuera de mi cabeza.

Su tono irónico me hace sonreír.

—¡Guau! —murmura—. Creo que es la primera vez que te veo sonreír.

Son unas palabras muy simples, pero me desarman por completo.

—Deberías repetirlo más a menudo —añade.

Se aleja, y lo único que puedo hacer es quedarme mirando su espalda, con mis pensamientos sumidos en una vorágine.

—¡Vamos! —me llama.

Echo a andar cuando algo pesado cae sobre mí y me derriba. Me retuerzo debajo de ese peso, sacudiendo la espalda para intentar desembarazarme de él. Noto un batir de alas alrededor de mí.

—¡Ethan! —consigo gritar, pero él ya está a mi lado.

Me quita el carrizo de encima tirando de sus alas, y a continuación le da una violenta patada. El carrizo cae al abismo, pero enseguida llega otro cruzando el

punto invisible en una especie de vuelo.

Ethan me ayuda a levantar.

—¡Rápido, vámonos!

Corremos por un estrecho sendero de ladrillo, pero el carrizo enseguida nos alcanza. Miro por encima del hombro y veo que lo siguen muchos más.

Giramos por donde no debíamos y acabamos en un callejón sin salida. Nos siguen cinco carrizos y juro que parecen divertidos e incluso excitados ante la perspectiva de matarnos. Se acercan graznando y babeando.

Ethan se defiende a puñetazos y patadas. Yo me quito los guantes y los guardo rápidamente en el bolsillo. Unas chispas inundan el espacio que me rodea y pillan por sorpresa al carrizo.

—¡Ven! —le grito, mientras le hago señas de que se acerque.

Se abalanza y me derriba de un empujón. Pero tengo su cuello a mi alcance. Lo aferro con las manos, y, sin siquiera apretar, el carrizo queda inerte con un gemido agudo.

A los pocos minutos, cinco carrizos se amontonan sin vida junto a mí, todos con el cuello chamuscado.

Vuelvo a ponerme los guantes, no sea que me olvide y toque accidentalmente a Ethan. Ahora mis manos son más poderosas, pero también más peligrosas. No quiero pensar en ellas.

—Deberíamos darnos prisa.

Nos ponemos en marcha y enseguida llegamos a un lugar desde el que se distinguen los niveles inferiores de la ciudad. Nos inclinamos sobre una barandilla de hierro y vemos un ingente número de carrizos que se afanan en desmontar los muros de la ciudad. También hay máquinas como las de las salas de Arkarian, que, a la luz de las antorchas de los soldados, emiten destellos plateados y cobrizos. Parte de esta tecnología ya ha sido desmantelada y están cargándola en carretas para llevársela. Unos soldados vestidos de negro y apropiadamente enmascarados lo supervisan todo. Me pregunto quiénes son, y si conozco a alguno de mi mundo normal.

Ethan me toca el hombro.

—Ya casi hemos llegado al laberinto. Será mejor que nos demos prisa.

Continuamos y a los pocos minutos llegamos al laberinto. Tras equivocarnos de camino un par de veces alcanzamos el centro. De repente me hallo frente a la Profecía, inscrita en varios muros, y al punto busco la línea que se refiere a mí. ¿Habrá cambiado? Ethan advierte mi ansiedad.

—No lo hagas —me dice.

Tiene razón. ¿De verdad quiero saberlo? En primer lugar, Arkarian me mostró la Profecía solo porque yo insistí. Pensé que me convencería de que yo era realmente una Elegida, que disiparía mis dudas.

Ethan me mira fijamente.

—¿Vienes?

Asiento con la cabeza y él dirige su atención a la puerta de la sala abovedada. Le pide que se abra y esta le obedece, desapareciendo sin hacer el menor ruido. Entramos y nos alivia encontrarla vacía. Sin perder más tiempo, me pongo a localizar el compartimiento oculto bajo el suelo. Me quito un guante y pongo la mano sobre el suelo de plata, cerca del centro. Encuentro la cavidad casi justo debajo de la mano. Vuelvo a ponerme el guante, tiro del panel secreto y aparece el compartimiento vacío, no mucho más grande que la caja dorada de mi bolsillo. Pero no está vacío. Contiene la llave que es temporalmente invisible al ojo humano.

—¿Está ahí? —pregunta Ethan.

Saco del bolsillo la caja dorada, la abro y la dejo en el suelo.

—Ten cuidado —me advierte Ethan—. Asegúrate de que llevas los guantes bien ajustados.

—Descuida —le digo, y comienzo a meter la mano en la caja.

—¡Espera! Comprueba que no tengas ningún agujero en los guantes. A lo mejor se te ha hecho algún agujero al luchar contra los carrizos.

—Son indestructibles, Ethan. ¿Cómo si no iba a poder tocar la llave?

Cuando por fin queda satisfecho, meto la mano en el compartimiento y siento la llave bajo mis dedos. Está como encajada en un soporte, pero no tardo en lograr atraparla. Tiro de ella y se suelta. Por un momento no hay más que silencio, pero enseguida se oye una serie de chasquidos. El sistema de seguridad de Jimmy se ha puesto en marcha. Se ha soltado el dispositivo que abre las esclusas. En pocos minutos toda la ciudad quedará inundada y todos los carrizos serán destruidos.

Ethan chilla:

—¿Ya está en la caja?

Con cuidado, meto la llave en la caja y la cierro. Me aseguro de que queda bien cerrada y se la entrego a Ethan.

—Ya está —digo.

Le tiemblan los labios, que acaban formando una sonrisa. La primera parte de nuestra misión está completa. Lo único que hemos de hacer ahora es salir pitando. Algo que es más fácil para Ethan que para mí. En algún lugar cercano, el lago está vertiendo sus aguas sobre la ciudad, pero por el momento yo sigo seca. Si corro, quizá pueda salir de aquí también de una pieza.

Ethan se mete la caja debajo del suéter.

—Y ahora corre.

Pero una sombra oscurece la entrada. Ya no estamos solos, y se esfuma nuestra oportunidad de huir rápidamente. Sé quién es incluso antes de verlo. Huelo su pérfido aroma en todas partes, a todas horas, incluso cuando duermo. ¿Me libraré de él alguna vez?

Marduke levanta las manos y emite un rugido de victoria. Y en ese momento lo comprendo. Marduke sabía que la llave estaba escondida en algún lugar de la ciudad, y sabía que vendríamos a buscarla. Se la hemos servido en bandeja.

—¡Ethan, vete! —le susurro.

Pero él no se mueve.

—No sin ti.

No puedo creer que sea tan tozudo.

—¿Qué te pasa? ¡Vete de una vez!

—No.

Marduke se echa a reír.

—¿Piensas en el honor en un momento como este?

—Tengo más honor en mi dedo meñique que el que tendrás tú en mil vidas.

—Es posible. Pero el honor no te salvará la vida. —Me mira con su único ojo—.

Ni la suya. Y ahora entrégame la caja.

—Primero tendrás que matarme.

Marduke sisea como una serpiente. Su hocico rocía baba.

—¡Has sido la pesadilla de mi vida! ¡Matarte será la mayor alegría de mi vida!

Nunca he visto a Marduke tan furioso. Tan demente.

—¡Ethan, vete! ¡Utiliza tus alas y ponte a salvo!

Un misterioso sonido, como de algo pasando a gran velocidad, nos llama la atención. Marduke inclina la cabeza y mira con el rabillo del ojo mientras escucha e intenta descifrar el significado de ese rumor cada vez más fuerte. Naturalmente, Ethan y yo sabemos lo que es: el agua que viene del lago. Y a juzgar por el murmullo que avanza por el nivel inferior, no está lejos.

Y entonces irrumpe en la bóveda, lanzándonos a los tres contra los muros.

—¿Qué significa esto? —brama Marduke—. ¡La ciudad se está inundando! ¡Mis carrizos!

Se nos queda mirando cuando se calman las aguas de la primera oleada, que ahora nos llegan por la cintura. Brilla su ojo encarnado y en un arrebato me agarra por la muñeca y me inmoviliza las manos a la espalda con una de la suyas.

—¡Dame la llave o no la soltaré hasta que sea demasiado tarde!

Miro a Ethan, implorándole que se vaya antes de acabar también ahogado. Pero él no está de acuerdo.

—No puedes matarla, a no ser que quieras morir antes de que se ponga el sol.

Marduke me aprieta con más fuerza. Intento sacarme un guante, pero me tiene muy bien inmovilizada.

—No soy tonto, jovencito. Sé que hay una maldición. Pero no voy a matarla. Ella misma se condenó en el momento que entró en la ciudad. —Baja la mirada hacia mí—. Siempre supe que no otorgarte alas fue una sabia decisión.

Ethan le da un golpe en el hombro.

—¡Suéltala!

Pero Marduke ni se inmuta. Y entonces llega otra oleada de agua por los pasadizos. Al oírla, Marduke suelta un rugido de angustia. Cada nueva oleada ahogará más carrizos. Ya se oyen sus chillidos.

Marduke me aprieta con más fuerza. Ethan vuelve a intentar apartarlo. Pero llega otra oleada y la bóveda queda totalmente anegada. Marduke me mantiene sumergida bajo el agua durante un minuto. Ethan nada en torno a nosotros, intentando aflojar la presión de Marduke. Pero este quiere asegurarse de que no tenga la menor oportunidad de sobrevivir. Finjo que se me aflojan los músculos. Solo cuando cree que ya me ha tenido suficiente tiempo bajo el agua mueve sus alas y desaparece.

Al final estoy libre. Ethan me agarra de la mano y salimos nadando juntos de la bóveda inundada.

Parece que pasa una eternidad antes de que salgamos a la superficie. Resollando, voy apartando los cuerpos de los carrizos, que emiten unos chillidos sobrecogedores mientras a trompicones intentan encaramarse unos sobre otros en su pánico por llegar a niveles superiores.

Ethan encuentra una escalera y salimos tambaleándonos del agua. Pero enseguida llega otra embestida. Empapados, corremos todo lo deprisa que nos permite la ropa. Me quito la chaqueta para aligerar el peso. La oleada nos alcanza e intentamos nadar hacia la superficie, esforzándonos por mantener la cabeza fuera. Pero la fuerza del agua es excesiva. Al final nos lanza contra las paredes, junto con los carrizos y los soldados que se ahogan. Un soldado se agarra a Ethan y lo arrastra bajo el agua mientras intenta encontrar apoyo para el pie. Extiendo los brazos, lo sujeto por los cabellos y le lanzo un puñetazo a la cara. Finalmente suelta a Ethan y este sale a la superficie.

Al final conseguimos subir a duras penas otro tramo de escaleras, pero no sé cuánto tiempo podré mantener este ritmo; ¡aún nos queda mucho para llegar arriba!

—¡Puedes hacerlo! —me anima Ethan—. Lo conseguirás, ¿me has oído?

Pero no tarda en alcanzarnos otra ola del tamaño de una montaña rusa que nos zangolotea por estrechos pasillos que se inundan rápidamente. Cuando al fin pasa, nos hallamos en un callejón sin salida, y las aguas llegan casi hasta arriba. Alzamos la cabeza hacia el techo y tomamos aire. Ethan se da media vuelta y me tira del brazo.

—¡Deprisa, tenemos que salir de aquí! ¡Esto es una trampa mortal!

Intentamos regresar cuando una explosión nos proyecta contra los muros, haciéndonos girar como peonzas. Ahora el agua está llena de porquería, mientras que el aire está saturado de humo y polvo. Pero peor son los muros que hay cerca de la entrada. Debilitados ahora que les han arrebatado la maquinaria que contenían, se desploman, bloqueando la salida.

Llegamos hasta ellos nadando e intentamos apartar los cascotes para abrirnos paso. Pero solo quitamos unos pocos, y es evidente que los demás no se moverán. ¡No hay salida! Y entonces oímos el ruido de otra oleada. Dentro de pocos segundos, la cavidad quedará completamente inundada y no habrá manera de escapar.

Nos lanzamos hacia el techo y aspiramos las últimas bocanadas de aire.

—Tienes que utilizar tus alas, Ethan. Ahora ya no tienes opción.

—Siempre hay una opción —dice—, y elijo no utilizarlas.

—¡Ethan, por amor de Dios! ¿Qué me dices de la llave?

—La encontrarán —dice en voz baja.

Tardo un momento en comprender lo que pretende.

—¡No! ¡No puedes hacerlo! Ethan, escucha, no arruines tu vida. ¿De qué serviría?

El retumbo se vuelve ensordecedor cuando una enorme ola está a punto de alcanzarnos.

—No pienso abandonarte —dice Ethan—. No dejaré que mueras sola.

Me quedo mirándolo, incrédula. ¡No puede hablar en serio! Pero sus ojos, la controlada calma que veo en ellos, me dicen que sí habla en serio.

Matt

Cuando llego a las salas de Arkarian, los presagios de desastre son tan intensos que me tiemblan las manos. Arkarian aparece ante mí, con las ropas destrozadas y moratones y verdugones en las mejillas. Lo agarro por los hombros.

—¿Qué ha sucedido?

—¡Hay carrizos por todas partes! ¡Están destruyendo los muros!

Se oye un crujido en la puerta que comunica con el pozo que baja a la ciudad. De repente se abre y aparecen trastabillando Isabel, Dillon y Shaun, los tres tan maltrechos como Arkarian. Shaun se aprieta un brazo con la mano, y veo hilos de sangre entre sus dedos.

—¡No podemos volver ahí abajo! —chilla Isabel, mientras aparta la mano de Shaun y se dispone a curarle la herida—. El agua sigue subiendo de nivel y los carrizos mueren a centenares.

—¿La ciudad ha quedado inundada? —pregunto atónito. Ese fue siempre un último recurso.

Los jadeos de Arkarian comienzan a calmarse.

—Era la única manera.

—¿Y la llave?

Todos los ojos comienzan a escudriñar la sala, pero no es la llave lo que buscan.

—¿Quién falta?

—Jimmy ha salido, y no pude avisar a Marcus, de modo que aún debe de seguir en la escuela —dice Arkarian.

—¿Dónde están Ethan y Rochelle?

Arkarian me mira a los ojos.

—Han ido a buscar la llave.

No espero a que me dé más explicaciones. La situación está clara. Tenemos que ir a buscarlos. Pero la ciudad es enorme. Primero tendré que localizarlos. Cierro los ojos y me pongo a buscarlos. Está oscuro, y en los niveles superiores que aún no se han inundado solo se ven unas cuantas antorchas. Con la mente recorro los pasillos, me adentro en anexos y corredores vacíos. ¡Pero hay tantos! Lo intento otra vez, examinando ahora las zonas inundadas más profundas. Por todas partes flotan carrizos, y también soldados. Proyecto mi mente más abajo. ¿Dónde pueden estar? Llego a una pared desmoronada y rodeada de aguas turbias que da la impresión de haberse derrumbado hace muy poco. Miro de un extremo a otro, encuentro una pequeña abertura y proyecto mi mente a través de ella. Entonces los veo, quitando ladrillos denodadamente, pero su esfuerzo es inútil y cada vez están más débiles.

—¡Demonios!

—¿Qué ves? —pregunta Arkarian—. ¡Dínoslo!

Pero no tengo tiempo para explicaciones. No puedo esperar un segundo más. Aspiro una buena bocanada de aire y desaparezco, materializándome al otro lado de

la pared que mantiene atrapados a Ethan y Rochelle. El agua está fría y me hace temblar. Adaptándome rápidamente a la temperatura del agua, controlo mis pensamientos y concentro toda mi fuerza en las manos. Empiezo a apartar ladrillos y a lanzarlos lejos como si fueran pelotas de *ping-pong* impulsadas por el viento. Al cabo de unos segundos el pasillo queda despejado, revelando una sala oscura y completamente inundada. Adaptando los ojos a la oscuridad veo sus formas. Los dos siguen vivos, pero comienzan a ceder en su lucha por permanecer conscientes. Y estamos tan abajo que no hay manera de que consigan salir sin ayuda.

Se dan cuenta de que estoy junto a ellos y se vuelven. Tienen los ojos muy abiertos, con esa mirada desahogada del que está vivo por los pelos. Escruto alrededor, soltando unas pocas burbujas para liberar la creciente presión de mis pulmones. ¡Debo hacer algo, y deprisa! Comienzo a palpar los muros con las manos. El tacto me revela que hay más ladrillos. ¿Qué me contó Arkarian de este lugar? Que está lleno de pasadizos y compartimientos secretos. Rápidamente cierro las manos y lanzo los puños hacia el techo. Sobre la cabeza nos caen fragmentos de roca y barro. Doy otro puñetazo, y otro.

La madera podrida se parte y al final aparece una pequeña cavidad llena de aire que nos proporciona el anhelado oxígeno.

Con la cara apenas fuera del agua, Ethan y Rochelle jadean y tragan bocanadas de aire estancado, pero que les da vida.

—¡Uf! Ha ido por los pelos... —dice Ethan entre jadeo y jadeo.

—Tienes la llave... —Es una afirmación. Y está cerca, lo percibo.

—Sí, y no gracias a Marduke precisamente. Él sabía que la llave estaba en la ciudad. Y ahora ¿qué hacemos?

—Ahora vas a utilizar tus alas y salir de aquí —le digo.

—Pero...

—¡Vete, Ethan! Me aseguraré de que Rochelle salga sana y salva.

Vacila, dispuesto a discutir.

—¡Vete, ahora! —insisto.

Asiente y desaparece.

Rochelle suspira de alivio.

—Bueno, ahora puedes irte tú también.

Me limito a negar con la cabeza. Ambos sabemos que esta pequeña bolsa de aire solo va a durar hasta la próxima acometida de agua. ¿Acaso cree que voy a dejarla aquí para que muera?

—Escucha, cuando te avise, quiero que tomes una buena bocanada de aire y te subas a mi espalda —le explico—. ¿Entendido?

Me mira con ceño pero asiente con la cabeza.

Un rugido nos advierte de que se acerca otra embestida de agua.

—¿Estás preparada?

Rochelle asiente otra vez. Yo me doy la vuelta y me concentro.

—¡Ahora!

Traga aire, se coloca detrás de mí y se sujeta de mis hombros. Enseguida, una oleada de agua irrumpe impetuosa por la abertura que he practicado antes, tomo la forma de un delfín y me pongo en marcha.

Nado deprisa, esquivando escombros que se hunden en el agua y carrizos que se ahogan. Cuando llegamos al nivel superior de la ciudad, recupero la forma humana y ayudo a Rochelle a subirse a una plataforma seca. Ethan está esperando y nos guía hacia el pozo. En cuanto las puertas se cierran y ascendemos por el pozo, los dos se derrumban contra la pared y resbalan hasta el suelo. Están temblando.

—¡Mantas! —grita Isabel nada más vernos.

Arkarian saca tres y nos arroja una a cada uno. En ese momento Jimmy llega corriendo por una puerta lateral.

—La ciudad está completamente inundada.

Al ver a Jimmy, pienso en cómo sabía Marduke dónde estaba escondida la llave. Aparte de Arkarian, él era el único que sabía lo del compartimiento secreto.

Arkarian oye mis pensamientos y me aprieta el brazo.

—Matt, ¿adónde quieres ir a parar?

«Sospecho que Jimmy podría ser...».

«¡No! ¡Te equivocas!».

«¿Cómo puedes estar tan seguro? Jimmy es el encargado de la seguridad. Aparte de ti, solo él sabía dónde estaba la llave».

«A lo mejor Marduke hizo vigilar a Ethan y Rochelle desde el momento en que entraron en la ciudad. Entonces supuso que, si la llave estaba escondida allí, ellos lo conducirían hasta ella».

Aunque el razonamiento de Arkarian parece lógico, sigo sin quitarme estas preguntas de la cabeza. «¿Cómo es posible que Marduke supiera que se podía entrar en la ciudad por debajo del lago?».

«Uno de los túneles que salían de la casa de Neriah conducía hasta aquí. Cuando la casa fue atacada lo tapamos, pero a lo mejor Marduke ya sabía a dónde llevaba».

—¿Ocurre algo? —pregunta Jimmy.

—Intento averiguar cómo atravesó Marduke nuestras defensas.

Se encoge de hombros.

—Ojalá pudiera decírtelo, Matt.

—A lo mejor puedes pero no quieres.

Me mira fijamente.

—No estarás pensando que... —Lanza un suspiro de hastío—. Matt, dime que no sospechas que yo soy el traidor. Por el amor de Dios, no puedes...

De repente recuerdo la expresión de confianza y adoración que asomó a la cara de mi padre ante la sola mención del nombre de Jimmy, y sé que he cometido un error.

—No —le digo—. No sospecho nada de ti.

—Lo veo en tus ojos. Matt, vivo en tu casa, protejo a tu madre y tu hermana, y

ahora incluso a Neriah. Debes confiar en mí.

Tiene razón. Jimmy es la última persona de quien debería dudar. ¿De dónde he sacado que podía ser el traidor?

La sala se queda en silencio, y los ojos de Jimmy se dirigen hacia Rochelle. Se le acerca y la agarra del brazo.

—Rochelle, pon tu mano encima de mí. Dile que no soy el traidor. Vamos, muchacha.

Pero Rochelle aún está acurrucada en su manta, en el suelo, y lo mira sin expresión.

—¿Qué?

Jimmy se arrodilla delante de ella.

—¡Dame tu mano! No soporto que nadie sospeche de mí. ¡No puedo soportarlo!

Pongo la mano en el hombro de Jimmy, lo hago levantar y que me mire a la cara.

—No sospecho de ti, Jimmy. —Me meso el pelo mientras intento recordar de nuevo cómo se me metió en la cabeza la ridícula idea de que él podía ser el traidor. Y entonces me vienen las palabras de *lady* Arabella: «No creo que haya nada que no sepa hacer, y según tengo entendido ha intervenido en la construcción de casi todo lo que ves aquí. Tiene mucho talento, y su sentido de la oportunidad es impecable. Lo necesites o no, siempre parece estar ahí, adelantándose a tus pensamientos».

Aricarían pone la mano en la espalda a Jimmy y este se calma.

—Ha sido un día muy largo —dice Arkarian—. ¿Por qué no volvéis todos a casa?

Jimmy suelta un largo suspiro y contempla a Ethan y Rochelle, que permanecen acurrucados en el suelo, tapados con la manta.

—¿Estáis bien? —les dice.

Rochelle levanta la cabeza, y sus ojos comienzan a perder su expresión ausente.

—Sí, creo que sí... —Sus palabras se apagan. Se vuelve hacia Ethan y luego me mira. Lentamente dice—: No he muerto...

Todos asienten y sonríen. Hay tal alivio en su voz que resulta difícil no sonreír. Tras el embarazoso diálogo con Jimmy, las palabras de Rochelle aflojan la tensión.

Ethan introduce la mano en su camisa y saca la caja dorada. Al verla, todos aplauden y lanzan vítores. Pero enseguida todo el mundo vuelve la atención a Rochelle. Aún no acaba de creerse que haya superado esa difícil prueba.

—¡No he muerto! —Se pone en pie tambaleándose y mira alrededor, como si viera todo y a todos los que están en la sala por primera vez. Comienza a pasearse, a tocarlo todo, y la manta cae al suelo. Cuando se da la vuelta, su pelo salpica agua—. ¡No me he ahogado ahí abajo!

Nadie está acostumbrado a que Rochelle exprese tanta emoción. Es algo extraño. Ethan se pone en pie y se la queda mirando, completamente absorto. Rochelle sigue bailando de un lado a otro, ajena a cuanto la rodea.

—¡Miradme, estoy viva! —Echa la cabeza atrás y suelta puñetazos al aire—. ¡Sí! ¡Lo he conseguido! ¡Lo he conseguido! —Y añade—: ¡La Profecía se equivocaba!

Jimmy y Shaun se fuerzan a sonreír. Dillon le palmea la espalda y ella lo abraza. Pero ¿qué más podemos decirle? Aparte de Ethan y, naturalmente, ella misma, todos los presentes sabemos la verdad. De repente Rochelle se vuelve para que se lo confirme. Me cuesta controlar mis pensamientos y no quiero que los oiga.

La rodeo con los brazos.

—Lo has hecho muy bien.

Se separa de mí.

—Matt, tenías razón. Me dijiste que no iba a morir.

Se vuelve hacia Arkarian, y aunque es un experto en ocultar sus pensamientos, en este momento le cuesta un gran esfuerzo y solo consigue proyectarlos en una desordenada mezcolanza. La abraza, y por encima de los hombros de ella, Arkarian levanta los ojos hacia mí. No tiene nada que decir. Como siempre, los ojos de Arkarian dicen más que sus palabras. No sé qué ha pasado hoy, pero no ha sido lo que Isabel previo. En su visión no aparecía que Rochelle muriera ahogada.

Matt

Arkarian manda a todos de vuelta a casa. A todos menos a mí. Isabel es la última en irse, después de darle a Arkarian un largo beso. Yo aparto la mirada. No voy a sacar a relucir otra vez el tema de su relación. Sé que tengo tendencia a exagerar siempre que se trata de Isabel. Debo aceptar que ya es lo bastante mayor para tomar sus propias decisiones.

Se cierra la puerta secreta y se produce un largo silencio.

—He hablado con Isabel —dice Arkarian—. Procuraré estar cerca de Rochelle siempre que le sea posible.

—Bien. —De pronto noto un gran cansancio. Arkarian se da cuenta y saca dos taburetes—. ¿Sabes si Neriah ha vuelto sin problemas?

Afirma con la cabeza y nos sentamos, él con las piernas abiertas, agarrando el borde del asiento con ambas manos.

—Está exhausta, pero sana y salva. —Sigue mirándome, Sabiendo que algo más me ronda la cabeza.

—Tengo que ir a Atenas —le explico—. Sé quién es el traidor.

Se inclina hacia delante y me mira incrédulo.

—¿Y quién es esta vez, Matt? La semana pasada era nuestro rey. Hace cinco minutos pensabas que era Jimmy. No puedes seguir formulando acusaciones sin pruebas. Esto no es un juego.

—Vayamos ahora mismo al palacio de Atenas y te enseñaré todas las pruebas que necesitas.

Entorna los ojos y me estudia.

—Muy bien, pero no puedo quedarme mucho rato.

—Nos llevará muy poco tiempo. Créeme.

En un segundo, paso de estar sentado en un taburete en las salas de Arkarian a esforzarme por no perder el equilibrio en el patio del palacio de Atenas. En ese momento, oigo una especie de zumbido a mi espalda y me vuelvo. ¡Ya saben que estamos aquí!

—Padre. —Arkarian saluda a su padre con una reverencia.

—*Milord* —digo.

—Arkarian, Matt. ¿Qué os trae hasta aquí sin haceros anunciar? Me temo que ha de tratarse de algún asunto grave.

—Tengo muchas cosas que contarte, padre, pero Matt desea hacer antes algunas averiguaciones.

Los ojos de Arkarian se deslizan hacia mí, y de pronto me invaden las dudas. Pero a mi espalda oigo el melancólico sonido de un canto agridulce, y eso me llena de una gran fuerza interior. Me doy la vuelta y me dirijo hacia la jaula. Los pájaros comienzan a trinar desaforadamente, agitando las alas y lanzándose contra la rejilla de la jaula. Pero se cansan enseguida, y me doy cuenta de que sus plumas doradas ya

no brillan y que sus ojos de diamante han perdido todo lustre.

Lady Arabella aparece y de inmediato emite unos sonidos para aplacarlos. Al verme, se detiene bruscamente.

—Matt, ¿qué pasa?

Señalo la jaula.

—Esto es lo que pasa, *milady*. Estos pájaros y esta jaula son la prueba de que vos sois la traidora.

Lady Arabella suelta un grito ahogado y se lleva una delicada mano a la boca abierta.

—¡Explícate! —ordena Lorian, amenazador.

Respiro hondo.

—Liberad esos pájaros y todo quedará explicado.

—¡Pero aún no están preparados! —objeta *lady Arabella*.

Paso un dedo por la parte superior de la jaula, el polvo queda flotando en el aire y los pájaros callan.

Lady Arabella suspira.

—He intentado librarme de este polvo, Matt, pero lo trae el viento del norte por la noche.

Miro alrededor: el patio está limpio, inmaculado.

—Qué extraño que no se pose sobre los bancos ni sobre el pavimento, y que sin embargo esta jaula siempre esté cubierta de polvo. —Tiro de una rama de olivo que hay a mi lado, y su follaje se ve verde, liso, limpio. Vuelvo a pasar la mano por la jaula para mostrar a qué me refiero—. Es el mismo polvo que los vultones intentaron lanzar sobre Angels Falls. Lo ha cultivado Marduke en su jardín. Es veneno. Y el viento que lo trae por la noche procede del Inframundo.

—¿Es eso cierto? —le pregunta Lorian a *lady Arabella*—. ¿Trabajáis para Marduke?

—¡Naturalmente que no! Si este polvo es venenoso, yo no lo sabía.

Alrededor ha comenzado a congregarse más gente. Se acerca *Lord Penbarin*.

—Hacen falta más pruebas, Matt. Esta es una acusación muy grave.

—Hace un rato he estado a punto de acusar a Jimmy de ser el traidor.

Varios miembros del Tribunal se escandalizan al oír mis palabras. No es para menos.

—Pero luego me he acordado de quién me hizo concebir esa sospecha. —Y me vuelvo hacia *lady Arabella*.

—Eso no es ninguna prueba, Matt —arguye *Lord Penbarin*.

Lorian está de acuerdo.

—¿Qué otras pruebas tienes?

Miro la jaula.

—Liberad los pájaros y os lo mostraré.

Lorian levanta una mano.

—Abrid la jaula.

—Lo haría, *milord* —dice *lady* Arabella en voz baja—, pero los pájaros aún no están en condiciones de volar.

Lorian suspira, y el impaciente sonido que sale del poderoso Inmortal no resulta precisamente tranquilizador.

—Vamos a solucionar este asunto ahora mismo, *milady*. haced lo que os digo.

—Pero Lorian —suplica *lady* Arabella, acercando las manos a la jaula—. Miradlos. Están tan débiles...

—Están débiles porque se hallan muy lejos de su hogar —explico.

—Están débiles a causa de su amor.

—¿A qué os referís, *lady* Arabella? —pregunta *Lord* Penbarin.

—Son pájaros del amor. Necesitan estar juntos. Son más fuertes cuando están juntos. Así es como sobreviven los amantes, satisfaciendo las necesidades del otro...

Los miembros del Tribunal se miran entre sí, incómodos. Nadie acaba de entender a *lady* Arabella.

—Abrid la jaula —ordena Lorian—. ¡O lo haré yo mismo!

Con lágrimas en los ojos, *lady* Arabella se vuelve solemnemente hacia la jaula.

—No me hagáis esto. Los pájaros vinieron a mí con confianza en los ojos. Sabían que yo podía devolverles la salud. Sabían que yo cuidaría de ellos.

Lorian no replica, pero su mirada es toda una orden. *Lady* Arabella acerca una mano a la jaula y aparece una abertura en la rejilla. Cuando los pájaros salen volando, se les extienden las alas y se les desprenden las plumas, que caen sobre nosotros mientras sus cuerpos siguen transformándose. Antes de tocar el suelo, se han convertido en dos asombrosos guepardos.

—¡*Aysher!* ¡*Silos!* —exclama Arkarian, y los dos animales corren hacia él, adoptando su familiar aspecto de perros cuando llegan a sus pies.

El patio se llena de murmullos de asombro y ahogadas exclamaciones de indignación. La mirada de *Lord* Penbarin pasa de los perros a *lady* Arabella y de nuevo a los perros con incredulidad.

—*Milady*, ¿por qué?

Hay que decir a favor de *lady* Arabella que se la ve tan atónita como los demás.

De repente, Lorian parece más alto, y el patio queda en silencio y se llena de la helada rabia que emana de él. A su lado, *lady* Arabella parece haberse encogido.

—*Milord*, no es lo que parece. No lo sabía. Lo juro, no sabía que los pájaros fueran los perros que hemos estado buscando.

—Guardaos las excusas para el juicio. —Mueve la mano y dos guardias sujetan a *lady* Arabella por detrás—. Encerradla en una celda de la que no pueda escapar.

—¡*Milord!* —grita ella—. ¡No! ¡No me hagáis esto! *Milord*, no podéis dudar de mi lealtad. Acordaos, Rochelle ya me puso a prueba. No soy la traidora. ¡Lo juro!

—Cuando Rochelle os puso a prueba, sus poderes aún no estaban plenamente desarrollados. Creo que la engañasteis, disfrazando vuestra deslealtad con una

envoltura de emoción falsamente generada.

—¡No! No es cierto. ¡Tenéis que creerme! Lo único que he hecho ha sido cuidar de un par de pájaros que acudieron a mí pidiendo ayuda. Eran tan hermosos, tan inocentes y confiados... No me pregunté de dónde venían. Solo quería quedármelos. Por favor, Lorian, no me encerréis. No podría soportarlo.

Todos callan, atónitos.

—¡Nunca os perdonaré por esto! —prosiguen los chillidos y las súplicas de *lady* Arabella mientras los guardias la llevan casi a rastras al interior del palacio y luego a los niveles inferiores. Es un sonido sobrecogedor que jamás me abandonará. Descubrir al traidor no supone ningún alivio. Encarcelar a *lady* Arabella, alguien a quien amamos y en quien confiamos, es poco menos que una tragedia.

Lorian me pone una mano en el hombro, y por un momento sus emociones me inundan y me sobrecogen. Él la ama. Y su traición le ha roto el corazón.

Rochelle

¡Lady Arabella encerrada en una celda del palacio de Atenas acusada de traición! No puedo creerlo.

Dillon y yo caminamos juntos hacia la clase de historia.

—¿Te has enterado de lo de *lady Arabella*? —susurra. También parece estupefacto.

—Sí. No es de extrañar que no quisiera que Isabel se acercara a sus preciosos pájaros.

—Al parecer, el veneno mantenía a los perros prisioneros en su forma de pájaro para que no pudieran comunicarse con nadie. —Sacude la cabeza.

Cuando llegamos al aula, casi todos los pupitres están ocupados y nos sentamos separados. Es el último día de clase antes de las vacaciones invernales. Ha sido un semestre muy largo, han ocurrido cosas muy extrañas y se palpa inquietud en el ambiente. El señor Carter entra y anuncia que celebraremos un divertido concurso. Mientras todo el mundo lanza vítores, miro alrededor. Ethan está justo detrás de mí. Desde aquella experiencia bajo el agua en que vimos la muerte tan cerca, apenas nos hemos dirigido la palabra. Y no quiero sacar el tema. Todavía siento vergüenza al recordar lo eufórica que me puse al darme cuenta de que había salido con vida. ¡No puedo creer que me pusiera a bailar como una loca en las salas de Arkarian! Vuelvo a sonrojarme. Ethan está sentado junto a Chloe Campbell y tiene bloqueados sus pensamientos. Me encantaría que aprendiera a controlarlos, pero una parte de mí desearía meterse en su cabeza una vez más.

Miro en dirección a las ventanas, y con el rabillo del ojo veo que tiene el brazo apoyado en el respaldo de la silla de Chloe. Ella suelta una risita tonta y le dirige una de sus sonrisas más provocativas. De repente me digo que ojalá tuviera el poder de Ethan de animar los objetos. ¡Nada me gustaría más que quitarle la silla de sus posaderas y que se diera una buena costalada!

Dillon se da cuenta de mi azoramiento y me lanza una mueca burlona. Yo le dedico una sonrisa llena de odio. Aburrido, le da un capirotazo a un trozo de goma, pero no controla la fuerza y el proyectil pasa junto al señor Carter como una exhalación, incrustándose en la pared de detrás. Este le lanza una mirada de advertencia. Dillon se encoge de hombros, articulando una disculpa sin pronunciarla, al tiempo que se esfuerza por no reír. Al menos ahora no piensa en Neriah. Ya estoy harta de su obsesión por ella. Esta última semana Neriah ha hablado con él todos los días para explicarle que quiere que solo sean amigos, pero es como si Dillon se hubiera quedado sordo para todo lo que no quiere oír. Matt ha estado un par de días fuera por el asunto de *lady Arabella*, pues en Atenas no paran de celebrar reuniones para aportar pruebas, pero ha vuelto esta misma mañana y espero que tenga la oportunidad de decirle la verdad a Dillon. Una cosa es cierta: yo no quiero estar presente cuando lo haga.

Carter nos entrega las preguntas. Se supone que ha de ser divertido y que habrá un premio para aquel que acierte más respuestas. Pero su idea de la «diversión» es un poco rara. Las preguntas son crípticas. A lo mejor es que hoy no estoy muy despierta.

De vuelta a su silla, el señor Carter se detiene junto a la ventana. Es algo que no suele hacer, pero hay algo en su repentina rigidez que me pone piel de gallina. Gira la cabeza como intentando captar un ruido.

De repente se da la vuelta y me mira fijamente. Es una mirada que no olvidaré fácilmente. Sus ojos están llenos de miedo. Y aunque no es un Vidente de la Verdad, sabe que yo lo soy. Sus pensamientos me llegan con estrépito. «¡Cierra la puerta! ¡Cierra todas las ventanas! Diles a Matt y Neriah que hagan lo mismo. Ya vienen, y muy deprisa».

¿De qué está hablando? ¿Quién viene?

«¡Ahora, Rochelle! ¡Date prisa!».

Hago lo que me dice, proyectando el pensamiento con todas mis fuerzas para que Matt y Neriah capten el mensaje. Matt está cerca, pero Neriah se encuentra en uno de los laboratorios de ciencias, y no estoy segura de que mis pensamientos puedan llegar tan lejos. Le digo a Matt que le transmita el mensaje.

«¿Qué pasa?», me responde mentalmente.

Mientras ayudo a Carter a proteger el aula, le contesto que no lo sé. «Simplemente haz lo que dice el señor Carter, y asegúrate de que nadie intenta salir».

Ethan se acerca a la ventana. No dice nada, pero se ha percatado de que algo sucede. Y también el resto de los alumnos de la clase. Carter levanta la mano para acallar las preguntas, y le dice a Ethan sin levantar la voz:

—Cuando yo salga, cierra la puerta con llave y no permitas que nadie abandone el aula. No abras esa puerta por ningún motivo. ¿Lo has entendido?

Ethan asiente y el señor Carter se va. Miro por las cristaleras mientras él va de aula en aula. Lo veo señalando las ventanas y luego las puertas. La profesora que hay al otro lado del pasillo, la señora Burgess, simplemente se lo queda mirando. Él le pega un chillido y ella da un respingo. Cuando el señor Carter se dirige al aula siguiente, la profesora se encoge de hombros, pero ordena a un par de alumnos que hagan exactamente lo que él ha dicho.

Alguien pregunta qué está pasando.

—¿Quién sabe? —dice Ethan encogiéndose de hombros—. Creo que Carter ha perdido la chaveta.

Dillon se acerca a la ventana y algunos alumnos lo siguen.

Mientras contemplamos los campos de deportes en este gris día de invierno, la espera se hace difícil de soportar. Pero cuando aparece la primera señal, resulta que está justo bajo nuestros pies. El suelo comienza a vibrar y los alumnos se movilizan de inmediato.

—¡Es un terremoto! —grita Bryce Wilson, corriendo hacia la puerta. Al encontrarla cerrada, se vuelve con expresión de pánico—. ¡Dejadnos salir de aquí!

Ethan intercambia conmigo una mirada y corre hacia la puerta. Aparta a Bryce e intenta calmarlo.

—No pasa nada. No os pongáis nerviosos y todo irá...

Antes de que Ethan acabe, aparece el verdadero origen de ese estruendo. Todos corren hacia las ventanas, pegan la cara al cristal y se quedan boquiabiertos de horror.

Ethan mira por encima de mi hombro.

—Aquí están —murmura—. ¡Que todo el mundo se aparte del cristal!

Una oleada de miles de ratas negras cruza los campos de deportes hacia donde nos encontramos. Todo el mundo chilla. Las ratas, grandes y rollizas como hámsters, no tardan en trepar por los muros, oscureciendo las aulas cuando pasan por las ventanas camino del tejado. Chloe y unas cuantas chicas más se acurrucan entre gritos histéricos bajo un pupitre. Pero no son solo ellas las que están aterradas. Algunos chicos tienen los ojos como platos. Cuando los roedores trepan al tejado, el grupo de alumnos se desplaza al otro lado del aula, derribando mesas y sillas con las prisas.

El ruido de cristales rotos en los pasillos acrecienta el pánico. Espero que el señor Carter pueda alertar a todas las aulas. Pero al pensar en él me pregunto si habrá logrado encontrar refugio. Una terrible desazón me atenaza el estómago y susurro:

—¿Dónde está, señor Carter?

—No le pasará nada —dice Ethan, acercándose.

Apenas lo oigo, pues el ruido que hacen las ratas en el tejado ahoga cualquier sonido, incluyendo los chillidos. Ahora todo el edificio vibra. Espero que el techo no ceda con el peso. Y entonces veo al señor Carter: corre hacia nosotros por el pasillo perseguido por cientos de ratas. Ethan ha agarrado el pomo de la puerta, dispuesto a abrirla, pero cuando Carter está a pocos metros, las ratas consiguen colarse por unas grietas del techo y comienzan a descender por las paredes, justo al otro lado de la puerta de nuestra aula. Carter las ve y niega con la cabeza.

—¡No abras! —grita, y comienza a retroceder.

—¡Señor Carter, vuelva!

Pero el profesor gira sobre los talones y echa a correr.

Observamos horrorizados cómo es rodeado por las ratas. Todo ocurre muy deprisa. A los pocos segundos los repugnantes roedores le suben por las piernas hasta la espalda, le saltan a la cara y lo cubren de pies a cabeza.

Todo el mundo está paralizado, con la cara pegada al cristal, sin poder apartar los ojos.

—¡Tenemos que hacer algo! —grito.

Ethan y Dillon se miran el uno al otro, y oigo sus pensamientos, a gritos, sin disimulo. Abrir la puerta pondría en peligro la vida de todos los alumnos.

—¡No podemos dejarlo morir ahí fuera!

Dillon rompe una silla, arranca dos patas y le lanza una a Ethan. Pero la luz se debilita otra vez en el aula, lo que indica que las ratas están pasando de nuevo. Pronto

se pierden por el otro lado del edificio y se dirigen hacia los bloques de las aulas inferiores. Ethan y Dillon salen en estampida, chillando y golpeando con las patas de la silla a las ratas que cubren al señor Carter.

Alguien me aparta de un empujón, y Bryce y otros alumnos salen corriendo detrás de ellos. Muy pronto todos los alumnos de nuestro bloque salen al pasillo, y consigo llegar hasta el señor Carter. Está muy malherido. Tiene todo el cuerpo ensangrentado y las ropas hechas jirones.

—¿Dónde está Isabel? —me pregunta Ethan.

Intento localizar sus pensamientos para saber en qué aula está, pero no percibo nada. Y ahora que lo pienso, no recuerdo haberla visto esta mañana.

—Creo que hoy no ha venido a clase.

—Yo también lo creo —dice Ethan, levantando al señor Carter—. Probablemente esté con...

La señora Burgess aparta a los alumnos de su camino y llega hasta nosotros.

—¿Qué le ha pasado a Marcus?

Ethan la aparta, haciendo caso omiso de su pregunta.

—Ethan, ¿qué estás haciendo? —exclama la señora Burgess—. Llamaremos a una ambulancia. Déjalo en el suelo. —Pero él sigue andando—. ¡Joven, vuelva a traer al señor Carter ahora mismo!

Cuanto más se acerca Ethan a la puerta de salida, más lejanos se oyen los gritos de la señora Burgess. Una vez en la calle, echa a correr. Dillon se ofrece a ayudarlo, pero Ethan simplemente niega con la cabeza. Está decidido a cuidar del señor Carter por sí mismo, pero el esfuerzo es excesivo y le cuesta respirar. Esta vez Dillon no obtiene un no por respuesta. Carga sobre sus hombros al señor Carter y nos ponemos en marcha, colina arriba, hacia a las salas de Arkarian. Con su descomunal fuerza, llegamos en un momento a la puerta secreta.

Aparece la abertura e Isabel nos saluda desde el otro lado.

—Rápido. Por aquí.

Señala una puerta que Arkarian mantiene abierta. Dillon deposita a Carter en una cama. Tiene muy mal aspecto. Arkarian lo cubre con una manta y me lanza una mirada significativa. No puedo evitar pensar en la suerte que tienen Arkarian e Isabel de que Matt no esté aquí.

Dillon devuelve rápidamente mi atención al caos de la escuela.

—Voy a volver por si puedo ayudar en algo.

Es una buena idea. Yo debería ir también. Le echo un vistazo al señor Carter; las mordeduras se enconan como quemaduras de ácido. Pero ya no puedo hacer nada. Ahora es cosa de Isabel.

Matt

La escuela es un caos. Las ratas han causado muchos daños, y varios alumnos que se encontraban fuera de las aulas han resultado heridos de gravedad. Allí donde les han mordido las ratas, la carne se arruga como si fuera una quemadura de ácido. Sus lamentos llenan el aire. Es un alivio oír el ruido de las sirenas acercándose. Me dirijo a los laboratorios de ciencias, que es donde se han producido mayores daños.

No veo a ninguno de mis compañeros. Podría buscarlos mentalmente, pero necesito un momento de calma para hacerlo, y, bueno, eso no va ocurrir en este momento.

La plaga ha pasado, pero los roedores siguen ahí fuera, abriéndose paso hacia quién sabe dónde.

Los laboratorios de ciencias han quedado destrozados. Un par de estudiantes siguen histéricos. Entonces veo a Neriah, que intenta impartir calma y tranquilidad. Las ambulancias han llegado, y a todos los que estamos ilesos nos piden que salgamos.

Me ve y corre a mis brazos. Vamos a la parte trasera del edificio y la abrazo con fuerza.

—Dime qué ha pasado.

Cierra los ojos y me lo enseña, proyectando las imágenes en mi cabeza. El señor Carter corre de una parte a otra, gritando que cierren las ventanas y las puertas. Pero las ratas se acercan. Ya golpean los edificios de la parte delantera. Cientos de ratas se cuelan antes de que los alumnos consigan cerrar los últimos accesos. Parece que su propósito es encontrar carne humana, como si eso fuera a ayudarlas a ser mortales otra vez. Veo a Neriah con los ojos como platos, contagiada por el miedo del resto de la clase. Los gritos desgarran el aire, los taburetes chocan contra las mesas. Los alumnos se empujan al subirse a las mesas para huir de las ratas. Algunos saltan y se quedan colgando como monos de las vigas del techo. Walker intenta calmarlos, al tiempo que se arranca las ratas que trepan por su cuerpo y por el de los alumnos que tiene al lado.

Neriah se separa de mí y cierra los ojos. Hurga en las mentes de las ratas, buscando la manera de comunicarse con ellas. Al principio, nada cambia, pero unos momentos después se detienen y levantan la cabeza. Es algo asombroso. Se encaminan hacia ella como hipnotizadas. Neriah abre una ventana y salen todas. Por suerte, en medio de la histeria general, nadie se da cuenta de su don.

—Has hecho bien —le susurro por encima de la cabeza.

Alza los ojos hacia mí con una expresión que nunca le había visto: de desesperación.

—Matt, he visto algo.

—¿Qué?

—Lo vi en sus mentes.

—¿En las mentes de las ratas?

Asiente y traga saliva.

—¿Y qué viste?

—Enfermedad —susurra. Le aparto una mecha rebelde de la cara y añade—: ¿Cómo podemos combatirla? ¿Por dónde empezamos?

Pasa una sombra, pero no le presto atención. Solo puedo pensar en esos montones de ratas que traen una enfermedad a nuestro mundo y en cómo vamos a combatirlas. Pero la sombra tiene una voz, y está llena de ira y acusación:

—¿Qué te parece empezar ahora mismo? ¡Aquí, conmigo!

Por un momento los dos nos quedamos pasmados, y Dillon comienza a dar vueltas como un lobo olfateando su presa.

—¿Cuánto tiempo hace que dura esto?

Pongo a Neriah detrás de mí.

—Dillon, deja que te explique.

—La estabas rodeando con tus brazos, y ella a ti con los suyos. Creo que eso lo explica todo.

—Quería contártelo —intento explicarle, pero ya es demasiado tarde. ¿Por qué no lo hice antes? Debería haber sido franco con él desde que comprendí cuáles eran mis sentimientos hacia Neriah. Si hemos de luchar, de ninguna manera utilizaré mis poderes contra él. Eso no estaría bien.

Neriah sale de detrás de mí.

—Dillon, he intentado decirte que tú y yo solo podíamos ser amigos.

—¿Amigos? ¿Crees que ahora podemos serlo? —Se acerca a mí—. En cuanto a ti, llevamos siendo amigos casi toda la vida. ¿Es esto lo que se hacen los amigos? Sabías que Neriah me gustaba. Lo sabías, y aún así intentaste quitármela mientras me mantenían encerrado, interrogándome. ¡Y cuando salí fuiste demasiado cobarde para admitirlo!

—No fue así.

—Ahora entiendo por qué los miembros del Tribunal me otorgaron todos esos dones. Sabían lo que me harías. *Lady Arabella* insistió mucho en que procurara cultivarlos. —Sacude la cabeza—. Debería haberla escuchado. ¡Había indicios por todas partes!

—Si hubieras prestado atención a lo que hemos intentado decirte, ahora no estarías tan enfadado —dice Neriah.

Dillon resopla entre dientes.

—¡Ya me imaginaba que estaba pasando algo así! —Se vuelve hacia mí—. ¿Y la promesa que me hiciste? ¿Te estabas burlando de mí, Matt?

—¡No! ¡Te lo juro!

Me da tal empujón que me estampa de espaldas contra la pared y algunos ladrillos se agrietan.

Neriah corre a interponerse entre ambos.

«¡No! ¡No te acerques!», le advierto mentalmente.

Dillon se acerca otra vez y me tira al suelo. Me levanto e intento protegerme de su fuerza. Me lanza de nuevo contra la pared y me da un puñetazo en la mejilla. Lo empujo hacia atrás, alejándome de la pared, que ha comenzado a derrumbarse.

—¡Basta ya, Dillon! —chilla Neriah en el momento en que unos ladrillos caen cerca de nuestros pies.

Sin hacerle caso, me ataca otra vez, agarrándome por los hombros. Levanto las manos para impedir que me inmovilice, pero su fuerza es increíble, y si no utilizo mis poderes, no tengo esperanza. Un puñetazo más y, con suerte, se retirará y acabará esta estúpida pelea.

Pero no se retira, sino que sigue atacándome. Acabo a cuatro patas en el suelo, magullado y vapuleado.

Neriah se acerca a mí corriendo. «¡Usa tus poderes!».

«¡No! Pronto acabará».

«¡No seas idiota! No parará hasta matarte. O hacerte picadillo».

Tiene razón, pero no utilizaré mis poderes contra él. Me pongo en pie tambaleándome y me limpio la sangre de la cara con la manga.

—¡Dillon, espera! Escúchame.

Cuando se dispone a golpearme otra vez, unos brazos le rodean por detrás y lo inmovilizan. Son los de Shaun.

—Siempre hay tiempo para escuchar.

Dillon se libra fácilmente de la llave de Shaun, pero se calma y no intenta volver a pelear conmigo.

Shaun contempla la escena y niega con la cabeza.

—No sé qué está pasando aquí, pero, sea lo que sea, debéis terminar ahora mismo.

—¿Qué ocurre? —pregunto, recuperando lentamente las fuerzas.

Shaun nos mira, primero a uno y luego a otro.

—La brecha entre los mundos se ha abierto.

—¡Demonios! —exclama Dillon, dándole un puñetazo a la pared que hay detrás de él y agrietándola—. ¡No es posible!

El temor a que Lathenia pudiera abrir la brecha fue una de las muchas razones por las que me hicieron ir a Atenas. El Tribunal tenía fundadas sospechas de que sería el siguiente paso de Lathenia.

—¿Cómo es de grande la brecha?

—Lo suficiente para que entren en nuestro mundo toda clase de criaturas siniestras.

—¿Toda clase de criaturas? —exclama Dillon—. No es posible. Lathenia no abriría la brecha para que entraran todas las criaturas que viven en el Inframundo.

—¿Y qué ocurrirá ahora? —pregunta Neriah.

—¿Ahora? —La imita Dillon con sarcasmo—. Ahora nuestro «líder» tomará el

mando. Nuestro «capitán», ¡si se puede llamar así a este pelee enclenque y mentiroso! Veamos ahora cómo tomas el mando.

Shaun le lanza una mirada colérica.

—Dillon, hay que dejar a un lado lo que ha pasado entre vosotros. ¡Ahora mismo! ¿Lo has entendido?

Dillon aprieta los dientes y me mira con furia.

—Muy bien —accede a regañadientes—. Pero no sabéis lo peligrosas que son las criaturas que Lathenia tiene encerradas entre rejas de hierro en el Inframundo. ¡Y se supone que hemos de luchar contra ellas con este mequetrefe de líder!

Shaun hace caso omiso del sarcasmo de Dillon y se vuelve hacia mí.

—Matt, ha llegado el momento. Necesitamos las armas que fueron creadas para los Elegidos.

Dillon avanza impetuoso.

—¡Será mejor que haya una para mí!

En ese momento aparece Rochelle por la esquina, lo que me ahorra tener que responder.

—¿Qué demonios está sucediendo aquí? —Ve mi cara ensangrentada—. ¿Qué te ha pasado?

Nadie le cuenta nada, de modo que le abro mis pensamientos para ponerla al corriente. Mira a Dillon con la boca abierta.

—¿Tú le has hecho esto?

—Se lo merecía.

Rochelle sigue mirándolo, y Dillon añade:

—¿Tú también lo sabías?

Rochelle levanta las manos.

—No te enfades, Dillon. Seré sincera contigo. Debes de estar ciego para no haberte dado cuenta de que hay algo muy intenso entre estos dos. Supongo que se trata de la ceguera típica de los chicos. Ni siquiera Matt lo vio al principio, y cuando lo hizo, ya te había hecho esa estúpida promesa. No contártelo fue otro error, pero su única intención era no hacerte daño.

Sus palabras son generosas, y a lo mejor, solo a lo mejor, Dillon aceptará escuchar a una tercera persona. Este aparta la mirada, y Rochelle me comunica el mensaje que la ha hecho venir.

—Lorian ha entregado el cofre de las armas. Arkarian quiere que nos reunamos en la colina que hay sobre la cascada, y que tú traigas la llave.

Shaun asiente enfáticamente.

—Vamos, pues.

—¿Dónde están los demás? —le pregunto a Rochelle.

—Ethan e Isabel ya van de camino a la colina.

—¿Y el señor Carter? —se interesa Dillon—. ¿Se encuentra bien?

—¿A qué te refieres, Dillon? ¿Qué le ha pasado a Marcus? —pregunta Shaun.

Una mujer aparece por la esquina del edificio.

—¡Eso es lo que me gustaría saber a mí!

Es la señora Burgess, y al oírla Rochelle da un respingo.

—Oh, señora Burgess, no la había visto. No se preocupe. El señor Carter está bien.

—Me extrañaría, jovencita, considerando el estado en que se encontraba. Quería hablar con Ethan Roberts. ¿Dónde está? ¿Y dónde ha llevado a Marcus?

—Le juro que el señor Marcus está bien... Acabo de verlo hace unos minutos.

La mujer esboza una mueca de incredulidad. Se acerca a Rochelle y le balancea el dedo índice delante de la cara.

—Te aseguro que si Marcus no vuelve a la escuela en breves minutos, llamaré a la policía y rodarán cabezas. ¿Le ha quedado claro, señorita Thallimar?

—Emily, ¿qué es este alboroto? Se te oye desde la otra punta del campo de deportes.

Por fin algo sale bien. El señor Carter aparece a tiempo. La señora Burgess suelta un grito ahogado al verlo.

—Marcus, ¿estás bien? ¿Dónde te ha llevado ese chico?

Carter se acerca, arreglándose el cuello de la chaqueta.

—Te aseguro que me encuentro perfectamente, Emily. El tejido de esta chaqueta es muy resistente. Esas repugnantes criaturas no han podido penetrarla, aunque me han dado tal susto que me he desmayado. Ethan me ha apartado del gentío, luego ha ido a buscar unas sales y me ha limpiado la sangre.

La señora Burgess frunce el entrecejo, pero él le sonrío y ella prácticamente se derrite. ¡No puedo creerlo! ¡Así que la señora Burgess está colada por el señor Carter!

—Supongo que ya no habrá clases en todo el día —dice, cambiando de tema como si tal cosa.

—No, por supuesto que no —le confirma la señora Burgess mientras avanzan juntos hacia su despacho—. Nos hemos puesto en contacto con casi todos los padres, y muchos ya han comenzado a llevarse a los chicos. El resto se irá en autobuses. ¿No te parece increíble todo lo que ha pasado últimamente? Es la segunda vez en este trimestre que se cierra la escuela. ¿Qué está sucediendo, Marcus?

—No lo sé, Emily, pero habrá que andarse con cuidado por si vuelven esos roedores. Enseguida haré un comunicado.

Cuando ya no podemos oírlos, comenzamos a alejarnos, pero mis pensamientos siguen con Dillon y la expresión de intenso miedo que he visto en sus ojos unos minutos antes. De nuevo está aquí, con su mirada perpleja.

—¿Qué tenía encerrado exactamente Lathenia bajo esas puertas de hierro?

Hace ademán de hablar, pero no le sale ninguna palabra.

—Será mejor que nos lo cuentes —dice Shaun.

Respira profundamente.

—Muy bien. Pero tú también fuiste testigo, Matt.

Me recorre un escalofrío al recordar los brutales animales que vi encerrados en las mazmorras de Lathenia.

Dillon explica:

—Caminan sobre dos piernas, como los humanos, tienen dos gruesas manos y son tan altos como nosotros. Sus cabezas son grandes, con unos cuernos largos y curvos, y... no sé cómo explicarlo, tienen unos ojos que te atraviesan, negros y vidriosos, como una ventana que diera a un pozo de negrura. Y debajo de la nuca, en la columna vertebral, les sobresalen unos huesos puntiagudos. También son grandes y fuertes. Ah, ¿y he mencionado el hecho de que les atrae el olor de la carne fresca?

—He visto esas criaturas encerradas en las mazmorras de Lathenia. Son exactamente como las describes. Pero no he visto ninguna en el Inframundo —digo.

—No, allí no hay ninguna. Las tiene confinadas en una serie de cavernas y túneles subterráneos. Viven allí entre los de su propia especie, entre su propia inmundicia, mientras Lathenia intenta dar con una manera de controlarlas.

—¿Cómo sabes todo esto? —pregunta Shaun.

Dillon se vuelve hacia él.

—Una vez Lathenia me encerró en ellas, pero no pudo anular mis alas y me escapé.

Rochelle se estremece.

—Dillon, ¿cómo se llaman esas bestias?

—Demonios —dice—. Las criaturas más siniestras del universo.

Rochelle

Cuando los diez estamos reunidos en la colina, ya es mediodía. La zona está vigilada. Con cuatro Videntes, el fino oído del señor Carter y los dos perros de Neriah, deberíamos estar a salvo de oídos curiosos y visitantes indeseados.

Arkarian deja la caja en el suelo y ocupa un lugar en el círculo que hemos formado sin darnos cuenta. Observo el cofre de las armas. Parece de oro o latón, y es más pequeño de lo que imaginaba, del tamaño de un arcón de esos que se ponen junto a la cama. Está profusamente decorado con plata y joyas, y en la tapa se ve el dibujo de la ya conocida forma octogonal.

Estoy hecha un manojo de nervios. No recuerdo haber estado nunca tan excitada, ni siquiera cuando de niña esperaba mi regalo de cumpleaños. Aunque no es que mis cumpleaños fueran muy celebrados, pues eran la excusa perfecta para que mi padre se emborrachara, por lo que la mayoría de las veces ni mi madre ni yo se los recordábamos.

Matt hace encajar la llave en la forma octogonal. Se oye un chasquido y luego un chirrido, como si se liberase un mecanismo antiguo. Cuando abre la tapa, dejo escapar el aire que estaba conteniendo sin darme cuenta. No estoy segura de qué espero ver. ¿Fuegos artificiales? ¿Explosivos? ¿Una voz atronadora? Pero no ocurre nada extraordinario.

—Mientras estuve fuera, me mostraron las armas que hay dentro de la caja y me enseñaron a usarlas. —Matt saca un objeto alargado y lo coloca delante de Ethan.

Yo estoy al otro lado del círculo, pero diría que es un arco y una flecha dorados. Ethan agarra el arco y la flecha, y frunce el entrecejo.

—Yo no soy un buen arquero. Quizá deberías dárselo a Isabel.

Una leve risa se oye en torno al círculo. Matt nos dice:

—Estas armas están pensadas para ampliar o aumentar vuestros poderes naturales. Al principio puede que no resulte obvio, pero a medida que aprendáis a usarlas y ganéis experiencia, lo entenderéis.

—¿Y qué relación tienen conmigo este arco y esta flecha? —pregunta Ethan.

—Aumenta tu poder de animar los objetos y tu afinidad con lo irreal. Mira —dice Matt, colocando la flecha en el arco—. Utiliza tu mente para desear que esta flecha impacte en... —Se da la vuelta y señala un punto lejano— en aquel árbol que tiene la rama partida. Apunta a la vaina que pende de su extremo. Pero... —vacila, y señala un árbol situado en dirección opuesta— dispara la flecha hacia allí.

Ethan se gira y lanza la flecha. Esta surca el aire tan deprisa que no la veo, pero oigo un zumbido cortante, seguido de un estallido y un destello cuando la vaina explota.

Todos murmuran de asombro. Ethan sonrío, complacido.

—¿Es así siempre?

—Siempre. De ahora en adelante, nunca te quedarás sin flecha ni fallarás tu

objetivo.

Mientras Ethan se cuelga el arco al hombro, Matt se acerca a Isabel y le pone una barra en la mano. Cuando miro más de cerca, observo que se parece más a una empuñadura de espada.

Isabel levanta la mirada.

—¿Qué es?

—Un arma de luz. Su poder procede de su fuerza interior. A una persona del mundo de las tinieblas no le serviría de nada. En los lugares sombríos incrementará tu don de ver. —Matt aferra con fuerza la empuñadura y surge un haz de luz largo como una espada y tan blanco y brillante que casi me quema los ojos. Luego la esgrime contra unas rocas que hay a su lado y el haz atraviesa el centro de la roca superior con un chisporroteo—. La roca se llena de luz, conserva la forma un momento, y luego desaparece del todo.

Todos miran atónitos.

—Ahora prueba tú.

Isabel siente el peso de la empuñadura en la palma.

—¿Qué debo hacer?

—Relaja tus pensamientos y deja que fluya tu luz interior. No tardarás en comprender cómo va.

De repente se genera un haz luminoso, e Isabel sonrío. Acomete una roca y los pedazos caen sobre nosotros. La lluvia de escombros nos pilla desprevenidos. Todo el mundo los esquiva o se aleja.

—¡Lo siento!

Matt simplemente le sonrío. Después se acerca al señor Carter y le entrega dos tiras metálicas con unos agujeros en el centro.

—Mete los dedos aquí dentro.

Los dedos del señor Carter encajan perfectamente. «¡Guau!», exclama, obviamente impresionado. Cuando flexiona los dedos, unos agudos dardos de acero asoman de la tira metálica sobre cada nudillo. Desde cualquier punto de vista parecen letales.

Matt le da unos golpecitos en el hombro y avanza hasta Shaun, al que entrega dos espadas magníficamente labradas con empuñadura de plata. Una larga y otra corta.

—Para nuestro maestro espadachín, dos espadas que poseen el poder de matar de un golpe.

Shaun las sopesa para ver si están equilibradas.

—Excelentes.

Mientras Matt se mueve por el círculo, no puedo evitar ponerme nerviosa. Me pregunto qué clase de arma me asignará a mí. ¿Cuál de mis dones se verá incrementado por alguna de estas asombrosas herramientas? Se acerca a Jimmy y yo casi salto de impaciencia. Por primera vez en mi vida siento, de una manera irrefutable, que soy aceptada completamente. Eso es lo que se supone que he de

hacer: trabajar codo con codo con esta gente, dispuesta a combatir por una causa justa.

Matt pone una bolsa en las manos de Jimmy.

—¿Una bolsa de baratijas? —pregunta Jimmy, palpando el contenido con la mano —. ¿O una bolsa de guijarros?

Matt se echa a reír.

—Algo parecido, solo que estos «guijarros» poseen el poder de una granada, y, aunque te caben perfectamente en el bolsillo, nunca se te acabarán. Estos explosivos no solo son eficaces contra las criaturas de las tinieblas, sino que pueden derribar cualquier barrera, por cerrada o armada que esté.

Jimmy sonrío, haciendo malabarismos con la bolsa, impresionado por la ligereza de su arma.

Neriah es la siguiente. Matt estrecha una de sus manos, y todos los que estamos en el círculo sentimos el poder que fluye entre ellos ante ese repentino contacto. Es como si, al tocarse, uno se convirtiera en la extensión del otro. Matt se aparta y Neriah abre la mano. En su palma hay algo que solo puede describirse como un pequeño rayo. Todos nos quedamos boquiabiertos y estiramos el cuello para verlo. Incluso *Aysher* y *Silos* se sientan sobre las patas traseras y husmean.

—¿Qué puedo hacer con esto? —pregunta Neriah.

Matt mira alrededor.

—Apunta a ese arbusto de ahí y utiliza tu pensamiento para proyectar su energía.

Neriah obedece y al instante un rayo emerge de su mano, incendiando el arbusto y reduciéndolo a ceniza a los pocos segundos. Todos nos quedamos pasmados.

Ya solo quedamos tres. Dillon, Arkarian y yo. Cuando Matt se me acerca soy incapaz de controlar mis manos, que se lanzan hacia delante. Me tiemblan, pero me da igual. Matt se queda delante de mí unos momentos, y como no me ofrece nada, levanto los ojos.

—No tengo arma para ti —dice.

De repente, un completo silencio recorre el círculo. Bajo mis temblorosas manos y me las llevo a la espalda.

—No... lo entiendo —consigo articular.

—La razón por la que no tengo arma para ti es porque no la necesitas.

No puedo creer lo que oigo.

—¿Qué quieres decir?

—El arma que originariamente se hizo para ti, se la daré a Dillon.

—¿Qué?

Me tira de las muñecas y me obliga a poner las manos ante él.

—Ya has demostrado que tus manos pueden matar. Tú no necesitas ninguna arma. Y como ahora somos diez, nos falta una.

—¡Así que le das mi arma a Dillon!

—Así es.

Comienza a alejarse, rumbo al cofre. Estoy a punto de llorar. Parpadeo deprisa y doy un paso hacia atrás, a punto de echar a correr. ¿Qué estoy haciendo aquí con esta gente? No debería formar parte de este... grupo selecto y secreto. No me quieren. Nunca me dejarán ser de los suyos.

Matt oye mis pensamientos incontrolables y se vuelve, perplejo. Intento explicárselo.

—¿Es que no merezco un arma?

—Rochelle, no se trata de eso.

Lo miro, a él, a todos, y sacudo la cabeza. Me alejo, pero él se adelanta y me sujeta por el hombro.

—Escúchame: no te estoy excluyendo. Tus manos son tus armas. Míralas. —Me quita los guantes y saltan chispas en todas direcciones. Todo el mundo se aleja o las esquiva—. Mira. —Matt coge una piedra, la pone en mi mano e inmediatamente queda reducida a polvo. Mis emociones se desbocan. Oigo exclamaciones de asombro.

—Quédate. Este es tu sitio.

Matt dice «quédate», pero mi corazón grita «vete». Nunca me he sentido tan humillada. Arkarian me toca el hombro para consolarme. En silencio, cojo los guantes, que ahora tiene Matt. Una vez vuelvo a ponérmelos y mis monstruosas manos quedan cubiertas, regreso a mi posición en el círculo y guardo silencio. Paso un buen rato mirándome los pies. No quiero ver qué arma le entregan a Dillon. Escucho mientras le dan la suya a Arkarian, una especie de látigo que tiene la propiedad de hacer cualquier cosa con el movimiento y la materia, como encender fuego, mover masas de agua, crear una tormenta de arena, o simplemente destruir a las criaturas con que vamos a enfrentarnos. Es una buena arma para él. De todos los que estamos aquí, merece la más poderosa.

La última arma es la de Matt, que resulta un hacha. Cuando se la coloca en el cinturón explica que esa hacha —sólida, fuerte y terrenal— le da equilibrio.

Al final todo acaba, y reúno el valor para alzar los ojos. Lo veo todo borroso. Intento secarme las pocas lágrimas que me quedan. Ethan me mira desde el otro lado del círculo. Y mientras mi vista comienza a despejarse, él no aparta la mirada de mí.

No sé qué pensar de su expresión. La palabra «compasión» me viene a la cabeza, pero la desecho. No soportaría que Ethan me compadeciera. Por un momento siento la tentación de proyectar mi mente hacia él para espiar sus pensamientos. Y de manera sorprendente, ahí están, pero no me atrevo a escucharlos. Aún perdura en lo más hondo de mí la sensación de ser una intrusa.

De pronto todos los pensamientos desaparecen cuando el rey Ricardo se materializa delante de nosotros. Un relámpago en el cielo revela la imagen de un edificio que se desmorona. Algo choca contra el suelo. Jimmy se acerca corriendo, recoge unos cuantos ladrillos y los levanta para que todos los veamos.

El rey Ricardo explica:

—Es la Ciudadela. La están atacando. ¡Coged las armas y daos prisa!

Matt

Puede que estén atacando la Ciudadela, pero Ethan ha decidido atacarme a mí. Me da un golpe en la espalda, y me arrastra lejos de los demás mientras nos dirigimos a las salas de Arkarian.

—¿Cómo has podido hacerle esto?

—Supongo que te refieres a Rochelle.

—¡Claro que me refiero a Rochelle! ¿A quién, si no, has humillado?

—No pretendía humillar a nadie, y sé lo que hago. Era lo correcto.

Intento avanzar, pero me pone una mano contra el pecho.

—Ha sido un error.

—La conozco mejor que tú, Ethan. Rochelle es fuerte.

—¡Eres un idiota! ¿No ves que ella siempre mantiene las distancias, que nunca se quita los guantes, que se esconde detrás de... esa máscara cínica que nos muestra?

Arkarian nos oye y se acerca.

—¿Crees que he cometido un error al no darle un arma a Rochelle, Arkarian, teniendo en cuenta que no la necesita y que si se la hubiera dado nos habría faltado una?

Tarda unos momentos en responder.

—Si se ha cometido un error, ha sido no decírselo a Rochelle en privado.

Naturalmente, Arkarian tiene razón. Yo siempre actúo con torpeza y meto la pata.

—No estoy capacitado para ser el líder del grupo.

Ethan suelta un gruñido y Arkarian dice:

—Matt, todos cometemos errores. Lo que has hecho solo muestra tu lado humano.

—¡Tú nunca cometes errores! —replico enseguida—. Tú eres quien debería ocupar mi lugar. Tú eres quien debería liderar a los Elegidos. Me sentiría orgulloso de servirte.

—No digas eso.

—Hablo en serio. Te estoy entregando el liderazgo.

—Matt, piensa en lo que eso significaría para nuestra moral. Echa un vistazo a tu alrededor... ¿qué ves?

Miro a los demás, que suben lentamente la montaña como si se encaminaran hacia la muerte. De repente lo entiendo. Dependemos unos de otros. Todos desempeñamos nuestro papel, y el mío es ser el líder de los Elegidos. Da igual cuáles sean mis defectos, o mis dudas, esto es lo que soy: el hijo de un Inmortal, más poderoso que todos los Elegidos juntos. Y aunque estoy lejos de ser perfecto, a causa de mis inhibiciones, dudas e inexperiencia, los demás tampoco lo son.

Me acerco con largas zancadas a la puerta secreta y la abro sin la ayuda de Arkarian, pues esta es una de las cosas que soy capaz de hacer. De pronto me siento harto de ocultar mis poderes, de modo que antes de cruzarla me vuelvo y les digo a

los demás, ahora reunidos ante mí.

—¡Quiero que todo el mundo se entere! —Mi voz retumba por las montañas—. Estamos a punto de entrar en combate para rescatar la Tierra de la maldad más perversa del universo, y voy a ser vuestro líder. Os pido perdón por mis anteriores flaquezas, ¡pero a partir de este momento ya no volveré a ser débil! —Levanto las manos y llevo un pensamiento a mi mente: «Poder». Quiero que lo sientan.

Cuando los demás me siguen dentro de la montaña, percibo algo distinto en ellos. No le presto mucha atención ni intento analizarlo: simplemente no hay tiempo. Arkarian es el último en entrar. Los demás le dejan paso y se acerca a mí.

—Dinos qué quieres que hagamos.

Le pongo la mano en el hombro y respondo:

—Llévanos a todos a la Ciudadela para que esta batalla se decida por fin.

Rochelle

Cuando llegamos a la Ciudadela, *Lord Penbarin* sale a recibirnos. Los soldados que lo acompañan vigilan todos los puntos de entrada. Van armados con espadas, cuchillos y otras armas de artes marciales. Su aspecto es desastroso. Ya ha habido lucha. *Lord Penbarin* lleva las ropas revueltas, y de su espada gotea sangre.

—*Marduke* y otro batallón de carrizos se han infiltrado en los niveles inferiores, mientras que las criaturas del mundo medio están en el laberinto.

—¿Cómo han conseguido entrar? —pregunta *Matt*.

Lord Penbarin levanta los ojos al alto techo de ocho paneles.

—Nos sorprendieron. Eran muchos, y nos arrollaron. *Lathenia* está utilizando la Ciudadela para conseguir que sus inmensos ejércitos de cadáveres entren en nuestro mundo. No podemos permitir que esto suceda. Hay que suprimir a los que ya han entrado. Las armas del cofre nos ayudarán. —Sujeta a *Matt* por los hombros—. *Lorian* está dispuesto a destruir la Ciudadela, si esa es la única manera de impedir que se cuelen más criaturas.

—¡Destruir la Ciudadela!

—Nos estamos viniendo abajo, la presión es excesiva y *Lathenia* sigue mandando más gente. *Lorian* destruirá las instalaciones, incluyendo las salas de transporte y la maquinaria, cualquier cosa para detenerla. En estos momentos está preparando una estrategia con nuestro rey.

—Esperemos no tener que llegar a ese extremo, *milord*.

—*Lathenia* está enviando todo tipo de criaturas. Pero no quiero ni pensar que se le ocurra traer a las peores que el Inframundo ha...

—¡Te refieres a los demonios! —exclama *Dillon*.

Lord Penbarin parpadea ante la sola mención de la palabra.

—Sí, me refiero a los demonios. Destruiremos la Ciudadela antes de que eso ocurra. El riesgo para la Tierra, y para la vida misma, es demasiado grande.

—Muy bien, pues —dice *Matt*—. Nos dividiremos e iremos donde más nos necesiten. —Se vuelve hacia *Ethan*, *Shaun* y *Neriah*—. Vosotros tres id a las salas de control para ayudar a proteger la maquinaria de alta tecnología.

Lord Penbarin explica:

—Sin esa maquinaria, el transporte es imposible. No dejéis que se apoderen de ella. Debemos evitar que la Orden pueda enviar a nadie al futuro. Pero no será fácil. La sala de control ya ha sido invadida.

—Estupendo —dice *Ethan* secamente.

Neriah se acuclilla entre *Aysher* y *Silos*, y les pasa la mano por el pelaje.

—Parece que vamos a tener trabajo —dice. Los dos perros se yerguen y la miran fijamente a los ojos—. No os separéis de mí.

Lord Penbarin asiente sin darse cuenta. Nadie quiere que *Neriah* vuelva a separarse de sus perros.

—*Sir Syford*, la reina *Brystianne* y sus soldados intentan resistir en la sala de control, pero necesitan vuestros poderes y vuestras armas. Id, de prisa.

Matt sigue explicándonos dónde cree que deberíamos ir los demás.

—Dillon, quiero que vengas conmigo.

—¡Ni hablar! —protesta Dillon—. No pienso emparejarme contigo. Olvídalo.

Matt le lanza una hosca mirada, y el color de sus ojos pasa de su castaño habitual a un dorado reluciente. Al verlo, Dillon se echa hacia atrás.

—Vamos a defender esta Ciudadela codo con codo. ¿Lo has entendido, Dillon?

Dillon asiente.

—Marcus, quédate aquí con Isabel y Rochelle. Quiero que los tres permanezcáis con *Lord Penbarin* para detener cualquier invasión que pueda tener lugar. —Señala el techo de ocho paneles, por el momento tranquilo.

Un temblor en los niveles inferiores nos recuerda que debemos darnos prisa. Matt envía a *Arkarian* y a *Jimmy* al laberinto, inundado ya de criaturas del Reino Medio.

—Ya has visto antes esas criaturas —le dice Matt a *Arkarian*—. Ya sabes cómo actúan, pero no subestimes su poder ni te fíes de sus puntos débiles.

Jimmy pregunta:

—¿Qué son exactamente?

—Algunos serán almas perdidas —explica *Arkarian*—. Y ahora que el puente ha desaparecido estarán vagando sin rumbo. Pero habrá otras que surgirán de vuestros propios miedos. De vuestras pesadillas.

—Vaya, gracias, Matt —bromea *Jimmy*—. Estoy impaciente por ir.

—Por eso os envío a vosotros dos —dice Matt—. Los dos controláis vuestros temores mejor que los demás.

Todos se marchan, pero de pronto Matt se gira y se da cuenta de que me he sacado el cuchillo de la bota.

—¿Qué haces con eso?

—Me estoy preparando. Podrían atacarnos en cualquier momento. Quiero estar preparada.

Matt me mira las manos.

—Quítate los guantes.

Niego con la cabeza.

—No.

—Quítatelos, Rochelle.

—Pero si me los quito, no podré sujetar el cuchillo. —Es una excusa. No quiero quitármelos porque mis manos son repugnantes.

—Tus armas son tus manos, no ese patético cuchillo. Con eso solo conseguirás que te maten. —Me quita el cuchillo sin decir nada más, pero su mirada es tan penetrante que no puedo sino quitarme los guantes y metérmelos en el bolsillo. De mis manos salen chispas, que dan en las paredes más lejanas y las agujerean.

Lord Penbarin enarca las cejas.

—¿Cuándo dejará de aumentar su poder? —le pregunta a Matt.

Matt mueve la boca a la izquierda, luego a la derecha, en un gesto de incertidumbre.

—Cada vez que las veo son más fuertes.

Por un momento siento más calor en la cabeza que en las manos. ¡Ojalá dejaran de mirarme! Hasta el señor Carter parece atónito.

Lord Penbarin pregunta:

—¿Alguien te ha enseñado a controlarlas?

—*Lady Arabella, milord.*

—Hum, tendremos que encontrarte a otro. ¿Te duelen?

Últimamente de una manera insoportable, pero este pensamiento me lo guardo y lo oculto.

—No, *milord.*

—Hum —murmura.

Otra explosión en uno de los niveles inferiores nos derriba al suelo y se oye una explosión de cristales.

Cuando todo acaba, Matt pregunta si estamos heridos.

Lord Penbarin se levanta del suelo.

—*Lord Alexandon* tiene problemas.

Matt asiente.

—Vamos, Dillon, nos necesitan en los niveles inferiores. —Cuando están a punto de marcharse, Matt se vuelve hacia nosotros—. Si tenéis problemas, llamadme. Os oiré y vendré. ¿Entendido?

Asiento y desaparecen. Los soldados de *Lord Penbarin* regresan después de echarle un vistazo a la ventana rota.

—Los carrizos han entrado al patio. Algunos se han colado en las escaleras interiores, *milord* —dice uno.

De repente, el techo de ocho paneles comienza a moverse, acelerándose con rapidez. A los pocos segundos es una mancha de color y movimiento.

Lord Penbarin nos lanza una mirada al señor Carter, Isabel y a mí.

—Preparaos, ya llegan.

Nada más decirlo, se abren unas puertas laterales y nos atacan los carrizos, resoplando y batiendo las alas. Van armados con hachas, cadenas, espadas y cuchillos. Busco mi cuchillo, pero, claro, lo tiene Matt. ¡Vaya, estupendo!

Lord Penbarin y sus soldados atacan a las criaturas con la intención de hacerlas retroceder hacia las escaleras antes de que lleguen más a través del techo. Y aunque son excelentes espadachines, los carrizos, una vez abatidos, vuelven a levantarse. *Lord Penbarin* y sus soldados no tienen armas para eliminarlos, solo para frenarlos.

Isabel mira el arma de luz que tiene en la mano como preguntándose qué hacer con ella.

—¡Úsala como te dijo Matt! —le chillo.

Mis palabras la ponen en marcha. Al principio vacilante, acomete a un carrizo que salta hacia ella, y un largo haz de luz le atraviesa un ala. Las dos nos vemos lanzadas hacia atrás cuando el carrizo desaparece en una explosión de calor, chamuscándonos la cara.

Nos ponemos en pie e Isabel me mira con una expresión de disculpa.

—No te preocupes. Vuelve a intentarlo.

Esta vez el haz es preciso y atraviesa el pecho del carrizo, que experimenta un temblor y se desintegra por completo.

El señor Carter se enfrenta a varios carrizos al mismo tiempo. Dirige bien sus puñetazos, y su arma es directa, poderosa y eficaz.

Pero no hay tregua en el ataque. Cuando el número de carrizos comienza a disminuir, los paneles giratorios se aceleran y la sala se llena de una luz increíble, cegando momentáneamente a todos. De pronto la estancia se llena de criaturas que comienzan a caer del techo sobre nosotros, chillando como posesas. Son delgadas, como esqueletos, y solo las cubre una piel gris. Tienen la cara demacrada, y su tacto es húmedo y pegajoso. Por suerte para mí, en cuanto se ponen en contacto con mis manos se desintegran con un chillido agudo.

Aquello es un pandemónium. *Lord Penbarin* y sus soldados pelean sin descanso. Corro hacia ellos y comienzo a quitarles esas huesudas criaturas de encima, agarrándolas por el cuello.

Isabel ayuda a uno de los soldados, mientras el señor Carter va liquidando esqueletos uno tras otro con sus puños letales. Pero es evidente que no vamos a poder eliminarlos a todos. Seguimos luchando, y cuando miro hacia un lado, veo que *Lord Penbarin* está en un serio aprieto. Carter capta mi mirada y corre a ayudarlo. Pero yo no puedo acudir tan deprisa. Una criatura se me ciñe por detrás y parece que vaya a atravesarme. Al final consigo agarrarla de sus largos brazos y me agacho para lanzarla por encima del hombro. Se queda colgada de él un segundo antes de desintegrarse, y su pegajosidad se adhiere a mis ropas.

Corro hacia *Lord Penbarin*, a quien Carter ha librado de todas las horribles criaturas que le atacaban, menos una. Hay una expresión de intenso alivio en los ojos de *Lord Penbarin* cuando ve que está a punto de ser libre de nuevo. Pero cuando extendiendo los brazos para rodear el cuello de la criatura, el señor Carter le suelta un puñetazo. Nuestras manos colisionan y se mantienen unidas un momento, piel con piel.

Siento las agudas puntas de sus tiras metálicas hundirse en la palma de mi mano, mientras que él recibe una descarga completa de mis manos eléctricas y chisporroteantes.

A continuación, como si el contacto hubiera creado demasiada energía entre nosotros, nos vemos catapultados en direcciones opuestas. El señor Carter mira sus manos quemadas. En mí, el contacto con él ha tenido un efecto completamente distinto. No hay duda de que mis manos sangran a causa del metal que las ha

atravesado, pero no es esa la razón por la que me quedo ahí sentada, completamente aturdida. Cuando mis manos lo han tocado he sentido algo. Algo intenso, pero también conocido. Una sensación que mientras viva no se me borrará de la memoria. La sentí hace unas semanas cuando fui a casa de Neriah y su mano rozó la mía.

El señor Carter se levanta y comienza a caminar alrededor de mí con los ojos como platos.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta.

Al momento me doy cuenta de que sospecha que al tocarlo he percibido algo. Y es cierto. Y me ha afectado profundamente. Entre el señor Carter y Neriah existe un vínculo poderoso y estrecho, de sangre. No obstante, mientras que el tacto de Neriah reveló que su espíritu era de pura luz, el tacto de Carter me ha revelado que su espíritu es pura tiniebla.

—Sí... Hum... estoy bien.

—¿Por qué me miras así?

—Yo... tan solo me preocupaba de haberle hecho daño. —Y ahí está de nuevo, esa expresión que siempre hay en sus ojos cuando me mira: esa expresión de odio reprimido y soterrado. Siempre he supuesto una amenaza para él. Sobre todo desde que Lorian aumentó el poder de mis manos para poner a prueba la lealtad. Con solo tocarlo se habría revelado la verdad.

—¿Qué pasa, Rochelle? —Su tono es socarrón. Le lanzo una mirada a Isabel y a los demás, pero siguen combatiendo contra esas criaturas sin nombre, y es evidente que no se han dado cuenta de lo sucedido. Hasta *Lord Penbarin* se ha alejado de nosotros—. Pareces un conejo. Un conejo con una pata atrapada en una trampa y que acaba de darse cuenta de que va a morir.

Me levanto y él se mueve conmigo. Retrocedo hacia Isabel, pero él me bloquea el paso. Intento darle conversación para distraerlo.

—Ethan siempre ha tenido razón respecto a usted. Sentía en las tripas que era malo.

—Qué pena que nadie se tomara en serio sus sospechas —se mofa—. Deberían haberlo hecho. El instinto es uno de los dones más fuertes de Ethan.

—¿Por qué salvó la escuela?

—Porque de los héroes es de quien menos se sospecha, querida.

—*Lady Arabella* no es la traidora.

Dibuja una lenta sonrisa.

—Este secretito tiene que permanecer para siempre entre nosotros.

Nos quedamos un momento en silencio mientras asimilo sus palabras y me pregunto qué planes tiene para mí.

—Por sus venas corre sangre de Marduke.

—Hum —murmura, acercándose—. No podía ser de otro modo. Después de todo es mi hermano.

Lo dice para impresionarme, para que me quede helada en el sitio. De pronto me

doy cuenta de que se ha situado en el centro de la sala. Bajo la mirada y veo que estamos justo en medio de la forma octogonal. Es exactamente donde quiere tenerme. Levanto la vista y llamo a Matt con el pensamiento. «¡Ven enseguida! ¡Necesito ayuda urgente! ¡Deprisa, Matt! ¡Deprisa!». Pero nada más proyectar estos pensamientos, me doy cuenta de que es demasiado tarde.

Los paneles del techo vuelven a girar, y la luz que indica un inminente transporte se genera rápidamente. El señor Carter ha manipulado la maquinaria. Si alguien sabe cómo hacerlo, es él. En los últimos veinte años ha sido el coordinador de la Ciudadela. Tiene acceso a todas las salas, a todos los niveles, a todos los portales, incluyendo el transporte a otros mundos.

—¿Cuánto hace que trabaja para la Orden?

—Desde el día en que averigüé que Marduke era mi hermano. El mismo día en que le partieron la cara por la mitad y quiso morir. Yo lo cuidé. Lo ayudé a darse cuenta de que podía seguir viviendo. Quería venganza y yo lo ayudé a obtenerla.

—Entonces, ¿por qué se quedó en la Guardia?

—Porque así era más útil. Podía acceder a información interna y a zonas de máxima seguridad.

Miro atrás y capto la mirada de *Lord Penbarin*. Ha oído mis pensamientos, pero vuelven a atacarle. Isabel también levanta la vista, y hay una mirada de asombro en sus ojos, pero la luz sigue brillando hasta un punto insoportable.

—Le tendió una trampa a *lady Arabella*.

—No resultó difícil. Era vulnerable. Su amor por Lorian la cegó. No pudo resistirse a cuidar de esos «pájaros».

—Usted utilizó el veneno de los jardines de Marduke para ocultar la identidad de los perros.

Encoge un hombro *con* indiferencia.

—Con la ayuda de mi hermano, podía conseguir casi todo.

—Incluso la llave.

Asiente.

—Sobre todo la llave. Hasta que Matt le puso las manos encima y la escondió en la bóveda de la ciudad.

De repente la luz de lo alto se hace aún más intensa y por un segundo nos ciega. Intento escaparme, pero Carter me sujeta por la cintura y me echa atrás. Mientras lucho por volver a ponerme en pie, empiezo a sentir la sensación de tránsito y me veo catapultada a otro mundo.

Matt

Nunca había estado en esta parte de la Ciudadela. Es una ciudad en sí misma, donde viven los supervivientes que vigilan la Tierra. Si se destruyera, ¿qué sería de ellos? Su posible destrucción tendría otras consecuencias. ¿Significaría el fin de la transportación como la conocemos?

La escalera es interminable. Cuanto más descendemos, más se oye el fragor de la guerra. Espero que los demás estén resistiendo bien. Acaban de recibir sus armas, pero son maestros en sus artes, y deberían manejarlas bien. Lo que me hace pensar en Dillon. A lo mejor le resulta ajena su arma, creada en principio para Rochelle.

Señalo sus muñecas.

—¿Crees que puedes manejar estas cosas?

Baja la mirada.

—Por supuesto. —Enseña la parte interior de los brazos, mostrando unas muñequeras doradas y puntiagudas con unas puntas de ballesta en miniatura—. Bueno, me resultan un poco extrañas, pero he intentado conectar con ellas a través de mis pensamientos, como me dijiste.

—Son armas muy poderosas. Tu voluntad es su voluntad.

Contempla las delicadas puntas de ballesta, pensativo.

—Me preguntaba por qué lo has hecho. Ya sabes, por qué me las has dado. Me ha sorprendido que confiaras tanto en mí.

—Cuando estabas con la Orden, ¿no eras uno de los soldados de más alto rango de Lathenia?

—Sí.

—Entonces es evidente que has sido entrenado para enfrentarte a la responsabilidad que supone el tener poder y autoridad. Es algo que Lathenia vio en ti. Arkarian tiene fe en ti. Y yo también.

—Pero sin duda sabes lo enfadado que estoy contigo. ¿Cómo puedes seguir confiando en mí? ¿No te preocupa que esta rabia que late en mí me haga volver con Lathenia?

—¿Es eso lo que quieres hacer?

Se queda un momento en silencio, y una puerta se abre de golpe. Una docena de personas de aspecto extraño entra en el hueco de las escaleras y pasa junto a nosotros a toda prisa.

—¿Los has visto?

—Son los supervivientes —le explico a Dillon, que sigue mirando la pinta tan rara de esa gente. Y entonces veo lo que les hace correr tan rápido: cientos de criaturas que vienen hacia nosotros. Casi todas ellas son carrizos, pero también hay pájaros, y otras que flotan como perros a cuatro patas. Los que tienen manos van armados con espadas, dagas, martillos y hachas.

Lord Alexandon y una docena de soldados suben corriendo delante de ellos.

—¡Atrás! —exclama—. ¡Son demasiados! Tenemos que retirarnos y pensar una estrategia.

Los primeros en alcanzarnos son una bandada de pájaros de cara humana y picos afilados. Dillon levanta las manos. De sus muñecas salen disparados unos dardos que parecen motas luminosas de luz. Los seis pájaros que subían las escaleras estallan. Pero, por desgracia, estallan justo encima de nosotros y acabamos bañados en su sangre y cubiertos de trozos de carne y plumas.

Lord Alexandon y sus soldados se vuelven y se quedan mirando a Dillon.

—¡Vaya!

Me limpio la sangre de la cara con el dorso de la manga y murmuro:

—Intenta pensar en la eliminación total, carne y sangre incluidas.

—Entendido —dice, retirando sus armas.

Los carrizos, los pájaros y otras criaturas de cuatro patas han avanzado, y prácticamente los tenemos encima.

—¡Corred! —exclama *Lord Alexandon*.

—¡Esperad! —le grito, llevando la mano instintivamente al hacha que llevo en la cintura—. Poneos detrás de mí, todos.

Cuando lo hacen, decido dejar el arma en su sitio y llevar un pensamiento a mi mente: «Viento». El viento que se genera es poderoso, y su fuerza atrapa a los carrizos y a otras criaturas sin nombre, incluyendo los pájaros. Soplo suavemente, y las criaturas atrapadas en el remolino son devueltas a las regiones inferiores.

Dillon y los soldados cierran rápidamente las puertas y echan el cerrojo.

—Hay otra salida —explica *Lord Alexandon*, señalando un pasillo que queda a nuestra derecha—. *Lady Devine* tiene problemas para resistir. Le dije que iríais en cuanto pudierais. Pero ten cuidado, *Matt. Marduke* está allí.

—Vamos, Dillon.

A mitad del pasillo, nos sale al encuentro uno de los soldados de *lady Devine*.

—Me envía *milady*. Dice que os deis prisa. No podrá contener a las fuerzas oscuras mucho más tiempo.

Cuando llegamos, las puertas están a punto de abrirse. *Lady Devine* se nos acerca corriendo.

—Es inútil.

—¿Alguno de los vuestros está dentro? —pregunto.

—No que yo sepa.

—Bien, entonces todo el mundo atrás. —Mientras los soldados se desperdigan escaleras arriba y a mi espalda, llevo otro pensamiento a mi mente: «Tormenta. No. Tormenta de fuego».

Las puertas se abren y la tormenta se extiende como una bola de fuego, barriendo las masas de criaturas y expandiéndose por los pasillos de los niveles inferiores. Los chillidos desgarran el aire.

Dillon está de pie a mi lado, mirando cómo la ola de fuego se extiende por los

corredores. Dice con calma:

—Esto es impresionante. ¿Lo aprendiste en la «Escuela Inmortal»?

Me hace reír. Pero la risa no dura mucho, pues una ola de calor avanza ahora en nuestra dirección.

Dillon también la siente.

—Oh, oh.

Lady Devine se me acerca por el otro lado justo a tiempo para advertirla.

—Decidle a vuestra gente que se cubra. ¡Que suban las escaleras, ahora!

Cuando ella se marcha, tiro a Dillon al suelo y lo cubro con mi cuerpo. La ola de fuego estalla sobre nosotros dos. Algunos de los soldados de *lady Devine* no han sido lo bastante rápidos, y tampoco ella. Me atraviesan sus chillidos de dolor. Cuando han pasado las llamas, ayudo a Dillon a levantarse y voy a echar un vistazo a los heridos. Pero Dillon me sujeta del brazo, impidiéndome moverme. Me vuelvo para ver qué ocurre, y lo encuentro cara a cara con Marduke.

Ahora entiendo por qué han vuelto las llamas. Marduke está en la puerta, y levanta sus manos chamuscadas por encima de su cabeza chamuscada y suelta un poderoso rugido. En torno a él aparece una oleada de carrizos y otras criaturas, revigorizadas por el sonido de la voz de su amo.

—Utiliza tus armas contra ellos —le digo a Dillon, señalando los carrizos—. Yo me encargo de Marduke.

Dillon apunta a la masa de carrizos que aparecen por la entrada y que se encaminan al hueco de la escalera, y esta vez, cuando los dardos les impactan, las criaturas desaparecen sin salpicar, de hecho sin que quede ni rastro.

Marduke está impresionado. Una expresión burlona llena su ojo rojo e hinchado. Hace aparecer una espada en su mano.

—Interesante. Pero luchemos como lo hacen los mortales.

Su objetivo es retenerme para que sus ejércitos entren en los niveles superiores y destruyan todo lo que puedan. Pasan alrededor de nosotros. Dillon los persigue, junto con *lady Devine* y sus soldados. Marduke me acomete, y yo saco el hacha de mi cinturón. Marduke es un maestro en este arte, y bueno, yo aún no soy un experto. Pero mi hacha tiene el poder de matar incluso a este monstruo. Todo lo que necesito es una buena estocada.

«¡Ven enseguida! ¡Necesito ayuda urgente! ¡Deprisa, Matt! ¡Deprisa!».

Los pensamientos de Rochelle resuenan en mi cabeza, tan fuertes que por un momento me distraen y Marduke se aprovecha de la situación. Me empuja contra una barandilla y me lanza una estocada a la base del cuello. Su aliento es fétido. De hecho, todo su cuerpo apesta. Me lo quito de encima con fuerza y sale lanzado hacia atrás. Intento contestar a Rochelle, pero Marduke está furioso. Me ataca. Su espada golpea mi hacha hasta que se me cansa el brazo, y por un momento creo que me va a hundir el filo entre las costillas. Le ordeno a mi brazo que se fortalezca, y por suerte me obedece, lo bastante para que prosiga la batalla. Pero es no es suficiente. Debo

desarmarlo para poder ir a ayudar a Rochelle.

La llamo con mis pensamientos, pero no hay respuesta. Nada. De pronto es como si no existiera. Su silencio, la sensación de vacío que ahora me llega, me deja helado. Ya tengo bastante con enviar fuerzas a mis brazos. Ahora, cuando volvemos a intercambiar golpes, todo es frenético y rápido. Marduke debe de estar cansado; pero ya no es humano, aunque se me hace difícil decir qué clase de animal es. Me lanza otra estocada, ahora al pecho. Yo coloco el hacha bajo su brazo y la paro. La espada sale volando de su mano y va a parar al otro lado del vestíbulo. ¡Por fin!

Los dos permanecemos un momento en silencio, recobrando el aliento y estudiándonos el uno al otro. Su ojo mira hacia donde ha aterrizado su espada. Quiere recuperarla. Esta es mi oportunidad de acudir en ayuda de Rochelle. Me necesita, y me preocupa haberla decepcionado. ¡Debo irme ahora!

¡Tendré que acabar con Marduke en otro momento!

Rochelle

Una dura caída me deja en un mundo de absoluta oscuridad. Mis manos, que brillan gracias a sus descargas eléctricas, son la única luz. Pero no es bastante. Doy vueltas a ciegas, a punto de sentir pánico, cuando dos manos se curvan bajo mis codos. Siento las púas e intento liberarme, pero el señor Carter me sujeta con fuerza. De repente estoy girando: unas pesadas cadenas dan varias vueltas alrededor de mi cuerpo, impidiéndome usar los brazos y las manos.

El señor Carter emite un gruñido y se aleja. Entonces aparece una luz. El cristal que el señor Carter tiene en una mano es suficiente para ver la zona que nos rodea. Observo que con la otra mano sujeta el extremo de la cadena que rodea mi cuerpo. El señor Carter se me queda mirando y por un momento creo ver arrepentimiento en sus ojos. Pero es una expresión fugaz que pronto se transforma en fría irritación.

—¿Lo sabe? Si me mata, firmará su sentencia de muerte.

—No tengo intención de matarte —replica con aire de suficiencia.

—¿Qué va a hacer conmigo, entonces?

Mira alrededor, hacia la oscuridad que nos rodea, tira de la cadena y doy un traspiés hacia delante. Entonces me agarra del pelo y tira de mí con más fuerza.

—Hay una serie de túneles subterráneos que solo tienen una entrada... y una salida, claro.

No puedo creer lo que está diciendo.

—¿Va a encerrarme en un túnel subterráneo? ¿En esta oscuridad? ¿Sola?

—Bueno, no. No estarás sola.

Su manera de decirlo me provoca un escalofrío que me llega hasta el corazón, y se me paralizan las piernas. Pero, por más que lo intento, no logro sacarle más información. Caminamos durante lo que parecen horas y me canso, física y mentalmente. Me quedo petrificada en la oscuridad. Me recuerda demasiado al lugar en el que solía esconderme de mi padre.

De repente se detiene, y, extraviada en mis pensamientos, casi choco con él. Me da un empujón y caigo al suelo. Intento aflojar las cadenas que me rodean, pero están demasiado apretadas.

Es entonces cuando me fijo en la expresión de su cara mientras mira a través de unas rejas de hierro que hay en el suelo.

—¿Qué pasa? ¿Algo va mal?

Se vuelve hacia mí.

—¡Se han ido!

Estiro el cuello para ver por esa reja. A gran profundidad hay una caverna que parece vacía. Al principio siento alivio, pero rápidamente se me ocurre que quizá eso no sea una buena noticia.

—Y eso, ¿qué significa?

Jadeando por el esfuerzo, el señor Carter levanta la reja de hierro y la aparta a un

lado.

—Significa que es tu día de suerte.

Con un fuerte tirón de la cadena, me arrastra hacia el enorme agujero del suelo.

—¡No, espere! No puede hacer eso. Ahí abajo me moriré. Y usted habrá sido el causante.

—No morirás a mis manos. Estoy seguro de que no tardarán en volver.

—¿En volver? ¿Quiénes?

Pienso que no va a contestar, y entonces dice:

—Los demonios.

—¿Qué? ¿Me va a encerrar en un pozo que pertenece a unos demonios?

—Si tienes suerte te volverás loca antes de que el primero regrese.

Tras estas palabras me rodea con los brazos por detrás.

—No te muevas mientras te quito las cadenas.

Es una idea prometedora. Mientras lo hace, me preparo para escapar. Pero lo tiene todo estudiado. Sus brazos me inmovilizan como un torno, y sus armas se clavan en mis brazos. Cuando el cierre de la cadena se abre, me empuja hacia el agujero. Pero no voy a dejar que se salga con la suya. Tengo que hacer algo para impedir que regrese a la Tierra y explique mi desaparición con alguna excusa plausible. La cadena se desenrosca en torno a mí cuando salgo despedida hacia el agujero de la caverna, pero, antes de que deje de rodearme del todo, la agarro con las dos manos y tiro con fuerza, sorprendiendo al señor Carter, que sujeta el otro extremo. Suelta un chillido al perder el equilibrio y da un traspié hacia la caverna, detrás de mí. Aterrizo de lado e intento ponerse en pie tambaleándose.

—¿Qué has hecho? —Pega un salto para alcanzar la abertura, pero es del todo insuficiente.

Entonces se me lanza a la cara, levantando la cadena amenazante, como si lo que más deseara fuera enroscármela en torno al cuello.

No puedo evitar lanzarle una mirada de suficiencia. Matarme con sus propias manos es algo que no hará, pues este cobarde tiene miedo de morir. ¡Bueno, veamos ahora cómo se enfrenta él a la muerte!

De repente mira de soslayo, con unos ojos tan desencajados que es un milagro que no se le salgan de las órbitas.

—¿Qué es eso? —pregunto.

—Pisadas.

—¿Pisadas de demonios?

Sigue escuchando, y a continuación emite un suspiro de enojo y frustración.

—Pasos de mujer.

—¿Demonios mujeres?

No contesta, pero desde lo alto se oye una voz tranquilizadora.

—Deseará que hubieran sido demonios antes de que acabe con usted, señor Carter.

Es Isabel, acompañada de Neriah y de los dos perros de esta. Ambas llevan sendas luces en la mano, y desde donde estoy, entre esos rayos que las rodean, parecen Ángeles. Mis Ángeles.

—¡Nunca me he alegrado tanto de ver a alguien! —exclamo—. ¿Cómo habéis sabido que estaba aquí?

—Neriah oyó tus pensamientos desde la sala de control, lo dejamos todo y vinimos corriendo. Y antes de que empiece a negarlo todo, señor Carter, Neriah ha oído sus pensamientos lo bastante como para condenarle en un juicio. Estaba tan ocupado organizando el secuestro de Rochelle, que se le olvidó ocultarlos.

Neriah prosigue la explicación.

—Isabel vio la expresión de tu cara antes de desaparecer.

—Sí, eso me bastó para darme cuenta de que tenías problemas —añade Isabel—. *Lord Penbarin* nos ayudó a seguirte. Después de eso, la verdad es que todo fue sencillo. *Aysher* y *Silos* encontraron vuestro rastro y nos trajeron hasta aquí. —Isabel mira fijamente al señor Carter—. Tiene mucho que explicar, pero ya lo hará en el juicio.

—Ante el mismo jurado que ya no juzgará a *lady Arabella*, que solo tendrá que ir para presentar pruebas de su traición, señor Carter —añade Neriah, arrojándonos una larga cuerda.

El señor Carter se lanza a por la cuerda, pero lo aparto de un golpe y lo amenazo con mis manos chisporroteantes.

—Ahora ya nada las ata. Y lo matarán. Se lo garantizo. Atrás, señor Carter. Yo seré la primera en salir de este hediondo agujero en el que nos ha metido.

Mira a su espalda, nervioso, y me pregunto si ha oído algo. No veo nada, pues el resto del sistema de túneles está oscuro. El señor Carter vuelve la cabeza bruscamente y vuelve a poner unos ojos como platos. Hay algo en el túnel, y por su expresión desencajada, no es algo agradable.

—¡Deprisa!

Pero yo debo ponerme los guantes, o se quemará la cuerda y ninguno de los dos podrá utilizarla.

—¡Rápido! —chilla Carter—. ¿Es que no lo oyes?

Y entonces me llega el sonido. Unos golpes secos, que se acercan veloces.

En cuanto me pongo el primer guante, tiro de la cuerda y las chicas comienzan a izarme. Apenas he llegado a mitad de camino, cuando el demonio hace su aparición, gruñendo y respirando agitadamente. Ve al señor Carter y comienza a babear. Este me mira, ve que aún estoy a mitad de la cuerda y se da cuenta de que no tiene la menor oportunidad. Le tiendo la mano desnuda, mientras con la otra me aferró a la cuerda.

El demonio arrastra los pies por el suelo, un movimiento claramente hostil. Neriah e Isabel acaban de izarme rápidamente hasta el borde del agujero. Me doy la vuelta y las chicas vuelven a tirar la cuerda, instándole al señor Carter a cogerla. Pero ahora el demonio se interpone entre él y la cuerda, y de un tirón la arranca de las

manos de las chicas. Las dos chillan al intentar sujetarla, pero el demonio es demasiado fuerte y se ven obligadas a soltarla.

El señor Carter nos lanza una larga mirada, digna de lástima, da media vuelta y echa a correr.

Matt

Nos encontramos en una habitación segura. El rey Ricardo y Lorian me enseñan un plano holográfico de la Ciudadela. Mientras lo examinamos, se acercan dos guardias.

—Dígale al centro de mando que mantenga nuestra posición por encima de Angels Falls, pero que nos baje un poco más —ordena Lorian. Los guardias hacen ademán de haber entendido la orden y se marchan al instante.

Lorian se vuelve y me estudia mientras examino el holograma de la Ciudadela.

—Concéntrate, Matt. Necesito que memorices los puntos estratégicos.

Sabe que me esfuerzo por concentrarme. ¡Pero las chicas hace tanto tiempo que se han ido!

Llega *Lord Penbarin* y prácticamente doy un salto hacia él.

—¿Hay noticias de las chicas?

—No te preocupes, Matt —intenta calmarme—. Saben arreglárselas mejor de lo que crees.

—¡Pero están solas en el Inframundo!

El rey Ricardo suelta una risita.

—Son tres, además de dos perros. O sea, que no están solas. Además, dos de ellas ya han estado antes. Y ahora cálmate, Matt. No podemos permitirnos que te vayas tú también.

Tiene razón. Respiro hondo, pero no puedo quitarme la sensación de haberle fallado a Rochelle. La oí llamarme...

—Y fuiste en cuanto pudiste —me asegura Lorian—. Todavía hemos de hacerle frente a *Marduke*. Por no hablar de mi hermana.

Se acerca un soldado. El rey le pregunta:

—¿Qué noticias traes?

—Las señoras, *Neriah*, *Isabel* y *Rochelle*, han regresado sanas y salvas, y...

—¿Dónde están? —No puedo evitar interrumpirle.

Las chicas entran en ese momento y corro a abrazarlas. *Dillon* está con ellas. Su mirada también expresa alivio. El rey las saluda.

—¿Qué habéis hecho con el traidor?

—El señor *Carter* no consiguió salir de la caverna, *milord*... —explica *Isabel*, y tengo la sensación de que eso no es todo—. De la caverna de los demonios.

El soldado que hay detrás de ellos se aclara la garganta.

Lord Penbarin se percata de que aún tiene más noticias que comunicar.

—¿Qué hay, *Milon*?

—Son los demonios, *milord*. El primero ya ha entrado.

Lorian se queda helado, y sus grandes ojos violeta forman unas esferas enormes.

—¿Es que mi hermana se ha vuelto loca? ¿O es que quiere gobernar una Tierra inundada de una maldad mayor que la suya?

Nadie es capaz de responderle. Pero entonces se me ocurre una idea.

—*Milord*, ¿es posible que Lathenia haya encontrado una manera de controlar a esos demonios?

—Si es así, entonces es más poderosa de lo que yo creía, ¡y nuestra situación en más desesperada de lo que jamás imaginé! —Le echa una mirada al plano holográfico—. Necesitaré tu ayuda, Matt. Entre los dos, reuniremos el poder suficiente para destruir la Ciudadela. Será un triste y lastimoso día para la Guardia por haber fracasado tan estrepitosamente. Pero no nos queda otra opción. —Mira a *Lord Penbarin* y al rey Ricardo—. ¡Sacad a todos los nuestros, y deprisa! La Ciudadela está a punto de caer, y todo y todos los que estén dentro serán destruidos.

Los miembros del Tribunal intercambian una mirada de preocupación.

—¿Cuánto tiempo tenemos, *milord*? —pregunta el rey Ricardo.

—Esperad un momento y os lo diré. —Lorian me mira a los ojos y percibo los zarcillos de su cerebro enredándose en los míos, calibrando mi poder. Al poco ya ha calculado cuánto tardaremos en combinar nuestros poderes para derribar la Ciudadela—. Siete minutos —dice.

—¡Solo siete minutos! —exclama el rey.

—¡Incluso me parece demasiado siete minutos! —le espeta Lorian—. ¿Sabéis cuántos demonios puede introducir mi hermana en la Ciudadela en este intervalo?

Probablemente cientos, pero hay otra cosa que preocupa a los miembros del Tribunal.

—*Milord* —dice *Lord Penbarin*—. Arkarian y Jimmy están en los laberintos.

—Mi hijo es un Vidente de la Verdad. Avisadlo.

Lord Penbarin mueve la cabeza de un lado a otro; se lo ve incómodo.

—Sí, *milord*, pero hace rato que no tenemos contacto con él. Es posible que nuestros pensamientos no puedan penetrar los muros del laberinto.

Rochelle da un paso al frente, quitándose los guantes.

—Dejadme ir a sacarlos.

Isabel la imita.

—¡Yo también voy!

Lorian mira a las dos chicas, y en una comisura de la boca le asoma un esbozo de sonrisa. Al final asiente.

—Muy bien, pero llevaos esto. —Les entrega un cristal—. Aseguraos de haber salido antes de que este cronómetro marque cero. —Mira a Neriah, que acaba de abrir la boca para presentarse voluntaria—. Tú debes regresar a la sala de control. Ethan sigue allí. Asegúrate de que la abandone y de que no quede nadie más allí. Y vosotros dos —les dice a Dillon y a *Lord Penbarin*—, advertid a todos. Que dejen lo que están haciendo y abandonen la Ciudadela ahora mismo.

Cuando todos se marchan, Lorian se sienta a la mesa y se prepara para crear el poder necesario para demoler esa increíble estructura. De pronto suspira.

—Sobrino, ha sido un día muy largo y estoy agotado, pero, conociendo a mi

hermana, está lejos de haber acabado.

Rochelle

En el laberinto reina el silencio. Lo que es un poco raro. ¿Dónde están las criaturas del Reino Medio? ¿Serán reales, o manifestaciones de nuestras pesadillas? Si es así, me pregunto qué forma tomarán en mis pesadillas. ¡Tengo tantas!

Isabel me chilla al oído, pega un salto y se encarama sobre mí. Me da un susto de muerte y yo también grito, aunque no sé por qué diantres se ha puesto así.

—¡Ahí! —Señala el suelo que hay cerca de nuestros pies—. La más peluda, la más fea, la más grande...

Me la quito de encima para poder respirar. Es algo tan impropio de ella que tengo que echar un vistazo.

—¿De qué estás hablando?

—¡La araña! ¿Estás ciega? ¡Es del tamaño de una pelota de fútbol!

Miro otra vez, pero solo se ve una sombra.

—Cálmate, Isabel. Creo que conozco el camino para salir de este lugar de una pieza.

—¿Ah, sí? —dice casi lloriqueando—. Entonces ¿por qué no lo encuentras de una vez? Esta araña parece hambrienta.

—Escucha. Para empezar, no hay ninguna araña. Es tu imaginación. —Bajo la mano y la paso por el suelo en sombra.

—¡No, no lo hagas!

—Es tan real como las ilusiones que crea Ethan. Ni más ni menos.

—Sí, pero él puede hacer que las ilusiones se tornen reales, Rochelle.

—Y también puede desvanecer la realidad con sus pensamientos, que es lo que haremos nosotras ahora. ¿Entendido?

Se baja de mi pierna, cierra los ojos y respira hondo. Cuando abre los ojos y mira hacia abajo, una sonrisa de alivio le asoma a la cara.

—Se ha ido —digo.

Asiente, y ahora que el miedo ha desaparecido, su cara comienza a pasar del blanco a un rosa subido. Se echa hacia atrás el pelo rebelde.

—No se lo digas a nadie, ¿entendido? Y menos a Matt y Ethan. Me lo recordarán toda la vida.

—¿Crees que pienso darles munición para que se hagan el macho con nosotras? Seré una tumba.

—Bien. Más vale que nos demos prisa. —Le echa un vistazo al cronómetro de cristal que le ha dado Lorian. Ya ha comenzado la cuenta atrás—. Solo nos quedan cinco minutos.

Echamos a correr y subimos por las primeras escaleras móviles que aparecen ante nosotras. En el nivel superior, corremos de sala en sala.

—¡Arkarian! ¡Jimmy! —llama Isabel, mientras yo uso mis pensamientos. Pero nadie contesta. Cogemos otras escaleras que llevan a una serie de dependencias

vacías. Las puertas se abren y cierran a medida que entramos y salimos. Tengo la sensación de que la Ciudadela nos ayuda a buscar, como si también estuviera preocupada por nosotras.

Salimos a una plataforma que rápidamente desaparece. Mientras bajamos corriendo las escaleras, comienzo a preguntarme por el tamaño real de este lugar. Aunque casi todo él resulta invisible al ojo humano, es obvio que se trata de una construcción inmensa. Según tengo entendido, aquí el tiempo no existe, por lo que podríamos quedarnos atrapadas sin darnos cuenta de lo rápido que transcurre el tiempo de los mortales. Quizá por eso Lorian nos ha entregado el cronómetro.

—Tiene que haber una manera más rápida para salir de aquí que ir de sala en sala.

—¿Como cuál? —pregunta Isabel.

Comienzo a quitarme los guantes.

—Tápate la cara. Voy a probar con las manos.

Vuelan chispas y poso mi mano sobre la barandilla que hay a mi lado. Se forman imágenes de una madera de miles de años de antigüedad: eucalipto rojo, conservado en las aguas cenagosas de una riada que barrió las orillas donde creció. Intento concentrarme en las imágenes de Arkarian y Jimmy.

—Ayúdanos a localizar a Arkarian y a Jimmy.

—¿Alguna novedad? —pregunta Isabel, mirando el cronómetro—. ¡Solo nos quedan tres minutos!

La escalera cambia de dirección, lo que rae parece una buena señal, y por un momento comienzo a relajarme. Pero Isabel de repente se pone tensa.

—¿Qué pasa?

Levanto la vista hacia la sombra que surge en lo alto de la escalera. A medida que nos acercamos a la plataforma, la sombra toma la forma de un hombre. Me recorre un escalofrío. Es una figura que me resulta espantosamente familiar. Mis ojos se deslizan por su brazo extendido hasta detenerse en una mano encallecida que sujeta un cinturón de cuero negro.

—Isabel, dime lo que ves.

Isabel se estremece.

—No es más que una sombra, pero tiene un aire maligno. Me está poniendo los pelos de punta. —Vuelve la cabeza hacia mí—. ¿Por qué? ¿Qué ves tú?

La escalera nos lleva hacia la plataforma donde está el hombre. En voz baja digo:

—A mi padre.

—¿No está muerto?

—No; está en la cárcel.

—Entonces no es real.

—Parece real.

—Sí, y también mi araña. ¿Recuerdas?

Llegamos a la plataforma, y esa imagen de mi padre, tan real, golpea el cinturón contra la barandilla y doy un salto hacia atrás. Isabel se encoge, ¡y eso que ella solo

ve la esencia de la maldad de mi padre, mientras que yo distingo la imagen completa!

—¡Arkarian! ¡Jimmy! —grita Isabel, tirando de mí para sacarme de la plataforma. Pero mi padre tiene otras ideas y me agarra del brazo.

—Vamos, querida, ¿te parece manera de saludar a tu anciano padre después de tantos años?

—¡No me toques! —chillo, e intento soltarme. Pero él aprieta más fuerte.

Isabel llama a Jimmy y Arkarian una y otra vez y tira de mí para llevarme pasillo abajo.

—No es real. Tu padre sigue en la cárcel.

—Pero, Isabel, la presión en mi brazo parece muy real.

—Isabel tiene razón —dice una voz.

Levanto la vista y veo a Arkarian con aire de preocupación. Jimmy llega corriendo detrás de él.

—¿Qué ocurre? ¿Qué hacéis aquí, chicas? Ya casi hemos acabado. Eh, ¿de dónde ha salido este tipo? Creía que habíamos despejado esta planta.

Arkarian le hace callar con una mirada.

—Rochelle, recuerda que has sido tú quien lo ha traído con tus pensamientos. Tú tienes el poder de hacerlo desaparecer.

Isabel mira el cronómetro.

—¡Deprisa! Dos minutos más y este lugar explotará.

—¿Qué? —exclama Jimmy.

¡Zas! El cinturón me golpea en la espalda, suelto un chillido y me quedo medio en cuclillas.

—En ti está zanjar este asunto de una vez por todas —me asegura Arkarian, y por fin comprendo el significado de sus palabras. Esta es mi oportunidad de hacer lo que debería haber hecho hace mucho tiempo, lo que mi madre nunca pudo hacer.

—¡Un minuto! —susurra Isabel a mi lado.

La sombra de mi padre levanta el brazo y veo el cinturón a punto de descargar el golpe. Pero esta vez, en lugar de encogerme, extiendo el brazo, cojo el cinturón y tiro con fuerza. A continuación atenazo el brazo de mi padre con todas mis fuerzas. Mi mano le quema la piel y grita. Sus músculos se tornan flácidos, comienza a disolverse y en un momento desaparece ante mis ojos.

—¡Diez segundos! —grita Isabel.

Jimmy y Arkarian nos agarran del brazo a Isabel y a mí y saltamos a una plataforma móvil. Isabel mira el cronómetro.

—¡Ahora! —grita.

Toda la sala comienza a adquirir un resplandor blanco, luego amarillo, y al final rojo brillante. De repente parece que Arkarian, Jimmy e Isabel no sean más que esqueletos.

—¡Oh, no! —gime Jimmy.

—¡Rápido! —De un tirón, Arkarian nos acerca a él.

Pero me temo que es demasiado tarde. La escalera que hay debajo de nosotros desaparece y los cuatro caemos al vacío.

Matt

La Ciudadela se desmorona, un ladrillo tras otro, el vidrio y el mármol. Los supervivientes se han ido con mi padre, que los recibirá con los brazos abiertos. Su trabajo aquí ha acabado. Se han ganado el descanso. Otra explosión brilla en la atmósfera cuando más fragmentos de la Ciudadela llueven sobre la montaña.

Miro alrededor, buscando caras. Faltan algunos miembros del Tribunal, pero sabemos que el rey Ricardo ha ido a Atenas a liberar a *lady* Arabella. ¡Cómo me equivoqué al acusarla! Lorian dice que también él la trató injustamente.

—Algo que pretendo enmendar la próxima vez que nos veamos —ha explicado antes.

En cuanto a los demás miembros del Tribunal, *lady* Devine y muchos de sus soldados también han ido a Atenas para ser tratados en la sala de curación. La reina Brystianne, *Lord* Samartyne y *Lord* Penbarin hacen recuento de los soldados que les quedan. Shaun y Dillon se unen a ellos. Sin contar al señor Carter, todavía no sabemos nada de seis de los nuestros. ¿Dónde están Ethan y Neriah? Lo último que supimos fue que habían huido de la sala de control con los demás miembros del Tribunal y los soldados. Al parecer, nadie los ha visto desde entonces.

Otra explosión rasga el aire cuando la Ciudadela acaba de desmoronarse. Es el laberinto, la parte de la Ciudadela que Lorian y yo nos hemos asegurado de que se destruyera en último lugar. Pero no hay rastro de mi hermana, ni de Rochelle, Arkarian y Jimmy, que en aquel momento estaban allí. Lo único que podemos hacer es esperar, y confiar en que hayan podido escapar. Pero a medida que pasan los segundos y el polvo comienza a posarse cuando el último ladrillo cae del cielo, todos comenzamos a preocuparnos.

Shaun es el primero en perder los nervios.

—¡Debe de haber algo que podamos hacer! ¡Alguna manera de localizarlos!

Busco alguna señal de sus pensamientos, impulsando mi mente hacia los restos que hay en el suelo y en la atmósfera. Nada.

Dillon frunce el semblante y corre hacia un extraño objeto que cae del cielo.

—¿Qué es eso? —Coge el objeto y nos lo trae.

Es un cinturón de cuero negro. Lo levanta ante nosotros para que lo identifiquemos.

Shaun niega con la cabeza.

—No lo reconozco. No creo que sea de Jimmy ni de Arkarian.

Lo cojo, y me llega una poderosa descarga de pensamientos de Rochelle, que me permite saber dónde están. Echo a correr en dirección sur.

—¿Dónde vas? —grita Dillon detrás de mí.

—Ya llegan. Y van a darse un buen costalazo.

Los cuatro aterrizan en un círculo muy pequeño. Cuando comienzan a levantarse, Rochelle se pone los guantes rápidamente.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Eso creo —dice asintiendo con la cabeza.

Isabel es la siguiente. Se arrastra hasta Arkarian para comprobar si está herido. Este le asegura que se encuentra bien, e Isabel se acerca a Jimmy.

—¿Tienes algo roto?

—El tobillo.

—No te muevas. —Le pone la mano en la pierna y comienza a curarlo inmediatamente.

Lorian me habla en sus pensamientos. Me hace saber que se halla en lo alto de la colina y que deberíamos ir sin dilación.

—¿Todos los demás están bien? —se interesa Isabel.

—Por desgracia, no todos han llegado aún —dice Shaun con un temblor en la voz.

Rochelle tiene algunas preguntas, pero se percata de que aún me estoy comunicando con Lorian, cuyos pensamientos me hacen fruncir el entrecejo con gesto de preocupación. Rochelle me toca el brazo.

—¿Qué ocurre?

—Lathenia aguarda con su ejército en la colina.

—¡Dios mío! —exclama Dillon—. Pero si acabamos de destruir todo su ejército. ¿Qué otras sorpresas nos reserva?

Con ese sombrío pensamiento nos encaminamos hacia lo alto de la colina, donde la silueta de Lorian se yergue como una sombra anhelante al sol de la tarde. Cuando nos acercamos, se vuelve hacia nosotros. Sus ojos reflejan una rabia feroz. Al ver a Arkarian, suaviza un momento su expresión, pero rápidamente vuelve a endurecerse. En mi interior, el corazón comienza a palpitarme con un ruido sordo. ¿Qué nos aguarda ahora? Y entonces comprendo la expresión de Lorian. ¡Ethan y Neriah han sido capturados! Lathenia ha debido de sorprenderlos en medio de todo ese torbellino cuando la Ciudadela caía. Ahora son sus prisioneros, y los tiene encerrados en unas jaulas suspendidas a gran altura del suelo que chisporrotean con verdes destellos eléctricos.

Pero Ethan y Neriah no son las únicas armas que Lathenia ha traído a esta batalla final. Detrás de las jaulas, formados en hileras zigzagueantes que se pierden en el horizonte, se ve un ejército de demonios inquietos que gruñen, resoplan y dan patadas en el suelo. Los hay a cientos, quizá incluso a miles. En la primera fila distingo a uno que me llama especialmente la atención. Es su líder. Es a él a quien habré de vigilar, con quien tendré que enfrentarme.

A mi lado, oigo a los demás que ahogan un grito y se lamentan. *Lord Penbarin* sacude la cabeza, incrédulo, y la reina *Brystianne* se aprieta la tela que le rodea el cuello. Ambos están impresionados.

Shaun no puede apartar los ojos de su hijo.

—¿Cómo ha ocurrido?

Rochelle intenta consolarlo.

—Los devolveremos al lugar de donde han salido.

Dentro de mí crece un fuego. Me dispongo a adelantar a Lorian, pero me detiene poniéndome la mano en el pecho.

—Conserva la calma. Recuerda ahora, más que nunca, las habilidades que tu padre te enseñó.

—¡Mataré a la Diosa y a todos los de su ejército!

—¡Yo me encargaré de eso! —exclama en voz baja—. Ya he pagado un precio demasiado alto por no haberlo hecho antes. Haber utilizado a esos dos como rehenes será su perdición. Ha ido demasiado lejos.

Isabel se acerca a mí, y sus ojos pasan de Ethan a Neriah repetidamente.

—Les han golpeado. Ethan tiene algunas costillas rotas y apenas puede respirar. Neriah también tiene heridas, pero se está curando sola.

Dirijo la mirada a Neriah, y nuestros ojos se encuentran. Siento que me recorre su dolor cuando me dirige sus pensamientos. «Las jaulas están electrificadas. Nada puede atravesarlas. El plan de Lathenia es llevarnos con ella. Primero tienes que salvar a Ethan. Lo conoces de toda la vida. Su madre no puede perder otro hijo, y... yo estaré contigo, no importa en qué mundo me vea obligada a vivir».

«¡No! Tienes que escucharme...».

Lorian se vuelve y dice:

—Vigila tus pensamientos. Mi hermana los oye. Mira su sonrisa.

Lorian tiene razón. La sonrisa de Lathenia es artera e incluso... exultante. Quiere obligarme a cometer un error, a que me deje dominar por mis emociones. Y a su derecha, Marduke permanece vigilante. De vez en cuando desvía la mirada hacia donde está su hija, y no puedo por menos que preguntarme: ¿cómo es posible que un padre haga eso? De pronto suelta un bufido y le sale volando baba de su hocico de cerdo. He ahí su respuesta.

Mis ojos se desvían hacia el demonio que hay a su lado. En una mano sostiene una cadena; en la otra, un hacha. Se me queda mirando, y mientras me sostiene la mirada, levanta las dos armas y suelta un gruñido. Su mensaje es claro. Busco en mi interior una respiración serena.

Shaun me toca el brazo por detrás, haciéndome dar un respingo.

—¿Por qué mi hijo no utiliza sus alas y huye de la jaula?

—A lo mejor no puede —dice Dillon—. No tiene muy buen aspecto.

—No dejaré que Neriah muera sola —añade Rochelle.

Tiene razón. A veces he tachado a Ethan de indigno. Cuánto me equivocaba.

Isabel suspira.

—He podido curarlos, así que al menos ahora podrán respirar mejor. Mira, Ethan está cerrando los ojos. Creo que está tramando algo.

Busco en sus pensamientos. Están ocupados, muy ocupados. Me retiro para no interferir en lo que tiene planeado. Sin apartar los ojos de Ethan, me vuelvo

ligeramente hacia quienes me rodean.

—Preparad vuestras armas y esperad mi señal. Jimmy, apunta a la retaguardia. Isabel, ocúpate de los del medio. Arkarian, tú irás allí donde se te necesite.

Isabel me da un codazo.

—Pon a Rochelle a mi lado.

—¿Por qué? —le espeta Rochelle, que la ha oído.

Niego con la cabeza levemente, lo suficiente para que Isabel sepa que tendré cubierta a Rochelle y para zanjar el tema.

—Simplemente se me ocurrió que trabajamos bien juntas —explica Isabel sin convicción, pues no quiere alarmar a Rochelle. Ya ha sufrido bastante en las últimas horas; no queremos que tenga más motivo de preocupación.

Rápidamente acabo de dar las últimas instrucciones.

—Shaun, tú y Dillon destruid las primeras filas.

—Recuérdalo, Matt —dice Lorian—, Lathenia es mía.

Aunque me encantaría enfrentarme personalmente con esa Inmortal, hay tanta pasión en la voz de mi tío que no me atrevo a discutir.

—Y yo ¿qué hago? —me pregunta Rochelle.

—Una vez me liberaste de las cadenas de Marduke, y ahora quiero que hagas lo mismo por Ethan y Neriah. Y en cuanto los hayas soltado, ven a primera línea y lucha a mi lado.

—¿Puedo recuperar mi cuchillo?

—Tu cuchillo no cortará esas jaulas electrificadas.

—No, lo quiero para luchar contra los demonios.

Me la quedo mirando un momento. ¿Otra vez con lo mismo?

—Tu cuchillo no te servirá contra esas criaturas. Deberás utilizar las manos.

Lanza un vistazo a esas bestias y le recorre un escalofrío.

—Pero, Matt, no sabes lo brutales que son. El señor Carter les tenía verdadero terror.

—Yo lucharé a tu lado. ¿Entendido?

Lorian me hace saber que algo ocurre. Justo ante nuestros ojos, Ethan y Neriah comienzan a disiparse. Al cabo de unos segundos los dos han desaparecido.

—¿Qué está pasando aquí? —exclama Lathenia, introduciendo repetidas veces la espada en la jaula de Ethan. Saltan chispas y la electricidad chisporrotea. Toda la jaula vibra con el impacto. Ahora le toca el turno a la jaula de Neriah. Y de nuevo, nada—. ¡Marduke! ¿Dónde han ido? ¿Has hecho algo para liberarlos?

Este reivindica su inocencia, y la momentánea confusión de ambos me indica que es el momento de actuar. Debemos aprovecharnos de esta ventaja. ¿Quién sabe cuánto durará la increíble ilusión de Ethan? Levanto la mano y la dejo caer.

—¡Ahora!

Jimmy lanza sus granadas hacia la retaguardia, sembrando el caos. Marduke ordena a los demonios que ataquen. Estos gruñen, resoplan y dan patadas al suelo, y a

continuación, armados con sus hachas, espadas y cadenas, cargan contra nosotros.

Espero no haber infravalorado a esas bestias. Son completamente distintos de los carrizos y de cualquier otra criatura con que nos hayamos enfrentado hasta ahora. Tan solo su olor es suficiente para dejarnos fuera de combate.

Shaun lucha contra dos demonios al mismo tiempo. De repente aparecen el rey Ricardo y *lady* Arabella. Tendré que disculparme con ella, pero ahora no es el momento. *Lady* Arabella mira alrededor, buscando a alguien, y yo señalo colina abajo.

—Está por ahí, *milady*, cubriendo el flanco norte.

Ella asiente y se pone en marcha, mientras el rey desenvaina su espada y ayuda a Shaun.

Yo entablo combate con el líder de los demonios. Sin perder un instante, me lanza su cadena con increíble destreza y se apodera de mi hacha. Dirijo mentalmente todo mi poder a mis dedos, y en la misma fracción de segundo lo proyecto hacia él. Una luz azul parpadea en el espacio que nos separa, y el demonio sale despedido hacia atrás. Cuando da con sus huesos contra el suelo emite un gruñido, y aunque en su vientre hay ahora un gran agujero, consigue ponerse en pie. De inmediato se abalanza de nuevo sobre mí, embistiéndome con la cabeza contra el pecho. Retrocede y vuelve a embestirme, blandiendo su cadena y mi hacha con una fuerza inhumana. Lo agarro del brazo para recuperar mi arma, pero él, con la mano libre, me azota la espalda con la cadena. Siento el dolor una y otra vez. Ahora soy yo quien gruñe. Intento apresarle el otro brazo, pero es inteligente y me esquivo. Tan solo con su peso me empuja y me tumba de espaldas en el suelo. Intuyendo la victoria, me aprisiona el cuello con la rodilla, cortándome el suministro de aire. Utilizaría mi poder para quitármelo de encima, pero me cuesta respirar. De repente levanta el hacha sobre mi cráneo. Aún resollando, la observo mientras baja.

En ese momento, el demonio chilla y arquea el brazo hacia atrás. Un látigo se le ha enroscado en el pecho, apartando su cuerpo de mí y dejando a la vista la figura de Arkarian, con su mata de pelo azul.

—¿Cómo es que esa bestia te estaba derrotando? —dice, tendiéndome la mano.

Me encojo de hombros y recupero mi hacha.

—Me ha dejado sin respiración.

Arkarian encuentra divertida mi respuesta.

—¿Así de fácil? Bueno, de todos modos, estabas perdiendo el tiempo con ese demonio, y te necesitan en otra parte. Lorian está luchando con Lathenia.

—¿Qué hay de Ethan y Neriah?

Señala con el dedo hacia las jaulas. Rochelle ha bajado la de Neriah, y está destruyendo la malla con sus manos. Neriah vuelve a estar visible, y casi libre, pero Marduke se ha dado cuenta, y Rochelle necesita más tiempo.

Cierro los ojos y encuentro mi centro interior. Sobre nuestras cabezas, unas nubes negras se congregan a mis órdenes, trayendo un fortísimo viento. Marduke se vuelve

en la dirección del viento, y le golpea un rayo. Pero este no procede del cielo, sino de la mano de su hija. Marduke exhala un lamento quejumbroso, y, cuando Neriah se acerca a su lado, suelta un bufido y desaparece.

Echo un vistazo en derredor. El campo de batalla es un revoltijo de demonios muertos. Nuestras armas son eficaces, y me alegra ver que Neriah ha sido capaz de esconder la suya mientras era prisionera de Lathenia. Espero que Ethan haya podido hacer lo mismo, pero, no sé por qué, lo dudo. Su arma era más difícil de esconder.

Nos atacan varios demonios más y, durante los minutos siguientes, Arkarian y yo nos dedicamos a rechazarlos. De repente Neriah está a mi lado, y utiliza su arma cuando sufrimos un nuevo ataque. Sonríe y mi espíritu se eleva.

Un chillido, totalmente distinto a cualquier otro que haya oído, desgarró el aire. Todos los humanos y todas las criaturas se detienen y miran a los dos Inmortales, que están enzarzados en un combate puramente físico, blandiendo cada uno una espada y un cuchillo.

—Así que a esto hemos llegado, hermana. Debí haber acabado contigo cuando tuve oportunidad de hacerlo, en el vientre de nuestra madre.

Con los ojos echando chispas, Lathenia suelta un chillido y le lanza una estocada.

—¡Ajá! Por fin admites haberme privado mediante engaños de mi primogenitura.

—No —replica Lorian, devolviendo el golpe—. Yo no te engañé, pues tú no estabas destinada a ser la primogénita.

—¿Qué estás diciendo?

—Iba a ser Dartemis.

—¡Mientes! Él era el pequeño.

—Él siempre fue el más inteligente. Dejaba que riéramos entre nosotros.

—¿Estás diciendo que no codiciaba el trono, aunque le perteneciera legítimamente?

—Es un dios de paz. Se limita a esperar a que llegue por sí solo a sus manos.

—Lo dices como si aún viviera.

—Eso es algo que nunca sabrás. —Y con esas palabras, desarma de una estocada a su hermana, y cuando Lathenia se queda mirando cómo su espada vuela por los aires, Lorian le hunde la suya en el pecho.

Por un segundo Lathenia se queda inmóvil, y luego baja unos ojos como platos hacia la espada que tiene incrustada entre las costillas.

—¿Tenías que matarme?

—Debía hacerlo. Tu muerte es la única solución.

Con una prolongada mirada de incredulidad, los ojos de Lathenia se cierran.

Lorian suspira y aparta la mirada, lo que es un error. Los ojos de Lathenia vuelven a abrirse de golpe y se incorpora a medias. Aún empuña la daga. Utilizando lo poco que le queda de su fuerza inmortal, la lanza con inusitada fuerza contra Lorian.

Este se vuelve al oír el sonido. Otro error.

—¡Padre! —exclama Arkarian.

La daga se clava en la garganta de Lorian. La rodea con las manos, pero la expresión de sus ojos revela que ya es consciente de su destino. Sabe, al igual que su hermana, que está a punto de morir.

Cae al suelo. *Lady Arabella*, Arkarian e Isabel corren hacia él, pero ya es demasiado tarde. Hermano y hermana han muerto.

Rochelle

¡Los Inmortales han muerto! ¡No puedo creerlo! ¡Se han matado el uno al otro! Todos van de un lado a otro en un estado de estupor. Isabel consuela a Arkarian. *Lady Arabella* está histérica, y *Lord Penbarin* intenta calmarla. Entonces oigo la voz de Matt.

—Les construiremos un Templo. Utilizaremos los ladrillos de la Ciudadela para que quede oculto a los ojos de los humanos, y al igual que la Ciudadela, flotará en lo alto, en medio de la atmósfera. *Lord Penbarin*, reina *Brystianne*, ¿podéis preparar los cuerpos para la sepultura?

—Sí, *milord* —replica *Lord Penbarin*.

«¡Sí, *milord!*», repito mentalmente.

Se acerca la reina *Brystianne*, secándose las lágrimas de los ojos.

—Primero tendremos que trasladarlos a Atenas. Es una suerte que salváramos parte del equipo.

—Ahora lleváoslos, y cuando todo esté a punto, celebraremos una ceremonia en su honor. Ahora que *Lathenia* ha desaparecido, *Dartemis*, mi padre, podrá regresar a este mundo si lo desea. Por primera vez en la vida se verá libre de su prisión celestial. Aunque desconozco sus intenciones. —Le lanza una mirada a *Arkarian*—. Si *Dartemis* decide permanecer en su reino, *Arkarian*, ¿hablarás tú en la ceremonia?

Arkarian asiente. Matt le pone una mano en el hombro y se dirige al resto de los presentes en una voz más baja.

—Todo el que pueda, que abandone la colina y se ponga a construir el Templo. Cuando esté acabado y los Inmortales descansen en él, organizaremos un batallón y perseguiremos a las criaturas sin alma que han inundado la Tierra. Curaremos las enfermedades que han traído y repararemos las brechas entre los mundos. —Levanta la mano y señala el aire que respiramos—. Y cuando toda la naturaleza vuelva a estar en equilibrio, este viento oscuro desaparecerá, y la Tierra estará en paz.

Matt está asumiendo el mando. Miro alrededor y veo que eso es exactamente lo que todos necesitan. Y naturalmente, ese será su cometido. Después de todo, es el hijo de un Inmortal, y él mismo un Inmortal.

Mientras *Lord Penbarin* y la reina *Brystianne* se disponen a llevarse los cadáveres de *Lorian* y *Lathenia* a Atenas, los demás comienzan a quitar los escombros de la Ciudadela, almacenando todos los materiales reutilizables. *Shaun* y *Jimmy* asumen la desagradable tarea de eliminar los restos de los demonios que, esperamos, han quedado destruidos por completo.

En medio del caos se me olvida ponerme los guantes. Mientras ayudo a limpiar escombros, sin darme cuenta pongo la mano sobre la de *Dillon*, que se echa hacia atrás con un chillido.

—¡Eh, ve con ojo! ¿Qué haces? ¡Por el amor de Dios, Roh!, ¿dónde están tus guantes?

Todos se vuelven y me miran. Bajo los ojos a la mano de Dillon, dispuesta a disculparme, pero no tiene ninguna señal, y me pregunto si su reacción no se debe más a lo que mis manos son capaces de hacer que a lo que le han hecho realmente.

—Mantén tus manos alejadas de mí, ¿me has oído?

Después de todo lo que hemos pasado hoy, la reacción desmesurada de Dillon me hace estallar.

Me vuelvo y miro a la multitud. ¿Acaso los pensamientos de Dillon son un espejo de los suyos? ¿Siguen dudando de mí, incluso después de descubrir al auténtico traidor y de haber luchado conmigo codo con codo? ¿Temen que me vuelva contra ellos y utilice las manos como armas?

—¿Es eso lo que todos pensáis? —Se miran los unos a los otros y me transmiten su incertidumbre. ¡Incertidumbre! Se me forma un nudo en la garganta y trago saliva. ¿Es que ni siquiera uno de ellos puede ponerse de mi parte contra las insensibles palabras de Dillon?—. ¿De verdad creéis que, aunque tuviera la oportunidad, os haría daño? ¿Por eso ninguno de vosotros se atreve a acercarse a mí? ¿O es que me consideraréis un monstruo? —Saco los guantes del bolsillo y me los pongo con gestos exagerados—. ¡Mirad! Nunca volveré a quitármelos. ¡Lo prometo! ¿Os sentís ahora más seguros?

Ethan da un paso hacia mí; sus ojos y sus pensamientos rebosan compasión. Levanto la mano para impedir que se acerque.

—Quédate donde estás. No quiero tu compasión, Ethan. Nunca la he querido.

De repente necesito estar sola. Necesito buscar un refugio, lejos de toda esta gente, de todos estos... extraños, porque así es como los considero en este momento.

Doy media vuelta y corro hasta el bosque cercano. A mi espalda, los oigo discutir acerca de quién vendrá a consolarme.

—¡Olvídalo, Isabel! —grita Ethan. Rápidamente desconecto. No quiero oír a nadie. Solo quiero estar sola.

Soy rápida, y corro deprisa. Me choco con ramas y enredaderas, pero me da igual. Me arañan los brazos y la cara, pero sigo corriendo. Una ramita se me mete en la manga. Tiro de ella con fuerza y me hago un agujero en la camisa.

Al final llego a la cima de la colina y me detengo. A mis pies, un precipicio de cientos de metros cortado a pico desciende hacia Angels Falls. A lo lejos, incluso puedo ver el océano. La vista es impresionante. Respiro profundamente un par de veces el frío aire de la montaña e intento calmarme.

El susurro de las hojas y las ramas, y unas pisadas a mi espalda, me dicen que Ethan está cerca. Cuando llego al borde del precipicio se detiene en seco; entonces se vuelve y me ve. No necesito leer sus pensamientos para saber que se siente aliviado. Sus labios esbozan una sonrisa vacilante. Se me queda mirando mientras recobra el aliento. De repente me pongo muy nerviosa. ¿Qué está haciendo aquí? ¿Por qué ha insistido en seguirme? Entonces viene hacia mí y no se detiene hasta quedar tan cerca que siento su aliento en mi frente. Toma mis manos e intenta quitarme un guante.

Instintivamente aparto la mano.

—¿Qué haces?

Vuelve a agarrármela, esta vez con más fuerza. Sin decir nada, me quita el guante. Vuelan chispas y algunas le dan en la cara, pero ni se inmuta. Arroja el guante por el precipicio.

—¡Ethan!

Pero ahora está haciendo lo mismo con el otro guante. Intento arrebatárselo antes de que lo tire, pero tiene el brazo más largo y lo lanza por el precipicio.

—Ethan, ¿por qué? No puedo volver sin ellos. ¿Y qué haré en la escuela?

Estrecha mis manos destellantes y les da la vuelta.

—Estas son tus manos. Son parte de ti, y esto es lo que eres. Sé que nunca le harías daño a nadie a propósito, y nadie que te conozca pensaría algo así. A partir de este momento, al menos hasta que vuelvan a empezar las clases, no llevarás guantes. Cuanto menos los lleves, más aprenderás a controlar tus manos.

—Pero Dillon...

—Dillon es un bocazas. A veces se comporta de manera insensible e irreflexiva. Así es él. Hace un momento ha reaccionado sin pensar porque lo has intimidado. Nos intimidas a casi todos, ya lo sabes.

Suelto un sonido de burla.

—Tienes talento, y eres guapa, y bueno... —Respira profundamente—. Con estas manos eres poderosa. Puedes ver el interior de nuestras almas.

Mientras digiero sus palabras, Ethan levanta mis manos y las coloca a ambos lados de su cara. Es un gesto tan conmovedor que me asoman lágrimas a los ojos. Parpadeo para disiparlas, pero, tercas, persisten.

—¿Por qué haces esto?

—Porque me importas —dice, y arruga la frente—. No...

—¿No? ¿No te importo?

—Lo que quería decir es que hago esto porque te amo.

No puedo creer lo que oigo.

—¿Qué has dicho?

Me sonrío, y no puedo apartar mis ojos de él. Dice:

—Te he amado desde el momento en que te vi, pero, al no sentirme correspondido, transformé mi amor en odio. Ha sido el mayor error que he cometido.

—Ethan...

Pero antes de que pueda decir otra palabra, se inclina y me besa en la boca. Durante unos momentos no hay nada más en el mundo. Volvemos a besarnos y nos abrazamos. Por primera vez en la vida me siento dichosa.

Un pensamiento que me resulta familiar penetra en mi mente. Me vuelvo hacia la zona boscosa que hay al norte, buscando el origen.

Ethan se da cuenta de que algo ocurre.

—¿Qué es?

—He oído algo. ¿Alguien te ha seguido?

Sus brazos me rodean con más fuerza.

—No que yo sepa. Les dije que quería estar a solas contigo. De todos modos, será mejor que regresemos.

Asiento con la cabeza. Apenas hemos dado unos pasos cuando oigo de nuevo ese pensamiento e intento ubicarlo. No tardo en comprender de quién es. Después de todo, fui su espía durante mucho tiempo. Es Marduke, y está en los árboles cercanos. Muy cerca de nosotros.

Entrecierro los ojos, buscando la posición de Marduke, pero está bien escondido. Sus pensamientos me alcanzan de nuevo, y ahora entiendo lo que está haciendo aquí. Su odio, alimentado durante tanto tiempo, se ha concentrado en una persona, la que ha frustrado todos sus intentos de vengarse. Ethan. Fue Ethan quien recordó su imagen en sus sueños. Fue Ethan quien luchó contra él y lo mató, obligándolo a volver del Reino Medio en forma de bestia. Fue por culpa de Ethan que perdió a Lathenia por otro hombre, pues ya no era humano. Y es a Ethan a quien Marduke pretende matar ahora, de una vez por todas.

El corazón me late con fuerza. ¡Marduke tiene el arco y las flechas de Ethan! Oigo sus pensamientos cuando le apunta con una de ellas. Me doy media vuelta, buscando. ¿De dónde viene?

—Rochelle, ¿qué sucede?

«¡Chist!». ¡Oh, no! ¡Va directa hacia Ethan! Decidida a impedir que la flecha envenenada alcance su objetivo, me interpongo de un salto y acto seguido siento cómo me atraviesa las costillas y alcanza el corazón. El cielo se vuelve borroso y me flaquean las piernas.

Ethan me siente caer y me sujeta antes de que toque el suelo.

—¡Rochelle! —exclama. Ve la flecha y abre los ojos, horrorizado—. ¡Rochelle!

Extiendo los brazos y le toco la cara.

—A salvo. Estás a salvo.

Sacude la cabeza. Se le humedecen los ojos y se echa a llorar. Intento secarle las lágrimas, pero mis brazos ya no tienen fuerza y caen a los lados. Me muero, pero no importa. La Guardia honrará mi sacrificio. Y lo más importante, el amor de Ethan está guardado bajo llave en mi corazón. Algún día volveremos a estar juntos.

Ethan chilla:

—¡Noooooo!

Matt

Nunca olvidaré la expresión de Ethan cuando sale del bosque con el cuerpo de Rochelle inerte en sus brazos, de cuyo pecho asoma una flecha dorada. Y nunca olvidaré el sonido de su apasionada súplica cuando la deposita a los pies de Isabel.

—¡Deprisa, Isabel! ¡Cúrala, rápido!

Isabel y Arkarian se ponen de rodillas. Isabel deposita las manos en la cara de Rochelle, en el cuello, en el pecho. Intercambia con Arkarian una mirada de dolor, y levanta sus ojos llenos de lágrimas hacia Ethan.

—No se puede hacer nada.

—Claro que puedes. ¡Por amor de Dios, Isabel, tú curas a todo el mundo! ¿No me curaste aquella vez que tuve aquellas tremendas heridas internas?

Arkarian se incorpora y extiende el brazo hacia el hombro de Ethan.

—Pero, Ethan, tú todavía respirabas. Y Rochelle ya está muerta.

De una sacudida, Ethan aparta el hombro de la mano confortadora de Arkarian.

—¡No! Ella estaba... Los dos estábamos... —De repente su mirada se ilumina—. Podemos revivirla, Arkarian. Tú y yo. Podemos hacerlo. Lo hicimos con Isabel. ¿Te acuerdas? Fuimos al Reino Medio y rescatamos su alma.

Isabel frunce el semblante, y sus pensamientos delatan que no sabe de qué está hablando Ethan. Pero no es el momento de preguntarlo, y permanece en silencio.

Arkarian mira a Ethan a los ojos y ladea la cabeza levemente.

—Ethan, Rochelle ha muerto en el presente. Su alma no vaga por el Reino Medio. El cuerpo de Rochelle está aquí, justo delante de nosotros. No respira. En estos momentos su alma se dirige a su destino final. No podemos hacer nada.

Respirando agitadamente, Ethan cae al suelo. En un momento de locura coge la flecha con ambas manos y se la saca del pecho con un chillido. Todo el mundo ahoga un grito y aparta la mirada.

—¡La flecha envenenada ya no está! —Aúlla con los ojos extraviados—. ¡Ahora podemos curarla!

Shaun le pone una mano en el hombro.

—Tranquilo, hijo.

Pero Ethan no desea el consuelo de su padre y se aparta de malos modos.

—¡No me toques! ¡No te acerques a mí a no ser que puedas revivirla!

Es entonces cuando se le ocurre la idea. La oigo resonando claramente en mi mente. Levanta los ojos hacia mí, y la petición centellea en los oscuros remolinos en que se han convertido sus ojos.

—¿Puedes hacerlo?

Niego con la cabeza.

—No, no puedo.

Se pone en pie.

—¡Pero tú eres un Inmortal! Tienes poderes que están por encima de los demás.

—Se vuelve hacia Arkarian—. ¿No puede hacerlo, Arkarian? —Antes de que este pueda contestar, se vuelve hacia los demás miembros del Tribunal. *Sir Syford* levanta las manos en un gesto ambiguo y Ethan chilló—: ¡Que alguien me lo diga!

Se da media vuelta y me agarra de los hombros...

—¡Matt, tienes que intentarlo!

—Ethan, es imposible.

—¿Por qué? ¿Qué son los Inmortales, si no pueden resucitar a los muertos?

—Nuestros poderes se limitan a los vivos. Podemos alargar la vida, como hizo Lorian con Arkarian e Isabel. Y en raras ocasiones incluso podemos conceder la inmortalidad, como hizo mi padre con Neriah, pero la muerte... la muerte es nuestro destino. No puede cambiarse.

Isabel, con los ojos enrojecidos y las lágrimas cayéndole por la cara, apoya la mano en la espalda de Ethan.

—Te he fallado. ¡Lo siento mucho!

Ethan se da la vuelta y la abraza, hundiendo la cara en su hombro. Se queda así unos momentos, sacando fuerzas de flaqueza; luego levanta la cabeza y la mira a los ojos.

—No es culpa de nadie. —Sus ojos se detienen en Neriah—. Solo que...

Se aparta de Isabel y respira hondo. Todo su cuerpo tiembla cuando suelta aire de manera estremecedora.

—Hay algo que debo hacer.

Neriah aprieta la mano que tiene en mi brazo. Al igual que todos, sabe exactamente de qué está hablando Ethan.

Arkarian le recuerda en un tono amable:

—Pero Ethan... De todos modos, Marduke va a morir pronto. —Mira hacia el oeste, donde el sol ya se está poniendo—. La maldición ya está activada.

Ethan sacude la cabeza.

—¡Me da igual la maldición! ¡Tengo que hacerlo!

Y en un movimiento dramático, coge la flecha dorada y se pone en marcha.

Los ojos de Arkarian vuelan hacia los míos, que asiento. No permitiremos que Ethan lo haga solo. Iremos detrás de él, y enseguida lo alcanzaremos.

Nos oye y se vuelve.

—Ni se os ocurra intentar detenerme.

En silencio nos colocamos a ambos lados de él. Las palabras ya no tienen objeto. No tardaremos en encontrar a Marduke; por todas partes hay huellas de su paso. Corre como un toro herido, apartando ramas y arbustos a su paso. Arranco una rama partida.

—Ya se está muriendo.

Ethan mira el sol en la distancia, que desciende rápidamente tras las cordilleras nevadas de poniente.

—Será mejor que nos demos prisa.

Lo encontramos sobre una roca, inclinado hacia delante y jadeando. A sus pies está el arco de Ethan. Intuye nuestra presencia y levanta la vista. La luz de su ojo ha desaparecido, y se le ve encogido.

—Tienes a mi hija. Ahora pertenece a la luz. ¿Qué has hecho con mi hermano?

—Está en lo más hondo del Inframundo, donde pertenece —dice Ethan a través de sus dientes apretados.

—¿Se escapará?

—No.

—¿Y la Diosa?

—La mató su hermano.

—¿Y qué me dices de Keziah?

—Ha desaparecido, pero ahora que su señora no puede seguir prolongando su larga vida, se marchitará y morirá.

—Entonces ya no me queda nada. Haz lo que tengas que hacer. La venganza es algo que respeto.

Durante unos momentos, Ethan simplemente se lo queda mirando. Ante él se halla el monstruo de sus pesadillas: el asesino de su hermana, la bestia que le ha privado de su gran amor. ¡Qué fácil sería quitarle la vida!

Pero la flecha que Ethan tiene en la mano se resbala de sus dedos y cae al suelo.

—No. Incluso la venganza es un honor demasiado grande para ti.

Cuando cae la noche, poniendo punto final a ese largo día de oscuridad, Marduke inhala su último aliento entrecortado y su cuerpo se convierte en piedra.

Primer agradecimiento

La serie los Guardianes del Tiempo fue posible gracias a la ayuda de muchas personas. Las que menciono a continuación merecen un reconocimiento especial.

En primer lugar, mis hijos. Amanda, por ser mi caja de resonancia y por sus ideas «sencillamente perfectas». Danielle, por sus maravillosas críticas cuando el manuscrito estaba casi a punto. Y mi hijo Chris, por su muy necesaria perspectiva masculina de un muchacho de diecisiete años, y por su asesoramiento técnico con las armas.

También quiero darle las gracias a mi marido, John, por su incesante apoyo y aliento y por las interminables y calmantes tazas de té.

Asimismo, deseo mencionar a mi agente, Geoffrey Radford, por su dedicación, persistencia y determinación para que las cosas se hagan.

Y, finalmente, quiero expresar mi agradecimiento a todo el personal de *Bloomsbury Publishing* que ha trabajado en esta serie, y muy especialmente a mi editora Ele Fountain, por haber cuidado de manera tan meticulosa los tres libros, por su asombrosa capacidad para saber lo que va a funcionar y por su entusiasmo.

Marianne Curley

Segundo agradecimiento

En los últimos seis meses he estado luchando contra una grave enfermedad llamada mielofibrosis. Se trata de una dolencia que puede llegar a ser mortal y que hacía que mi médula espinal no funcionara bien y se convirtiera en tejido cicatrizado. En mi caso, por desgracia, tenía un tipo de mielofibrosis muy agresivo.

La única cura era un trasplante de células madre de médula espinal, una operación de alto riesgo para salvarme la vida, que llevaba aparejada muchas transfusiones de hematíes, plasma y plaquetas. Las transfusiones y trasplantes tuvieron lugar en el hospital Westmead de Sídney, Australia, y el equipo de cirujanos de trasplante de médula calificó de éxito la operación.

La razón por la que escribo este agradecimiento es para pedirlos a todos que consideréis el convertiros en donantes de sangre. Sin las generosas donaciones de derivados de la sangre que he recibido durante mi enfermedad, hoy no estaría aquí para escribir mi próxima novela. Desde mi enfermedad, me he dado cuenta de lo importante que es ser donante de sangre, poder salvar la vida de los demás, de alguien a quien ni siquiera conoces.

Me gustaría aprovechar la ocasión para darle las gracias al maravilloso equipo de trasplante de médula: especialistas, médicos, personal administrativo, enfermeras, y a todos los miembros del personal con los que entré en contacto durante mi estancia de tres meses en el Hospital Westmead. Quiero mencionar, en especial, al profesor Ian Kerridge, que me ayudó a mantener una actitud positiva durante esa época difícil.

Por último, quiero disculparme por no haber podido contestar a los cientos de *e-mails* que recibí durante mi enfermedad y convalecencia. Pero tened la seguridad de que los leí todos, y que cada uno de ellos contribuyó a alegrarme el día y a motivarme para que acabara de recuperarme del todo.

Con mis mejores deseos,
Marianne Curley



MARIANNE CURLEY (Windsor, Nueva Gales del Sur, 20 de mayo de 1959). Es una escritora australiana de literatura juvenil, conocida por su trilogía *Los guardianes del tiempo*. Es también autora del libro *El círculo de fuego*.

La más joven de cuatro hermanos, vivió con su familia en una pequeña casa de madera sobre los bancos del río Hawkesbury.

Comenzó su vida escolar en la Escuela de Santa Mónica, en Richmond, cogiendo el autobús cada día con sus hermanos y hermana hasta que una inundación arrastró la casa familiar y, con ella, todas sus pertenencias, a excepción de algunas fotos que sus padres pudieron salvar. Tras la inundación, su familia se trasladó a una granja a las afueras de Sídney. Allí Marianne descubrió su amor por los libros y se hizo bibliotecaria de la escuela a los nueve años. Ya adulta, se trasladó a la costa norte de Nueva Gales del Sur donde empezó a escribir.